



Rafael de Nogales Méndez

MEMORIAS DE UN AVENTURERO
VENEZOLANO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Rafael de Nogales Méndez Militar y escritor. Nacido en San Cristóbal en 1877, completó su educación en Europa, lo que le permitió el dominio de varios idiomas. Participó en la guerra hispanoamericana (a favor de España) y al poco tiempo pasó a África del Norte y Pakistán. Batalló al lado de los turcos en la Primera Guerra Mundial, con apoyo de los alemanes. Luego luchó en Nicaragua al lado de Sandino y fracasó en sus intentos de liberar a Venezuela de la tiranía de Juan Vicente Gómez. Murió en Panamá en 1936. Sus testimonios, experiencias y aventuras los recogió en *Cuatro años bajo la media luna* (1926) y *El saqueo de Nicaragua* (1928).

« *Rafael de Nogales Méndez con uniforme de oficial otomano, durante la Primera Guerra Mundial.*



Memorias de un aventurero venezolano

RAFAEL DE NOGALES MÉNDEZ

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Memorias de un aventurero venezolano

RAFAEL DE NOGALES MÉNDEZ



Índice

- 11 Prólogo
- 29 I. Un caballero andante
- 51 II. Días a la orilla de México
- 65 III. Puerto Arturo o mi esqueleto en el armario
- 85 IV. Días en Alaska
- 115 V. Días en Nevada
- 135 VI. La vieja mina de Payne
- 141 VII. Al sur de la línea fronteriza
- 159 VIII. Botas y espuelas
- 175 IX. Fuera de la ley
- 183 X. Días alrededor de Venezuela
- 205 XI. Los llanos de Venezuela
- 217 XII. Habitantes de la selva
- 231 XIII. Rastros en la selva
- 241 XIV. Noches de la selva
- 247 XV. Derecho contra poder
- 261 XVI. Recetario de cocina de un soldado aventurero
- 269 XVII. Un caballero de la media luna
- 291 XVIII. El sitio de la ciudad de van
- 299 XIX. Defensa del desfiladero de Kotur Dagh
- 305 XX. La quema de Bask-Kale
- 311 XXI. Hienas en forma humana
- 319 XXII. El capitán Schumann

- 327 XXIII. Una cacería de jabalíes en el Jordán
339 XXIV. Primeros bosquejos turcos
363 XXV. Segundos bosquejos turcos
375 XXVI. El ejército libertador del Emir Feizal
385 XXVII. Castilla de oro
401 XXVIII. Cólera caribe

PRÓLOGO

Ningún venezolano ha vivido tan peligrosamente como el general Rafael de Nogales Méndez. Lo conocí en Londres en la etapa final del régimen gomecista, época de incertidumbres. Bajo los entrelazos de la espesa niebla, su figura vivamente tropical parecía recobrar la fuerza del picacho andino. Solía llegar a las 9 de la noche al centro español situado en Cavendish Square, en impecable traje de etiqueta, caballero de monóculo y flor en el ojal, a intercambiar opiniones en alta voz con la crema de la intelectualidad iberoamericana que allí se daba cita. Era su presencia como un receso fortuito dentro de la fatigante *fog* británica que solía escurrirse por las rendijas de los pesados pórticos a matizar de *spleen* nuestros espíritus acostumbrados a una llamarada de sol.

El general de Nogales era el hombre-noticia. Daba la impresión de una mente en permanente vigilia, con los ojos bollándole en la penumbra como dos brasas y una cierta actitud nerviosa sobresaltada de soldado en la estrategia. De aspecto escrutador y febril, tez bronceada y pelo aindiado a lo Gaitán, su inconfundible tipo andino no faltaba nunca en los grandes rotativos ingleses, ya rindiéndosele el homenaje como héroe de la primera guerra mundial, ascendido a general de División en Turquía, donde al mando de 12.000 soldados turcos había vencido a 35.000 armenios, tomándose a Van, la capital, en pocas horas.

O se comentaba el escándalo de su último libro *El saqueo de Nicaragua*, que había provocado una demanda de Norteamérica a la casa editora por la suma fabulosa de \$ 250.000, prohibiéndolo de la circulación, mientras en Inglaterra se reeditaba sin tomar en cuenta otras opiniones. El escritor había denunciado hechos tan graves que obligaron al Presidente Roosevelt a retirar los marines de Centroamérica.

Su vida de continuadas aventuras bélicas y lances de honor se revivían y prolongaban hasta la madrugada en aquel club de elegancia e inteligencia, donde el ilustre venezolano solía ser el punto culminante de la atención mundial. Personajes famosos como don Fernando de los Ríos, eminencias como Ramón Pérez de Ayala, oradores torrentosos como don Américo Castro, príncipes, condes y condesas de la aristocracia europea, un público heterogéneo nunca menor de cien personas entre profesores de Salamanca, Coimbra, Oxford y Cambridge, le rendían diariamente pleitesía y no perdían ocasión de escuchar extasiados sus innumerables anécdotas.

Asistía también a aquella tertulia la juvenil pareja de veinte años, el poeta Manuel Altolaguirre y su mujer Concha Méndez, debatiéndose en la odisea de publicar su 1547, bella revista poética que vio la luz en Londres con la fecha del nacimiento del autor del Quijote. Entre ellos estaba yo, trémula corteza de la juventud, plena de ignorancia e inexperiencia, viviendo en aquel fascinante recuento una película de cowboys, admirando el lance de un mosquetero o vibrando bajo el émulo de un moderno Miranda la apasionante aventura de la gran guerra.

Por ello nunca entendí bien —y aún a la distancia no lo entiendo— por qué la embajada venezolana, cuyo titular era el doctor Escalante, tildaba duramente a su coterráneo de “comunista y peligroso terrorista, apoyado por bolcheviques rusos y mexicanos”.

Al escritorio del cónsul general en Gran Bretaña e Irlanda, José Eugenio Pérez, mi padre, llegaron un día las notas confidenciales reveladoras de misteriosas correrías de aquel agregio tachirense “en trato secreto con el gobierno bolchevique, comprometiendo vapores de guerra y armamentos”. Debíamos

rehuir su amistad —añadía el memorando. Aquella orden drástica e inesperada despertó aún más mi inquietud. ¿Quién era él al fin? Apenas le había visto la nostalgia asomada a sus pupilas húmedas cuando hablaba de su retorno próximo a Venezuela. Todos retornaríamos.

Filósofo y humano, actuando siempre en jurista, como exPresidente de la Alta Corte Federal y de Casación, papá alegaba que no se puede tildar a nadie de peligroso sin pruebas a la vista, que el general de Nogales Méndez andaba sin revólver al cinto, solo armado de estilográfica y papeles. Además, protestaba contra la deprimente acción persecutoria a que se quería someter a los representantes de un gobierno soberano, como Venezuela, haciéndole la vida difícil a importantes desterrados.

En vista de aquella desagradable situación, ya que este personaje era invitado continuamente a las reuniones del cuerpo diplomático y círculos de prensa como escritor del día y hombre de mundo, mi padre le escribe directamente al general Gómez informándole que aquel peligroso terrorista (según se le calificaba) no andaba armando revoluciones, mas regresaba de la gloria bien ganada en los campos de batalla de Europa. Tales acusaciones —exponía al gobierno venezolano— lo inclinaban a hacer un ridículo internacional, pues Inglaterra honraba al general Nogales Méndez con su protección y amistad por haber salvado a 250 prisioneros británicos de la tortura y la muerte, siendo del bando contrario en la guerra mundial.

La embajada rompió relaciones con el consulado y el consulado con la embajada. Mejor. Mi padre prefirió a cambio la compañía de artistas, conferencistas, revolucionarios, poetas, nobles príncipes y nobles plebeyos, gente de pensamiento libre que cada día plenaba el salón principal del club español para deleite de la palabra prodigiosa de nuestro famoso compatriota. Como respuesta confidencial asistimos a un banquete donde el general de Nogales Méndez era el invitado de honor.

Su nombre original es Rafael Ramón Intxauspe Méndez. Nacido en San Cristóbal el 10 de octubre de 1877, es el primogénito del matrimonio entre

don Felipe Intxauspe, de Nutrias, y doña Josefa Méndez Brito, de Barinas, gente de abolengo y holganza. El apellido vasco Intxauspe (Inchauspe) traducido al español es nogales, lo que le confiere cierta similitud con su voluntad y su corazón, árbol de tronco robusto y madera noble como su destino, que él adoptará por más fácil y más íntimo. También usará el de su madre en ocasiones singulares, actuando como Chico Méndez y Nevada Méndez en sus aventuras por Alaska y Nevada. Nada tiene de particular que un caballero, desterrado de su país de manera violenta, tenga que cambiarse el nombre como don Simón Rodríguez cuando el caso lo requiera.

Rafael de Nogales Méndez será un personaje del mundo que no se detendrá en prejuicios frente a situaciones difíciles. Su noble ascendencia se remonta hasta Colón. Su antecesor, el capitán Diego Méndez, estuvo entre los seis escuderos que vinieron acompañando al Almirante en su cuarto viaje a Las Indias. De él heredó probablemente su simpatía y habilidad para sortear dificultades. También su ágil y experta imaginación. Cuando los conquistadores de La Gallega se dieron a buscar oro en las márgenes del río Veragua, el cacique Quibián los miró malcarado, listo a armar trifulca con los intrusos. Entonces el capitán Diego Méndez se adelantó con unas enormes tijeras relucientes, que causaron asombro y admiración entre los guarnías cuando empezó a cortarles los cabellos que les llegaban hasta el suelo. Los indios prefirieron hacer amistad con los españoles, dándoles comida a 116 hombres hambrientos que desembarcaron al norte de Jamaica, a cambio de aquel descomunal y raro artefacto que implantó para siempre la moda de los cabellos cortos entre las tribus indígenas.

Muchas situaciones aún más peligrosas tendrán su descendiente con gentes feroces como los goajibos, cuando apuntaron sus flechas envenenadas sobre su cabeza, buscando al tigre Nogales. De estos y otros combates frente a frente se salva siempre, tornando en amigo al feroz enemigo.

Por rama paterna, este bravo guerrero viene siendo biznieto del coronel Pedro Luis Intxauspe, quien se incorporó a los patriotas en 1821. Por la materna,

su bisabuela, doña Magdalena Díaz de Méndez, casada con Juan de Dios Méndez, es matrona barinense de gran historia. De sus inmensos latifundios, esparcidos en Barinas y Apure, hasta los límites de Colombia por el Meta, salieron por millares los caballos de una sola pinta que engrandecieron la fuerza de nuestra independencia. Amiga dilecta del Libertador, figura de gran señorío, doña Magdalena los donó a cambio de la libertad, pero Bolívar caballerosamente prolongó su famoso hato de San Camilo hasta confines ilimitados. Magdalena, hermana menor de Nogales, tomó su nombre de la noble bisabuela.

El fervoroso amor por su patria, dispuesto al sacrificio, le viene a nuestro personaje de su ilustre pariente el arzobispo Ramón Ignacio Méndez, idealista revolucionario que legó su corazón a Barinas. También este general tachirenses, siempre desterrado, se juega a cada instante su vida y su corazón sobre el tapete del incierto destino.

Hacia 1883 salió el pequeño Rafael Ramón de San Cristóbal. Contaba apenas siete años. Su hermana Ana María, la futura condesa de Westerhoie, venía apenas de nacer. Pepita y Magdalena tenían respectivamente tres y dos años.

San Cristóbal era una población tranquila de 8.000 habitantes. Respirábase cierta inquietud y progreso a través de las poderosas casas comerciales alemanas Breuer Moller & Co., Rodé, Noak, Steinworth, que habían escogido la capital del Táchira como punto clave para cosechar un café de primera, que luego exportaban por el puerto de Maracaibo. Prestaban dinero como los Bancos a los emprendedores andinos e introducían nuevas modas y costumbres. Las verdes y húmedas colinas de Los Andes cobraron un movimiento de retablo navideño. Por allí bajaban y subían los recogedores de café, provenientes de Colombia, a darnos con su trabajo humilde las mejores divisas para un país que aún no vivía del petróleo.

Imperaba cierto refinamiento de gran ciudad. Los jóvenes teutones se nacionalizaban mezclando su sangre con bellas damas de San Cristóbal; entre ellas, más tarde, dos bellísimas hermanas de Nogales Méndez: Ana María, que casó con el conde Max von Westerhoie y Pepita con Paul Gestaker.

Sobre el blanco mantel los espirituosos vinos del Rin. La botica alemana Van Dissel importaba los avanzados productos farmacéuticos del día y las exquisitas colonias *made in Germany*, que con su fragancia discreta derrotaban los inferiores y penetrantes aromas ibéricos esparcidos desde la conquista.

A nueve kilómetros de Rubio se descubre la Alquitrana. El día en que parte el niño Rafael Intxauspe Méndez hacia Alemania se inauguran en la plaza Bolívar de San Cristóbal ciertos originales adornos que causaron sensación. Eran medias naranjas, conteniendo una mecha empapada en kerosene. Símbolos de que se había fundado PETROLIA, la primera compañía petrolera en Venezuela, ubicada en el Táchira, que llegó a producir en 1918 hasta 600 galones al mes.

Por aquel tiempo se aprueba el contrato del general Pedro Intxauspe con el señor Alejandro Boué para la construcción de un ferrocarril entre Zulia y Táchira. Un esgrimista francés, H. Villet, enseñaba a los caballeros tachirenses de la alta burguesía el arte de manejar con elegancia la espada, el sable, el florete y el espadín, en reemplazo de la bárbara carga a machete.

¿Hacia dónde se encaminaba el pequeño Rafael? Iba hacia la disciplina austera de Alemania, hacia la formación cabal de un hombre. Las familias andinas pudientes enviaban sus hijos a Pamplona y Bogotá, pero los que pensaban en futuro real y positivo los educarían como los Intxauspe-Méndez, en el viejo mundo, para que se compenetraran con otras costumbres y otros idiomas.

Pero para Nogales Méndez, el caballero andante que pasa en ocasiones por suizo, francés o alemán por su conocimiento perfecto de varias lenguas, Europa será siempre una estación pasajera de investigación. No será el snob pedante dispuesto a deslumbrar a América con sus extravagancias sino un hombre que va por el mundo aprendiendo lo mejor, sin olvidar el terruño. En un folleto escrito en español, casi desconocido, nos dice a principios de este siglo, en su primer retorno a la patria, que su montaña andina se halla siempre viva en su mente, desde la infancia, cuando rodeado de su cordillera solía refugiarse aterrizado en los brazos de su madre al oír el lejano ruido de la tempestad

azotando las verdes florestas del Zulia, donde centelleaba el Catatumbo con sus diabólicas luces.

Esta nostalgia inenarrable persistirá siempre en su mente, a despecho de la soledad y el destierro. Es precisamente lo que lo hace grande, lo que exalta su condición de patriota altivo, su invariable amor por Venezuela. En críticos momentos, cuando en 1914 ofrece su espada a Francia como combatiente voluntario, exigiéndosele a cambio la renuncia de su nacionalidad, Nogales Méndez se rebela contra esta descabellada proposición y prefiere prestar sus servicios a Alemania que lo designa para una misión en Turquía, entre compañeros que no le piden sino lealtad, nobleza y valor. Virtudes que pudo comprobar siempre.

Pocos venezolanos reciben como él una educación tan esmerada. Desde su infancia, tutores privados militares de Alemania y Bélgica lo llevan a conocer a la perfección el arte estratégico de la guerra, tornándose en protegido del Rey Leopoldo. Estudia filosofía, letras y ciencias en las universidades de Barcelona, Bruselas, Louvain. A los 17 años gana el grado de subteniente y recibe su bautismo de fuego en el ejército español, en Cuba, peleando contra Norteamérica. Por todas partes se codea con la nobleza, siendo en ocasiones el invitado de honor del Kaiser Guillermo II. Pero cuando en Turquía se torna general de división, el *Bey Nogales* vibra de humanismo bajo la roja Media Luna.

Los prologuistas de este libro* no fueron hombres comprometidos por circunstancias. Son sus amigos unidos a él por el afecto, la admiración y la psicología. Robert Cunningham Graham es nieto del almirante Fleming, amigo de Bolívar y Páez. Fleming tenía entre sus mejores recuerdos haber presenciado el sitio de Maracaibo.

Cunningham Graham está unido a Venezuela por lazos sentimentales. Su madre, Ana Isabel Fleming, nació en 1828 frente a las costas de La Guaira,

[*]_ Se alude a los trabajos de R.B. Cunningham Graham y Lowell Thomas publicados en la primera edición española del presente libro (N. del E.).

donde fue bautizada. Es un bravo irlandés cuya vida tempestuosa, en momentos similar a la del general Nogales, tiene especial sitio en las páginas de Inglaterra.

Anduvo mucho tiempo por Argentina montado en su caballo *Pampa*, que luego llevó a Londres cuando fue parlamentario. *Pampa*, bajo la niebla, olfateó las puertas de House of Lords y conoció de las originalidades de su amo. Era naturalmente un aristocrático dentro de un revolucionario socialista. Tenía como lema la máxima sibarita de que el hombre debe hacer lo que le viene en gana para alcanzar la dicha. Sus discursos en el Parlamento británico comenzaban así: Aunque corro el riesgo de ser más fastidioso que un rey, creo mi deber extender mi tedio y mis bostezos hasta mis honorables colegas. Tal exabrupto pronunciado de modo solemne en tan severo recinto donde no se escuchaba ni el vuelo de una mosca, provocó por primera vez la palabra maldición. Su gran amigo Chesterton decía que mientras otros políticos comenzaban su oratoria aspirando a ser Primeros Ministros, Cunninghame Graham solo quería ser Cunninghame Graham a secas. O sea, un escritor.

En 1925 visitó los llanos de Venezuela, entrando por el Meta, para conocer mejor la vida de Páez a quien admiró con exaltación, dedicándole una notable biografía. En Venezuela escribió tres prólogos que son de antología: el de la edición de *Doña Bárbara*, en inglés, el de la biografía de Páez y este de Nogales Méndez.

Se le ha llamado *el príncipe de los prologuistas*. Es autor de 37 obras. Fue el defensor de Wilde, el entrañable amigo de Bernard Shaw, el admirador de Kipling, de Lawrence, de Nogales a quien conoció en la guerra europea. Cuando se refiere a nuestro ilustre venezolano, igual elogio hay para su condición de militar que como escritor. Ante todo, exalta su patriotismo en estas memorias: “Nada le imparte más fuerza que el impetuoso odio por la esclavitud de su país, lo que le animó hasta el final a seguir adelante, con la fe de los cruzados. Todo el episodio es de hecho una cruzada”.

Lowell Thomas, autor de *Un tributo a Nogales*, es doctor en leyes, radiocomentarista muy conocido, historiador oficial en la primera guerra mundial,

periodista famoso, autor de *With Lawrence in Arabia* entre sus 40 obras publicadas. Pero Thomas, escritor norteamericano, vive la especial circunstancia de haber estado en el bando opuesto de Nogales en la guerra mundial, por lo que su tributo lo engrandece más.

Las tres veces que regresó Nogales Méndez a Venezuela, algunas por vía normal y otras en plan de invasión por Colombia, llevan el signo de lucha por la democracia. La primera fue en 1902. Contaba apenas 24 años. Luego de gozar del retorno a su patria, a la que no había vuelto desde su infancia, trae el propósito de observar el gobierno de Castro.

En plena recepción en Miradores le dice altivamente que está engañando al pueblo de Venezuela. El Presidente Castro se enfurece y lo hace perseguir por la policía, en un baile, en el viejo casino de Macuto. Se salva porque un amigo lo previene del peligro, evadiéndose en una lancha en traje de etiqueta y sombrero de copa, para retornar diez años después a una llamada del líder del Partido Nacionalista de los Andes, doctor Carlos Rangel Garbiras.

En 1911 entra por la frontera de Ureña y lanza una proclama en carta abierta, apoyado al parecer por el entonces gobernador del Estado, Régulo Olivares. Nogales es apresado, pero logra fugarse por el río Táchira antes de que los gendarmes abran fuego. Lo tildan de loco, porque solo le han encontrado tres fusiles y 50 tiros. Pero la verdad era que el gobernador Olivares le falló a última hora con los 15.000 rifles que ofreció entregarle en el cuartel del Táchira.

Pero ésta no es sino una de sus tantas hazañas que, como él mismo apunta, llenarían volúmenes de su agitada vida, más emocionante que cualquier película, más rica en aventuras que cualquier libro de caballería.

A los 25 años de ausencia en el exterior, donde ha pasado por la prueba de sangre y fuego de la gran guerra mundial que lo eleva a personaje de carácter internacional, como gobernador militar de la gran península del Sinaí, instructor de caballería en el Estado Mayor de Mahmud Fased Pasha y del Mariscal de Campo Von der Goltz Pasha, condecorado con los más altos rangos

y órdenes famosas, el general Rafael de Nogales Méndez regresa en 1936 a Venezuela. Ha muerto Gómez. Todos regresamos.

Regresan los distinguidos escritores Rufino Blanco Bombona, quien ha desempeñado cargos de significación en el exterior como gobernador en España, Pedro Emilio Coll, José Rafael Pocaterra comprometido en la invasión del Falke, el terrible panfletista Jorge Luciani quien con su pluma había intentado aniquilar el poder gomecista; regresa el general Régulo Olivares, los revolucionarios Carlos León, el internacionalista Gil Borges. Regresan muchos otros. Desterrados que han estado fuera de la patria por más de treinta años retornan a mirarse los rostros y los espíritus.

Venezuela se encuentra en una encrucijada política. Manda el general López Contreras, que si bien abrió las puertas de la patria a amigos y enemigos del viejo régimen, del cual formó parte, afectó ignorar no solo los ideales expuestos por aquellos revolucionarios sino los clamores de una juventud palpitante que anhelaba implantar de una vez la democracia. Unos fueron tratados de reaccionarios, otros de comunistas. Desde las altas esferas de Miraflores surge *el libro rojo*, acomodado con las listas de todo aquel que profesara ideas nuevas y de avance. El 14 de febrero de 1936 se tiñe de sangre con la muerte de un estudiante. Hay huelgas y protestas de toda la Caracas unificada, que se mueve en disciplinado tropel hacia el despacho del Presidente de la República para exigirle garantías.

Como un jaguar solitario, para decirlo con sus propias palabras, se pasea por esta Venezuela congestionada la figura imponente del general Nogales Méndez. Tiene 58 años, cuarenta al servicio de la causa revolucionaria, soñando con este día de libertad. Ya platean las primeras canas de su otoño, simbolizadas en madurez y experiencia. Luce fuerte y sano. La prensa lo señala con su figura nerviosa de militar activo, tal un jinete que a la vuelta de la esquina lo estuviera esperando el caballo. Quiere terminar su vida en la amada patria —dice a un periodista— y ofrecerle todo cuanto sabe. Su fuerza. Su capacidad. Su cultura.

¿Dónde? Tal era el problema. Los ministerios estaban demasiado comprometidos. No hay cargo digno a la vista. Dos caminos se abrían ante su incierto futuro: el político y el militar. En el primero hubo mezquindad de incorporarlo al campo gubernamental. Siendo la más brillante figura del momento, ellos quedarían opacados. En el campo militar la situación era lamentable. Dada la ignorancia de aquellos jefes chafarotes, que se guiaban por el instinto antes que por la técnica, la brillante personalidad de Nogales Méndez era semejante a un faro en la noche oscura. Lo miraban despectivamente de soslayo, con temor a ser reemplazados o humillados, porque su talento era superior y mayor era su prestigio.

Muchos de esos hombres, tenidos como personajes en otros países, que retornaron a la patria con la esperanza como bandera, fueron condenados al ostracismo. El destierro continuó sobre su propio suelo. Ahora no era la manía persecutoria de los *diplomáticos* que se interponía en sus caminos sino algo peor: la indiferencia, la frialdad, el egoísmo, la incompreensión.

El Presidente de la República continuó siendo el leal servidor de un régimen fenecido, en un momento en que la política ha debido olvidarse en sus altibajos y diferendos. Nogales Méndez, el militar famoso, el más importante de los desterrados, no pasó de ser, para los políticos, un aventurero más que había estado en tales o cuales revoluciones, o golpes fracasados. La prueba de cuanto digo no puede estar más a la vista. Se le designa para el incalificable cargo de administrador de la aduana de Las Piedras. Justamente el menos remunerado, el más despreciable, el que solo podría otorgársele a un ser anónimo, a un enemigo. Como su nombre lo indica, allí no había sino guijarros.

Muchos venezolanos se sonrojaron íntimamente ante tal mezquina disposición. El ilustre general tuvo que aceptarlo porque la pobreza rondaba sus talones de hombre honesto. Ahora era simplemente Nogales, escritor, que había sobrevivido por el oficio quijotesco de vender sus libros.

La humedad de Las Piedras terminó por avivar su artritis, adquirida en su deambular por el mundo. De vez en cuando se trasladaba a Las Trincheras,

en Carabobo, para tomar baños termales. De allí al hotel Alemán, en Valencia, donde residían muchos comerciantes germanos que podían comprenderlo mejor, habiéndoles en su mismo idioma.

Fue precisamente en esas idas y venidas que un grupo de jóvenes militares de la guarnición de Valencia resolvieron visitarlo con el propósito de intercambiar ideas con aquel maestro de la milicia, con tan alta personalidad. Una tarde se encaminan hacia el balneario de Las Trincheras el teniente-coronel Emilio López Méndez y los subtenientes José León Rangel y Evelio Roa Castro. Van con el alma ilusionada de conversar con el gran hombre, de estrechar su mano enérgica, de lograr su opinión.

Es justamente mi distinguido amigo, el general Rangel, quien me ofrece hoy la estampa deprimente del hombre que encontró en Nogales Méndez. Ya no llevaba la inquieta mirada y el ademán decidido. Se había vuelto un misántropo. Lucía un aire melancólico y ausente. En pocos meses se había envejecido. Su aparente artritis parecía venirle del alma. Ellos lo instan con su impulso juvenil a que se haga sentir con su palabra y acción, para salvar al ejército venezolano que se debatía entre las musarañas y componendas del viejo régimen.

Las cartas fueron puestas sobre la mesa sin ambages. Salió a relucir la condición miserable en que se debatían las Fuerzas Armadas, sin rumbo técnico, sin cambios ni ascensos, sin estímulo, estacionadas dentro de la fluctuante política, sin esa orientación que bien podría impartir él, solo él, con sus conocimientos adquiridos y comprobados en otros países.

“Todo eso está muy bien, amigos míos, y me complace saber que aún me quedan amigos en esta mi patria —les contesta el general de Nogales—. Todo lo que me dicen suena perfecto. Pero, ¿estaría dispuesto el coronel Medina a cederme su alto cargo para proceder a las consiguientes mejoras que se necesitan? ¿O el Presidente de la República renunciaría en mi favor? ¿Cuál misión me pueden dar para iniciar este progreso? Yo he comandado más de treinta mil soldados en Turquía, ¿cuántos podría comandar en Venezuela?”

“Naturalmente que había una solución. Crear para él el cargo de Inspector General del Ejército, que por entonces no existía. Si eso se hubiese hecho tal vez se hubiese evitado el golpe de octubre, cuyos motivos se afianzaron en el abandono en que yacían las Fuerzas Armadas”. Tales las palabras con que termina el triste recuento mi distinguido amigo, general José León Rangel, baluarte revolucionario de octubre.

Pero no se encontró más humillante misión para el valiente guerrero condecorado con la Orden de Mejedieh con sable de oro, con la Cruz de Hierro alemana en Primera Clase, para el revolucionario valiente que con Madero y Flores Magón prendió la chispa de la rebelión en México, para el patriota que rehusó renunciar a su nacionalidad venezolana frente al peligro, que una aduana de tercera categoría.

Muchos son los momentos críticos que apunta en estas *Memorias*, desde dormir una noche dentro de una tumba hasta vagar solitario y errante por estepas heladas, con la muerte siempre rondándole en una u otra forma, pero nada podrá igualarse en su corazón a la frialdad con que lo recibieron en su patria. Había retornado al fin. Pero aquel día alcanzó un tono gris plomo. Estaba más solo que nunca.

Renunció el cargo. Tenía que renunciar. Poco después fue nombrado para estudiar la gendarmería en Panamá y otros países. Otro acomodado destierro. Otro desnivel. El general Nogales va muy enfermo. El entonces ministro de Venezuela en aquella ciudad, Félix Montes, relata en nota diplomática al Canciller Gil Borges que a su llegada se veía muy deprimido, además de llevar las manos muy hinchadas y el cutis cobrizo, pero como hombre de gran voluntad y espíritu asistió a las fiestas de la embajada el 5 de julio.

El 7 del mismo mes (1937) se operó de la garganta y el 10 amaneció gravísimo de pulmonía, falleciendo el mismo día a las 2:45 p.m. Nadie se explica por qué motivos se complicó su mal en una operación tan sencilla. Se rumoraron muchos decires sobre su súbita desaparición. Mas no es el momento para hacer tales conjeturas. Lo importante es la dramática realidad de haber

fallecido uno de los personajes más ilustres de Venezuela y de que su muerte se mantuviera en silencio.

Entre la Cancillería y la Legación de Venezuela en Panamá se cruzó una correspondencia, que he tenido entre mis manos, donde se trata apenas su embalsamamiento *a costo moderadísimo*. Su fallecimiento no fue notificado ni siquiera a sus familiares, y el gobierno venezolano, con gran indiferencia, optó por ignorar la llegada del cadáver para no rendirle los debidos honores.

En la habitación del hotel Panamá, donde vivió sus últimos momentos, sus humildes pertenencias dan cuenta del signo de su pobreza, la de un quijote romántico que todo lo había sacrificado por Venezuela. Una maleta grande, otra pequeña, un saco de ropa vieja donde campeaba como único trofeo su sombrero de copa, un reloj de oro de los tiempos de las minas de Alaska, una vieja máquina de escribir en reemplazo de su pistola, un cheque del Chase National Bank of New York por \$ 1.615 que utilizaron para cancelar los gastos de su embalsamamiento y transporte.

El 24 de julio de 1937 llegó en el vapor de carga Orazio un bulto anónimo que estuvo dando tumbos muchos días sin que nadie lo reclamara. A esa hora de su llegada, como una jugada del destino, se disparaban los 21 cañonazos de rigor en la fecha que se conmemoraba, el natalicio del Libertador. Los obreros caleteros de La Guaira, con olfato fino de patriotas, creyeron que era por la llegada del famoso general.

No. La desaparición física de esta gran figura fue recubierta, por parte de nuestras autoridades, de un silencio ominoso. He podido apreciarlo mejor revisando las notas cruzadas entre el Encargado de la Legación en Panamá, señor Félix Montes y el Canciller Gil Borges. Bien es cierto que el señor Montes informa fielmente el fallecimiento, embalsamamiento a costo moderadísimo y el despacho del cadáver. La cancillería hizo mutis y fingió ignorar su llegada a nuestro primer puerto. El 27 de julio, el administrador de la aduana, CE. Power, no sabe qué hacer con aquel cadáver que el gobierno no reclama ni honra; y entre llamadas telefónicas a la cancillería le remite, además, un telegrama

urgiéndole a que lo retire porque no puede permanecer más allí, debido al fuerte clima, entre tantas *importantes* mercancías. ¿Quién es el culpable?

Por fin la prensa se entera. El primero que dio la noticia fue *El Heraldo* (30 de julio de 1937) difundiendo el sensacional rumor al día siguiente *La Esfera*. No podía ser posible que tan ilustre general se encontrase abandonado en la aduana de La Guaira, sin que el gobierno se enterase y procediera a rendirle honores. Asombrados, los periodistas resolvieron elevar una solicitud al Prefecto del Departamento Vargas para ver si era cierta la noticia. Pero este funcionario tampoco sabía nada, o afectó ignorarlo. Dolorosamente los reporteros se encaminaron a la búsqueda de Nogales muerto. Un guardia los conduce: “Ustedes buscan a un tal señor Nogales. Creo que es aquel bulto de aquel rincón”.

Sí. Allí estaba dentro de una caja de madera la figura mayestática de Nogales, digna del Panteón Nacional. Yacía completamente abandonado en un sótano uno de los héroes más importantes y gloriosos de la guerra mundial. Estaba rodeado de barricadas, palas, mercancías, desperdicios, roedores, quien había sido huésped de honor de reyes y magistrados. Su última desgraciada aventura.

Una tarjeta corriente de invitación para su entierro en el Cementerio General del Sur, publicada el 2 de agosto de 1937, señalaba despectivamente una ceremonia, sin honores, para quien ha debido ceñir sobre su féretro el tricolor nacional. La encabezaba el Presidente de la República —que naturalmente no asistió— haciéndose representar por su Ministro de Relaciones Interiores y su Secretario General. Había gente de toda categoría, porque la noticia se esparció como pólvora y el pueblo siempre sabe el valor de cada quien. Entre los presentes se encontraba el Excmo. Ministro de Alemania.

En el camposanto, bajo los titilantes cirios de una modesta capilla ardiente, su rostro embalsamado parecía escuchar, como si estuviera vivo, la protesta de tres venezolanos que tuvieron el valor de pregonar audazmente toda la cruda verdad. El primero que habló, a nombre de los andinos, fue Rafael Ochoa

Maldonado, pregonando que no había justificación posible sobre tan censurable conducta del gobierno: “El ejecutivo venezolano con toda seguridad hubo de ser informado previamente de su fallecimiento y por tanto ha debido proceder a dictar las medidas conducentes para cuando arribara a La Guaira, porque el general de Nogales era acreedor a tales honores, que no se le tributaron ni en vida ni en muerte”. Terminó renegando de lo que le había informado cierto alto político, como de que no se le había querido rendir honores porque era tachirenses. “¡Maldito sea ese infame criterio! —añadió— el general de Nogales es un hombre que pertenece a la patria por entero”.

El segundo que habló fue Carlos Fortique, escritor y periodista, pronunciándose con dolor sobre el triste destino final del general Nogales Méndez. “Nunca como ahora es más ingrata la ausencia de la apoteosis, ni más sentida y expresiva la interrogante que acusa y condena el destino de ciertos oficiales. Muerte anónima y macabra de su yerta humanidad en la bodega de algún barco y hasta en el vientre oscuro de un sótano aduanero. Suerte negra la del militar aguerrido y heroico. No se concibe la trascendencia de semejante fatalismo”.

Con Henrique de Sola, el tercer orador, señalaron que el cadáver del general tachirenses, perdido en una aduana, era semejante al de Miranda en la mazmorra de La Carraca. Respondían al mismo destino de los grandes. Anonimato. Confusión.

Venezuela comprobaba una vez más ser la madrastra de sus ilustres hijos, como lo fue con Bello y continúa siéndolo con tantos valores. Como una alerta ante la indiferencia gubernamental, allí estaba también, entre las pocas ofrendas florales que arrojaron su tumba, una fina tarjeta en pergamino con resaltantes títulos de nobleza sobre una corona de roble con laureles de oro. La había traído un caballero de continente severo que con su actitud austera demostraba su gran dolor. Era el mensajero del Kaiser Guillermo II, desterrado por entonces en Holanda y que en aquel momento dramático se hacía presente con estas palabras: *A Rafael de Nogales Méndez, generalísimo en la gran guerra, uno de los caballeros más valientes y nobles que haya conocido.*

El general Nogales había sido su huésped de honor en Berlín y ambos habían compartido grandes momentos en el castillo de Dilbornen, cerca de Bruggen, Rhenania, invitados por la condesa Ana María Nogales de Westerhoie. Aquel famoso castillo, hoy convertido en museo, es típico en su belleza y tiene tantas ventanas como días tiene el año, según contaba la honorable señora.

Mucho tiempo después cayó en mis manos el libro *Memoirs of a soldier of fortune*. Me lo remitía mi dilecto amigo, el notable historiador y escritor, doctor Ramón J. Velásquez, por entonces secretario general de la Presidencia de la República. Estaba interesado en que tradujera las obras de su ilustre coteráneo, todas escritas en inglés y desconocidas, salvo *Cuatro años bajo la media luna*, vertida al español. Lamentablemente, estas ediciones de Biblioteca de autores y temas tachirenses, creada y dirigida por el doctor Velásquez, dieron su fruto mientras estuvo frente al despacho de Miraflores.

He de confesar que la lectura de tan precioso documento revivió inmediatamente mis recuerdos londinenses. Surgía de nuevo imperativo el personaje mundano que nos derrotaba el tedio a través del recuento maravilloso de sus hazañas. Se despejaba la niebla de aquellos inolvidables momentos invernales, escuchándole acurrucados frente a una chisporroteante chimenea. Era casi como un destino que fuera yo precisamente la que me diese a la tarea de traducir su pensamiento, delineando paisajes y ciudades, batallas y aventuras, donde nada es ficción. Nogales Méndez fue el primer extranjero que penetró en el salvaje Kurdistán, entre Turquía y Persia, y ningún otro puede vanagloriarse de correrías similares a las de sus viajes por Alaska y Nevada.

Nos da la prosa viva de un escritor notable, la mágica pincelada de un poeta, la tecnología de un alto general. Al publicar en nuestro idioma estas Memorias, se le hace justicia no solo al aguerrido militar sino al Miembro de Honor de academias y sociedades de historia y geografía de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania.

Con afecto y emoción he interpretado su estilo, su lenguaje claro y evocador de venezolano íntegro. Como muy bien dijo la prensa a su retorno a la patria,

en 1936, Nogales nació conquistador en una época que no era la propia para la realización de su gran destino. Si hubiese nacido en tiempos de la independencia, hubiese sido el mejor aliado del Libertador.

Ana Mercedes Pérez
Caracas, 10 de octubre de 1974.

UN CABALLERO ANDANTE

Ante todo, debo aclarar que no intento escribir una autobiografía. Solo quiero referirme a las tantas cosas que me han sucedido y cómo he logrado burlar el peligro. No trato de hacer un análisis de mi vida —he vivido tan demasiado ocupado que no le encuentro razones a la solemnidad—. He vivido en acción, empleando el poder de pensamiento que los dioses juzgaron conveniente otorgarme para un dinamismo permanente y no propiamente para contemplaciones. Por lo tanto, perdonadme o agradecedme si este libro es apenas un incompleto informe de hacia-donde-vamos-nosotros, cuya respuesta siempre queda en un interrogante.

El término *caballero andante* me ha sido dado a través de mi temeraria vida y me satisface el pensar que mis amigos lo han empleado más que yo mismo. Hay naturalmente bastante diferencia entre un *caballero andante* y un *aventurero*, pero puedo también permitirme dar mis puntos de vista al respecto. *El aventurero*, es decir, el moderno Lansquenete o Condotiero, es regularmente un iletrado pedante, o socialmente un caballero ocioso, fuera de combate, que no posee una carrera en particular y que siempre está buscando ingeniosamente el modo de *hacer dinero*, lo que para él es primordial y digno de cualquier culto, aun cuando fuese asesinato, deshonor y todas esas otras ceremonias y rituales de la gran religión de Swag. Un caballero andante es algo más. Es por

lo regular un caballero de nacimiento. Para toda voluntaria o desinteresada acción audaz tiene un gesto elegante. A menudo es un soldado de carrera demasiado digno como para vender su espada al mejor postor, pero superimpaciente para esperar que la guerra lo siga en sus solares. No puede esperarla, la busca, la crea, la inventa y la dirige. No odia sino el orín en su armadura o una disposición pacífica en su alma. Sale al mundo a romper lanzas por sus ideales; el más fuerte de todos está incorporado en la vieja romántica frase: *actuar o morir*. Para algunos hombres no actuar es morir, morir de desagradable muerte espiritual.

De esa horrible muerte he estado huyendo toda mi vida, pero he estado como doce veces en garras de la otra, tal vez la más común y de cierto la más popular, la muerte física, que indiscriminadamente está sujeta a la acción de agujiones como balas, neumonía e indigestión. Durante mi vida he peleado bajo muchas banderas y bajo muchas lunas, incluyendo la media luna de Islam. Me he considerado un ciudadano del mundo en todos los lugares del orbe en que alguna cosa se proyectaba. Un dictador que derrocar. Un ejército de patriotas que organizar y dirigir. Una utopía de oro que sobrellevar. Una ballena que arponear. Una injusticia política que señalar para presentarla desnuda al mundo. En medio de todo ello he sostenido un solo propósito: la liberación de mi país, Venezuela, de la tiranía que lo agobia. Pese a mis esfuerzos, los acontecimientos se mueven allí muy lentamente. Los grandes días se retardan en la inescrutable calma del histórico proceso y mientras tanto el tiempo pasa y hay que hacer algo... Mientras llega esa hora continuaré en permanente actividad. Dios quiera que la experiencia de mis años de lucha pueda concentrarla con fuerza en ese esperado acontecimiento.

Ya sean relámpagos fugaces de un minuto los que hayan contribuido a conformar mi vida como caballero andante, solo el más grande y el más puro parece interesante en este libro: mi ancestro. No es tal vez muy difícil tener antepasados románticos en un país romántico. Yo los tuve. La impaciencia explotó a través de mi linaje desde los días de la conquista, cuando el capitán

conquistador don Diego de Méndez ayudó a plantar la cruz en el Nuevo Mundo, constituyendo el más soñador, peligroso y audaz imperio que el círculo solar jamás haya visto. Esta misma impaciencia, siglos después, ayudó a disolver este legítimo imperio, cuando mi abuelo, coronel don Pedro Luis de Inchauspe, luchó bajo la bandera de Bolívar. Fue el mismo incentivo familiar el que me llevó a luchar contra esta revolución de drama roto, contra los estúpidos y bárbaros despotismos que han hecho aflorar como semilla esta prematura libertad, fuera de un rico pero descuidado suelo. He combatido en muchas de nuestras repúblicas, contra las fuerzas tiranas que por un siglo han pisoteado los sueños del Libertador.

Heredamos no solo por la sangre sino también por el ambiente que capta y conserva las virtudes plasmadas por las mentes e instintos de las generaciones que las han desarrollado fuera de su destino. Yo crecí en Europa y salí para Alemania a la edad de siete años, pero no puedo olvidar nunca ni nunca podré estar libre del recuerdo de mis días de infancia en mi tierra, bajo la exuberante riqueza de los trópicos de Sur América, donde la tierra marcha resuelta al cielo, plasmándose en este todos sus salvajes decorados que mueren diluidos en las desnudas rocas y cumbres cubiertas de nieve, brillando cual enormes joyas en la profusa luz estelar de las cercanas nubes.

Soñaba con la fuente de mármol en el centro del patio, siempre colmada de manojos de claveles rojos que plenaban el aire de una intensa fragancia. Añoraba la columnata interna de los corredores de la mansión ancestral donde todos los cuartos daban hacia la severa intimidad del patio, símbolo de la holganza y tradición estrictamente guardadas. Solía pasar horas y horas esperando que estas mil y una noches se tornasen verdad —si es que alguna vez fueron pura ilusión— en este raro jardín, bajo el cielo iluminado por la luna. Y caminando tras esta increíble paz estaba la vaga premonición del peligro, el destino de miles de hogares amenazados por la criminal actividad de gobernantes despiadados, entre la incertidumbre del futuro y la inseguridad de la dicha. Pienso que fui alejado por el azar de este conjunto florido, de este compendio

de sangre y miedo para librarme de su contaminación. Esto no ocurrió demasiado pronto. Mi sangre lo reconoció, lo captó y se rebeló... Mientras tanto las ruedas de mi destino iban dando vueltas lentamente hasta que finalmente me forjaron en lo que soy: un caballero andante.

El Casino de Macuto, lo más concurrido en el verano en Venezuela, estaba profusamente iluminado. Algunas de las más bellas debutantes de nuestra Caracas elegante, vestidas a la última moda de París y apuestos caballeros, tanto civiles como militares, se deslizaban suavemente sobre el repulido piso de mármol del patio central. Silueteadas bajo el claro lunar o semidormidas misteriosamente en las sombras proyectadas por las parpadeantes lámparas, majestuosas palmares y pálidas rosas de Castilla, parecían escuchar en suspenso el rítmico rasguear de las guitarras y el retumbar de las olas en la distante playa.

Acabo de cumplir veinte años. Es la primera vez que me encuentro en mi hogar, Venezuela, después de una ausencia de trece años, desde que mis padres me llevaron a educar a Europa. He retornado a Caracas, nuestra ciudad capital, hace apenas tres meses, hablando el español con fuerte acento alemán —razón por la cual el presidente Cipriano Castro, dictador de Venezuela, me miró con cierto aire despectivo durante una recepción en el palacio de Miradores, luego de espetarle mi parecer sobre el modo como estaba intimidando y torturando al infeliz e indefenso pueblo de mi país. Mi altanería y franca amenaza de que lo atacaría en la primera oportunidad encolerizó a Castro de tal manera que ordenó inmediatamente mi arresto. Afortunadamente el oficial que me sirvió de custodia era mi amigo y me dio la *contraseña*.

Creí primero que me estaba tomando el pelo, pero cuando uno de mis primos vino corriendo a avisarme, mientras me encontraba en un delicioso *tête-à-tête* en el jardín con una encantadora dama, que todo el casino estaba rodeado por la policía y que dichos personajes estaban detrás de mi cabeza, pensé que era conveniente escurrirme, por un tiempo, a lo menos.

Escudándome tras el espeso follaje de algunos laureles pude arribar a la playa donde llamé a un solitario pescador, cuyo minúsculo cayuco o encubridora

canoa estaba meciéndose suavemente sobre la marejada enjoyada de luna. Cuando le pedí que me condujera rápidamente al vapor volandero francés, cuyas luces brillaban a la distancia, fuera del muelle de La Guaira, enfáticamente se negó. Pero cuando lo puse en la encrucijada de escoger entre seis tiros o un billete de diez dólares cambió de parecer y me llevó en su pequeño cayuco hasta el vapor, en donde inmediatamente asegurado en el camarote me dejé ver lo menos posible hasta que estuvimos en alta mar.

Una semana después nuestro vapor atracó en el muelle de Puerto Plata, República Dominicana. Después de despedirme del capitán y de la oficialidad, desembarqué sin sombrero, con el ánimo de comprarme una decente indumentaria. Todavía andaba con mi tuxedo y mis zapatos de charol.

De repente un joven surgió entre la multitud de turistas que estaban observando nuestra llegada saludándome cordialmente. Era un dominicano que había conocido en Londres el año anterior. Luego que le hube explicado lo que me pasaba me presentó a un caballero alto, de buena presencia que parecía ansioso de conocerme. Era el general Mon Cáceres, gobernador de la provincia de El Cibao y futuro Presidente de Santo Domingo. Nada menos que quien dos años antes había disparado contra el presidente Ulises Heuraux, liberando así a la República Dominicana del hombre que la había aterrorizado por muchos luengos años.

Mon Cáceres me invitó a ser su huésped, invitación que desde luego acepté, ya que él era todo un señor, dotado de un gran tacto.

Esto acontecía alrededor de febrero de 1901. Con la excepción de año y medio —de enero 1910 hasta julio 1911, que fui ciudadano de Venezuela— he sido un desterrado voluntario de mi país desde entonces, en lucha permanente.

La resolución que tomé aquel día, cuando desembarqué en traje de etiqueta en Puerto Plata fue pasar el resto de mi vida en el exilio, antes que estar de acuerdo o someterme al régimen de Castro o de Gómez. Esto representa la verdadera razón de mi aventura como caballero andante, peleando bajo muchas banderas.

Debo esta explicación a aquellos que me han confundido con un revolucionario profesional o con un sempiterno e incurable militar trotamundos.

El primer americano que encontré en Santo Domingo fue a Fatty Johns, quien ocupaba el cargo de superintendente del ferrocarril en Puerto Plata. Tenía la costumbre de venir a Santiago de vez en cuando para atender a sus negocios y hacerme una visita. Era extremadamente simpático, como la mayoría de la gente corpulenta. Bebía como un pez. Ron nativo de Jamaica o *habanero* era su bebida favorita. Durante las tres o cuatro semanas de vacaciones que él mismo se otorgó, tomó una habitación cercana a la mía en el hotel donde me instalé, solo con la intención de enseñarme a comportarme en aquel mundo heterogéneo, a proferir juramentos y a emborracharme como un hombre. Estas fueron tres cosas que tuve que aprender. La primera lección, cómo comportarme, la absorbí pronto, desprendiéndome de la mayoría de mis prejuicios europeos y descartando mi monóculo. La segunda, cómo jurar, la aprendí demasiado rápido. En menos de una semana estaba maldiciendo como un soldado, tanto en inglés como en español. La tercera, beber como *todo* un hombre, fue la más difícil, no por falta de buena voluntad de mi parte, sino porque me consideré más apto que Fatty Johns, quien tardó treinta años en aprenderla. En menos de dos semanas ya era un maestro. Cada día al amanecer, antes de levantarnos, teníamos la costumbre de libar nuestros primeros dos o tres tragos de cuatro dedos de habanero. Fatty explicaba que ese era el secreto de no haber sufrido nunca de fiebre palúdica, durante los muchos años que tenía en Santo Domingo. Después del desayuno bebíamos tres o cuatro copas más. Antes de almuerzo, dos o tres brindis adicionales y media docena de cocteles eran nuestra regular cuota. Cuando nos retirábamos a nuestros castos lechos temíamos encender nuestros cigarrillos sostenidos en nuestros labios, por temor a que explotáramos. En otras palabras, en menos de dos meses me torné en un regular camarada ante los ojos de Fatty. También ante los míos. Había estado muy ocupado durante este tiempo en correspondencia con el doctor Rangel Garbiras, el líder de nuestro partido nacionalista

en los andes, Venezuela, quien proyectaba alzarse contra Castro. Necesitaba algunas armas y municiones de complemento. Me pedía ir a Centro América a ver qué podía hacerse. Me aconsejaba visitar primero al presidente Zelaya de Nicaragua, quien se había educado en Bélgica. Tomando en consideración que yo había sido una suerte de protegido del último rey de los belgas, el doctor Rangel Garbiras no dudaba en que Zelaya nos ayudaría. De cualquier modo, el experimento era digno de ensayarse. Cuando fui a despedirme de Fatty Johns lo encontré temblando bajo sábanas con fiebre palúdica. Su talismán habanero parecía haberle fallado.

Llegando a la ciudad de Santo Domingo e intentando tomar pasaje en una goleta vía Nicaragua, recibí una citación del presidente Jiménez quien quiso ponerme en conocimiento que el presidente Castro le había exigido no perderme de vista. Pareció considerablemente aliviado cuando le manifesté que iba a abandonar su bendita isla en un par de días, prometiéndole además que no me rozaría con ninguno de los treinta venezolanos revolucionarios que allí se habían refugiado.

Todos estaban anhelando la oportunidad de dar un golpe contra el ejército mercenario de Castro. Diez de ellos estaban alistados en la marina dominicana, mientras el resto eran empleados de haciendas de caña de azúcar, al otro lado del río. Poseían ya veinte y pico de rifles y considerable cantidad de municiones que guardaban secretamente en una cueva, cerca de las ruinas de un abandonado faro. Prometieron esperarme allí hasta mi retorno. El único a quien llevé conmigo fue a Pancho González, un ingenioso caballero de Puerto Cabello, que conocía a Centro América como un libro. Pasamos la última noche bajo los cocoteros, cerca de la playa, discutiendo proyectos futuros, mientras el grave retumbar de los tambores nativos taladraba el silencio de la noche tropical como la voz del bárbaro pasado. Ocho o diez días después de nuestra partida avizoramos la pequeña isla de San Andrés, que pertenece a Colombia. Cuando ya estábamos aproximándonos a la Costa Mosquito de Nicaragua, la cola de un huracán nos alcanzó y nos arrastró hacia el norte a una tremenda

velocidad. Nuestra balanceante pequeña goleta, La Concepción, fue disparada como una flecha sobre las espumeantes olas del Caribe, que rugientes bañaron la cubierta, mientras el viento venía vomitando la noche como un estallido y aullaba y gimoteaba su violencia contra nosotros.

Por tres días y tres noches libramos una batalla intensa, desesperada, contra los elementos. Finalmente, el espectral brillo de una pálida luna reveló ante nuestros ojos ansiosos los reflejos sombríos de ondulantes colinas y somnolientas manchas de tierra de la selva tropical en la distancia: la costa hondureña. Una hora después, titilando en el horizonte como un laberinto de brillantes, vimos luces de la histórica y pequeña ciudad de Trujillo, donde aquel ex bucanero y hombre apto para todos los negocios, William Walker, se había enfrentado al escuadrón de fuego muchos años antes.

En Puerto Cortez, donde desembarcamos a los pocos días, conocí a otra celebridad a lo William Walker; a Lee Christmas. Por aquel tiempo estaba manejando una locomotora y me contaba, mientras tomábamos una copa en el bar, que él intentaba forzar las puertas de la sociedad tarde o temprano, queriendo decir con esto que nunca estaría tranquilo hasta conseguir un trabajo con el gobierno de Honduras —no importara lo que fuera—, por el solo placer de tener en la mano dinero contante, del que parecía carecer.

Como no era posible regresar por el mismo camino, Pancho y yo decidimos llegar a Nicaragua por Guatemala y El Salvador, lo que significaba cruzar el país. Infortunadamente, tan pronto como alcanzamos la frontera guatemalteca, la policía secreta de Estrada nos agarró y nos arrastró a la ciudad de Guatemala. Allí el Presidente trató de encarcelarme cuando supo que yo iba hacia Nicaragua, para tomar contacto con su rival, José Santos Zelaya. El presidente Estrada siempre estaba en constante temor de que lo asesinaran, me tomaba equivocadamente por un espía de Zelaya.

Gracias a los esfuerzos de un condiscípulo alemán, quien poseía una plantación de café en Guatemala, me fue finalmente permitido vivir en un hotel, pero teniendo que ir diariamente a la policía. Como Estrada era detestado

unánimemente por los guatemaltecos, la junta revolucionaria era una poderosa organización secreta —suerte de mafia— que contaba entre sus muchos miembros a varios cadetes de la Academia Militar, listos para hacer desaparecer al Presidente Estrada en cualquier momento. Como me sentía muy disgustado por la manera como me había tratado, sin razón alguna, les expuse con entusiasmo la causa revolucionaria ofreciéndome yo mismo a ayudarlos.

Pancho era un gallo inteligente. Poseía entre otras virtudes el raro don de la previsión. Inmediatamente empezó a enamorar a una de las camareras del hotel con el propósito de asegurar algunos de sus trajes femeninos. Acostumbraba desaparecer todas las tardes, ya obscureciendo, por la puerta de la cocina, disfrazado de mujer, a fin de tenerme en contacto con la junta revolucionaria. En otros momentos se codeaba con los oficiales del ejército y compinches de Estrada, asistiendo a bailes y divirtiéndose en todas partes con ellos en los varios clubes y casinos de la ciudad. El más pequeño desliz de mi parte hubiera significado la muerte instantánea, tanto para Pancho como para mí. Tenía que ser cauteloso en extremo. Renovaba mi viejo juego: jugarme la vida en una sola carta.

Finalmente, llegó el gran día. La bomba para la sexta avenida ya estaba lista. La carga de dinamita o nitroglicerina, no recuerdo qué, había sido debidamente colocada... Miles de curiosos turistas de ambos sexos se amotinaban en las estrechas aceras de la vía pública para ver al Presidente que seguido por un grupo de policías armados, venía a lo largo de la avenida en el carruaje del estado. Orgulloso como un pavorreal, pasó sobre la bomba —sin que sufriera explosión alguna—. Nuestro plan había fracasado. Alguien nos había vendido o alguna cosa había marchado mal, terriblemente mal, porque inmediatamente que el carruaje del Presidente pasó, observé que una escuadra de la policía secreta arrastraba a cuatro de nuestros compañeros conspiradores cerca de una casa, al otro lado de la calle, donde la bomba debía haber explotado. En una palabra, nuestro golpe había fallado. En menos de una hora, aquellos pobres miserables revelarían, bajo tortura, nuestros nombres.

Previendo todo esto, el hermano Pancho había hecho ensillar un par de finos caballos, listos en las afueras de la ciudad. Así, inmediatamente después del fracaso de la bomba, él y yo cabalgaríamos a gran velocidad a través del laberinto de las estrechas calles en dirección a las montañas. Media hora después, mientras las sombras de la noche iban cayendo lentamente sobre las lóbregas hondonadas del rugiente volcán de Santa María, siempre con Pancho, y precedidos de un hábil explorador —otro infortunado hermano revolucionario— íbamos galopando locamente a través de la costa del Pacífico, donde finalmente alcanzamos después de dos días los pantanosos caminos de la selva del cinturón forestal de tierra baja.

Tan pronto como sorbimos un trago de café y devoramos un plátano asado, saltamos a un barco de pesca que cambiamos por nuestros caballos. Al cabo de una semana un ventarrón amigo nos empujaba cerca del muelle de la Unión, en la república de El Salvador.

Recordando que nuestro viaje a Centro América no había sido con el propósito de volar al Presidente Estrada, sino con el fin de lograr algunas armas y municiones para nuestra proyectada revolución a Venezuela, Pancho y yo nos afeitamos, nos vestimos decentemente y tomamos pasaje en un vapor para Corinto. De allí proseguimos a Managua, capital de Nicaragua, donde fui muy bien recibido por el presidente Zelaya. Regia acogida. Nuestra escapada a Guatemala y el hecho de que formaba parte de la Unión Central Americana, la que hizo presidente a Zelaya, me abrió plenamente su corazón. Me trató como a un príncipe, prometiéndome todo lo necesario en material bélico para luchar contra Cipriano Castro.

Mi misión era coronada con éxito. Todo lo que tenía que hacer era retornar a Santo Domingo, fletar un par de goletas e ir a Nicaragua a *conseguir las mercancías*.

Después de cambiar saludos con Zelaya, a quien nunca vi después, partí con Pancho para Greytown, cerca de la desembocadura del río San Juan, donde nos embarcamos en un vapor para Puerto Limón, Costa Rica. Luego

de una apacible semana regresábamos sanos y salvos a Santo Domingo donde nuestros compañeros estaban ansiosos esperándonos. Allí también recibí un comunicado del doctor Rangel Garbiras, donde me ordenaba retornar a Venezuela inmediatamente, para tomar parte en el gran golpe que nuestro partido nacionalista ya había iniciado contra el ejército de Cipriano Castro, cerca de la frontera colombiana, en la península de la Goajira.

En la segunda noche después de mi retorno a Santo Domingo mientras estaba entregado a profundos pensamientos —porque el cable del doctor Rangel Garbiras, ordenando mi retorno a Venezuela no me permitía ir a Nicaragua a verificar las armas y municiones que el presidente Zelaya me había prometido— Pancho vino hacia mí y deslizó a mi oído:

—Los muchachos han encontrado justo las cosas que necesitamos. Mejor es que te vayas a la cueva y converses con ellos.

Intrigado por este misterioso mensaje, me apresuré a correr hacia el muelle, crucé el río Ozama en un bote y diez minutos después cumplía mi cita con mis fieles y rebeldes muchachos venezolanos, quienes venían hacia mí empuñando el ancla de una pequeña goleta llamada *La Libertad*. Se suponía que a la mañana siguiente saliera en lastre para San Pedro de Macoris. A solo doscientas yardas de nuestra cueva, podía ser fácilmente alcanzada por la estrecha vereda silvestre que llevaba a la playa. La goleta pertenecía a un vigoroso negro de Puerto Príncipe, el capitán Bibelot, amigo nuestro.

Su bebida favorita era *tafia*, cierto ron nacional de Haití. Hubiera caminado una milla solo para aspirarlo. Dos para tomarse un trago. Mis copartidarios eran muy vivos. Adivinaron su debilidad. Consiguieron dos o tres galones de la desagradable bebida, más una libra de bacalao crudo salado, con el propósito de servirlo como almuerzo informal durante el party o coctel, con *tafia*, que proyectaban dar aquel mediodía en honor del capitán Bibelot. Dos de ellos se alistaron ante el capitán como marineros del futuro viaje, el tercero era un muchacho dominicano que podía muy bien ser sacado del grupo. Querer es poder.

Aquel mediodía Pancho metía de contrabando mi equipaje al otro lado del río y lo ocultaba en el barco tomado. Hacia el atardecer, cuando varios de nuestros muchachos estuvieron seguros que el capitán Bibelot estaba alucinado con su tafia y sus bocaditos de bacalao salado crudo, lo que parecía saborear inmensamente a juzgar por el modo como volteaba los llameantes ojos de su rostro de ébano, el resto de nuestra pandilla cargó a bordo de *La Libertad*, los rifles, municiones, hamacas y provisiones para varias semanas. Ya al amanecer, cuando el sol se levantó majestuosamente sobre el horizonte y el capitán Bibelot despertó en su camarote con la cabeza tan grande como una catedral, la goleta, con la bandera venezolana flameando orgullosamente en el mástil principal, fue dirigida al sur, hacia la península de La Goajira, adonde esperábamos llegar más o menos en una semana.

Durante el almuerzo, ofrecimos al capitán Bibelot ochocientos dólares como primera mensualidad por el alquiler de su barco. Rehusó de momento el dinero, alegando que él también era patriota — patriota haitiano— y que realizaba aquella hazaña en tiempo de guerra, etc. Tanto insistimos que finalmente aceptó quinientos dólares y el resonante y pomposo título de capitán del rebelde *Crucero Venezolano La Libertad*. En resumen, el capitán Bibelot se volvió uno de nosotros, un verdadero revolucionario, fiel a nuestra causa hasta el amargo final.

De acuerdo con el viejo proverbio, el hombre propone, Dios dispone y el diablo descompone, el show vino después y muy bien representado. En este caso la parte del diablo la estaba jugando un holandés-alemán de nombre Van Dussen, que vivía en Santo Domingo y cuya principal ocupación consistía en espiarnos. Parecía muy exaltado con lo que había oído sobre la misteriosa desaparición de *La Libertad* y nuestra pandilla. Él estaba seguro de que Castro le pagaría muy bien por esta información.

Inmediatamente cablegrafió todos los detalles a Caracas. No tardó Castro en despachar dos barcos armados a paso redoblado para emboscarnos a la entrada del Lago de Maracaibo, donde se suponía nuestro arribo. Fuimos informados

de todo ello en alta mar por el capitán de una goleta venezolana en ruta hacia Panamá. También nos advirtió que el castillo, o fortaleza de San Carlos, a la entrada del Saco de Maracaibo, había sido reforzado recientemente. Nos encontrábamos pues en serios apuros. Después de haber dejado Santo Domingo, habíamos decidido atacar dicha fortaleza por sorpresa, esperanzados de que la guarnición se rebelara y se viniera con nosotros. En aquellos momentos cada cosa dependía de si un hombre quería o no afrontar una oportunidad.

Después de algunos días de cautelosas maniobras, porque los barcos venezolanos estaban casi en nuestras narices, decidimos atracar cerca de un nido de contrabandistas en la playa, al este de la península de la Goajira. Tan pronto como echamos ancla no tardó en aparecer en el horizonte una delgada espiral gris que nos hizo buscar refugio. A través de los espesos manglares de la ensenada, o baja laguna, tras los cuales nos escondimos, pudimos avizorar la extensión azul del mar Caribe, que se extendía a través del horizonte. Finalmente, después de una hora de angustioso suspenso, vimos la delgada cresta de humo de un buque de guerra venezolano —nos convencimos que se trataba de un veloz barco de guerra— esfumándose más y más hasta que finalmente se borró del horizonte.

Entrada la noche izamos nuestras velas. Empezamos tímidamente a bordear el litoral bañado por la luna, hasta que de madrugada echamos ancla una vez más, ahora en un lugar resguardado dentro de un promontorio de rocas que se levantaba peligroso y sombrío cerca de un valle solitario. Los numerosos bancos de arena y arrecifes de coral que limitaban la entrada a la pequeña ensenada hacían casi imposible que pudiéramos ser vistos, a lo menos desde el mar. También ofrecían un poderoso obstáculo en caso de que los buques venezolanos armados nos hubiesen atacado o bombardeado, mientras teníamos el ancla echada.

Allí dejé nuestra goleta a cargo del comandante Bibelot, con cinco de nuestros hombres, mientras que con mis otros veinticinco bravos muchachos, intentaba cruzar el país en dirección a Carazúa, donde, según el explorador

indígena que habíamos capturado aquella misma mañana, se esperaba que en cualquier momento surgiera una gran batalla entre las fuerzas del gobierno y los nacionalistas rebeldes que habían empezado a coger presos por aquellos alrededores y aumentaban en número considerable.

Debo también mencionar que Carazúa no era el nombre de una ciudad ni de un caserío, sino el único lugar donde había agua dentro de un radio de cinco millas a la redonda y por lo tanto el punto vital, clave de la situación en esta parte de nuestro frente occidental.

Tan pronto como abandonamos el cinturón de manglares que aprisiona las playas pantanosas de la ensenada, cubierta de maleza, cactus y mimosas, única vegetación de aquel desierto olvidado de la mano de Dios, comenzaron a desgarrarse nuestros trajes en pedazos haciéndonos sufrir considerablemente. El indio capturado nos contó que la mayoría de las tribus goajiras a lo largo del litoral y en el interior de la península estaban del lado de Castro. Su gobierno los había equipado con modernos rifles de repetición y considerables sumas de dinero. Aquellos goajiros eran espléndidos jinetes. He visto rara vez ante mis ojos animales tan ágiles y tan veloces, tan bien montados como aquellas jacas indias. Los cabalgué también varias veces en la seca región de la costa y en aquellos terrenos pantanosos y selváticos de los hatos del Apure y del Arauca. Algunos de estos caballos —no todos, por supuesto— representan, según creo, la línea más directa de la raza de corceles árabes, de la pura casta original de los ibero-árabes que trajeron los conquistadores de España a principios del siglo dieciséis.

Antes de nuestra partida me propuse examinar a fondo al indio que había caído en nuestras manos. Era un muchacho de diecisiete años. Uno de los oficiales que acompañaba a Dávila le había ofrecido cinco dólares en plata venezolana o sea cinco fuertes, si le llevaba una carta a Maracaibo. Poco le importaba al mensajero el contenido de aquella carta. Lo que quería era sus cinco fuertes. Naturalmente, cuando le ofrecí cinco dólares por día y uno de nuestros rifles, si nos llevaba a Carazúa, aceptó encantado y se unió a nosotros sin demora. Era un buen guía y un espléndido explorador.

Alrededor del mediodía se detuvo repentinamente para enseñarnos con su brazo extendido hacia el occidente un remolino de arena que se levantaba lentamente a lo largo del polvoriento horizonte. Inmediatamente nos achatamos contra espesos cactus y mantuvimos nuestros ojos fijos en aquel lugar que Gabriel, nuestro guía, nos había señalado. Al principio no vimos nada particular pero cuando el montículo de arena picante fue creciendo hasta tornarse más oscuro y más espeso, distinguimos fielmente varios puntos rojos que se movían lentamente sobre la polvorosa planicie en dirección al sur. Se trataba de uno de los tantos destacamentos de indios goajiros pagados por Castro, que Gabriel había mencionado.

Afortunadamente el viento soplaba en nuestra dirección. Sus jacas no pudieron husmearnos, pues sin duda alguna hubiesen relinchado de un modo particular —sistema enseñado por los indios cada vez que olieran un cristiano o una persona civilizada—. Gracias al ojo de águila de Gabriel que oportunamente había divisado los goajiros y gracias también al hecho de que íbamos a pie, podíamos evaporarnos fácilmente y escapar a su vigilancia.

Cuando el crepúsculo púrpura se desvaneció finalmente en el horizonte y los bosquejos de una hilera de desnudas montañas surgieron rígidas y silenciosas bajo el cielo estrellado, llamé a Gabriel y le extraje toda la información que pude. Me contó que las fuerzas del gobierno estaban comandadas por el general José Antonio Dávila, de quien se decía era el más capacitado y valiente de los generales de Castro, el que había capturado dos años antes al famoso Mocho Hernández. Detestaba yo la idea de pelear contra Dávila, de quien era amigo personal. No podía sin embargo impedirlo, porque *la guerre c'est la guerre*.

A la siguiente mañana, después de vagar cerca de dos horas entre el laberinto de áridas colinas y planicies solitarias cubiertas de seca y achaparrada vegetación, refugio solo de serpientes, repentinamente avistamos una estela polvorienta que se deshizo ante nosotros perdiéndose en el horizonte como una interminable cinta anaranjada. Nos acercábamos a nuestra meta más pronto de

lo que habíamos soñado. De acuerdo a lo que Gabriel nos había dicho aquello era el brazo principal del río Hacha que va directamente a Carazúa. Alrededor del mediodía, mientras gozábamos del descanso sumidos en una profunda hondonada y tomábamos un trago de agua tibia en nuestra cantina de piel de cabra, nuestro centinela nos silbó suavemente señalándonos un punto hacia el este. Como treinta goajiros a caballo, con frazadas de lana carmesí hasta la cintura y relucientes máuseres ceñidos a lo largo de sus enjalmas, venían directamente hacia nosotros.

Repentinamente uno de sus caballos relinchó. Los indios se miraron comprensivamente, dispersándose en varios grupos, pero continuando en avance hacia nosotros, con sus armas listas. Tan pronto cruzaron nuestro camino se dieron cuenta que éramos tan fuertes como ellos. Al sabernos cristianos se contuvieron momentáneamente, sin atacarnos. Bajo estas circunstancias, consideraron prudente tal vez discutir el asunto. O al menos saber quiénes eran sus contendores.

Después que los goajiros avanzaron a unos cien pasos de nosotros, el jefe se desplazó solo, hasta cierta distancia. Repentinamente sostuvo las riendas de su potro y exclamó en alta voz que deseaba hablarle al general, cortesía que naturalmente yo no podía desperdiciar. Era como saltar violentamente de nuestra depresión. Desde el momento que notó mi ademán atrevido se dio cuenta que era un revolucionario. Caracoleó su potro, desapareciendo entre un gruñido y una nube de polvo.

Tan pronto se unió a sus compañeros empezaron todos a dar largos alaridos, a circular alrededor nuestro, de derecha a izquierda, a galope tendido. El pie y la mano izquierda colgando de sus cabalgaduras. Sus cuerpos achatados contra la banda de estribor de sus robustos caballos de raza. La mano derecha manejando el fuego de sus carabinas. Asombrado miraba a Gabriel, nuestro indio explorador. En vez de tratar de escapar los acribillaba violenta y casi placenteramente. Aquellos indios sin duda alguna sabían montar y pelear. Me parece verlos todavía sobre sus caballos relinchando alrededor de nosotros, aullantes

como una loca secta de histéricos derviches. Nuestros hombres contestaban disparo por disparo. Sobre la tostada planicie los azafranados y clamorosos demonios de la arena continuaban delirantes, dando vueltas y vueltas, como si bailaran al rítmico rechinar de nuestros ladradores rifles. Pude presenciar una vez algo semejante durante la guerra mundial, cuando una banda de salvajes de la tribu de Shammar Arab mantuvo a mi escolta de soldados turcos acorralados en una depresión similar cerca de Auenat, en los desiertos al norte de Mesopotamia.

Cuando los goajiros se cansaron de galopar y galopar en torno nuestro, perdiendo sus municiones, huyeron por el mismo lugar que vinieron. Tras de ellos dejaron ocho guerreros muertos y dos heridos. Tres caballos agonizantes. Dos maltratados, y cinco ilesos, que prefirieron permanecer allí, al lado de sus amos caídos. Tomando ventaja de la obscuridad y de la violenta retirada de los goajiros, vagamos durante toda la noche atrincherándonos en un vallecito, listos a dar a los indios otra cálida y similar acogida si trataban de atacarnos de nuevo. Como no aparecieron, probablemente porque fueron a avisar a su jefe el general Dávila nuestra peligrosa cercanía, continuamos nuestra marcha hacia el mediodía, ya reconfortados con cinco horas de descanso.

Justo, antes de la madrugada, llegamos a nuestro destino, cuando las cosas en Carazúa marchaban bastante bien. Con mis credenciales como representante del doctor Rangel Garbiras me presenté ante el general Ortega, quien me recibió inmediatamente, cortesía que agradecí mucho, pues él también era un buen oficial del ejército, y de los mejores. Desgraciadamente aquel mismo día fue alcanzado por una bala, muriendo una semana después. Él me informó de los últimos acontecimientos en los andes, así como sobre la Revolución Libertadora, fraguada por la Bermúdez Asphalt Company.

Mientras Ortega estaba contándome una serie de cosas interesantes, la guerra estaba creciendo en intensidad cerca de nosotros. El general Dávila probaba que era un valiente soldado. Continuaba peleando como un león, al frente de las fuerzas del gobierno, sin el apoyo de los partidos. Sus fuerzas habían

avanzado resueltamente hacia el caño de Sinamaica, dispuesto a derrotar a Ortega desde su base, que era la provincia de Santa Marta, en la extremidad noroeste de Colombia.

Dávila al descubrir que Ortega había tomado fuertes posiciones alrededor de la laguna de Carazúa, retrocedió inmediatamente manteniéndose listo a cualquier precio para empujar fuera al ejército rebelde, proponiéndose flanquear su ala derecha, si se aventuraba a seguir adelante.

Luego de desplegar fuerzas sus soldados para formar una línea de batalla provisional, Dávila ordenó a su artillería que abriera fuego contra los espesos matorrales circundantes, donde nuestros hombres estaban atrincherados. Aquel tiroteo fue lo que escuchamos la noche anterior y lo que seguimos escuchando hasta la madrugada, cuando en realidad empezó la batalla.

Después de mi primer encuentro con Ortega nos ocupamos en colocar nuestras tropas en posiciones estratégicas, o sea, en trincheras, donde pudiéramos neutralizar lo mejor posible el fuego asesino de la artillería de Dávila que nos estaba causando bastantes pérdidas. Los alrededores de la selva y de los matorrales estaban envueltos en fuego por las explosiones de los proyectiles. Hordas de pequeños monos surgieron del monte por motivo del disturbio y del ruido de nuestros rifles. Se mantenían mirándonos y farfullando a una prudente distancia hasta que el estampido de una metralla cerca de ellos los dispersó y salieron en todas direcciones, semejantes a murciélagos. Ocasionalmente, brillantes y enormes mariposas rondaban aturcidas sobre la horripilante laguna, en donde pausadamente flotaban cadáveres sobre los bancos de pantano semejantes a flamantes joyas. Yo montaba un magnífico garañón goajiro que había capturado durante nuestra batalla con los bravos indios. Era un hermoso alazán, con la peculiar Cruz de San Andrés incrustada en sus ancas, característica en todos los caballos goajiros. Cuando Pancho trató de montar lo el caballo hizo un movimiento como para lanzarlo de cabeza —maniobra enseñada por los indios— el cual seguramente lo hubiese matado, si no llegó a tiempo y lo echo atrás con un fuerte latigazo. El hecho es que Pancho no

conocía el truco. Se había montado al revés, por la izquierda, mientras que los caballos salvajes indios son siempre montados por la derecha. Después que el pony se quedó quieto lo monté a su manera. Trotó dócilmente y hasta restregó su hocico en mi rodilla.

Durante las primeras horas de la mañana la batalla fue dirigida severamente con buen juicio. Pero desde el minuto que el sol apareció en el horizonte y cayó como un horno sobre nuestras cabezas, el combate degeneró en una horrible rebatiña de muerte contra vida. Me tocó a mí el desempeño del comando del ala derecha que era la más expuesta por la proximidad del caño de Sinamaica donde se esperaban considerables refuerzos del gobierno aquel mismo día. Un espía que habíamos capturado aquella mañana finalmente confesó que dichos refuerzos ya estaban en camino. Nuestra situación era crítica. Debíamos inventar algo. Rápido. Si no queríamos quedar envueltos entre el centro enemigo y su ala derecha. Fuera de mis veinticinco primeros compañeros yo dirigía un considerable número de compatriotas. Macheteros de los andes, montañeses sin miedo, que preferían batirse con el frío acero, descuartizando al enemigo. Cuando les impartía mis órdenes militares, se terciaban sus rifles sobre sus hombros y avanzaban como un ejército de jabalíes con sus largas afiladas peinillas. Terribles armas capaces de abatir de un solo golpe el cañón de una escopeta.

Fuimos los primeros en abrir fuego contra la trinchera enemiga mientras los varios cañones de Dávila que habían estado bombardeando los bancos de la laguna, eran apuntados directamente frente a nosotros. Nuestra posición se iba tornando peor cada hora. No solo por aquellos bombardeos, que nos causaban tantos descalabros, sino también a causa de los refuerzos enemigos que se precipitarían de un momento a otro en nuestro flanco izquierdo. El hecho importante era que mis hombres habían tomado el terreno. Finalmente, cuando vi que las cosas no marchaban, ordené una carga de machete. Mi mandato fue recibido con gritos de júbilo, especialmente por nuestros andinos.

Siendo yo un hombre de los andes nada más natural que dirigiese el ataque. Me bajé del caballo, escupí mi cigarro y grité bien alto *¡viva la revolución!*

Irrumpí violentamente al frente de mis hombres, contra las trincheras enemigas, mientras los gobiernistas se apresuraban a recargar sus armas.

¡Chocamos! Nunca olvidaré aquel terrible forcejeo que degeneró en el más dantesco espectáculo ante mis ojos, semejante a una pesadilla. Las cargas de machete, una tras otra, desgarraban los cuerpos sin aliento, separaban los miembros, mutilándolos en cientos de pedazos, pues si los macheteros de Dávila eran muy valientes no superaban a los nuestros.

El aire seguía aullando constantemente por la boca del cañón. El fuego de los rifles crecía más y más, como las maldiciones y lamentos de miles de hombres que continuaban combatiendo a pesar de sus miembros mutilados, con la punta de las bayonetas, vomitando fuego por la escopeta de seis tiros o reclavando agonizantes las brillantes peinillas húmedas de sangre. Mientras tanto los heridos, convertidos en quejumbrosos lamentos, algunas veces luchando o maldiciendo, se arrastraban entre montones de cadáveres en vano esfuerzo por alcanzar la laguna. Locos de sed.

Solo aquel que hubiese observado alguna vez la muerte en el corazón de la selva, bajo los rayos de un intenso sol tropical, sin agua, sin alimentos, sin asistencia médica de ninguna naturaleza, puede comprender el macabro panorama que mis ojos vieron en Carazúa.

Entrada la noche el fuego terminó en ambos lados para bien de todos. Cuando se oyó la orden de ¡cesen fuego! amigos y enemigos salimos como fantasmas huyendo de aquella nauseabunda y pestilente laguna, de aguas sanguinolentas, mientras nuestra bandera venezolana acariciada por el viento nocturno temblaba ligeramente sobre el campo de batalla. Un majestuoso silencio trágico se colmaba del leve estremecimiento de los heridos.

Nuestras pérdidas habían sido grandes, e igualmente las del bando contrario. La aurora extendió de nuevo sus alas en la somnolienta selva. Tanto las fuerzas del gobierno como las rebeldes dimos la espalda a la laguna y retornamos a nuestra primera posición. En cuanto a mi persona, estirado sobre una camilla con una herida de bayoneta en una de mis piernas, rodeado de algunos pocos

sobrevivientes compañeros, luchaba por abrirme paso entre las merodeadoras tribus goajiras. Sobre la costa, me hice a la vela para Santo Domingo en busca de tratamiento médico y descanso mental.

II DÍAS A LA ORILLA DE MÉXICO

Después de la desastrosa batalla de Carazúa, mis pocos compañeros de armas y yo zarpamos apilonados en nuestra pequeña goleta La Libertad hacia Santo Domingo. Yo iba acostado sobre un colchón, tendido en el puente, escalofriante de fiebre. Mi pierna derecha estaba descomunadamente hinchada, debido al golpe de bayoneta sufrido. Un cielo turquesa resplandecía generosamente sobre mi pequeña pandilla de bravos y el capitán Bibelot, nuestro fiel aliado haitiano. Todos solícitos a mi alrededor me contaban anécdotas e historietas para distraerme, mientras nuestro crucero revolucionario, ahora reducido a su más humilde categoría de costanero haitiano, se mantenía equilibradamente sobre las olas del Caribe.

De cuando en cuando nuestro capitán de rostro azabache, Monsieur Bibelot, deseando verme alegre me animaba con su palabra: “No se me acobarde, mon General, por esa fiebre. Lo único lamentable es que los mosquitos que lo picarán a usted quedarán envenenados”.

A pesar de todas sus bromas divertidas y estimulantes, me sentía bastante deprimido. Iba embarcado hacia un sombrío futuro, aunque posiblemente interesante; iba hacia un voluntario destierro que iba a durar muchos, muchos años, porque había jugado y había perdido. No obstante, me había hecho el propósito de ser un buen perdedor. No pensé nunca desquitarme con una

juventud dorada de frivolidad, seguiría más bien el camino de los muertos, olvidándome que no era apto para cualquier otra cosa que no fuera ganarme la vida con la habilidad de mi espada. Como un verdadero caballero andante.

Esta fue la segunda vez que tuve que tomar una resolución en grande. La primera la tomé en París cuando pasé allí seis infortunados meses en traje de etiqueta y sombrero de copa. En aquel tiempo, como después de la batalla de Carazúa, me sentí poseído de una indescriptible soledad y melancolía que han estado importunándome desde entonces. Empecé a mirar con desgano, casi con remordimiento, la clase de vida que llevaba. La ambición estaba ya aprisionando mi corazón con su garra de hierro. Me sentía intranquilo. A cualquier precio necesitaba volverme soldado o estudiante.

Veía ya mi fulgurante armadura. Veía las blancas velas, tremolando silenciosamente en la azul lejanía, rumbo al continente iberoamericano en cuyas doradas playas, verdes y potentes olas golpeaban constantemente sobre mi corazón, rompiéndose como una deslumbrante cinta. Surgía la visión de la Castilla de Oro con sus blancas torres silenciosas, con sus tintineantes campanarios de plata.

Escuchaba el rugido de los leopardos en el corazón de la selva africana, el retumbar del cañón sobre los mares de la China. El apesadumbrado aullar de la jauría sobre las eternas nieves del norte helado. Vislumbraba la estatua aurífera de Buda sonriéndole enigmáticamente a la eternidad.

Nunca olvidaré mientras viva aquellas solitarias noches de Bruselas, donde me fui a enterrar por un tiempo, curvado sobre los libros, preparándome a la gran tragedia de mi vida. Como casi siempre acontece, si la ambición se apoya en la tradición, se sale adelante.

Después de algunas desagradables experiencias tanto en Haití como en Honduras, me fui a México con el deseo sobrehumano de morir en paz. Morir si fuese posible de muerte natural, para ser recogido por enterradores y no propiamente por buitres. Sin descartar el triunfo de satisfacción que podía yo proporcionar a las aves de rapiña, no podía entender y menos soportar

la desenfadada manera en que yo vagaba en el Caribe, de lo que estaba algo engréido. No podía soportar la idea de servir de simple aperitivo a aquellos gavilanes fofos de grasa. Mucho tiempo habría de tomarles para constituirme en su carnada. Era yo un hueso muy duro de roer.

Estaba pesando noventa libras. La malaria que contraí en la Goajira había consumido mi cuerpo, reducido escasamente a piel y hueso. Con ictericia, con un estómago perdido y para colmo esgarrando sangre. Mejor dicho, era un cadáver ambulante. A pesar de todo, había continuado por espacio de dos años, luchando y peleando en aquellas condiciones, bajo los abrasadores rayos del sol tropical. Sin alimento, crucificado por torrenciales aguaceros, mi cuerpo a la deriva, sumergido en pantanos de la selva o en ríos con el agua hasta el cuello durante horas y horas. Rodeado de serpientes, caimanes, tembladores, peces caníbales y otras sabandijas y venenosos gusanos. Torturado por mosquitos, escorpiones, tarántulas, ciempiés y Dios sabe qué otra variedad de reptiles. En síntesis, había bajado al infierno y había quedado vivo para contar la historia. ¿Pero de qué manera? Sacrificando la mitad de mis alas y para el tiempo de mi llegada a México mi humanidad colgaría como un trapo mojado probablemente de la elevada rama de un árbol, porque el Presidente Estrada Cabrera, de Guatemala había puesto precio a mi cabeza. Nogales, el jaguar solitario, empezaba a ascender por sus elevadizos nervios dictatoriales. Era por lo que intentaba buscar entre todos los lugares del mundo la paz de México. Me parecía México el mejor refugio para mis averiados huesos en aquellos momentos, especialmente desde que había sabido el disgusto surgido entre Estrada Cabrera y Porfirio Díaz.

Al saber mi llegada, Díaz no solo me perdonó el haber dormido con una carga de rifles y municiones bajo los cañones de su Crucero Sonora, fuera de la Isla Cozumel, o el haber escapado a Honduras en nuestra goleta La Rosa, sino que me invitó a visitarlo en el Palacio Nacional.

La invitación la acepté, guardando cierta reserva mental. El viejo Porfirio era hombre peligroso, tan sentimental y tan de buen corazón como la madre de

cualquiera de ustedes. Pero, duro como el hierro, hubiera derramado lágrimas mientras contaba la muerte de su más querido amigo como una lamentable necesidad que había tenido que cumplir de mala gana su escuadrón de fuego.

Lo encontré en palacio, desparramado como una araña sobre una ancha poltrona, toda forrada en terciopelo. Estaba estratégicamente colocado entre dos ventanales, recostado al muro, mientras la enorme águila dorada mexicana colgaba suspendida sobre su cabeza.

Muy políticamente me indujo a mover mi silla hacia la claridad, donde presumí iba a ser estudiado cada gesto de mi rostro, mientras él permanecía en un fondo contraluz, detrás del resplandor de los cristales. Pude colegir que me estaba observando minuciosamente. A su vez buscaba las palabras con las que deseaba conducir la conversación. Luego me dirigió unas amables frases sobre mi salud, deseándome que el clima de México me restaurase. Parecía estar muy bien informado sobre mis recientes hazañas en el Caribe, que consideraba plenas de éxito. Terminó por pedirme que me uniera a su ejército, pues debido únicamente a sus esfuerzos, México iba a grandes pasos hacia un brillante futuro ¡iba hacia el sol! Si hubiera sabido lo que el destino le tenía reservado, seguramente hubiese hecho sus maletas para Europa en un santiamén. A cualquier precio su oferta no era como para deslumbrarme. El era bastante astuto para saberlo mejor que yo. Así que políticamente recalqué que, no obstante mi vehemente deseo de estar a su servicio, no podía de ninguna manera aceptar la comisión de coronel del ejército mexicano, que tan generosamente me ofrecía, a causa de mi deplorable salud. Inmediatamente él observó que tomando como hecho evidente tal circunstancia ya había telegrafado al general Boyes, gobernador de Nueva Luzón, anunciándole mi llegada y pidiéndole hacer todo lo posible en favor mío, mientras permaneciera bajo su jurisdicción. Don Porfirio era de opinión que el clima seco me restablecería en pocos meses, tiempo más que suficiente para devolverme sano y salvo.

En eso no le faltaba razón. Tan pronto llegué a Nueva Luzón y el general Boyes me recibió a cuerpo de rey, mi salud quebrantada empezó rápidamente

a mejorar. Después de una o dos semanas aquellas fiebres pantanosas unidas a la ictericia que me estaba consumiéndome, habían desaparecido. En un mes ya estaba restablecido. Podía montar a caballo, enlazar un toro. Y volvía a ser el mismo viejo jinete.

En compañía de los rurales del general Boyes (gendarmería montada mexicana) cruzaba las llanuras esparcidas de cactus, vestido de ranchero. Sombrero de ala grande, pantalones de cuero estilo charro, espuelas de plata, pesado cinturón con cartucheras, revólveres de seis tiros y un machete.

Me gustaba acariciar el rudo látigo que colgaba de mi achatada silla de montar mientras escuchaba el ruido seco de mis espuelas y una nube de polvo se levantaba sobre la llanura tostada de sol, o sobre la brillante superficie de los distantes bajíos alcalinos.

El proceso de transformación del snob teniente de Nogales, miembro del Club de Algonquín de Boston, a Nevada Méndez (como viene a ser conocido después) estaba caminando a grandes pasos.

Pasadas las vacaciones, el general Boyes me llamó una noche para decirme que tenía una misión confidencial muy importante para mí. Quería que yo trajera de El Paso cierto número de cajas conteniendo dinamita y otros explosivos destinados a carreteras, que el gobierno, por ciertas privadas razones, había ordenado esconder en un rancho. Debido al calor y naturaleza peligrosa de la carga, mi escolta y yo teníamos que viajar de noche. Boyes me aconsejaba disparar contra todo aquel que se nos aproximara o se nos interpusiera en nuestra marcha. De acuerdo a informes recibidos de México, una banda de criminales disfrazados de rurales azotaba los estados fronterizos. Podían arrebatar nos la dinamita para tener con qué volar trenes, puentes, pueblos.

Todo aquello me venía de perlas. En menos de una semana seguía la línea norte, al frente de catorce bien equipados charros, galopando en la obscuridad. El objeto de nuestro viaje se mantendría secreto, de acuerdo con las instrucciones, aun para los rurales y autoridades mexicanas de la frontera. Por

lo tanto, viajaríamos solamente de noche. Durante el día descansábamos a la cabecera de los arroyos o en los desfiladeros protegidos por rocas, donde no hubiese la más leve sospecha de descubrir nuestro precioso cargamento.

En doce días de viaje nos detuvimos únicamente en dos ranchos, para comprar alimento y hacer descansar nuestros caballos. Cada nube de polvo o remolino de arena que se levantaba en el horizonte nos obligaba a detenernos en nuestro camino y a ocultar nuestros caballos en la más próxima hondonada. Estaba resuelto a desafiar cualquier tiroteo. A pasar la frontera de Estados Unidos, costara lo que costara. Si caíamos en manos de los bandidos hubiese significado la muerte segura y ciertamente el fracaso. Me había hecho el propósito de triunfar.

Una de las haciendas en que nos detuvimos fue la del gobernador Cachazas, en Chihuahua, un hombre muy rico. Era el dueño de cientos de miles de cabezas de ganado. Un verdadero Cresco. Tenía fama de haber amasado su fortuna explotando el pueblo de los estados circunvecinos. Durante los muchos años que Díaz permaneció en el poder el gobernador Cachazas tomó ventaja de su influencia política para engrosar sus miles de rebaños provistos de vacas, carneros, caballos, etc. Los detectives de Don Porfirio, los rurales, siempre estaban listos para darle una manita. Nunca tuvo por ello dificultades, en arrasar a Chihuahua en su propio provecho. De igual manera, tan pronto como las revoluciones de Flores Magón y Madero estuvieron en camino, siete años después, cada líder rebelde, tomando desde Pancho Villa hacia arriba o abajo, se consideraba autorizado a confiscar el famoso ganado de Cachazas. De acuerdo a la opinión pública aquellas reses habían sido adquiridas a expensas del pueblo mexicano.

Cuando llegamos al rancho de la Candelaria, se celebraba una de las famosas orgías organizadas por Toribio, el heredero de Cachazas. Toneles de tequila, cajas de champaña, terneras enteras asadas y damas de todos los matices estaban allí para divertirnos. Las más bonitas muchachas de los ranchos vecinos siempre eran invitadas a las parrandas de Toribio. Algunas venían de no muy

buena gana, desde que supieron por experiencia o de oídas en qué terminaban dichas orgías. Pero siempre reincidían. Aquellas fiestas, que duraban a veces una semana, habían hecho famoso a Toribio. Algunos viejos del lugar comentaban que el gobernador había sido también un tamal caliente durante su juventud.

Inmediatamente después de nuestra llegada fuimos abordados por docenas de invitados que estaban celebrando el cumpleaños de Toribio. Como el rancho había sido declarado salvo por el general Boyes y nadie parecía estar interesado en saber de dónde veníamos y hacia dónde íbamos, acepté la invitación de Toribio para unirnos a su fiesta por una noche. Especialmente cuando una encantadora señorita, vestida color de rosa y con un clavel rojo sobre sus cabellos negros como ala de cuervo, me clavó los ojos y dejó caer descuidadamente su pañuelo dándome tiempo a desmontarme de mi caballo y recogerlo en una rápida inclinación.

Mi agradable encuentro con doña Inés me mantuvo tres días en la parranda de Toribio, bebiendo y divirtiéndome de lo lindo. En la tercera noche ocurrió algo desagradable.

Doña Inés y yo estábamos sentados en la baranda del rancho de la casa entregados a conversar y escuchar los salvajes ruidos que flotaban en el holgorio, formando una ronca música bajo la noche enlunada. De pronto irrumpió un jinete solitario en loca carrera en el patio y haciendo caracolear a su jaca se desmontó entre maldiciones. Violentamente se abrió paso entre la multitud de rancheros que trataba de obstaculizarle el paso. Saltando las escaleras y apuntando su revólver contra mí, ruinmente me gritó: Así pues, ¡es usted...! y procedió. Era el ofendido hermano de doña Inés. Pero su revólver se encascaró como por milagro. Cuando se dio cuenta de que las balas se atascaban y no obedecían al impulso de sus dedos me arrojó el arma a la cara, abriéndome una profunda herida en mi ceja derecha, apelando por su cuchillo. Pero ya había sacado mi revólver de la pistolera y en el momento crítico se lo vació todo entero.

Una semana después cruzábamos Río Grande a pocas millas del Paso Juárez y nos instalábamos en el rancho. La carga de explosivos, disimulada en una espaciosa cueva, cuya entrada había sido hábilmente camuflada, parecía estar segura.

Mientras mis hombres se ocupaban de lazar las bestias de carga y hacían todos los preparativos necesarios para el retorno, me fui con mi ordenanza, José, al vecino pueblo La Esmeralda para explorarlo y ver cómo estaba el camino. Llevaba mi fajo de billetes verdes bien disimulados en una de mis botas de montar cuando entré en la única cantina o taberna de La Esmeralda.

Apenas terminábamos de unirnos a la multitud amotinada en el bar cuando una fuerte voz de mando gritó con familiar acento americano: *¡Manos arriba, muchachos...!* Instantáneamente nuestros brazos se alzaron hacia el cielo porque a juzgar por el tono de la voz, el solitario lobo era digno de respeto. Cuando llegó mi turno de depositar el dinero sobre el aparador, detrás del cual se había atrincherado el bandido enmascarado, pareció mirarme con sorpresa y aplacarse un poco. En lenta y pausada voz me preguntó:

—¿Cómo has llegado a mezclarte con esta parranda de coyotes, chico?

—Por pura casualidad, contesté con voz tranquila. Este pequeño Mex y yo cruzamos la frontera para tomarnos un trago en sociedad, eso es todo.

—Si eso es así, gruñó el hombre armado de dos revólveres, guarda tu plata y sé bienvenido a los Estados Unidos. Y si necesitas más, sácalo de ese montón. Hay suficiente para ambos.

Sin duda alguna es por lo que siempre he amado los desiertos occidentales donde hasta los hombres fuera de ley son caballeros.

Grandes acontecimientos estaban ocurriendo en El Paso cuando llegamos. Una convención de ganaderos, vaqueros y domadores se celebraba en Juárez. La mayoría de los asistentes eran los más conocidos de Arizona, Texas, New México, Chihuahua y Coahuila, reunidos allí con grandes fiestas. Había competencias de rodeo y coleo en ambas ciudades. Juárez, situada al otro lado del río, estaba atestada de extranjeros, turistas, gente nueva muy ocupada en

comprar curiosidades, en comer chile con carne, en fotografiarse por diez centavos en traje de vaquero. Era para morirse de risa mirarlos montarse en las jacas indias.

En esas idas y venidas me volví transitoriamente famoso. Una mañana en que me levanté con la cabeza más grande que un edificio fui informado que había ganado el segundo premio en el concurso de rodeo por mi diestra enlazadura y mi temeridad.

Después de desembriagarme y tonificarme lo suficiente, para realizar donde me encontraba, finalmente recordé de un modo confuso cómo estuve colgado el día anterior de los estribos de mi pequeña jaca mexicana, la tuerta Cristalina, y cómo repentinamente, seguido de una nube de polvo fui lanzado fuertemente contra el suelo. Mientras Cristalina aguzando las orejas y moviendo sus armoniosas ancas como el abanico de un ventilador marcaba una línea recta desde la punta de su cola.

Por lo que me contaron, yo eché bien la soga al animal y tiré de ella como es debido, pero el tirón fue tan fuerte que tanto Cristalina como yo fuimos lanzados al aire como cohetes.

Afortunadamente mi jaca, que era tan serena como un juez, pudo devolverse con velocidad extrema. Siguió tirando pausadamente del lazo mientras yo permanecía a gatas por el suelo arrastrándome hacia el novillo al que le até los pies en un tiempo récord. Cristalina era la ganadora del premio y no yo.

Cuando José y yo retornamos del rancho encontramos todo listo para nuestra partida. Aquella ocurrió la misma noche. En vez de regresar por el mismo camino seguimos la línea de Río Grande, hasta El Paso del Águila con el fin de poder cruzar la frontera en caso de peligro. Nos desviamos hacia el sur y no nos detuvimos hasta que llegamos a Nueva Luzón, donde habíamos ocultado nuestras cuarenta cajas con algo importante, según instrucciones.

Fue entonces cuando José, después de echarme una mirada reveladora, me contó en secreto lo que realmente contenían aquellos bultos. No era dinamita, sino armas, con las que se intentaba hacer una revolución contra

Díaz, organizada por Boyes. José me avisaba por lo tanto muy seriamente, que me evaporase para los Estados Unidos tan pronto como pudiera, si no quería verme envuelto en ese affaire. En pocas palabras, Boyes se había servido cobardemente de mí. Me había colocado inconscientemente en posición de traicionar la confianza del hombre, que por una u otra razón, me había brindado su amistad. El hecho era que Porfirio Díaz había sido muy amable conmigo y yo había pagado su gentileza del modo que no lo haría nunca un caballero o un soldado. Porque, no obstante sus defectos y el ruinoso sistema político que mantenía —sistema contra el que luché años después—, Porfirio Díaz era todo un señor y dentro de su esfera un grande hombre.

En estas circunstancias solo me quedaba un recurso: utilizar a Cristalina hasta la frontera, aunque el esfuerzo le causara la muerte. El general Boyes, tan pronto supiera que yo había huido, necesariamente enviaría sus rurales a perseguirme para colgarme de algún árbol. O probablemente para enterrarme vivo en un nido de hormigas.

Se inició mi época de vaquero. Única época de mi vida que no hubiese cambiado ni por todo el oro y los honores del mundo. Entré en tan honorable profesión en Panhandle, cerca de la cordillera de Sangre de Cristo. Seguí hacia Nevada y Arizona. Del Estado anterior me vino el nombre de Nevada-Méndez. Los vaqueros podían pronunciar mejor este apellido —que era el de mi madre— al de Inchauspe o de Nogales.

Permanecí en el desierto occidental por cierto tiempo llevando la vida de un verdadero *cowboy*. Pero el fatal mandamiento no matarás, de la Sagrada Escritura, estuvo contra mí. Así pasó la cosa.

Tim O'Reilly, mejor conocido como Lanky, era un compañero temerario. Un varón completo desde todos los ángulos. Siempre estaba buscando pleito y habitualmente bebía hasta el exceso. La cacha de su revólver tenía varias muescas, las únicas que pude ver durante mi vida de vaquero, porque dichas muescas —*dispararle a alguien desde la cadera y pegarle a un hombre en el*

entrecejo— son términos que pertenecen casi al reino del mito. Al menos en lo que concierne a los tiempos de los antiguos vaqueros.

Sin duda alguna que Lanky era un vaquero en toda la regla. No había ninguno más hábil por millas alrededor cuando había que disolver una estampida. Entonces todos teníamos que descubrirnos ante él. Durante aquellas noches tormentosas cuando el trueno iba rodando como una bola de fuego sobre el tenebroso desierto, y la vacada formando un estrépito huía aterrorizada cual ola de una marea en aquel fosforescente camino abierto, pleno de bramidos, fantásticamente iluminado por el súbito relámpago, allí era que Lanky demostraba su proeza de vagabundear. Echaba tiros al aire con un revólver de seis balas en cada mano y desaparecía en su mustango pinto, dominando la dispersa manada desde el terrible Lone Canyon, que abría sus fauces ante nosotros como las quijadas de un monstruo.

Cosas corrientes en los felices días de cordillera abierta, cuando pastores novatos y aprendices eran escasos. Cada vez que vuelvo mis ojos hacia aquellos años, ya idos para siempre, no puedo ocultar una profunda sensación de soledad que degenera en hacerme sentir viejo, muy viejo.

Una mañana, después de aquellas espeluznantes estampidas, en las que Lanky se había conducido tan brillantemente como para sentirnos orgullosos de él, nos sentamos en nuestros sudaderos al frente de nuestro camión de comestibles. Comíamos agradablemente un pilón de hojuelas, con tasajo de carne y café, cuando de pronto Lanky apareció con un juego de naipes y un galón de aguardiente semejante a *veneno para ratas*. En otras palabras, Lanky iniciaba la borrachera.

Me sentía tan cansado después de haber estado toda la noche montado a caballo que decidí reposar por un momento. Mitigaba los varios batacazos y contusiones sufridas por haber rodado varias veces de *Dulcita*, mi jaca de orejas caídas. Me sentía realmente avergonzado. Hecho astillas. Así que malhumorado me envolví en una manta después del almuerzo y me acosté a la sombra de unos árboles.

Lanky ya se había tomado algunas copas. Empezó a molestarme hasta que se atrevió a insinuarme que la razón por la cual yo no quería jugar era por no perder mis dólares. Esto puso las cosas en su punto.

No había peleado nunca con Lanky porque siempre estaba jugándose conmigo. Pero esta reciente manera de decir las cosas era tan chocante que tuve varias veces que tragar grueso a fin de controlarme.

Frenchy, un divertido muchacho del equipo, vio asomarse la tormenta y empezó a relatar la historia de la cacería de un oso gris que habíamos intentado perseguir días anteriores, sin tener que registrar ningún hueso roto.

Mientras Frenchy estaba echando su cuento, Lanky había continuado bebiendo suficiente alcohol como para mantener lista su maquinaria contra mí. Se volvió más y más desagradable. Sus observaciones lo que menos tenían era de graciosas. De nuevo y de nuevo circulaba el galón. Cuando el primero se declaró *muerto*, Doc Smith, nuestro cocinero, desenterró otro no se supo de dónde.

Como siempre acontece cuando un hombre no tiene ganas de jugar, la suerte estaba de mi lado. Billetes de banco y dólares se mantenían amontonados frente a mí, mientras Lanky, quien prácticamente me había obligado a jugar, ya iba perdiendo su última moneda. Eso significaba que el juego se acercaba a una línea peligrosa. Lanky parecía estar aparentemente pacífico. Sabía por experiencia que cuando yo tenía algunas copas en la cabeza y rehusaba contestar tontas preguntas, alguna cosa iba a pasar. Y realmente pasó.

Con un gruñido, similar al que hacía Frenchy en su cuento del oso, Lanky saltó de su asiento y dirigiéndose a mí, además de estrechar mi mano, berreó:

—Es el colmo, chico, tú has estado jugando con cuatro ases y el quinto lo tienes en la manga. ¡Confíesalo!

—¡Tú eres un miserable canalla...! —le grité.

Inmediatamente me apuntó con su revólver. Yo fui más rápido. Súbitamente cayó por el suelo con las dos manos apretadas sobre su costado. Su mirada salvaje de un gris acero se dulcificó. Luego se hizo melancólica. Y quitándose

con la manga un hilillo de sangre que brotaba por la comisura de sus labios, rezongó débilmente:

—Perdóname, chico, no quise decir eso, fue el maldito trago.

—Fue una bocanada, Lanky —repliqué con un nudo en la garganta, apretando fuertemente sus velludas manos.

Desde entonces nunca más toqué un naipe.

A pesar de que mis compañeros me daban la razón de que yo había actuado en mi legítima defensa, pensé que lo mejor era ensillar mi caballo y cabalgar hacia el bosque. Por un motivo u otro el recuerdo del rostro moribundo de Lanky me perseguía por todas partes. Me sentí confuso interiormente, no obstante que la ley estaría de parte mía. Pero me daba cuenta, por primera vez en mi vida, de que las leyes humanas no valen nada comparadas con otra tremenda ley que dirige el universo. ¡La conciencia!

En Yuma vendí mi caballo y mi equipo. En San Francisco, con lo que arañé de aquí y de allá, tomé pasaje para China en un vapor volandero.

III

PUERTO ARTURO O MI ESQUELETO EN EL ARMARIO

Por la época en que llegué al Celeste Imperio ocurría el período de intriga internacional, que finalmente degeneró en la guerra sino-japonesa. No era extraño, por lo tanto, que inmediatamente que arribara allí Míster Evans, uno de los secretarios encargados del Imperio de Corea, mirándome agudamente a través de su monóculo me diera este consejo en tono comprensivo: “si usted aspira a tener éxito en China, transfórmese en un hombre solitario, si fuere posible use un nombre supuesto, alguno de los apellidos de su familia que no sean conocidos, pues es peligroso para un forastero en el Lejano Oriente saber demasiadas cosas que nunca debió conocer. Y mucho más peligroso hablar de ellas”. Sin duda fue por eso que el secretario de guerra de Venezuela cablegrafió varias veces al Japón tratando de informarse del nombre auténtico de cierto oficial del ejército venezolano que estuvo haciendo maniobras durante los dos o tres primeros meses de la guerra sino-japonesa. Súbitamente había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra, sin dejar el más leve rastro de su dirección.

Este es el motivo por el cual rara vez hablo de mis hazañas alrededor de los mares de la China-Pekín, Seúl, Puerto Arturo. Esta es la razón por la cual abandoné el Lejano Oriente para ir a cazar en Alaska en gran escala, durante la primera semana de mayo de 1904, después de nuestro desembarco en Pi-Tse-Wo, donde fui ligeramente herido.

De cualquier modo que fuere, a fin de consignar las pequeñas aventuras que podían pasarle a un hombre en China por aquel tiempo, justamente antes de comenzar la guerra sino-japonesa, relataré el siguiente incidente que me sucedió en la ciudad de Amoy.

Después de un ágape ofrecido por el gobernador de la provincia, casi muero de indigestión. Ignorando que una comida china consistía en una o dos docenas de platos, la mayoría pesados, comí liberalmente de los dos primeros. Por educación tomé un bocado de los siguientes quince o veinte, con el resultado de que aquella noche vi dragones afincados sobre mi cabeza.

En dicha ocasión tuve el honor de conocer a cierto agente diplomático o consular, casado con una encantadora dama portuguesa que tenía una hermana en Macao.

Mientras el señor Matos permaneció fuera algunos días en ciertos asuntos *confidenciales* —todos los asuntos diplomáticos consulares eran por aquel tiempo *confidenciales*— la señora Matos vino a mí con lágrimas en los ojos a contarme que un funcionario del gobierno portugués, cuyas proposiciones ella había rechazado, la había amenazado con exponerla a la vindicta pública. Por eso había tenido que huir prácticamente de Macao, con tal premura que había olvidado un legajo de correspondencia privada —cartas de amor naturalmente— que ella había guardado en cierta gaveta.

Me aseguraba que su hermana me lo entregaría en propias manos, si le hacía el servicio de ir a buscarlo personalmente. ¿Por qué no? No hubiera sido un caballero si rehúso tan pequeño servicio a tan encantadora dama. En Macao fui muy bien recibido por la hermana de la señora Matos, la señora Dubois. Pero mi visita tomó un cariz que apresuró mi ardiente deseo de retornar a Amoy lo antes posible. El marido de la señora Dubois entró apresuradamente una noche en la casa con los ojos inyectados, blandiendo un revólver de seis tiros en su diestra, conduciéndose en fin, como un patán. Recordando que no había ido a Macao por propia voluntad sino para rendirle un servicio a la señora Matos, y no olvidando que aquella *correspondencia privada* no debía ser

leída por funcionarios portugueses, coloqué el legajo en un bolsillo secreto que además cosí, deslizándome en la oscuridad de una callejuela cercana. De allí cogí hacia el puerto, donde alquilé un junco que apresuradamente se hizo a la vela. Desaparecí en la noche, silencioso como un murciélago.

Luego supe, por Míster Evans, que la señora Matos no era tal señora Matos, ni el señor Dubois el esposo de la señora Dubois, ni aquellas cartas eran de amor sino muy valiosos documentos políticos que dicha banda de petardistas había robado. Me habían embaucado con engaños.

Después de similares experiencias en Cantón, desembarqué en Shangai, en la navidad de 1903, registrándome en uno de los hoteles de moda. A la mañana siguiente Míster Evans vino a verme. Me estaba esperando. Había quedado yo escamado por aquellos días, de modo que Míster Evans tuvo mucha dificultad en ganarme para su causa. Tuvo cierto cuidado en revelarme sus secretos hasta que fue demasiado tarde para echarme atrás. Me nombró agente diplomático y confidencial del gobierno de Corea, del cual era alto oficial (tenía yo 23 años). También me suministró el dinero necesario y me despachó inmediatamente para Pekín.

Me sentí como en mi casa en el Hotel Wagon-Lit y debido a mi educación europea y a que hablaba perfectamente varios idiomas, pronto tomé parte en las varias reuniones que me habían sido ordenadas como parte importante en relación a Yuan-Chi-Kai. El todo poderoso virrey de Chihli y futuro Presidente de China. Conocí sus tantos proyectos con la guerra sino-japonesa que se esperaba ver estallar de un momento a otro.

Tales investigaciones eran absolutamente necesarias en vista de los esfuerzos de Rusia para empujar a China en el futuro conflicto proponiéndole una alianza similar a aquella que en el año anterior se había registrado entre el Japón y el Imperio británico.

La diferencia entre esas dos alianzas era que la participación inglesa en la guerra próxima no sería de mucho valor práctico porque Inglaterra no tenía en aquel tiempo, como durante la guerra mundial, una visión clara del problema

sino relativamente un regular e insignificante ejército. Inglaterra no podía enviar a Manchuria más de cincuenta o cien hombres —una simple gota de agua dentro de un balde— cuando se compara con los cientos de miles de soldados rusos y japoneses que hubieran tomado parte en la inminente guerra. China, al movilizar su innumerable *carne de cañón* (exboxers, bandidos y diversos criminales) como el resto del ejército, incluyendo las cinco o seis disciplinadas divisiones de infantería que Yuan-Chi-Kai tenía listas en la frontera de Manchuria podía fácilmente haber neutralizado la acción de Inglaterra en la guerra. Podía hostigar las posesiones británicas de Hong Kong, Wan-Hai-Wai, etc., y ayudar a los rusos a detener el desembarco de las tropas japonesas en Corea, en la estratégica e importante península de Liaotung, la puerta de Manchuria. Teniendo en cuenta esto, se me había confiado un gran honor al destinarme a tales investigaciones de las que dependía en cierto modo el resultado final de la guerra próxima. Eran pesquisas que requerían mucho tacto y una gran visión no solo de estrategia militar sino también de conocimiento de las muy injuriadas y grandemente menospreciadas potencias militares del Celeste Imperio.

Uno de los principales motivos por el cual los ejército turco y caucásico, segunda y tercera división, respectivamente triunfaron en detener el avance moscovita en el frente oriental durante la guerra mundial, fue porque los jefes alemanes y turcos estuvieron, al igual que yo en aquellos momentos, en China y en Rusia, cumpliendo eficientes servicios de inteligencia militares antes de estallar la guerra mundial. Si no hubiera sido por el trabajo en filigrana ejecutado por Lord Kitchener y los magníficos mapas de Siria y Palestina que dibujó secretamente durante los seis años en que sirvió como mayor del ejército turco, las fuerzas expedicionarias británicas en la península de Sinaí y en Palestina hubieran estado en desventaja a pesar de su superioridad técnica y su número superior sobre las tropas turcas.

Estuve demasiado ocupado desde mi llegada a Pekín. Retornaba a China a cumplir la importante misión político-militar que me había sido confiada.

Aunque sobreponiéndome a la aversión que siempre sentí por todo lo que fuera trabajo de espionaje, nunca perdí de vista la peligrosa telaraña que el astuto virrey estaba tejiendo a mi alrededor.

Antes de la guerra sino-japonesa, en 1895-96, actuó como Emperador chino residente en el Reino Ermitaño de Corea. Gracias a su gran habilidad pudo sostener la decadente soberanía china en aquel antiguo estado vasallo del Celeste Imperio que los japoneses acondicionaron por muchas razones. Después de la guerra sino-japonesa, Yuan-Chi ganó los más altos honores con la emperatriz heredera de Tzu-Hsi, como recompensa por el frustrado *coup d'état* del Emperador Huang-Hsu en 1898. Como virrey de Chihli y sucesor de Li-Hung-Chang, Yuan estaba haciendo todo lo posible para impedir la ascendencia del Japón y su proyecto de poner pie en Manchuria —último intento del Japón durante la guerra sino-japonesa—. La razón auténtica de que Yuan-Chi estuviera secretamente del lado de Rusia por aquellos días fue para enemistar al Japón, que debido a su proximidad con el Imperio chino, representaba un peligro mayor que Rusia misma para la integridad territorial de China.

Mientras me mantenía en actividad en Pekín, haciendo todo lo posible en favor de Mister Evans —y a través de él indirectamente en favor del gobierno japonés, del que se suponía ser un secreto aliado—, yo estaba inconscientemente jugando con fuego sin darme cuenta. Era totalmente ignorante del terrible lío en que me había metido.

Durante una hermosa mañana invernal de enero de 1904, mientras los rayos solares lanzaban iridiscentes chispas sobre los techos cubiertos de nieve del *Red Palace*, fue cuando sospeché el verdadero peligro que corría.

Cuando montaba mi caballo para hacer mi paseo habitual, observé inexplicablemente que mi ayudante chino había colocado apresuradamente mi sobretodo de invierno sobre mi silla de montar. Después de trotar un poco en los alrededores de la Legación, soñando felizmente en el coctel a que había sido invitado, desvié hacia los arrabales de la ciudad para gozar del espectáculo de la multitud de campesinos que llegaban con productos agrícolas.

Mientras trataba de abrirme camino entre una caravana interminable de impenables camellos que anadeaban a lo largo de la calle como una hilera de gansos, me dirigí hacia un típico depósito chino de desperdicios. Haciendo girar mi pony a fin de apartarme de la maloliente pirámide, fue atraída mi atención por un pequeñísimo casi imperceptible grito. Con el pañuelo pegado a mi nariz miré a mi alrededor para descubrir la causa de aquel gemido. Era una criatura recién nacida, de dos o tres días, envuelta en pedazos de papel, colocada hábilmente en aquel montón de basura. Estaba moviendo sus diminutos piecitos y frotando sus manitas. Su escuálido cuerpecito, casi púrpura debido al frío, ya estaba atrayendo la codicia de varios perros carroñeros que parecían tan solo esperar que yo diese media vuelta para caerle a dentelladas.

Me di inmediatamente cuenta, en tales circunstancias, que su vida dependía de un solo gesto mío. Y lo cumplí. Me apeé del caballo, envolví la miserable criatura en mi paltó y dirigiéndome a la más cercana institución cristiana, que parecía ser de monjas católicas, toqué a la puerta. Me parece ver aún la asombrada y feliz expresión de la madre superiora cuando coloqué la niña en sus manos.

Antes de partir del monasterio, la madre superiora sacudió sus bolsillos como buscando el acostumbrado puñado de centavos de cobre que los misioneros regularmente dan en pago a quien les trae niños abandonados. Tomé uno de los centavos para guardarlo como *souvenir*, pero devolví los otros inmediatamente con un billete de diez dólares. Una modesta ayuda para tratar de salvar a muchas chiquillas como ésta, encontrada entre basura y desperdicios.

Este incidente me ayudó a ponerme en contacto con el potente virrey de Chihli, Yuan-Chi-Kai, cuyos espías, tal como me informara él mismo, habían estado siguiendo mis pasos alrededor de todo Pekín. A mi retorno al hotel aquella noche encontré una nota del Virrey en la que, sin explicación alguna, me invitaba a visitarlo al siguiente día.

Mientras leía cuidadosamente la esquila, noté inmediatamente en los ojos de mi intérprete Chen que algo no marchaba bien. Chen era un *attaché* al

Ministerio del Interior, en Corea, que Evans me había transformado en intérprete. Era un joven brillante y excepcionalmente bien preparado para su misión. También muy valiente. Después de leer el mensaje apagó la luz —por miedo a que los hombres del servicio secreto de Yuan-Chi-Kai, nos espieran a través de las troneras de media pulgada hechas en las paredes y cielo raso de mi cuarto— y me dijo al oído: “Estamos perdidos. Los honorables verdugos del virrey nos acechan”.

Muy temprano a la siguiente mañana me dirigí a la residencia de Yuan-Chi-Kai. Fui introducido en su despacho inmediatamente. Lo encontré sentado ante su escritorio de teca, leyendo aparentemente correspondencia oficial, pero en realidad observándome cuidadosamente con el rabillo del ojo. Haciéndome el indiferente, tiré mi sombrero en un canapé, prendí un cigarrillo y me senté confortablemente en un sillón esperando por Su Señoría. Mi displi-cencia debió haber impresionado al cauteloso viejo zorro, porque poniendo a un lado bruscamente sus papeles y sacando de su manga bombacha un vistoso abanico, se dirigió a mí, a través de su secretario con gafas, que hablaba el inglés bastante bien, con el siguiente discurso:

“Inmediatamente después de su llegada a China el gobernador de Amoy, de quien es usted huésped, me dio todas sus referencias. Lamentablemente Míster Evans supo actuar más rápido y aprovechó sus servicios. Me hubiese gustado que usted hubiese pertenecido al digno servicio de Su Majestad. No obstante, si después de la guerra que está próxima a explotar entre Rusia y Japón, usted decide permanecer en oriente, sería para nosotros muy grato comprometerlo a usted en nuestro ejército o en cualquier rama del gobierno que usted quiera elegir—;solo por lo que usted ha hecho por ella!”

Y levantando una rica manta de seda violeta, que permanecía abullonada en la esquina de su escritorio, me descubrió, profundamente dormida entre un nido de lienzos blancos, a la niña que había salvado el día anterior.

“Es una lástima —continuó diciendo con su voz de falsete— que usted haya malgastado su talento con ese hombre abominable que es Míster Evans. Está

tratando de vender Corea a los japoneses. Sin embargo, la suerte está echada. ¡Pero recuerde, si llego a apresarlo espiando de nuevo en territorio chino, este va a ser su destino!”

Descorriendo una pesada cortina me señaló con su brazo extendido a Chen, cuyo destrozado cadáver colgaba rígidamente dramático de la rama de un almendro deshojado.

Haciendo una ligera reverencia salí del despacho del virrey pagué mi cuenta de hotel y tomé el próximo barco para Corea. Nunca llegué a saber por cuál razón el rescate de la recién nacida me había condecorado con Yuan-Chi-Kai. En Corea envié el informe de mi trabajo preliminar a Míster Evans, quien pareció bastante satisfecho del resultado obtenido.

Una semana más o menos después de mi llegada a Seúl, Corea, mientras jugaba tenis en una de las legaciones extranjeras, recibí una llamada urgente de Míster Evans. A juzgar por el tono de su voz estaba en un aprieto. Cuando entré en su despacho lo encontré muy nervioso caminando de arriba a abajo, frente a una caja fuerte donde guardaba su correspondencia secreta y algunos valiosos documentos oficiales destinados al despacho extranjero japonés.

Apenas me vio me señaló la caja, exclamando con aire melodramático: “¿Qué piensa usted de esto?”

No pude menos que soltar la risa al ver la expresión destemplada de su rostro abatido, ante la caja abierta de par en par. Había sido violada y robada mientras almorzaba. Mi informe y el inapreciable mapa dibujado a mano de las fortificaciones de Puerto Arturo, que Míster Evans intentaba mandar al Japón, todo había desaparecido. Uno de los funcionarios informó haber visto, después de la salida de Míster Evans, a un chino con gafas que salió apresuradamente del ministerio y se metió en un pequeño carruaje que lo esperaba a la vuelta de la esquina. Así que Yuan-Chi-Kai se había vengado.

Me había devuelto mi visita a Pekín más pronto de lo que yo esperaba, pues la descripción del presunto ladrón concordaba exactamente con el secretario del virrey que había actuado como intérprete aquella mañana en la cual el pobre

Chen había sido torturado hasta morir y luego colgado de un árbol. De modo que toda la fuerza policial del Imperio Ermitaño fue inmediatamente puesta en actividad, pero nuestro esfuerzo para recobrar dichos documentos fue inútil. Se habían ido para siempre. La pérdida de mi informe no tenía importancia, pues yo tenía una copia en un lugar seguro. Pero la pérdida del mapa sí era grave, ya que representaba el *único verdadero mapa* que había sido dibujado en Meter Hill 202, Long Hill y la sección Meter Hill 180, pertenecientes a las posiciones avanzadas que protegían el muelle de Puerto Arturo desde el oeste.

Fuera de algunos anticuados informes los japoneses no tenían realmente una información definitiva sobre el más importante sector de la península de Liaotung, pues aquellas fortificaciones habían sido protegidas y modificadas entre tanto por orden del general Stoessel, comandante en jefe de Puerto Arturo.

A pesar de que la mayoría de las mejoras proyectadas en la línea principal de defensa no habían sido terminadas por falta de fondos, los permanentes trabajos de las fortalezas de Sung-Shu, Er-Lung, Pan-Lung y Ki-Kuan a lo largo del viejo muro chino, que se extiende de cuatro a cinco kilómetros en la dirección norte de la vieja ciudad o Puerto Arturo, fueron suplantados por una hilera de trabajos inestables que incluían numerosos reductos y series de estratégicas líneas paralelas de trincheras improvisadas con proyectores, cañones y dos o trescientos obuses y piezas de artillería de montaña que disparaban fuego efectivo en todas direcciones. El robo del precioso mapa representaba por lo tanto la pérdida de un tesoro, no solo para Míster Evans — que era un despierto hombre de negocios — sino también para sus clientes en el Imperio del Sol Naciente que habían hecho sus cálculos sobre dicho mapa para dirigir con éxito la segunda división del ejército del general Oku y la tercera división del general Nogui, quienes estaban secretamente en conocimiento de los planes de ocupación de Puerto Arturo. Entretanto la división meridional del escuadrón ruso del Pacífico bajo el Almirante Starck, se había refugiado en aquel espacioso muelle.

Aquellos barcos de guerra tenían que ser eliminados, no importaba a cuál precio. Los ejércitos japoneses que operaban en Manchuria no podían dejar en

su retaguardia aquella fuerte base naval y parte de la flota rusa, compuesta de poderosas unidades como el barco de guerra Petropawlowsk de la flota báltica rusa que se hallaba en comisión y se esperaba que se reportara sobre el Golfo de Petchili, tan pronto como fuese movilizado. Los tentáculos de Yuan-Chi-Kai iban muy lejos. Su palabra era ley en las playas de los mares de la China amarilla. Sus hombres habían estado observando a los agentes de Evans cuando dibujaron aquel mapa sin interferirles el paso, luego saltaron sobre él, como el gato sobre el ratón.

Posiblemente las pérdidas durante el sitio de Puerto Arturo hubieran ascendido a noventa mil hombres, incluyendo treinta mil soldados enfermos, si no hubiese sido por la pérdida de aquel mapa que dejaba a los japoneses imperfectamente informados de la fuerza real de aquella guarnición y de la naturaleza de sus defensas.

Aquella noche Míster Evans y yo tuvimos una larga conferencia. Era un hombre que no aceptaba de ninguna manera el fracaso. Estaba dispuesto a tratar con cualquier persona de no importa cual asunto, por absurdo que fuera, si de ello sacaba algún provecho. De mediana estatura, con el bigote recortado como un jovencito, se parecía a la mayoría de los aventureros que habían desembarcado en oriente. Estaba dotado de gran juicio unido a una cierta dosis de insolencia y a una insaciable sed de oro. Mammón era su Dios. Su único ideal era hacerse millonario. Como muchos ricos en proyecto había olvidado lo principal: lo difícil que es obrar sin engaño cuando se presenta la verdadera oportunidad.

—Si pudiera asegurar de nuevo un mapa de las fortificaciones de Puerto Arturo —exclamaba con aire dramático— aunque fuese mal pintado, yo sería un hombre completo. Esto ayudaría a ganar la guerra a los japoneses. ¡Y, después de la guerra, chico, el mundo será nuestro!

Así pasó toda la noche, alternativamente limpiando su monóculo con un pañuelo de seda y vertiendo *Whisky and soda* en mi garganta. Mientras hablaba y hablaba incesantemente, aturdiéndome con su conversación semejante a

un murmullo de rezos de una orden de religiosos del Tíbet, finalmente me di por vencido y le prometí pintar de nuevo un mapa para él. Me jugaba la vida, pues Yuan-Chi-Kai me tenía la vista puesta. Puerto Arturo, temporalmente abandonado a los rusos, era a pesar de todo, territorio chino. El viejo Yuan-Chi me había dicho: “Si de nuevo lo agarro en mi territorio usted se disolverá como el humo. De eso puede estar seguro”.

El intérprete que me acompañó durante mi nueva escaramuza era un diminuto chino, cambeto, que atendía al nombre de Wow-Ling, o Ling. Su rostro era tan arrugado y marchito como una papa seca. Se presentó como hábil cartógrafo. Noté inmediatamente que su trenza era artificial, signo seguro de que había escapado recientemente de alguna prisión china del Celeste Imperio. En aquellos días lo primero que se le hacía a un nuevo convicto era inhabilitarlo cortándole su coleta. Pero, así fuera o no pájaro de la cárcel, el hecho era que Wow-Ling era considerado como un erudito. No olvidaba sin embargo que Yuan-Chi le hubiese cortado de todos modos la trenza al saberlo amigo mío.

Como dije anteriormente el general Stoessel, comandante de Puerto Arturo era suizo de nacimiento. Con mi perfecto alemán, francés e italiano había conocido a Suiza de cabo a rabo. Decidí pues afeitarme el bigote, busqué un par de anteojos ahumados, me vestí como un buhonero recién llegado de Europa. A mis espaldas colgaba un bulto conteniendo relojes suizos baratos, cuando tomé pasaje en un maloliente barco mercante chino con destino a las Islas Ellis y Pi-Tse-Wo en la extremidad sudeste de la península de Liaotung. Ling me acompañaba disfrazado como un culi. A fin de despistar al servicio secreto de Yuan, me anoté como viajero periodista semioficial, habiendo abandonado a Tokio por el camino de Chemulpo, en un barco japonés el día anterior.

Fue un tedioso viaje de varios días en aquel desagradable barco costanero, donde aprendí, como un nativo, a comer pescado horneado y a beber sake, o aguardiente de arroz. Desembarqué con Ling, bajo el peso de un terrible malestar en el miserable pequeño puerto de Pi-Tse-Wo. Inmediatamente fuimos abordados por un par de empleados borrachos de la aduana, cuyo tufo

me recordaba vivamente el cementerio. Afortunadamente aquellos mujiks estaban muy lejos de reparar en el bulto de relojes que llevaba a la espalda. Nos dejaron pasar. Desde el minuto que los perdimos de vista, Ling y yo nos esfumamos en la próxima avenida y empezamos a ofrecer nuestra mercancía a los peatones.

Abastecimos especialmente a dos soldados rusos y a oficiales que pasaban cerca de nosotros. Uno de ellos compró uno y lo pagó magníficamente. Se sorprendió cuando me oyó hablar francés. Cuando le dije que era de Neufchatel, de Suiza, respondió al rompe:

—¿Por qué no va a ver al comandante general Stoessel? Él también es suizo. Tal vez le dé un cargo en nuestro servicio de inteligencia. Nuestros espías están muy bien pagados.

—Pero ¿cómo podría conocerle? ¡Si apenas soy un simple buhonero!

—Eso es perfectamente posible —replicó el oficial—.

Y sacando un lápiz garabateó unas pocas palabras en un pedacito de papel que me entregó como una especie de salvoconducto, con la advertencia de si alguno trata de molestarlo le enseña este papel. Yo soy el coronel Voronoff.

El coronel Voronoff era nada menos que el jefe confidente del Almirante Alexieff, el ruso imperial residente en Siberia Oriental. La razón por la cual se había dirigido a mí en la calle de aquella manera, fue probablemente porque le parecía sospechoso y deseaba sin duda ganarme para su causa y su departamento de tercer grado. Si después de un riguroso interrogatorio, resultaba OK, su crédito hubiera aumentado por haber añadido una nueva ficha a su bien organizado sistema de espionaje.

Este inesperado golpe de suerte me hizo sentir tan bien que estuve a punto de regalarle al coronel todos los relojes. Pero Ling, un sabio viejo ganso, me sacudió discretamente por la manga en diferente dirección hacia la calle que llevaba a Dalney, muelle comercial de Puerto Arturo. Allí intentamos instalar nuestro cuartel hasta que estuviera más segura nuestra situación. El servicio secreto de Rusia era suspicaz en extremo. Además, corrían persistentes rumores

desde el día anterior, 5 de febrero, de que la guerra había sido declarada entre Rusia y Japón.

Teníamos que cuidarnos también de Yuan-Chi-Kai y su *gang* criminal que nos habría entregado inmediatamente a los rusos si descubrían nuestro paradero.

Vagamos aburridos por el camino de Pi-Tse-Wo-Nau-Chang que parecía a veces un río de pantano líquido, finalmente alcanzamos nuestro destino: Dalney. Nos hicimos tan invisibles como pudimos por un par de días. La noche anterior la flota de barcos de guerra del Almirante Togo había sido un ataque sorpresa que había causado grandes estragos en la escuadra del Pacífico del Almirante Stark, sobre la bahía de Puerto Arturo. Ese brillante ataque de la flota japonesa paralizaba las actividades de la escuadra rusa, a lo menos por unas semanas, hasta que el Almirante Makarov asumió el comando de todas las fuerzas navales en el Pacífico.

En el momento de nuestra llegada, Dalney estaba entre las garras del terror. Se esperaba que las fuerzas japonesas desembarcaran de un momento a otro. La ciudad estaba sitiada con tropas, que la patrullaban de arriba a abajo, haciendo un terrible escándalo, mientras sus baterías de campaña estallaban a través de las estrechas carreteras en su camino hacia el frente. Nunca cesó el fuego a la entrada del muelle de Puerto Arturo, donde los barcos de guerra japoneses custodiaban las fortificaciones de la Colina Dorada y Cola de Tigre, para ayudar así a sus cruceros ligeros y embarcaciones torpedo a forzarlo y destruir la flota rusa.

El bloqueo de Puerto Arturo había sido definitivamente establecido.

Lo primero que hicimos a nuestra llegada a Dalney fue arrancarnos la coleta de tres pulgadas de genuino pantano de Manchuria que cubría nuestras piernas y alquilar un inmundo cuartucho en el patio posterior de la casa de un ruso, comerciante en té. También sorbimos un vaso de saki cada uno, para comunicarnos brío. La península de Liaotung en donde entrábamos era una madriguera de leones, aun sin sospechar que las hostilidades iban a explotar más pronto de lo que pensábamos.

En Dalney, después de varios días de descanso y de haber vendido media docena de relojes, inspeccionamos bien el terreno y nos fuimos a Puerto Adams, donde esperábamos hacer una buena investigación en Nauchang-Hill, donde de acuerdo con Mr. Evans, probablemente la segunda división del general Oku trataría de desembarcar, después de invernar en Chinampo, cerca de la boca del río Yale.

Como no habíamos traído con nosotros cámaras fotográficas, por temor a que nos descubrieran, nuestro trabajo era enteramente intelectual. Por lo tanto, bastante extenuante. En vez de cuadros reales y notas escritas, teníamos que retener en nuestra memoria cuanto veíamos, compararlo y discutirlo por la noche a la luz de un candil. Dibujábamos luego con los dedos, sobre el piso de tierra de nuestra guarida, el sitio y bosquejo de las varias fortificaciones, reductos, baterías y todo cuanto habíamos *captado* aquel día, mientras negociábamos y charlábamos por horas con centinelas rusos, tan poco suspicaces, como para no recelar nunca del ínfimo precio de nuestros baratos relojes plateados.

Algunas veces, cuando excepcionalmente obteníamos buenos resultados, sellábamos el negocio vendiendo a un mujik el codiciado reloj, a crédito, sistema desconocido que inmediatamente se hacía tema obligado de conversación, haciéndonos más populares, especialmente entre la tropa.

Cada noche, después de trazar y retrazar por horas sobre el sucio suelo empantanado de nuestro cuartucho, a la luz miserable de una vela, la forma de las diversas trincheras que habíamos cruzado ese día, Ling escribía y dibujaba con la ayuda de un vidrio de aumento nuestros apuntes mentales. Iban surgiendo cuadros sobre un diminuto y delgado papel de pergamino, del tamaño de un tercio de la capa de un cigarrillo. Después que lo examinaba y lo declaraba correcto, Ling lo enrollaba, hasta hacerlo del tamaño de una cabeza de alfiler y lo archivaba... Se sacaba de la boca tres o cuatro dientes de oro, huecos por dentro, y colocaba allí el minúsculo documento, rellenaba el vacío con un pedacito de cera y volvía a colocar los dientes en su lugar original.

Mientras la metralla retumbaba alrededor de nosotros y graznaban los cuervos pidiendo más y más carroña, Ling y yo, con nuestro dinámico negocio de relojes, añadíamos cada día un nuevo mapa o informe a nuestra colección que iba al archivo portátil de Ling, sin que nadie sospechara lo que realmente estábamos preparando.

El día en que nos decidimos a probar nuestra suerte en Puerto Arturo, a despecho del bloqueo, pronto nos percatamos de que era casi imposible romper las líneas de las trincheras, que rodeaban la ciudad, sin atraer la atención de la policía rusa. Había solamente dos caminos que llevaban a Puerto Arturo; uno, que iba por Shui-Shi, donde se encontraban los temples para suministro del agua y el fuerte de Sung-Shu, a lo largo del río que corre del valle a la vieja ciudad. El otro era el fangoso camino del caserío de Yu-Kai-Tung, al oeste de la nueva ciudad, casi inaccesible a causa del gran rodeo que uno tenía que dar. Viendo la imposibilidad de usar cualquiera de los dos caminos, contratamos en Dalney a un pescador de nombre Huang, para que nos llevara al promontorio Cola de Tigre, a la entrada del muelle de Puerto Arturo. Nuestro viaje era terriblemente peligroso, no solo por las corrientes de hielo y el mar encrespado que podía echar a pique nuestro sampán sino por el patrullaje de botes japoneses y astutos torpederos que nos podían hundir al confundirnos fácilmente con forzadores de bloqueo rusos.

Afortunadamente pudimos manejarnos para quedarnos un tiempo en la península sin ser descubiertos. Huang, en cuya casucha nos acomodamos por el tiempo necesario, era un hombre experimentado, lo que se dice, un veterano. Odiaba por igual a los rusos y a los japoneses. Cuando le dije a través de Lifig que yo era de Suiza, el país que no podía enviar tropas a China o bombardear los puertos chinos porque no tenía flota, se sintió muy aliviado y nos vendió algún arroz, pescado frito y saki, lo que nos vino al pelo después de nuestro azaroso y desprovisto viaje.

Antes de sentarnos en el suelo a gozar de nuestra frugal comida le recordé a Ling que se quitara sus dientes de oro primero, no fuera a tragarse algunas

de nuestras valiosas informaciones. Las pocas monedas de cobre que pagamos por nuestra comida, y la promesa de venderle a crédito a Huang uno de nuestros relojes, si nos desembarcaba en un sitio apropiado en Puerto Arturo, donde los inspectores de aduana no pudiesen vigilarnos, convirtió pronto al viejo Huang en un amigo. Siempre que una patrulla rusa se acercaba a su casucha, nos avisaba a fin de que pudiéramos escondernos.

Finalmente, después de algunos días de angustiada espera, nos desembarcó en una noche oscura en la cabaña de su sobrino Chang, frente a las aguas de Puerto Arturo. Chang nos alquiló un cuarto en el cual pasamos el resto de la noche discutiendo futuros proyectos. A la siguiente mañana, mientras nos abríamos paso a través de una multitud de malolientes culíes, mendigos y un torrente de soldados rusos que parecían llenar todo el espacio libre del tránsito principal de Puerto Arturo, dos policías nos detuvieron pidiéndonos nuestras licencias. Estábamos ocupando terreno al vender nuestros relojes. Como no podíamos presentar la necesaria licencia nos detuvieron ceremoniosamente y nos llevaron presos. Cuando nos condujeron aquel mediodía ante el jefe de policía para clasificarnos, saqué el pequeño pase que me había dado el coronel Voronoff y se lo mostré al capitán. Instantáneamente su rostro feroz tomó una expresión paternal y de la más gentil manera me lo retornó con un expresivo:

—Merci, monsieur, ¿qué puedo hacer por usted?

—Muchas cosas —reliqué humildemente— ¿Qué hay de los relojes que su policía nos arrebató antes de arrestarnos?

Infortunadamente, por más que el capitán trató de resolver el misterio, sus dos subalternos juraron por San Pedro y San Pablo que nunca habían visto tales relojes. Tales idiotas no imaginaban que negando su robo me estaban dando un pretexto para pedirle protección al general. Sin embargo, no se encontraba por ahora el general Stoessel. Nadie parecía saber su paradero. Durante nuestras idas y venidas, mientras trataban de localizarlo, tuvimos una amplia oportunidad de inspeccionar el puerto.

Chequeamos los inhabilitados buques de guerra llenos de marineros. Observamos que el fuego de las armas japonesas era en extremo defectuoso —probablemente por falta de apropiados mapas—.

Clasificamos nuestros mapas, coordinamos y archivamos conjuntamente la larga lista de todo el pertrecho de guerra de los barcos de guerra rusos, luego llamé al jefe de policía para pedirle la dirección del coronel Voronoff. El capitán y yo nos habíamos vuelto camaradas, tal vez porque siempre pagaba por sus tragos. Le encontré medio borracho en uno de los más desacreditados garitos del lugar. Daba traspies en compañía de un marinero también ebrio a quien le hacía cosquillas en el estómago. Cuando le pregunté por la dirección del coronel me contestó ásperamente, de un modo evasivo. Después de haber engullido el undécimo trago y de pedir uno más, repentinamente se encaró frente a mí con una sonrisa felina en su rostro abotagado y me dijo: —Oiga hermano, a mí no me parece que usted sea un suizo. ¡Váyase al diablo! Mejor es que venga conmigo...

Fue todo lo que pudo decir. Inmediatamente la moza de la taberna se hizo cargo de la situación, brindándole un vaso de vodka. Lo apuró de un sorbo, plegándose como un trapo mojado, víctima al parecer de una apoplejía. ¡Pobrecito! En realidad, había tomado una excesiva dosis de gotas narcóticas.

La muerte del capitán no causó mayor comentario. Era excesivo el número de capitanes caídos por aquellos días en Puerto Arturo bajo los proyectiles de la marina japonesa. Además, aquel jefe de policía era extremadamente impopular. La tabernera me ofreció la hospitalidad de la casa de su padre; una hospitalidad que aprovechaba ocasionalmente sin abandonar mi original alojamiento en la cabaña del joven Chang, en el frente ribereño. Con la casa de Martha en los barrios bajos, la casucha de Chang y la de Huang en el promontorio Cola de Tigre, Ling y yo teníamos lugar de sobra para escondernos en caso de emergencia.

El mismo día, después que el cuerpo del jefe de la policía fue removido del lugar, fuimos a visitar al coronel Voronoif en Meter Hill, 202. Mientras

caminábamos hacia la colina, contábamos cuidadosamente los peldaños para asegurarnos de la distancia aproximada, entre los barcos de guerra rusos y aquella famosa fortificación cuyos cañones de gran calidad dominaban el muelle. Repetidas veces nos veíamos obligados a abandonar las estrechas calles por el encuentro con pesados convoyes provistos de municiones o llevando a galope tendido baterías de campaña. A mitad del camino una patrulla montada nos bloqueó, dejándonos pasar solo después de escudriñar la nota del coronel.

A la entrada de la ciudadela solicité del oficial de guardia anunciar al coronel Voronoff la llegada del suizo vendedor de relojes que había conocido en Pi-Tse-Wo. Fui inmediatamente pasado a su despacho. Encontré al coronel en la parte superior de la fortificación examinando la batería de unos nueve cañones recién montados.

Me prometió hacer todo lo posible en favor de los relojes robados. Se sorprendió cuando le expliqué las dificultades por las que había pasado, mientras trataba de encontrar el paradero del general Stoessel. Para protegerme contra futuras molestias me dio una carta personal de recomendación para Stoessel a quien podía encontrar en los fuertes de Pan Lung, cerca del viejo Muro Chino. Durante nuestra conversación aproveché de echar una mirada a vuelo de pájaro de Long Hill y Meter Hill 180, que estaba discretamente al oeste de nosotros. También de la línea principal de defensa que se extendía hacia el norte en un semicírculo, empezando en el fuerte de Shung-Shu al oeste y terminando en la extremidad oriental del antiguo muro chino.

Por la noche enriquecimos nuestros archivos con tres nuevos importantes mapas. Ling, medio adormilado con sus ojos de carnero moribundo, había hecho tantas notas mentales aquel mediodía como para llenar un tratado.

A la siguiente mañana asistimos a los funerales del jefe de la policía. Luego empezamos a recorrer el valle, siguiendo la vía del ferrocarril. Íbamos rumbo a la famosa fortaleza de Pan Lung, considerado el fuerte principal de la línea norte de defensa rusa. Pero no teníamos prisa en llegar allí. Si no encontrábamos

al general Stoessel aquel día seguramente lo encontraríamos otro día. Lo que queríamos era olvidar por un momento la miserable caja de relojes suizos y a un soldado mercenario suizo llamado Stoessel.

En todas partes donde una avanzada o una patrulla montada trataba de interponerse en nuestro camino, sacábamos la carta del coronel Voronoff, precioso talismán, llave mágica que nos abría todas las puertas, especie de legendaria lámpara de Aladino. No hay por qué negar que perdimos nuestro rumbo una docena de veces. Cuando finalmente alcanzamos los fuertes de Pan Lung fuimos informados que al general Stoessel lo habían cambiado para otro lugar. Mala suerte.

Aquella noche gastamos como una docena de velas en nuestro trabajo. Nuestros archivos estaban totalmente colmados. No existía ya el mínimo espacio en los dientes móviles de Ling ni para un pequeñísimo mapa o informe. Había llegado para nosotros la hora de llevarlo a Corea tan pronto como nuestras piernas pudieran hacerlo.

Presumíamos que nuestra buena estrella no iba a durar siempre, especialmente por la misteriosa muerte del jefe de policía. Las autoridades militares hicieron desenterrar su cuerpo con el fin de examinar el contenido de su estómago.

De pronto tuve un presentimiento. Decidí pasar la noche en la casa del padre de Marta. A la siguiente mañana, mientras tomaba mi desayuno, ella llamó mi atención hacia una patrulla de policías que estaba investigando a los peatones en la calle principal. Algunos de ellos eran detenidos y arrastrados al próximo puesto policial. Mientras miraba el ominoso espectáculo con mi rostro pegado al cristal de la ventana, lleno de malos presagios —mi culpable conciencia me decía que iba a pagar el infierno en China— me retiré de la ventana con un grito reprimido. La causa de todo aquel aspaviento estaba vagando a lo largo de la calle. Esponjado como un pavo divisé a mi mala sombra: al secretario con gafas de Yuan-Chi-Kai. Probablemente oyó hablar de nuestras actividades y hacía causa común con la policía rusa para clarificar el horizonte.

Nuestro juego había terminado. Me escondí en el sótano y envié un mensaje a Ling para prevenirlo. Aquella misma noche Chuang me pasó clandestinamente a la casucha de Huang en el promontorio Cola de Tigre donde pasé algún tiempo escondido, hasta que el hielo se deshizo suficientemente como para que Huang me llevara a Chinampo donde el segundo regimiento del general Oku estaba preparándose para desembarcar en la península de Liao-tung.

Al siguiente día de haber llegado a la cabaña de Huang recibí una nota de Marta donde me contaba la trágica muerte de Ling y con ella la pérdida de nuestro valioso archivo portátil. Parece que Ling, sin saber lo que pasaba, salió aquella mañana de su cueva de ratas y caminó hasta la boca del león. Después que lo torturaron hasta producirle la muerte, el secretario de Yuan-Chi examinó su cuerpo y descubrió su importante contenido.

Cuando llegué a Chinampo encontré a Mister Evans esperándome. Un bote torpedo que nos había detenido en alta mar le informó mi rumbo. Estaba bastante contento por los resultados que yo había obtenido, pues de acuerdo con lo que me contó oficialmente, la mayor parte de las piezas fotostáticas de nuestros mapas originales e informes habían sido substraídos por uno de sus agentes del escritorio de Yuan-Chi-Kai en Pekín. Iban a ser utilizados en la próxima ofensiva de la segunda división del general Oku contra los rusos en la península de Liaotung.

Pocos días después, el 5 de mayo de 1904, si no estoy equivocado, de nuevo pisé tierra en Pi-Tse-Wo, ya no con un bulto de relojes a mi espalda, sino elegantemente uniformado y con brillantes botas de montar. Tomaría parte en la triunfante borrasca de Nau-Chang-Hill, que marcó la iniciación del sitio de Puerto Arturo. Lamentablemente a los pocos minutos de mi desembarco una bala rusa me rozó el estómago como una dentellada. Sin duda para prevenirme del peligro: no intentar nunca más el servicio de inteligencia militar. Siempre lo he tenido presente.

IV DÍAS EN ALASKA

Nutrido de mis experiencias en la Península de Liaotung, llegué a Fusa, Corea, en ruta hacia el Japón. La herida que había recibido a mi desembarco en Pi-Tse-Wo había comenzado a infestarse. Necesitaba ser atendido muy cuidadosa y rápidamente si no quería permanecer semanas en una clínica. Infortunadamente el barco-hospital en el que pensaba partir venía con retraso. Al tercer día, mientras tomaba mi habitual paseo a lo largo de la ribera, alguien me palmoreo en el hombro y con voz familiar me saludó calurosamente: “¡Hola, todavía estás vivo!”

Era mi viejo compañero, el capitán Johnson, de la goleta Pensacola, con quien había pasado muchas agradables horas en Amoy, recién llegado a China. Johnson era un típico capitán de la marina inglesa, que había pescado en muchas aguas turbias, especialmente en aquellas del Lejano Oriente. Por inmiscuirse en las playas prohibidas de los dominios siberianos del Zar había logrado abrir una cuenta bancaria que montaba a miles de dólares.

Le manifesté mi aprieto y voluntariamente se prestó a llevarme a Yokohama en su barco, que proyectaba salir aquella misma noche. Cayó como llovido del cielo, pues Skipper Johnson era un gran compañero, siempre dispuesto a animar a los amigos con un brindis helado o con un chiste.

Veinticuatro horas después de nuestra partida el barómetro empezó a bajar, casi tan rápidamente, como para preocuparme. Una simple mirada hacia las nubes que surcaban el horizonte, bastaba para observar sus proporciones gigantescas. La luz del día se volvió medianoche. Las espesas y pesadas olas se tornaron de un tono gris. Una especie de ruido sordo en la distancia anunció que el dragón bermejo de nuevo espoleaba las profundidades de los mares amarillosos de la China.

Pronto estuvimos entre las garras del tifón que estremeció el Pacífico como un ejército de demonios. Skipper Johnson lo miraba indiferente, tal vez ya acostumbrado a todo aquello.

A la siguiente noche, después que la tempestad se había calmado y empezaban a divisarse los reflejos de numerosas luces en el horizonte noroeste donde se encontraba la ciudad de Vladivostok, Johnson empezó a reírse a carcajadas. Probablemente recordaba algunas de sus numerosas aventuras por aquellas sombrías y solitarias costas. Su risa pronto se esfumó. Sus pupilas acababan de divisar la luz roja de un buque mercante ruso que estaba tratando aparentemente de alcanzarnos. Evidentemente las aventuras comerciales del capitán Johnson no eran estrictamente legales, porque se hizo a toda vela, como empujando el viento para salvarse. Por la noche perdimos la estela del buque.

Si el huracán nos hubiera dominado seguramente nos hubiera devuelto al puerto, alarmando de paso a la guarnición de Vladivostok. Las aguas vecinas estarían permanentemente vigiladas.

Bloqueados como estábamos por el sur solo había un escape para nosotros: el estrecho de Kamechatka. Saliendo de la isla de Shkalin, donde los guardacostas estaban siguiéndonos los pasos, finalmente alcanzamos nuestra meta, el litoral este, donde nos escondimos en los numerosos refugios de la bahía para reparar nuestra nave y descansar. Nuestro retorno al Japón era menos seguro bajo aquellas circunstancias. Johnson y yo decidimos hacerlo por los Estados Unidos, costeano las Islas Aleutianas y el sur de Alaska.

Después de un día de descanso en Valdez, donde un médico veterinario me quemó las partes infestadas con ácido nítrico, llegamos a Shagway. Allí me separé de Johnson, sin sospechar que sería para siempre. Nunca más supe de él.

Necesitaba de unas vacaciones después de la azarosa existencia que había llevado en China. Decidí permanecer un tiempo en Alaska, dedicado a la gran cacería. Alaska era por aquellos días una especie de paraíso para los cazadores. El caribú permanecía dibujando sus mil y un tantos círculos en los bosques espesos. Antas de América, zorros negros caripelados, lobos, ovejas de montaña, patos salvajes, perdices blancas y sus similares abundaban por doquier. Ríos y arroyuelos estaban colmados de salmones, truchas y timalos.

Permanecí dos días en Whitehorse preparándome para la gran jornada. Desde allí marché a Dawson, justamente antes del estallido del deshielo que generalmente se efectúa en el mes de junio.

Cuando llegué a la opulenta ciudad de Dawson, donde el próspero Klondike era el punto central muchos años atrás, la encontré completamente muerta. La policía montada del noreste comandaba la plaza con mano de hierro. Había muchas cantinas, pero sin vagabundos ni borrachos. Dos días entre aquella hoguera, aserrando madera, era más que suficiente para curar al más consuetudinario beodo y volverlo un hombre correcto y observante de la ley. De sus once personajes famosos solo quedaban dos: Swiftwater Bill, a quien alguien me señaló mientras caminaba por las calles principales, envuelto en su manta grasosa de lana, luciendo un estropeado pumpá; y un conde francés, —mejor dicho, sin título alguno— que ganaba su vida como lavaplatos en un restaurant. Después de su trabajo acostumbraba exhibirse en la calle vestido de frac, guantes blancos, un bigotito encerado y un relumbrante y sedoso sombrero a la *parisienne*, levantado orgullosamente de un lado. Lo llamaban El Rey de los Barrios Bajos.

Casi inmediatamente a mi llegada, la noticia de un gran filón trascendió en Fairbanks. Los viejos exploradores caminaban con sus bolsos llenos de pepitas

de oro. Cada quien estaba disponiéndose a asistir a la gran estampida del distrito de Tanana, en el territorio americano.

Aunque nunca había sufrido, a Dios gracias, de fiebre de oro, decidí unirme a la estampida solo por simple curiosidad. Doc Stevens, un experimentado veterano, voluntariamente se prestó a ayudarme a llegar allí en un lanchón de fondo plano que construimos aceleradamente en dos días, con la ayuda de un serrucho, un martillo, varias docenas de navajas y algunas planchas de madera podrida que encontramos fuera de un aserradero abandonado, entre un montón de desperdicios. A las veinticuatro horas ya estaban listos para el embarque un par de frazadas, una estufa Yukón, dos sacos para dormir a la intemperie, varios utensilios de cocina, gran cantidad de provisiones y nuestra tienda de campaña. También compré dos rifles de cacería, hachas y cuchillos curvos. En las selvas de Alaska cada quien se alimenta de lo que caza.

Entre los varios amigos que hice en Dawson estaba un viejo judío, propietario de una panadería, llamado Iky Golstein. Había tomado parte en varias estampidas desde aquel agolpamiento de exploradores de oro en 1898, cuando un terreno aurífero fue descubierto cerca de Dawson. Él había sido uno del grupo que le había avisado a un *chechako*, o novato, la oportunidad de colocar una denuncia en la cima de una colina. Pronto se volvió famosa como *Colina Chechako*, pues el recién llegado, siguiendo al pie de la letra el irónico consejo desenterró allí oro puro y se hizo rico, lo que era de lamentar porque el pobre viejo Iky, quien originalmente había hecho aquella denuncia, tuvo que abandonarla sin concebir nunca cuánto oro podía ser encontrado allí.

Iky era una regular enciclopedia, montada sobre dos piernas. Un gran intrigante ante el mismo Dios. Me refirió que había comprado por una ínfima cantidad de dinero un viejo barco fluvial que había estado pudriéndose por dos años a la cabecera de un banco pantanoso. Lo había hecho reparar con el menor gasto posible, pues como agudamente conjeturaba, el provecho que esperaba sacar de su primer viaje —y probablemente único viaje a Fairbanks—

sería más que suficiente para cubrir tres veces el precio que había pagado por aquel cascarón. En la primera curva del río había tomado más pasajeros de los que el derrelicto podía llevar, contándome también confidencialmente que había tomado un seguro de vida en caso de que los pasajeros se disgustaran y lo echaran al agua.

En resumen, Iky Golstein era un hombre astuto. Solo que se equivocó en sus cálculos cuando me invitó a unirme a su expedición sin cobrarme nada. Necesitaba por sobre todas las cosas a un joven diplomático como yo, a un hombre de carácter sociable que pudiera suavizar las protestas que seguramente iban a surgir entre los pasajeros.

Con pesar decliné su oferta. Como dije antes estaba esperando el deshelo para irme a la deriva por el Yukón en nuestra lancha. Además, me sentía asqueado, aburrido de la diplomacia, de la que había tenido mi hartazgo en China. No quería empezar de nuevo.

Tras algunos días, que me parecieron años, llegó el gran momento por el que había esperado tanto tiempo. Alrededor de las once de una noche de junio, no puedo recordar exactamente cuál, fuimos despertados por el ruido de un trueno distante. Doc Stevens y yo nos levantamos de la cama a toda prisa. Aquel ruido era como el de un terremoto. Música armoniosa para nuestros oídos, que crecía más y más. De pronto, como si hubiese estallado una bomba, la helada superficie del Yukón se rompió frente a nosotros en incontables fragmentos. La precipitada acometida de la corriente, arrastrando enormes bloques de hielo, nos pasó por delante con tal estrépito que hizo temblar la tierra a nuestros pies.

Un grito de júbilo recorrió el campo de un extremo al otro como una súplica, una salvaje acción de gracias dirigida por los expectantes exploradores a madre natura por haber desnudado, en la profunda sombra de los bosques silenciosos, en las tierras estériles perdidas del norte, el camino de sus más preciados sueños. La cuenca de la tierra donde iban a excavar el dorado, el brillante oro. ¡El oro!

Flotamos durante días enteros sobre el Yukón, entre bloques de hielo empujados por la corriente. Nos detuvimos por unos momentos en Fort Gibbon a fin de alistarnos para nuestro viaje polar de varios centenares de millas, río arriba, hacia Fairbanks. Allí cambiamos nuestra lancha por una canoa Peterboro. Era el más apropiado vehículo para embestir la rápida corriente del Tanana.

Solo aquellos que hayan pasado por una experiencia similar saben lo que este viaje implica. Me di cuenta de ello cuando los exploradores veían indiferentes a los novatos o chechakos quienes nunca encontraban esta travesía completamente justificada.

Doc Stevens parecía estar acostumbrado a estos trajines, no obstante mi sentido de adaptación me sirvió de mucho. Había viajado en condiciones similares anteriormente —arriba del delta del río Atrato, al sur de Panamá en las garras de un furioso temporal—. No era sin embargo juego de niños impeler nuestra canoa Peterboro día a día sin descanso. O arrastrarla con una soga alrededor de las numerosas curvas del Tanana, con el agua helada hasta el cuello y los bloques de hielo echándonos de lado. Ocasionalmente veíamos enormes y blancuzcos esqueletos semejantes a elefantes, pudriéndose parcialmente sobre la capa de estiércol de la orilla del río.

Puedo aún recordar la sorprendida mirada de un majestuoso alce, hundido hasta las rodillas en las aguas fangosas de un cercano lodazal. Nos miraba como criticándonos, creo que compasivamente, al ver un par de tontos ir tan lejos y con tantas dificultades en busca del despreciable oro, enfrentándonos tan fieramente a la naturaleza a fin de organizar nuestra vida, cuando hubiera sido más fácil inclinar nuestro cuello hacia la tierra y pacer como él sobre la hierba.

Después de una semana de experiencias difíciles, necesitábamos un descanso. Preparamos nuestra tienda de campaña y haraganeamos.

Hacia el mediodía percibimos en la distancia una delgada columna de humo que progresivamente se fue convirtiendo en el casco de un oxidado barco. Iba

bamboleando río arriba, yéndose prácticamente de lado y haciendo un sonido tan rechinante que nos hizo pensar que su maquinaria era tan vieja como Matusalén. Reconocí enseguida el trasatlántico *de lujo* de Iky Golstein. Iky, con su habitual franela remendada, estaba aparentemente dándole una conferencia a una abigarrada multitud de inspectores y novatos que caminaban el barco de proa a popa.

“¡Aló, veterano!”, grité a Iky, quien al reconocermme inmediatamente detuvo la embarcación y saltó a tierra con un grito, seguido por una multitud de disgustados pasajeros. A juzgar por la amarga expresión de sus rostros, pedían la cabeza de Iky.

Me abrí paso entre la multitud, alcancé a Iky, quien se tiró a mis pies lamentándose como un fantasma: “¡Sálvame, vale! ¡Si tú no lo haces, nadie podrá!”

Instantáneamente una protesta de rabia surgió del grupo de los furiosos pasajeros: ¡Ahorquemos a ese judío y liquidemos este asunto!

El viejo inspector, que llevaba la palabra, me contó que Iky les había vendido a todos pasajes de primera clase, incluyendo comida, a \$ 200 por persona, con garantía de buenos camarotes, que no existían en realidad en el barco. Por lo tanto, la mayoría de los pasajeros tenía que dormir sobre la agrietada cubierta, en pilones de madera o sobre el montón de equipajes, sosteniéndose con el poco alimento que algunos habían traído. Iky, invocando a Jehová y a todos los gatos de Egipto les aseguraba, bajo juramento, que todo había ocurrido por culpa de su agente en Dawson, quien había olvidado traer las necesarias frazadas y provisiones a bordo. Entre los pasajeros iban también varias docenas de coléricas bellezas. Muchachas cabareteras en pos del oro, que no tenían necesidad de excavarlo.

Cuando escuché los reclamos de los pasajeros, le manifesté a Iky que no podría salvarlo a menos que me concediera libertad en su barco. Finalmente consintió. Tras registrar cada rincón de este, extraje de las entrañas de los oxidados trozos de hierro viejo, que Iky orgullosamente bautizó como Diógenes, suficiente licor y pasapalos como para organizar una fiesta y hacer que cada

quien se sintiera contento. Luego montamos nuestra canoa a bordo y empujamos a Diógenes hacia Fairbanks, mientras Iky, con lágrimas en los ojos, introducía su asquerosa mano como una garra grasienta en el bolsillo de su pantalón. Tembloroso de agradecimiento, extraía un inmundo billete de cinco dólares, el cual besándolo varias veces y casi renuente, trató en vano de que lo aceptara por haberle salvado la vida.

La ciudad de Fairbanks consistía, para el tiempo que llegué allí, en diez casas y ciento dos cabañas de madera. Muchas de ellas, a lo largo de la calle principal, estaban ocupadas por cabarets, cuchitriles de juego y de baile. Todos hacían prósperos negocios. La moneda de cambio consistía en polvo de oro pesado sobre el mostrador en pequeñas balanzas de cobre. Una naranja costaba tres dólares, un saco de harina de ochenta a cien. Antes de terminarse el año el distrito de Tanana había producido un millón de dólares en pepitas y polvo de oro. Fairbanks se había vuelto la meca del hampa del oeste que allí ejercitaba su ingenio en busca de horizontes.

Cuando llegué a Fairbanks la ciudad estaba en plan de organización. Los registros mineros de Tanana eran azotados por miles de denuncios locales. La mayoría apuntados con grafito sobre papel de envolver y en muchos casos en pedazos de camisas. Estos tenían que ser descifrados, coordinados y seleccionados separadamente, antes que uno se resolviera a pasarlos a un libro mayor. Había confusión sobre docenas de denuncios hechos. Bastaba que un minero divisara un oso o un ante cerca de un riachuelo para que inmediatamente lo bautizara Arroyo del oso, Arroyo del ante, sin poder precisarse nunca en qué sitio había sido señalado tal denuncia. Archivar en orden tales registros mineros representaba una tarea hercúlea, un acertijo chino como para echarse atrás acobardando al más eficiente funcionario. No era pues extraño que Fairbanks se volviera por los momentos la tierra feliz, la casa de los profesionales oportunistas de denuncios, picapleitos y otros parásitos.

El respetable ciudadano que había sido designado por voto unánime para dirigir el registro del distrito era un caballero miope, de aspecto maduro, a

quien llamaban Míster Short. Decía el vulgo que en sus años mozos había alternado su profesión entre vaquero y jugador de naipes. Había aceptado el trabajo —recalcaba— solo por el bien de la ciudad e insistía que *Chico Méndez*, como me llamaba a mí, con fama de escribir y leer correctamente, debía ser nombrado su secretario-asistente.

Para aquel tiempo, debo decir la verdad, no sabía yo la diferencia que había entre el denuncia de una mina y un piano. Acepté el trabajo solo para darle gusto al viejo, que era un hombre simpático. Había tenido que ver con congoleses, chinos y árabes. Sentía curiosidad de saber lo que iba a hacer con aquel montón de papeles. De esta manera me volví, por pura curiosidad, uno de los progenitores y patriarcas de la ciudad de Fairbanks, en Alaska.

La judicatura estaba representada en nuestra metrópoli antes de la llegada del juez Bakerman, de fama entre los *saqueadores*, por el juez Froth, justicia y paz. El juez Froth era el administrador de un cabaret y no obstante ser muy amable y todo lo que se quiera, se daba excesivas ínfulas. Me recordaba cierto humilde misionero que conocí en Turquía a principios de la guerra mundial. Cuando encontré de nuevo este personaje en la Embajada Americana, después del armisticio, casi no lo reconocí de infatuado que estaba dentro de su uniforme de capitán americano, ostentando un aire de *Yo y Napoleón*. Llevaba de Agregado a un infeliz gusano, un teniente que se arrastraba y se arrodillaba ante él.

El primer caso que se presentó ante el juez Froth fue el de un lavaplatos que había asesinado a su compañero para robarle un reloj de oro. La cabaña que servía como sala de la Corte estaba atestada de espectadores. Yo, como alto funcionario oficial, secretario-asistente del Registro, naturalmente estaba presente.

Mientras desde un sillón de mimbre oía las conjuraciones de los últimos alegatos emocionados de la defensa a nombre de su cliente —quien probablemente le había prometido el reloj si ganaba el caso— el juez Froth se levantó, ensortijó su bigote nerviosamente y extendiendo su brazo con un gesto melodramático, exclamó con voz cursi:

—¡Señores del Jurado, orgullo de la nación, es a ustedes a quienes toca decidir!

El orgullo de la nación y la bostezadora audiencia estalló en escandalosas carcajadas. Prorrumpió en rechiflas que hicieron enrojecer hasta las orejas al juez Froth que no tuvo más camino que regresar a su cabaret con cierta arrogancia que lo hacía aparecer digno.

Otro interesante ciudadano de nuestra comunidad era el Archidiácono Stuck, siempre soñando con el ascenso al Monte McKinley. El ideal de su vida eventualmente se volvió realidad. Algunos años después fue el primero en alcanzar la cima de la famosa montaña. Había construido detrás de su capilla —que le servía al mismo tiempo de santuario, alcoba de dormir y cocina— una cabaña en la que acostumbraba encerrar con llave todas las tardes, después de las seis, media docena de gallinas, un tesoro más grande para él que todas las pepitas de oro de Alaska. Durante el mes de julio, si no estoy equivocado, cuando el sol se pone difícilmente al sur de Fairbanks por estar sobre el círculo septentrional, el Archidiácono se lamentaba de que si no encerraba sus gallinas después de las seis p.m. se trasnocharían y morirían de insomnio.

Tres millas al oeste de Fairbanks, a la orilla derecha del río Tanana, pues Fairbanks está situado en una isla, sobre la playa derecha de un pantano que se une con el brazo principal cerca de Chinoia, aposté un grupo de denuncias. Allí el juego y la pesca eran de primera. Difícilmente iba alguien a cazar, teniendo en cuenta la distancia de tres millas de charcas que separaban mi lugar de retiro de la ciudad. Era también inalcanzable por agua a causa de los grandes torrentes que hacían casi imposible la navegación en el río Tanana, sobre Chinoia.

Durante los varios meses que pasé en Fairbanks, tratando de sacar en forma completa los informes mineros, acostumbraba pasar mis horas de ocio cazando y pescando en este pequeño reino de minas, donde había construido una cabaña e improvisado un escondrijo de víveres.

Una mañana, mientras me arrastraba sobre la maleza, acechando un alce, me topé con cierta misteriosa clase de ciudadano. Era un oso cachorro, caripelada,

que abarcándome con la mirada me enseñó sus pequeños colmillos mientras caminaba resueltamente en mi dirección, con los ojos inyectados como un pequeño hombrecito. Recordando que los osos no se atreven a atacar a un hombre donde lo encuentran, traté de librarme del cachorro tirándole un palo. Finalmente, viendo que el jovencito quería pelea, le tiré primero a la cabeza fallando. Como pareció impresionarle le mandé cinco tiros más. Esas criaturas regularmente son difíciles para morir.

Mientras estaba examinando la piel acribillada del pobre animalito, un terrible gruñido solo me dio tiempo a una rápida mirada a mi alrededor y a elucubrar una salida. La adolorida y desgarrada madre del osito estaba cerca de mí como pidiéndome cuenta.

Calculando que había gastado cinco tiros para matar al cachorro y que necesitaría por lo menos veintitrés para darle a su gimiente má el golpe decisivo, decidí juiciosamente poner los pies en polvorosa. Puse alas a mis piernas y no me detuve hasta que llegué a Fairbanks después de tres millas de una arremetida descomunal. Casi me asfixio.

Poco tiempo después tuve una experiencia similar con una lechuza blanca del Ártico que aparentemente me consideró un intruso en su vida privada. Me acercaba a la cima de un alto pino, para espiar a una bandada de patos salvajes que estaba a la orilla del río. De pronto, una especie de zumbido me hizo mirar hacia arriba. Sobre mi cabeza, a distancia de menos de una yarda, una gigante lechuza me miraba fijamente con sus grandes ojos verdes, de dos pulgadas cada uno. Sus alas estaban ligeramente abiertas. Sus ariscas garras, del tamaño de la mano de un hombre, se abrían y cerraban, directamente frente a mí. No recuerdo exactamente cómo bajé de aquel árbol, pero ciertamente lo hice de prisa. Tan pronto como mis nervios se aquietaron como para levantar mi rifle, cayó la lechuza con un ala quebrada. Luego de atarla bien la llevé a la ciudad todavía viva. Ya cerca de las afueras alguien me gritó: “Eh, patrón, ¿dónde encontró esa gallina?”

Reconocí la voz de Sam, un negrito de Tennessee a quien muchos ciudadanos de su pueblo le habían anticipado dinero con la esperanza de ver

grandes retornos multiplicados. Infortunadamente, Sam, después de llegar a Fairbanks, había perdido su colección de dados. No atreviéndose a regresar a Tennessee, se había comprometido en el provechoso negocio de lustrador de zapatos. Agarré la lechuga y la pesé cuidadosamente. Sam me sugirió venderse la por la mitad de su precio justo, porque —decía— tenía una gran idea. En realidad, fue excelente. Aquella misma noche Sam puso en mi mano cinco dólares, equivalente a la mitad del precio que pagó un coleccionista de Seattle que la necesitaba para un museo.

En las navidades de 1904, seis meses después de mi llegada, Fairbanks era casi una ciudad. Durante el verano un hormigueo de especuladores y parásitos comerciales llegaba en tropel al distrito de Tanana en busca de negocios fáciles. El estado económico de la población estaba experimentando un progreso similar al de Florida en años anteriores. Hasta caballos se importaban en cantidades, lo cual era un crimen. Después que pasaba el primer entusiasmo, al agotarse el forraje importado por falta de transporte y dinero efectivo, a la mayor parte de estos animales los soltaban en los bosques donde finalmente perecían de hambre, frío y sed. En Alaska, con excepción de algunas pocas fuentes termales, cada río, riachuelo o arroyo se congelan durante los largos meses de invierno.

Debo también señalar como una curiosidad, que no obstante su zona cálida costera, la península de Alaska es y será siempre un desierto helado.

Hubo una época en que las capas de nieve eterna que cubrían la parte interior de Alaska, como es hoy Groenlandia, se desprendieron debido al cambio de temperatura causado por el desvío de la cálida corriente japonesa hacia el norte. Fueron deslizándose lentamente como un glaciar gigantesco hacia el norte de los océanos Pacífico y Ártico. Desaparecían así las cimas y cadenas de montañas de la Alaska Central hasta convertirse en una serie de conos ondeados, de diversos tamaños que hoy llaman cuchillas. Estas originalmente aparecían ligeramente cubiertas de una capa de polvo metálico, pues los depósitos y vetas de los distintos minerales que se encontraban en dichas montañas fueron

pulverizados durante el terrible proceso de trituración causado por el desprendimiento de las gigantescas masas de nieve en dirección oeste-noroeste.

Cuando las corrientes de agua superficiales arrastraron parcialmente aquella capa de polvo metalífero hacia el océano Ártico y el estrecho de Bering (por el sur la cadena de montañas de Alaska lo bloqueaba) el único metal que quedó fue el oro, el polvo de oro de los arrecifes, que debido a su peso excesivo se hundió en las profundidades quedando aprisionado en las ranuras de las rocas de ríos y riachuelos. Estos fueron gradualmente cubiertos del sedimento o capa vegetal que siguió produciendo la desintegración de los bosques, depositándose por siglos en las orillas del río Yukón y sus afluentes.

El modo como los exploradores buscan hoy el lecho de roca o terreno aurífero en las hendiduras de los ríos prehistóricos, arroyos y arroyuelos de la selva de Alaska, viene a confirmar mi teoría. Consiste esa en deshelar por medio de calderas y hogueras, angostos pozos de minas, a veces a una profundidad de más de cien pies fuera de la capa de tierra vegetal, que permanece congelada durante todo el año. Solo una capa superficial de este sedimento, de yarda y media, se deshela durante los tres o cuatro meses de verano.

Debido a esta extraordinaria circunstancia los árboles de la parte central de Alaska no extienden sus raíces en dirección vertical, sino horizontalmente. Sus enormes selvas vírgenes conviértense cada año en pantanos durante los meses de junio, julio y principios de agosto, formando bosques cenagosos difícilmente penetrables que hacen imposible el desarrollo de la agricultura en una escala razonable. Es por ello que Alaska Central es y será siempre una selva helada. Su escasa población dependerá siempre de la madera, los metales y la cacería como sus únicos medios de subsistencia.

En la navidad de 1904 Fairbanks se dio el lujo de formar entre otros centros sociales el Elk's Lodge, donde se realizaban las fiestas de más categoría. El *bello Brummel* y líder de la ciudad era un abogado que después que pasó la época de prosperidad cumplió una condena en una penitenciaría de tono en la costa Pacífica, haciéndose muy popular. Lo encontré después en Nevada donde

había adoptado una nueva vida. Se había convertido en un ciudadano *respectable* y prominente abogado. Estas son las cosas del oeste.

Acostumbrado a la vida social me gustaba asistir a reuniones de fama, con mi tuxedo de segunda mano que le había comprado a un cómico de vaudeville ambulante, y con un par de zapatos viejos de patente, que me había obsequiado en mi cumpleaños Archidiácono Stuck. Aunque parezca dudoso el Archidiácono y yo éramos buenos amigos.

Una noche, poco antes de la navidad estando en un bar en el Elk's Lodge, oí una conversación que en voz baja sostenía Crummy Pete (Sucio Pete) e Irish Stew Joe (Guiso Irlandés Joe) un par de estampidores de oro notables, que admiraban por una ventana abierta nuestro espléndido sarao.

Hablaban de que iban a encontrarse al alba, cerca de cierta choza situada en un lodazal, algunas millas abajo, e iniciarían algunas excavaciones al pie del monte McKinley, donde se decía que varios veteranos habían hecho un hallazgo productivo. Esto me pareció maravilloso. En seguida me fui a casa, cambié mi traje de etiqueta por mi *parka*, mi abrigo de piel, con capucha y un par de suaves mocasines de viaje. Dos horas después me reuní con Pete, Joe y otros dos exploradores, quienes luego de deliberar por un tiempo sobre quién debía ser designado jefe, finalmente convinieron en nombrarme capitán de la expedición, misión que me tomé muy en serio y procuré desempeñar lo mejor posible.

Cruzamos y recruzamos durante varios días el desierto helado, sin encontrar indicios de las tan esperadas excavaciones. Por fin llegamos al pie del monte McKinley, donde rescatamos a dos exploradores a quienes los lobos habían tenido encerrados en su cabaña por más de una semana. Luego nos confesaron que ellos habían sido quienes habían hecho circular ese informe falso. Así esperaban llamar la atención de los obreros mineros de Fairbank con el fin de provocar la bonanza de sus nuevos lavaderos de oro.

Yo era libre para hacer lo que se me antojara y no teniendo nada que hacer por el momento, proseguimos la marcha hasta el sitio desde donde podíamos

ver el valle de Kuskokwin, el cual solo muy pocos exploradores habían visitado.

Hacia mediados de enero de 1905, después de nuestra búsqueda sin provecho hasta el pie de McKinley, salí de Fairbank en una brumosa mañana con el termómetro registrando una temperatura de 50 grados bajo cero. Percibí en el aire helado un olor a humo, mientras jugadores soñolientos y ratas de salón caminaban rítmicamente por las calzadas de madera, rumbo a sus hogares. Mi trineo iba conducido por siete perros esquimales de Malamuth que tiraban de las riendas y obedecían las órdenes que yo les gritaba. En Dome Creek, Mac Dougal preparaba su equipo para unirse a nosotros. Íbamos a cazar caribúes y ovejas salvajes en las Montañas Blancas. Mac Dougal, o Mac, era de un carácter indefinido cuya carrera había sido muy vaga y accidentada. Me pareció un caballero ya cansado de caminar con *pies de muerto* que había resuelto andar por su propia cuenta. Era extremadamente taciturno. Pasaba días enteros sin pronunciar una palabra, lo que se prestaba a toda clase de rumores. Varias personas aseguraban que se había distinguido como oficial de la policía montada del noroeste. También se rumoraba que era el *caballero del parka azul*, un bandido que el astuto Presidente de un banco local de Fairbanks utilizaba para asustar a los exploradores mineros en los riachuelos, obligándolos a enviar sus hallazgos a la ciudad, custodiados por los mensajeros armados del banco. Estos naturalmente al llegar a Fairbanks entregaban las remesas de oro que les habían sido encomendadas a dicho banco, donde quedaban como valores en depósito, devengando intereses o pagando honorarios por custodiarlos hasta nuevo aviso.

Ya fuese o no un bandido, Mac Dougal era hombre leal y mi mejor amigo durante el año y medio que pasé en Alaska. Nos habíamos encontrado accidentalmente en el camino. Desde ese momento se quedó a mi lado contra viento y marea, convirtiéndose prácticamente en mi sombra. Jamás le pregunté cómo eran sus medios de subsistencia ni me importaba saberlo. De lo único que estaba seguro era de que cada vez que necesitaba a Mac estaba presente,

incondicionalmente y sin hacer preguntas. Lo único que nos importaba para ser felices eran nuestros winchesters, cuchillos de cacería, sacos para dormir, picadura de tabaco, un poco de sal, nuestro equipo de perros y canoas de abedul, en las cuales cruzábamos las corrientes impetuosas de muchos desconocidos ríos, simplemente por aventura, o por el gusto de jugar sin dinero. Era un pasatiempo, un deporte verdaderamente viril. Nos alimentábamos durante esas expediciones con la caza que hacíamos y pasábamos las noches como dos vagabundos del Ártico, estirados cerca de la hoguera campestre, mascando nuestro tabaco o soñando con los ojos abiertos bajo la luz de luna de la sierra septentrional. Las aguas de un gran río pasaban cerca de nosotros, como un torrente de plata fundida y el aullido triste de los perros lobos de los trineos de caza nos llegaban desde el durmiente bosque.

Durante esas noches silenciosas me daba a recordar expediciones, haciendo reminiscencias de alguna cacería excitante, como aquella en la cual cacé mi primer alce americano. Corrí detrás de él con mis botas de nieve, haciendo caso omiso de los gritos de advertencia de Mac. Seguí sus huellas sangrantes hasta que la pobre bestia aterrorizada se levantó repentinamente delante de mí, tan alta como una iglesia, con ojos brillantes como azufre. Mi temor fue tan grande que antes de liquidarlo definitivamente intenté trepar a un árbol con mis botas puestas. Siempre me río de los cazadores novatos que se jactan de no conocer el miedo. Si hubiera obtenido un dólar por cada vez que me he asustado —hasta tocar los lindes del terror— estaría millonario. Ese temor no quiere decir nunca que yo sea cobarde. El verdadero valor consiste en poder sobreponerse al primer choque nervioso y actuar enseguida con inteligencia.

Aquella mañana de enero, después de un succulento desayuno, salí con Mac Dougal en dirección al este, siguiendo el curso congelado del Chatanika. Máquinas chirriadoras y montículos oscurecidos de terreno aurífero pagado brillaban a través de la neblina en ambos lados del camino. La débil luz de una lámpara velada se divisaba a través de la cortina de papel de la cabaña de un explorador.

Atravesamos rápidamente la superficie helada del río Tolovena. A lo lejos la fría tierra despoblada se extendía ante nuestros ojos como una inmensa sábana arrugada, atravesada aquí y allá por cuchillas y riscos cubiertos de nieve. Frescas huellas de lobos y alces americanos cruzaban los resplandecientes pantanos cubiertos de arbustos oscuros y sauces rojizos. Era un hermoso día de invierno, esos días con los que sueña el cazador. En el distante horizonte azul brillaban las montañas blancas, cual joyas puras.

Al mediodía tomamos un refrigerio. Fresas calientes de Alaska, frijoles rosados, tocino frito, hojuelas, café. Fumamos pipa y proseguimos hacia la misteriosa vertiente de la montaña por la cual suponíamos que pasado el *sendero del difunto* llegaríamos a la cabaña del viejo Mac Carthy.

Cambió el tiempo. Copos de nieve nos rozaban ligeramente al principio y después de manera tempestuosa. Nubes grises aparecían suspendidas sobre los riscos enselvados, totalmente nevados. Mac Dougal y yo caminábamos ciegamente tras nuestros equipos en medio de una recia ventisca. El frío atravesaba nuestras parkas y nuestras botas de cuero congelándonos la piel. Con los ojos semicerrados y dando trapiés sobre algunos desprendimientos de hielo, continuamos la marcha con cuidado sumo para evitar que los trineos se desbarrancaran. Los perros guías, con sus narices pegadas al suelo arrastraban los equipos tirando valerosamente de las riendas, aullando, forcejeando, luchando, tratando de localizar en la ciega tormenta el rumbo del misterioso sendero.

A la medianoche atravesamos la vertiente de la montaña. La ventisca había soplado como una tempestad tropical. Hacia el norte el cielo estaba cubierto de estrellas indistintas, veladas por la púrpura de la aurora boreal. A lo lejos se oían los aullidos de los lobos. De una selva cercana se abrió paso bruscamente un alce a través de la maleza.

Descendimos hacia los helados valles estériles hasta que escuchamos a la distancia un ladrido de perros que nos condujo a la choza del viejo Mac Carthy.

Después de la cena le relaté al viejo explorador cómo habíamos hecho frente a la tempestad y encontrado el sendero. Cuando terminé movió repetidas

veces la cabeza y sacando la pipa de mazorca de maíz de su boca desdentada, observó con una sonrisa sombría:

—Y la nieve continuó cayendo sobre el mismo viejo sendero. Hace cincuenta años, cuando yo era un joven estudiante graduado, lleno de vida, contraí como usted la fiebre del oro y también crucé la vertiente prohibida de la montaña. ¡Míreme cómo me encuentro ahora! Y la nieve continuó cayendo sobre el mismo viejo sendero...

Al oír aquello yo no sabía hacia donde iba, pero ciertamente iba de regreso a la civilización.

Era más fácil decirlo que ponerlo en práctica. Un viaje al exterior requería una cantidad de dinero apreciable. Como yo estaba enteramente arruinado, sin recursos, me despedí de Mac Dougal y dirigí mis pasos hacia el Yukón superior, donde sabía que Doc trabajaba en unas denuncias abandonadas de lavaderos de oro.

He aquí pues que algunas semanas más tarde mientras se elevaba una ligera columna de humo azulino del techo de paja de nuestra pequeña cabaña cubierta de nieve en el distrito de las Cuarenta Millas, y mientras me acercaba a ella en el crepúsculo, la aurora boreal titilaba con su espectral resplandor lanzando misteriosos destellos sobre las colinas blancas circundantes.

Yo había traído conmigo alimentos de Dawson. Frijoles, tocino, harina y café. Luego de alimentar a los perros y haber compartido con el viejo Doc una cena frugal, nos sentamos cómodamente frente a nuestra estufa caliente para discutir los planes de la jornada siguiente.

Decidimos levantar campamento y dirigir nuestros pasos hacia la desembocadura del río Mackenzie. Hacia las cabeceras del Porcupine, según Doc Stevens, se encontraba un tesoro enterrado a orillas de un río helado, de acuerdo con el mapa que llevaba oculto en una bolsa de cuero sobre el pecho.

Entretanto la brisa nocturna se había convertido en un viento fuerte que danzaba alrededor de la choza arremolinando la nieve en sólidos montones a lo largo de la parte baja de las paredes. Penetraba por las rendijas un aire

cortante que tatuaba de extrañas figuras la luz titilante de la lámpara de kerosene, haciéndola bailar misteriosamente en el interior de la choza y en el rostro arrugado de Doc Stevens. Podía observarlo masticando impasible su pipa, mientras un halo de aburrimiento parecía envolverlo. Pero había tal determinación en sus viejos y cansados ojos que me hacían pensar en su eterna juventud hasta la muerte, o por lo menos, hasta que encontrara oro. Era un auténtico explorador, el típico ciudadano de Alaska.

Habíamos recorrido juntos las selvas respetando el código del norte. Habíamos compartido nuestro pan, ayudándonos mutuamente. Habíamos sido consecuentes el uno al otro sin hacernos preguntas. No me interesaba saber quién era él, ni de dónde venía. Solo intuía que era un caballero. Mi fiel y viejo compañero.

Permanecimos el uno frente al otro sin pronunciar palabra, hasta la medianoche, mirando en el vacío. Me metí en mi saco de dormir, dispuesto a realizar el sueño del viejo, aunque no estaba seguro de si era un sueño o una viva y persistente alucinación de su cerebro debida a los años de soledad y desencanto en los desiertos septentrionales.

A la mañana siguiente Doc Stevens y yo levantamos nuestra tienda. Dimos de comer a nuestros perros, inspeccionamos sus arneses y las provisiones colocadas en el trineo de Doc. El resto del equipo —sacos de dormir, armas, municiones, carpa y estufa Yukón— en mi trineo. El tiempo era inestable. Nada nos importaba. íbamos tras un millón de dólares. Una ventisca más era lo de menos.

Seguimos nuestro camino por la orilla arbolada del río Yukón. Bordeábamos los troncos rugosos, a través de un suelo blanquinegro, como un aguafuerte. A fin de evitar encuentros con la madera flotante decidimos deslizarnos por la tersa superficie helada del río.

Aquí el terreno era más apropiado para nuestros trineos que para nuestros pies. Continuamos resbalando y deslizándonos sobre el hielo, también balanceando nuestro cuerpo huyéndole al bostezo, o saltando sobre el bloque

quebradizo ya cercano a unas fuentes termales. El paisaje desplegado ante nuestros ojos era como una cinta cinematográfica monótona donde las escenas se sucedían rutinariamente una tras otra.

Hacia mediodía divisamos numerosas estepas cubiertas de nieve. Era una hermosa oportunidad para progresar en nuestro viaje. Conejos, alces, huellas de caribúes cruzaban la campiña en toda dirección, entretejiéndose entre ellos la azarosa estela de los cazadores. Forrados en nuestras frazadas escuchamos aquella noche el lúgubre aullido de una manada de lobos. Nos sorprendió; porque los lobos generalmente se asustan ante la terrible bestia humana, especialmente en Alaska donde la caza es abundante.

El segundo día atravesamos el campo por el ángulo noroeste del Yukón. Sobre pantanos relucientes de nieve los arbustos oscuros y montecillos de hierba entorpecían la marcha de nuestros esforzados perros esquimales. Los perros, con sus lomos cubiertos de escarcha, tiraban del trineo heroicamente, transpirando vapor por sus pieles heladas, con las lenguas afuera como pedazos de trapo rojo.

Una vez más me hundí en el hielo hasta las rodillas. Doc Stevens tuvo que encender una buena hoguera para deshelarme. Mis botas y mis tres pares de medias de lana se habían congelado en los pocos minutos en que Doc se tardó en hacer fuego. La temperatura había bajado a sesenta grados bajo cero y el indicador rojo continuaba su descenso. El rudo e implacable invierno había llegado a las selvas septentrionales. No se oía sonido alguno en el vasto silencio. Apenas el susurro de la nieve que ahora cubría de una túnica blanca las pantanosas tundras y los peñascos montañosos que se alzaban silenciosos y rígidos en aquella horripilante soledad. Habíamos elegido esta difícil ruta en vez de seguir por el río congelado porque deseábamos llegar al Porcupine. A unas cincuenta millas al norte de la confluencia con el río Yukón, cortando a través de una larga línea de un triángulo geográfico prácticamente inexplorado. Doc Stevens era quizás el primer hombre blanco que lo había cruzado.

Parecía abundar mucho la caza en la región. Algunos exploradores esperaban realizar solo el sueño de encontrar cuarzo aurífero de alta calidad. En aquella lejana oportunidad Doc Stevens, según me informó, se vio obligado a abandonar la búsqueda, por falta de alimento, o por los zancudos que brotan a millones en el deshielo del verano debido al gran número de pozos de aguas estancadas en toda la región. Por ese motivo enloqueció su compañero quien se ahogó al saltar repentinamente de la balsa, sin dar tiempo a que Doc pudiera pestañear.

El zancudo ártico es un insecto feroz. Es sabido que ha matado a osos, picándoles en los párpados. Estos al rascarse los ojos con las garras quedan ciegos. Después vagan sin rumbo por los contornos hasta que finalmente caen en los precipicios reventándose los sesos contra una roca o un árbol.

La leyenda de una choza parecía existir en aquella profunda selva, especie de guía que Doc había visitado anteriormente durante su desastrosa aventura en el país. Nadie sabía quién la había construido. Nadie, a excepción de Doc la había visitado. Era como otra fantasía histórica del Yukón más que una realidad.

Ahora nos dirigíamos hacia esa choza. Doc recordaba que estaba situada como a mitad de camino entre el distrito de las Cuarenta Millas y el bajo Porcupine, en el centro de las selvas sombrías, infestadas de lobos, donde hasta los matorrales se mostraban cautelosos. Aseguraban ellos que por toda la región vagaban malos espíritus. Los blancos, creyendo allí encontrar oro algún día, no se preocupaban en destruir la leyenda.

A medida que nos internábamos en el país el tiempo empeoraba. El mercurio se aproximaba rápidamente al punto peligroso: ochenta bajo cero. Los exploradores por lo regular cuando esto sucede suspenden la marcha y se atrincheran, por miedo a que se les congelen los pulmones.

Una persona puede tener los pulmones congelados y no darse cuenta hasta que llega la primavera. Cuando los tejidos se destrozan a las pocas semanas se produce la muerte. Doc y yo poseíamos una fuerte contextura y soportábamos

aquella prueba rigurosa bastante bien, pero nuestros perros estaban sumamente debilitados. La piel entre sus dedos estaba desgana y sangrante. Al deslizarse por entre las heladas hojas de la hierba de los negros arbustos, las orillas cortantes de las tupidas capas de nieve les rompían constantemente las patas.

Mientras atravesábamos uno de los muchos pantanos de la región, el trineo de Doc se hundió en el hielo desapareciendo con perros, alimentos y todo. Nuestros esfuerzos para salvar a los animales resultaron infructuosos. Cinco minutos después de haber desaparecido el trineo en las oscuras aguas del pantano se cubrió de nuevo la superficie con una capa de hielo de una pulgada de espesor.

Aquella noche no pudimos conciliar el sueño. Poco después de lo que se llama puesta de sol en aquellas latitudes oímos el aullido de un lobo que rondaba nuestro campamento. Mientras este se hacía más fuerte, círculos de ojos fosforescentes brillaban como esmeraldas en la oscuridad que nos cercaba.

Encendimos una gran hoguera para mantenerlos a cierta distancia. Toda la noche estuvieron vagando por nuestro campamento, teniendo de vez en cuando que hacerles disparos. Parecían querer devorar a nuestros perros. Estos se agrupaban a la entrada de nuestra pequeña carpa conscientes de su proximidad. Cerca del amanecer el aire se llenó con el terrible aullido de uno de los lobos que fue destrozado y devorado por el resto de la manada. La bestia había enloquecido, corría de un sitio a otro y fue liquidada a la manera lobera. Mientras Doc y yo dormitábamos, otra de las bestias atacadas de mal de rabia le arrancó una oreja a uno de nuestros perros esquimales, el conductor del equipo.

Nos vimos obligados a matar al pobre animal antes de que fuese atacado de mal de rabia y mordiese a los otros perros, los cuales parecían intuir el peligro pues aullaban alrededor del guía, cohibiéndose cuando este se les acercaba.

La mañana me encontré contando seis tajadas de tocino, que saqué de mi bolsillo como si fuesen pepitas de oro. Junto con una caja de galletas era todo el alimento que nos quedaba después que el trineo de Doc se hundió en el hielo con las provisiones. Tuve que animar al viejo: “Bueno, Doc, después

de esto tendremos bistec de perro para el desayuno y biftec de perro para la cena”. El viejo Doc masculló entre dientes: *Sí, si no nos comemos los perros, nos van a comer a nosotros*. Los perros empezaron a menear sus colas, costumbre amistosa de pedir alimento. Como no teníamos nada que darles, su actitud cariñosa decrecía a medida que aumentaba el hambre. Aullaban, con los ojos inyectados de sangre. La situación no mejoró cuando les colocamos los arneses y les obligamos a tomar el trineo, actuando yo como guía.

Nuestras hambrientas miradas no divisaban conejo alguno entre la maleza. Cada vez que Doc Stevens se quedaba un poco rezagado, explorando cacería por los alrededores, se aproximaban demasiado los lobos.

A medida que avanzaba el día alimentábamos a los perros con la parte superior de nuestros zapatos de repuesto, con pedazos de arneses y hasta con trapos empapados en grasa de tocino, que se disputaban como lobos. Resurgía el ancestro Malamuth de estos perros del norte.

Cuando llegó la noche nos vimos obligados a sacrificar a uno de los seis perros que nos quedaban a fin de poder alimentar a los restantes.

La manada de lobos seguía constantemente nuestros pasos, describiendo un semicírculo que a veces amenazaba volverse círculo completo. Nos enfermaban sus aullidos. Sus ojos fosforescentes, fijos en nosotros en la oscuridad.

Un día, poco después del ocaso, cuando ya había encendido la primera hoguera, saltó de la maleza una enorme loba. De cola corta y cicatriz en el lomo, se abalanzó sobre mí. Con la velocidad del relámpago quiso asirse a mi cuello. Falló por una pulgada.

Cuando se dio vuelta para saltar nuevamente, Doc Stevens le levantó los sesos con la culata de su fusil. Animados por el ejemplo de la loba, la manada se acercó mucho más. Solo los manteníamos alejados con un bombardeo de trozos de madera ardiendo y con disparos de fusil.

Esta desesperada lucha continuó por toda la noche. Por la mañana tanto Doc como yo estábamos agobiados por el esfuerzo, ya resignados al fracaso. Doc ardía en fiebre.

Aquella tarde, después de cinco días de terribles luchas y privaciones, llegamos a una choza abandonada, probablemente la choza legendaria. Acampamos a la orilla de un pantano que el viejo aseguraba era el Vinamouk. Allí nos atrincheramos con el único perro que nos quedaba del equipo. Los lobos cercaban nuestra choza, impidiéndonos salir a cazar.

Envolví a Doc en una frazada y le obligué a permanecer tranquilo, mientras yo le hacía frente a la situación. Al viejo le dolía el pecho y la fiebre abrasaba su piel. Se le había declarado una pulmonía. Me devanaba los sesos tratando de inventar algún alimento después de revisar nuestras pertenencias. Finalmente decidí hervir un saco de guardar instrumentos, de piel de caribú, que no había sido curtida. Lo herví durante varias horas en agua de la nieve y se lo ofrecí a Doc. Después eché tres pares de mocasines en la caldera y luego raspé trozos de la substancia resinosa de la madera de la choza. Entretanto el mapa del tesoro del millón de dólares descansaba sobre su pecho febril.

Disminuyó la ola de frío. Empezaron a moverse lentamente en dirección norte los bancos de neblina ártica que habían ocultado las cimas de las lomas arboladas, desapareciendo tras el ondulado horizonte del Porcupine. Volvieron a brillar bajo la opaca luz del sol las fangosas tundras que descansaban rígidas detrás del cielo dormido. Surgieron los conejos y las manadas de caribúes iniciaron sus misteriosos círculos en los estériles desiertos. El alce salió de la maleza conduciendo a su familia hacia las tundras pantanosas. Sauces rojizos, abedules y abetos negros relucían orgullosos en la distancia purpurina.

Tan pronto empezaron a aparecer señales de alimento por todas partes, los lobos abandonaron la cacería humana por otra más fácil y provechosa. Ya podíamos conseguir lo que necesitábamos. Es decir, yo saldría de cacería. El viejo Doc estaba tan enfermo que no podía moverse.

Durante otra semana más cuidé de él, meditando sobre su problemático tesoro que nunca le mencionaba. Al terminar la semana Doc me dijo que

se sentía mejor. Dando traspies colocamos nuestros objetos en el trineo junto con alguna cacería que había conseguido precipitadamente a través de la nieve.

Al paso que íbamos esperábamos llegar a la orilla oriental del Porcupine dentro de quince días, íbamos cazando durante la marcha. Por la noche compartíamos el saco de dormir que nos quedaba.

Al final de la jornada encontramos otra choza abandonada, escondida entre las sombras del bosque. Estaba casi en ruinas. En ella hallamos únicamente un baúl viejo que contenía un par de medias de seda de mujer cuidadosamente envueltas. Otro misterio del Ártico.

Nos quedamos allí algunos días. Las fuerzas de Doc Stevens se estaban debilitando rápidamente. Una tos que no lo abandonaba sacudía violentamente la escasa vida que aún quedaba en su enflaquecida armazón. Mis deseos eran permanecer en aquella choza por lo menos una semana, pero Doc insistió en que continuásemos la marcha.

Abrigaba el temor de que si moría me perdería en la nieve. Al cabo de dos horas Doc Stevens se desplomó en el suelo. Lo coloqué en el trineo y comencé a empujarlo mientras él iba indicándome el rumbo con una voz tan escasamente audible como el suave susurro de la nieve.

Por fin llegamos a nuestro destino. Otro refugio de cazadores, a menos de una milla de distancia de la orilla del Porcupine. Estaba bastante deteriorado. Aplastando la nieve en el techo de barro para convertirla en agua, rellené y embadurné las rendijas de la madera para impedir que penetrara el aire. Encontré escondidos unos sobrantes de alimentos, algunos sacos de harina y media docena de latas de leche condensada congeladas.

Durante el día vagaba por el bosque en busca de cacería. Por las tardes le leía a Doc noticias, descoloridos trozos de periódicos que algún cazador había pegado en las paredes de la choza. Después escuchaba las instrucciones que me daba el viejo para poder llegar hasta el sitio del tesoro.

Una mañana desperté con una extraña sensación. Al dar vuelta en mi saco de dormir para preguntarle a Doc cómo había pasado la noche no obtuve respuesta alguna.

Como había decidido salir para California a cualquier precio, llegué en el otoño de 1905 a la costa, mejor dicho, a Nome, perdiendo el último vapor que zarpaba hacia el sur. Por esta razón tomé pasaje en un barco ballenero que salía para el Cabo Príncipe de Gales. Días más tarde cuando las densas neblinas de los hielos flotantes del polo se levantaban lentamente sobre las heladas tundras, yo iba de marcha con un bulto a las espaldas en dirección al campamento de una tribu de esquimales amigos. Abrigaba la esperanza de encontrar allí algunos medios que me facilitaran la manera de cruzar el estrecho de Bering hasta llegar a Abadir, en Siberia. Por cuatro días estuve vagando solitario entre el pantano de las tundras, con mi pesado envoltorio.

En la madrugada del quinto día vi el campo esquimal al cual me dirigía. Estaba situado en las dunas de arena que dan frente a las heladas extensiones del estrecho de Bering y que consisten en varias docenas de tiendas de piel de foca, de estructura cónica, montadas sobre trozos de madera flotante que la corriente había arrastrado. Fui saludado como por cien perros Malamuth, cuyos extraños y fuertes ladridos despertaron a los esquimales. Cabezas soñolientas aparecieron a la entrada de las tiendas, rostros estereotipados bajo la sólida arquitectura mugrienta de cabellos desgreñados. La mayoría de las mujeres llevaban su atuendo de verano, largas y sucias faldas de algodón sobre pantalones de invierno y parkas de piel de foca en pésimo estado.

Tan pronto llegué al campamento fui saludado ceremoniosamente por el jefe de la tribu. Su actitud era amistosa. Me fue asignada una carpa haraposa donde varias pieles de foca fueron extendidas sobre el suelo como único mobiliario. Una mujer cuidaba de mí. No se alejaba nunca, excepto cuando iba a buscar alimento. Este consistía en pescado crudo o seco al sol, el cual era cocinado con aceite de foca en una estufa. La original estufa, provista de varias

mechas, había sido confeccionada en un cráneo hueco de morsa. Mis amigos eran muy generosos, pero no parecían muy prósperos.

A la mañana siguiente llegaron dos centinelas con la noticia de que habían divisado una descomunal ballena a una o dos millas de distancia del campamento. Fueron recibidos con sonidos guturales de alegría. Inmediatamente varios esquimales adultos se ocuparon de acondicionar sus canoas o botes cubiertos también de piel de foca. Con sumo cuidado prepararon sus arpones provistos de ganchos de huesos puntiagudos, atados con finos alambres a una boya inflada de cuero de foca. Entré en una pequeña canoa de dos puestos con el jefe. Remamos hacia el mar.

Media hora después divisamos la ballena dormitando apaciblemente en la superficie del suave oleaje de las aguas. Se asemejaba más a una negra roca que a un animal viviente.

Al llegar a una distancia de cien yardas del monstruo, nos desplegamos. Remamos suavemente cortando su retirada. Nos acercamos sin ser vistos. En esta forma cerramos el círculo hasta llegar a un diámetro menor de cuarenta yardas.

A una orden del jefe, media docena de arpones zumbaron por el aire y se clavaron en el voluminoso lomo de la ballena. Una columna vaporosa de agua subió. El monstruo empezaba a azotar la superficie a medida que se iban alejando rápidamente las canoas al impulso de los remos.

Después de una corta lucha con los delgados arpones que salían como espigas de su cuerpo, la ballena se hundió. Un enorme remolino hizo volcar dos de las canoas. Las boyas de piel de foca desaparecieron en las turbulentas aguas y regresaron con el cuerpo moribundo a la superficie. Ahora descansaba tranquilo sobre las rojizas aguas.

Rescatamos a nuestros dos compañeros. Abandonamos la ballena y remamos en dirección al campamento donde la noticia de nuestro éxito fue recibida con demostraciones de júbilo proporcionales a la pobreza de sus habitantes. Por primera vez en muchos meses, había suficiente alimento para esos esquimales cuyo apetito parecía insaciable.

La marea había arrastrado a la ballena hasta la orilla, a unas pocas millas de distancia. Las gaviotas que revoloteaban indicaron el sitio donde los esquimales debían levantar campamento. Carpas y pertenencias se acomodaron en los *ummiaks*. Unas barcas llevaron a los niños y mujeres hasta el lugar donde revoloteaban las gaviotas, mientras los varones con los perros caminaban por la orilla de la playa preparando el terreno. La ballena era un monstruo enorme, un cachalote más grueso que la suegra de un esquimal. Descansaba muerta sobre la playa. Sugestivamente tentadora, pues ya las gaviotas habían comenzado a picotear sus ojos.

Terminado el nuevo campamento se levantó una pared con pieles estiradas sobre postes para proteger las hogueras del penetrante viento del norte.

A una señal significativa hombres, mujeres y niños se abalanzaron sobre el monstruo, dando gritos de júbilo. Con sus manos y cuchillos sacaban porciones de la gruesa capa de grasa que devoraban en cantidades increíbles. Durante todo el verano se habían preparado para esta fiesta. Ahora, que habían comido lo suficiente, Dios sabe cuántas libras, se acostaron cerca de la hoguera rodando por el suelo mientras gozaban de las delicias de la digestión. Al terminar aquel reposo de nuevo fueron por más grasa. Se hundían en el cuerpo de la ballena como los gusanos en una manzana, dejando apenas afuera los dedos de los pies que movían en señal de satisfacción.

El banquete duró dos días. En todo ese tiempo yo me alimentaba con tajadas de pescado fresco, frito en aceite de foca. Después del último festín, seguido del período de la digestión, los esquimales se propusieron asentarse y trabajar. Cortaron el resto de la ballena y pusieron a secar la carne al aire frío. Hirvieron el resto de la grasa y la depositaron en receptáculos de piel para usarla durante la escasez del invierno.

Aquella espontánea celebración en que solo manos y pies tomaron parte fue seguida de la más elaborada ceremonia de alegría. Protegido por el tabique de pieles los músicos se acurrucaron y empezaron a batir los tom tom de sus tambores, hechos de madera de sauce cubiertos con piel bien templada, mientras

los hombres se sentaban frente a ellos formando un semicírculo y las mujeres y los niños se agrupaban detrás.

Era una escena pintoresca. Los músicos cantando a todo pulmón baladas de la tribu con entonación nasal. Los varones en trajes fantásticos lucían máscaras extrañas. Provistos de colas de lobo y zorros guindando de sus parkas, ejecutaban lentos y estremecidos movimientos. Toda la ceremonia palpitaba bajo un primitivo ritmo erótico.

Luego empezaron a bailar las mujeres. Esto fue lo más interesante. Oportunamente, cuando el frenesí llegaba al máximo, y mientras los hombres saltaban como criaturas salvajes, gritando y dando alaridos que el eco prolongaba en la estrellada noche ártica, una de las más bellas entre las bellas se adelantaba, con un niño metido en una cesta atada a sus espaldas. Con una timidez digna de la mejor entrenada adolescente neoyorkina miraba humildemente al suelo, mientras cantaba a media voz una balada y movía sus caderas al compás rítmico de sus rodillas. Al llegar al centro del semicírculo los hombres convertían sus pequeños brincos en grandes zancadas. El aire nocturno se llenaba de bramidos cuando la hermosa bailarina sacudía su cuerpo. Recuerdo a un viejo cojo, probablemente sufría de gota, quien creyéndose poseído de los espíritus malignos con gran dificultad trató de dar por lo menos un par de saltos para demostrar su aprecio a la bailarina. La bella entre las bellas lo miró de reojo, agitando rítmicamente su cuerpo. Le causó tal alegría al viejo que cayó al fuego. Tuvo que ser tirado de la cola de su disfraz de lobo.

Esta loca festividad continuó durante varios días y noches, bajo la serena aurora boreal. Las olas zumbaban y rugían en la playa. Las neblinas árticas pasaban deslizándose lentamente como si fuesen gigantescas velas sobre las verdinegras aguas del estrecho de Bering.

Como yo esperaba ser el feliz propietario de un saquito lleno de polvo de oro, varios esquimales me llevaron hasta Siberia en un *ummiak*. La costa de Abadir estaba muerta. Ni un solo velero a la vista. Ninguno era esperado hasta la próxima primavera. Me vi obligado a regresar a Alaska, después del

deshielo, cruzando los abiertos senderos del estrecho en mi trineo que habían convertido en un bote, cubriendo su fondo con pieles de foca, cosidas, que hice impermeable untándole grasa de morsa.

Después de remontar el Yukón por espacio de una semana, tomé el camino más corto, el que me era familiar, al pie del monte McKinley. Me dirigí hacia el campo del río Copper, rumbo a Valdez.

El viaje no era agradable. El termómetro registraba más de cincuenta grados bajo cero. Sin embargo, no tenía por qué preocuparme, pues contaba con suficiente alimento para mí y salmón seco para mis perros. Tarde o temprano llegaría a mi destino. Era solo presencia de ánimo lo que necesitaba cuando caminaba ciegamente por la tundra nevada, a través de una tempestad de nieve interminable, que duró posiblemente unos veinte días. No recuerdo bien. Finalmente, llegué a Valdez.

Desde allí viajé hasta Nevada donde se anunciaba ya la gran bonanza del oro. Aquella de 1906 a 1907.

V DÍAS EN NEVADA

Un año más o menos antes de salir de Alaska al mundo exterior, el mosquito de la fiebre de oro de nuevo hizo su aparición sobre las arenosas tierras áridas y bajíos alcalinos de la vieja Nevada. Bajo su repentino agujijón los fosilizados corazones de los arrugados exploradores veteranos y otros supervivientes de los tiempos de Comstock empezaron a latir violentamente. Con la velocidad del rayo emanado de un claro cielo se esparció la noticia de que alguien había descubierto un buen filón al sur de Smoky Valley. Montañas de oro reluciente fueron derribadas por todo el desierto. *Tonopah* fue el nombre con que bautizaron el nuevo El Dorado. Según rumores, los caballeros de la capa de nieve rutilante, que habían encontrado tal filón, provenían directamente de Austin, un montón de carcomidas cabañas, —lo único que quedaba de lo que fue hace treinta años el floreciente campamento minero— con su gran edificio principal de equipos mineros que según tengo entendido, contenía también el banco local y la cárcel. El tenedor de libros y gerente activo del lugar era un joven neoyorkino de apellido Olson. Gozaba de buena reputación entre los mineros y ganaderos del vecindario que tenían la costumbre de dirigirse a él llamándole *gobernador* Olson.

Un día se le presentaron un par de ratas del desierto y le pidieron que les anticipara algún dinero, a fin de explorar cierto sitio que ellos conocían al sur de Smoky Valley, donde había buenos indicios de oro.

El gobernador Olson llamó a algunos de sus amigos y logró que cada uno contribuyera con cincuenta dólares. La mayoría estaba reacia al principio. Nadie conocía a aquellos exploradores. Sin embargo, prevaleció la opinión de Olson. Algunos días después, desde México hasta las selvas de Alaska, se esparció la buena nueva de la bonanza que había surgido en la cumbre de la colina Mizpah, en Tonopah.

Entre los argonautas de Austin y sus alrededores, que fueron los pioneros de las nuevas excavaciones y quienes más tarde se llevaron la gloria de haber apostado el descubrimiento original de Goldfield, merecen mención especial dos promotores. Uno era Míster Brice, un ambicioso gerente de un banco local y operador de telégrafo de un caserío desierto, que suspiraba por tener una cuenta de banco de un millón de dólares. Aspiraba obtener una curul en el Senado de los Estados Unidos, mediante un anticipo de cincuenta a quinientos dólares a un indescriptible sujeto, de mirada fría y taciturna y ojos de un gris acero. Se llamaba Garrett.

Garrett, el otro promotor era jugador profesional, vaquero y cantinero, todo a un mismo tiempo. Nadie le ponía mucha atención en Austin y Winnemucca. Parece que Garrett al llegar a Reno en su viaje a Tonopah perdió en el juego el dinero anticipado, viéndose obligado a escarbar en otras exploraciones. Abrió inmediatamente una taberna, el infierno de una casa de juego, que muy pronto se convirtió en el sitio de reunión de todos los sujetos sospechosos en cien millas a la redonda. Por facilitar fichas a crédito —Garrett era de una disposición generosa— el taciturno jugador de ojos grises, que se las daba de gran cacao, se convirtió, de la noche a la mañana, en la mente directriz y más grande explotador minero que hubiese existido en Nevada desde los días de Comstock.

Un año después de su llegada a Tonopah, Garrett compró la parte de sus intereses a Brice (su principal subvencionador, que había llegado entretanto a Senador de los Estados Unidos) en los valores que tenían conjuntamente en la Goldfield Consolidated, por un millón de dólares en efectivo. Pago al

contado. Por el hecho de haber sido cantinero en su juventud, probablemente Garrett hubiera sido el sucesor de Brice como Senador de los Estados Unidos en Washington, D.C. después de su muerte.

Esta es la historia de cómo empezó la bonanza en Tonopah y Goldfield y de cómo el gobernador Olson y los señores Garrett y Brice se convirtieron de la noche a la mañana de pobres hombres en millonarios mineros de Nevada.

Llegué a Nevada a fines de febrero de 1906. En Reno, donde encontré a varios viejos amigos de Alaska, permanecí un par de días, preparándome para continuar mis futuras aventuras en Nevada. Seguí el viaje a través del desierto de Mina. Una mañana llegué a la ciudad de Tonopah, cuya rápida prosperidad se extendía en la parte sur de Smoky Valley. El campamento se encontraba propiamente a orillas del estéril desierto, entrecortado por angostas quebradas sembradas de abundante artemisa donde sobresalía ocasionalmente un árbol de Joshua. *La ciudad*, como los habitantes de Tonopah llamaban orgullosamente a su destartalado pueblo, surgía, o mejor, trepaba por la pendiente sur de la famosa colina Mispah. Sus numerosas casuchas de madera cubrían por un lado la montaña como un manto gris. Aquí y allá, entre techos cubiertos de nieve, dispersos bungalows y arquitecturas de consistencia masiva. Delgadas espirales de humo se levantaban hacia el límpido cielo azul del desierto.

La famosa mina Mispah, coronaba la colina como una fortaleza arruinada. Estaba trabajando sobre tiempo. Sus desgarbadas grúas y trepidantes tornos se mantenían haciendo brotar de sus ejes de madera el flujo y reflujo que mantenía atados con lazos de hierro a crapulosos personajes que nunca habían domado un potro ni disparado un tiro desde Alaska a Magallanes.

Carretas con cuarzos, traqueteando bajo su preciosa carga, eran llevadas en toda dirección por recuas de mulas lanudas. Las diligencias plenas de apostadores y curiosos llegaban a la ciudad a borbotones. Tomaban la calle central —alineada de carpas, casas de abasto, tabernas y dancings— armando un alboroto con sus gritos, sus caballos a todo galope, sus látigos fustigadores. Por las aceras cubiertas de pantano una multitud abigarrada iba y venía trajeada

con el pintoresco atuendo de los habitantes del desierto. Pantalones de corduroy o kaki, chamarras de lana, sombreros de ala ancha, pesadas cartucheras y armas de toda condición.

Docenas de jacas peludas, amarradas con cabestros de crin de caballo a las aceras de madera, esperaban pacientemente frente a las tabernas por sus amos. Exploradores, vaqueros, abogados ambulantes.

—Seis... ocho... ¡lo peino!

—¡No friegues y pásame los dados, gran langosta!

—¡Langosta será usted... Tres pases... le gano!

¡Pum! ¡Crac, crac! Los revólveres eran súbitamente vaciados con la misma frialdad con que se apuraban los vasos de whisky. Dos respetables jugadores trataron de escaparse con un fajo de billetes, saltando a través del plateado cristal de la ventana. La excelente puntería de sus victimarios los dejó tendidos en la nieve. Sus cadáveres desaparecieron en segundos. Nadie supo ni vio nada. No era negocio, es la verdad, inmiscuirse en los asuntos particulares de estos caballeros, fuesen o no legales. Cuando llegó la policía no encontró sino a jugadores de dados en acción. El propietario de la taberna apenas aconsejó luego a los parroquianos comportarse mejor y no embromar la paciencia.

El incidente ocurrió el día de mi llegada, mientras tomaba en el bar. Gocé con el espectáculo de una manera desinteresada. Recordé mis antiguos días de vaquero en Río Grande, donde cada quien llevaba la ley colgada del cinturón.

De repente un joven se agarró el brazo cayendo pesadamente sobre el mostrador. Como estaba sentado a mi lado levanté su manga y até mi pañuelo alrededor de su sangrante herida.

Me contó que los dos hombres que habían perecido en la refriega eran Red Joe y Jim Smith, los descubridores originales de Tonopah. Habían gastado su dinero, habían jugado para recobrarlo, y habían sido liquidados.

Como mi capital no era sino medio dólar visité aquel mediodía al juez Field, famoso abogado del sur, explorador de Alaska, uno de los caballeros más refinados que Nevada albergó. Me presenté a él con cinco líneas de recomendación

que me dio Míster Short, de Fairbanks, Alaska. Contenían solo estas palabras: “Le presento a usted a Chico Méndez. Es uno de esos tipos que solo necesita una palanca. De lo demás despreocúpese”. Por la fuerza de aquellas líneas, rápidamente garrapateadas, el juez Field me dio inmediatamente cuanto necesitaba. Cuidó de mis negocios durante los dos años que pasé en Nevada. El solo hecho de que me estaba respaldando era suficiente para mantener alejada de mis alrededores toda una legión de picapleitos, estafadores denunciadores de minas, diversas sabandijas humanas montadas sobre dos pies, que infestaban por aquellos días no solo los campos mineros de Alaska sino también los de Nevada.

Después de un apresurado almuerzo en el Hotel Mispah salí a inspeccionar el terreno. Lo primero que visité fue el cabaret Alicita, donde las más bonitas muchachas acostumbraban citarse con la dorada juventud masculina. Allí conocí, entre otros, a tres notables personajes: Harry McPhelan, uno de los más populares mineros de Nevada que acostumbraba libar champaña en galones; Humboldt Tates, adinerado y afortunado explorador de Alaska que una vez trepó en traje de etiqueta a uno de los postes de luz de la Quinta Avenida de New York, balanceándose en el aire hasta que los bomberos le aplicaron la manguera; Ray Tucker, el Donjuán de la localidad. Ray era un elegante *dandy* de Oakland. Más tarde destacó en su profesión volviéndose un alto oficial en Washington. Luego se volvió más importante aún casándose con una viuda rica. Después con otra viuda todavía más rica. Ray ciertamente era un fino hombre de salón, que no dejaba crecer por ningún motivo la maleza a sus pies.

Cada pulgada de terreno alrededor de Tonopah había sido denunciada o arrasada por un enjambre de hambrientos apostadores. Decidí mudarme a Manhattan, situado en uno de los estrechos cañones de Smoky Valley, donde los muchachos de Humphrey estaban echando adelante un túnel dentro de una gran extensión de mineral de alto grado.

Compré un pequeño equipo de explorador y pocos días después una tambaleante diligencia me depositó sano y salvo en Manhattan. Era una típica ciudad

minera secundaria, con su invariable calle central de carpas, sus cabañas, su taberna ocasional. El establecimiento del empresario era el más grande entre todos. Cuando pasé cerca de él su propietario estaba sentado en el porche con las manos en la cabeza. A mi pregunta de por qué parecía tan preocupado, respondió con aire despectivo: ¿No lo ve usted? ¡Estos malditos roñosos de Manhattan me van a llevar a la quiebra!

Armé mi tienda en un lote vacante y comencé a darme a conocer de los principales vagabundos de la ciudad. Empecé a escudriñar denuncias de minas. Intentaba poner en marcha una o arrendar una compañía que fuese de mi propiedad. Diferente a Alaska, donde se excava el oro en las entrañas de la tierra, en Nevada la mayoría de los exploradores lo encontraban vendiendo al ejército de petardistas, a precios escandalosos, sus inservibles bienes raíces y bienhechurías de minas recién exploradas.

Un mediodía, cuando retornaba de la colina donde había ido con un inspector a investigar algunas denuncias, observé que el último ayudante estaba lejos de nosotros, a distancia de una milla. Cuando le pregunté al inspector qué le pasaba a aquel tipo contestó bruscamente: Jimmy probablemente olió un buen trozo de filete.

En Manhattan adquirí mi famoso *Proscrito*, un alto y brioso caballo, color avellana, de diminuto hocico levantado y mirada alocada. El rancho Peavine lo había enlazado en el desierto junto con una manada de jacas salvajes. *Proscrito*, era un media sangre, un fugitivo castrado de cola corta, sin herraje alguno. Probablemente huyó a la selva cuando era potro. Tres vaqueros lo mantenían en el suelo, vendado y maniatado, mientras Jack Humphrey le encajaba en el hocico el cruel y circular freno español. Todos parecían temerle. Había echado por tierra a un vaquero y casi le causa la muerte. Jack Humphrey no estaba arriesgando nada. Después que terminó su tarea y que las piernas del caballo quedaron libres, alguien le quitó el vendaje de sus ojos.

Yo había ganado para aquel tiempo varias interesantes competencias de rodeo, pero juro que nunca había visto corcovear a una criatura de cuatro patas

como *Proscrito*. Era una especie de cabra emparentada con coyote ensayando una danza de fantasía. Si no hubiera sido por el infernal freno español que había partido en dos la quijada del animal, Jack Humphrey no hubiera sobrevivido aquella jornada.

Sentí lástima del pobre animal cuando lo vi parado allí, en medio del corral, temblando de rabia. Un hilillo de sangre manaba de su estropeado belfo. No podía permitir que fuera liquidado. Rebusqué profundamente en el bolsillo de mi pantalón los ciento veinte dólares que gentilmente me había adelantado el juez Field. Compré a *Proscrito*.

Mi gesto de benevolencia fue ampliamente retribuido después, por la lealtad de este noble corcel, cuya quijada partida curé oportunamente con bebida espesa de cebada.

Mi mejor amigo en Manhattan fue el viejo Tim Titus, también llamado Hassajampa Titus, porque no había dormido bajo techo durante cuarenta años. Lo conocí en una cacería en el rancho Peavine cruzando Smoky Valley. Nos hicimos íntimos amigos. Acostumbrábamos pasear a caballo juntos hacia Tonopah. En uno de aquellos viajes se descubrió el gran filón de la mina Mohawk, en Goldfield. Sus propietarios se volvieron ricos repentinamente de la noche a la mañana, subiendo sus acciones de diez centavos a diez dólares, en una semana. La mina Mohawk, controlada por Garrett y su gente estaba situada en Goldfield. No en balde Goldfield se convirtió en el centro minero de Nevada.

Mucho antes de que la bonanza estallara en Mohawk, Tonopah, con su arquitectura desnuda de oro, se había vuelto un poco anticuada. Era demasiado estable como para satisfacer el gusto de los improvisados especuladores ricos, que empezaban a regar por la ciudad el descubrimiento de nuevos filones e independientes prosperidades, como la de Manhattan, lo que facilitaba la labor de vender a los petardistas insignificantes existencias por precios exorbitantes. Nadie era adverso a propiciar una estafa, tan pronto supiera que había alguna oportunidad de endosársela a alguien con algún provecho. El favorito grito de

combate en Nevada era: *Cárguele el muerto a otro y muéstrese alegre. Usted no es el único que está fuñido.*

Como el resto de aquellos *vividores* alrededor de Smoky Valley, yo abandoné todo, después del filón de Mohawk, para irme a Goldfield. Esperaba tener éxito en su suelo, lo que significa que intentaba asegurar un terreno apropiado, un buen arriendo con el cual promovería una compañía minera cuyas bienhechurías una vez vendidas me permitieran vivir a cuenta del país, por lo menos hasta que el boom pasara.

Permanecí un par de días en Tonopah. Luego procedí a irme al sur, probando una nueva carretera. Estaba atestada de solitarios jinetes, recuas de burros de carga y toda suerte de vehículos cargados de utensilios mineros, muebles, alimentos, licores. Todo lo que el hombre considera indispensable para la excavación del oro. Cruzando la hondonada de Rattlesnake aquel último mediodía, pude ver a Goldfield en la distancia, envuelto en una nube de polvo. Justamente, antes de la noche, entré en su calle central donde encontré el usual espectáculo de tabernas, alboroto, alegría y vitalidad general. Nadie podía pensar que meses antes se vendiera el agua en Goldfield a ocho dólares el barril, mientras que en los baños públicos el mismo diminuto cubo de agua alcalina, apenas suficiente para que un hombre se metiera dentro, era alquilado al primer parroquiano por dos dólares, al segundo por un dólar y al tercero por cincuenta centavos. Finalmente, dicho contenido era vendido a otros a menos precio (tal vez como tocino).

La taberna norte de Tex Richard, el Turf, el Louvre y los bares Red Top eran los sitios más populares de Goldfield para los aventureros que constantemente iban y venían a través de sus puertas oscilantes. También el famoso hotel Casey, cuya propietaria tenía fama de ser la mujer más sexy del lugar.

No existía en Goldfield la bolsa minera. La ciudad estaba prácticamente convertida en una Bolsa. La mayor parte de las transacciones se hacían en las oficinas de corretaje, en tabernas, en las aceras, o en el medio de las calles, donde las damas se ponían en evidencia. Algunas de aquellas amazonas jugaban

un papel muy importante, llevando los toros y los osos al matadero, es decir, donde ellas querían. Eran especuladoras audaces que fijaban el precio que les convenía, manteniendo el campamento en un continuo escándalo.

Tanto en los salones de baile como en lugares menos respetables la disputa de estas damas por los dorados certificados de minas siempre estaba causando molestias. En muchas ocasiones, a algunas de aquellas bellezas blondas o morenas y a sus socios masculinos, hubo que llevarlos a sus casas en camillas. Max y Dever Nel, voltearon una noche de arriba a abajo el dancing Jake, sacando en volandilla a todo el mundo a punta de revólver, mientras discutían en una mesa de juego los probables beneficios de cierto dominio minero.

Esto ocasionó que Montana Dick Ritchie, vástago de una conservadora familia de Boston, tuviera que desempolvar sus chaparreras apresuradamente para irse a negociar una nariz postiza, un ojo de vidrio, y una pierna de palo, en reemplazo de sus originales.

Entre los ciudadanos más *listos* estaba B.R., quien se hizo notable por sus sensacionales robos en las factorías Cyanide. Siempre iba acompañado de pistoleros.

Los centros sociales de la ciudad eran el restaurant Palm y el club Montezuma, donde los exploradores profesionales mantenían en constante movimiento letras de cambio de dos mil dólares. Allí me enteré que el día que el gobernador Sparks visitó la ciudad acompañado de su comitiva, se descorcharon en Goldfield alrededor de cuatro mil cajas de champaña.

¿De dónde provenía tal riqueza? He aquí el secreto. De entre las mil o dos mil minas y compañías arrendadas, que vendían bienhechurías mineras de Goldfield alrededor del país, no más de una docena producía oro, casi siempre en pequeñas cantidades. El alza de valores era evidentemente hecho adrede, inteligentemente dirigida por una pandilla de rufianes y agentes de publicidad, bandidos disfrazados de promotores de minas. Eran bastante expertos como para salvarse del fraude, usando solo la palabra “proximidad” en sus prospectos. Evitaban también la cárcel pagando espléndidamente a sus

consejeros legales —lo cual los mantenía protegidos—. Además, sacaban ventaja de los innumerables tecnicismos inventados por hábiles abogados para los abogados mineros.

No hay exageración en tales encuentros. Basta solo recordar que la más grande y más respetable promoción de negocios de minería por aquellos días en Goldfield era propiedad del célebre Crip S. de Portland, Oregón, el famoso agente confidencial de las carreras de caballos de New York.

Rondando por la noche en Goldfield, directamente fui al club Montezuma acompañado de un caballero que se excusó de no haberme ofrecido la hospitalidad de su casa. Me explicó que había estado tratando, sin ningún éxito, de dar con el hueco de la cerradura. En resumen, difícilmente podía caminar.

Sus piernas parecían pesarle enormemente. Cuando se movía algo tintineaba como un cascabel. Fue cuando me di cuenta de manera insólita, que este caballero se hundía entre el peso de su riqueza. Había sido excesivamente afortunado en la mesa de juego y los bolsillos de sus pantalones de montar llenos de dólares hasta las rodillas, parecían un banco ambulante. Este ciudadano resultó ser J. Patton, editor-asistente del *Goldfield Herald*, íntimo amigo del no menos popular Brother Bowl, famoso caricaturista del *Tonopah Sun*.

El círculo de Patton, al cual pronto me uniría, incluía entre algunos distinguidos caballeros y prominentes ciudadanos a Judge Green, Presidente de la Cámara de Comercio. Después de la bonanza volvió a su viejo cargo en el Ejército de Salvación.

Cuando estaba en Goldfield, husmeando por sus alrededores, oí de un alza de valores en cobre que varios picapleitos y promotores de minas empezaron a regar que existía en Bluewater, en la vertiente oriental de la Cordillera Funeral. Rumor como para embromarle la paciencia a un magnate del acero, quien había estado oliendo el anzuelo y finalmente lo mordió, como gran especulador que era. Este grupo de explotadores era dirigido por el gerente de una compañía aserradora de madera, que por haber embaucado al magnate del acero, se consideraba digno de arrancarle una substanciosa ganancia.

Por aquel tiempo recibí una información, digna de crédito, de que todos los exploradores se estaban congregando en Bluewater, tras haber comprobado que un alto mineral de cobre estaba fluyendo por todas partes sobre la superficie del desierto.

Cuando llegué allí el equipo de la explotación de madera ya se había adueñado del campamento, de la ciudad y de cada pulgada de terreno por millas a la redonda.

Durante mis días en Alaska adquirí gran habilidad para calcular distancias. No encontré mucha dificultad en hallar y apostar algunas definidas y honestas fracciones, que no habían sido todavía inspeccionadas justamente en el centro del grupo descubierto en Bluewater. Mi intrusión produjo naturalmente una trifulca. Probablemente hubiese degenerado en un tiroteo si el equipo de exploradores no se hubiese decidido a bajar el tono de su voz y a hablar de modo razonable. Expresaron su temor —así me confesaron después— de que su rico cliente podría echarse atrás en el negocio cuando supiera que sus títulos no estaban en regla. Me suplicaron que los ayudara en su problema, renunciando a aquellas fracciones, como buen compañero. Fue una súplica a la cual pronto accedí. No había venido a Nevada en busca de cobre sino por la aventura del oro, si es que lo podía encontrar. Tampoco veía la razón de tal aspaviento, la patraña del alza del cobre de Bluewater, cuando en Utah, Arizona y Montana había formidables depósitos de este bajo metal, esparcidos en todo el desierto y nadie se preocupaba.

Después de nuestra pequeña controversia que fue cordialmente arreglada, empecé a buscar algo que valiera la pena. Lo encontré pocos días después en Death Valley, donde fui en busca de la misteriosa mina de Scotty. Durante los varios días que pasé en Bluewater un viejo veterano me informó que había observado en las últimas semanas un desfile de carretas que iban aparentemente hacia el Cañón Mezquite.

A pesar de que por aquel tiempo —junio o julio— Death Valley era una especie de caldera hirviente, contraté a un muchacho llamado Joe Parker, para

que me acompañara en mi viaje al valle, pues quería saber a dónde iban aquellos carretones.

Nunca olvidaré en mi vida el paisaje fantasmagórico que ofreció Death Valley, cuando lo vi por vez primera desde la cima de la Colina Funeral.

Una superficie ondulada, cubierta de cal, que se suponía estar a varios centenares de pies bajo el nivel del mar, brillaba lejos de mí como un crisol de plomo derretido. Sobre su rugosa planicie de veinte millas de ancho doblando en largo su extensión, un ocasional remolino de arena se desperzaba como un alma solitaria en medio de aquel impresionante silencio, de aquella caldera multicolor y deslumbrante, que limitaba al oeste por las escarpadas colinas de la cordillera Panamint y por el norte con los dispersos arrecifes del Cañón Grapevine, mientras por el oriente podía divisarse, como una enorme pared de ladrillos rojos, los sombríos contornos de la cordillera Funeral. Cerca de su parte central un débil rayo azulado en un estrecho corte perpendicular —el Cañón Mezquite— cuya enorme boca, abierta como un abanico, vomitaba una avalancha de guijarros sobre el valle, discretamente envuelto en un halo de niebla color lila.

A través de la entrada meridional de Death Valley, surgía en la distancia la gigante grieta de un río subterráneo —el mítico Amargosa— que se suponía penetrar en aquella iridiscente caldera de muerte esplendorosa y alimentar tal vez un posible lago o pantano. El mismo fenómeno se supone haber existido en Palestina antes de que alguna terrible catástrofe incendiara y despedazara la acodadura de la tierra y las bituminosas rocas que se suponía cubrieron antes la superficie del Mar Muerto, donde estaban situadas Sodoma, Gomorra y el resto de las famosas ciudades de Pentépolis. Debido a las emanaciones de una cisterna subterránea o ciénaga, y a la soda que se deposita en la superficie, Death Valley desgaja en junio, julio y agosto una húmeda bruma o neblina de vapores altamente venenosos que hacen casi imposible la vida humana.

Cuando Parker y yo llegamos a Stovepipe, al pie del valle, lo encontramos sin una gota de agua.

El manantial Dead Horse a algunas millas de allí, estaba igual. Nuestra situación era crítica, pero no peor de lo que esperábamos. La única salvación residía en el Cañón Mezquite, que aparecía como una hendidura azulada en las rojizas montañas del lado de la cordillera Funeral. Hacia allá nos encaminamos cruzando muchas millas de abrasadores bajíos alcalinos, con nuestros ojos semicerrados y nuestras gargantas secas. La noche nos encontró gateando hacia el cañón, rodeados de un fosforescente anillo de ojos de coyote. Después de muchas horas de tortura, finalmente alcanzamos un verdoso lago, sobre cuya superficie flotaban ardillas muertas. Este espectáculo nos salvó.

A la siguiente mañana exploramos el camino. Mientras husmeábamos por los alrededores llegamos cerca de ciertas huellas de botes claveteados. Tras de seguir su rumbo encontramos una cueva, quinientos pies arriba del cañón, escondida bajo un sobresaliente arrecife. Contenía una bañera llena de sacos de harina, un montón de cartucheras vacías, una estropeada linterna, efectos y objetos de la vida de campamento. Sobre los sacos de harina estaba una libreta de anotaciones. A juzgar por su contenido pertenecía a Scotty, de Death Valley. Entre otras extravagantes donaciones mencionaba una de muchos cientos de dólares para el Ejército de Salvación. Este descubrimiento nos llevó a suponer que se trataba de la misteriosa mina de Scotty, el lugar en que guardaba las provisiones para alimentar a sus mineros en el valle, como a menudo declaraba.

Por mostrar este cuaderno, conjuntamente con algunos cartuchos vacíos y la magullada linterna en la droguería de *Tonopah*, Scotty declaró en Fresno, Los Ángeles, Johannesburgo, etc., que Nevada Méndez había robado su mina y que por lo tanto iba a matarme.

Fue por eso que cuando paseaba a caballo algún tiempo después por Goldfield observé que un hombre sospechoso, cuyas señales correspondían exactamente a la descripción de Scotty, rondaba el hotel Casey de Death Valley (con un pañuelo rojo atado al cuello y jactándose sobre su mina). Le piqué las espuelas a mi *Proscrito* e inclinándome sobre la silla me dirigí hacia Mister

Scotty para decirle en el rudo lenguaje de Nevada, lo que pensaba de él, es decir, le recordé de una manera no muy ceremoniosa que él ya no se encontraba en California, donde podía asustar a los novatos solo con ladrarles. Por lo cual Scotty, con el rabo entre las piernas, respondió de una manera embarazosa: pero señor Méndez, todo ha sido una equivocación. Yo nunca he dicho eso.

Después de devorar varias libras de harina cocida con sal, Parker y yo empezamos a mirar a nuestro alrededor, buscando las huellas que pudieran llevarnos a la cueva de Bill Keys, que se suponía estar escondida más o menos en la parte superior del Cañón Mezquite. Pero no encontramos nada. Calculando que si remontábamos el cañón podríamos llegar a cruzar la cordillera Funeral y caer en Bluewater, llenamos nuestros bolsillos de harina y empezamos a subir el cañón. Cuando nos dimos cuenta de que nuestro avance estaba obstaculizado por escarpados arrecifes y peligrosas pendientes, tomamos la vereda de las cabras, de solo unos dos pies de ancho y más de mil pies de alto, que se contorneaba como una serpiente sobre las perpendiculares paredes del cañón y que finalmente nos llevó a una pequeña choza de piedra al pie de una estrecha grieta sobre una roca empinada. En aquella grieta descubrimos un cordón de tres pulgadas con cuarzos, de los cuales Bill Keys había extraído oro libre. Eran probablemente las mismas muestras de alta calidad de oro que Scotty había estado exhibiendo por toda la costa y fuera del este, en busca de fáciles calificaciones.

Bill Keys era un mestizo Cherokee que había hecho un atraco en Panamint algunos meses antes, con el propósito de atemorizar a un sector de novatos del este, que habían avanzado dinero a Scotty e insistían en darle un vistazo a la mina. Lamentablemente para Scotty, un joven estudiante, que formaba parte del grupo, en vez de alzar sus brazos le tiró a quemarropa al enmascarado atracador, resbalando el floreado pañuelo del rostro de bandido y descubriendo el rostro barbado de Bill Keys, o, en otras palabras, la misma cara del hombre que habían visto conversando el día anterior con Scotty en la calle.

Esto naturalmente puso las cosas en su puesto.

Tras de devorar algunas rancias galletas que encontramos por el suelo, me acurruqué en un rincón de la cabaña para echar una siesta. De pronto fui despertado por un grito de júbilo. Parado frente a mí estaba Parker, agitando a la altura de su cabeza un papel y gritando como loco: ¡Pasea tus ojos por este mapa de la perdida mina de PegLeg! ¡Lo encontré en la maleta de Bill Keys junto con otros papeles... Hurra!

Cuando me di cuenta del hallazgo un escalofrío recorrió mi cuerpo. Si Bill se presentaba intempestivamente y veía que habíamos rebuscado en su casucha tendría todo el perfecto derecho de desgranar su revólver contra nosotros, especialmente si hubiera sabido que cuando cruzamos el día anterior el valle por aquella angosta vereda nos habíamos despojado de todo lo superfino incluyendo nuestra pistola de seis tiros, a fin de hacernos más ágiles.

Hice lo posible por convencer a Joe Parker de que había cometido una felonía. Y como persistía en quedarse con el mapa le manifesté que desde ese momento lo abandonaba a su suerte, procediendo a ello lo más ligero que pude.

Tengo entendido que Parker fue después al desierto de Mohavé a buscar la mina de PegLeg, donde pereció, porque nadie supo más de él.

Luego de trepar por algunas horas los trechos escarpados de la montaña llegué a la cordillera Funeral y me encaminé al Cañón Grapevine, donde se decía que dos extranjeros tenían una cabaña. Resultaron ser dos italianos que me trataron a cuerpo de rey al manifestarles en su propio idioma que conocía su país.

Pasé una magnífica noche y al día siguiente me alisté para ir a Goldfield encontrándome afortunadamente en el camino con un par de inspectores que me prestaron un caballo de silla.

Al cabo de dos días fui detenido en el desierto por el jefe de la policía y seis agentes que iban en automóvil hacia el sur. Cuando les conté que había pasado la noche como huésped de dos italianos me felicitaron por estar vivo, añadiéndome que iban en busca de ellos para arrestarlos. Habían recibido una denuncia formal de que los tales italianos usaban aquel rancho como un

señuelo para embaucar a ignorantes exploradores que luego mataban y robaban mientras dormían, quemando sus cuerpos en el desierto.

Cuando regresé a Goldfield, después de mi gira por Bluewater, difícilmente reconocía el sitio. Todo estaba por las nubes, en plena bonanza. Corría dinero por todas partes con toda clase de licores. Pero Goldfield no era el único lugar que estaba rebosándose. Prácticamente toda Nevada y el condado de Inyo en California estaban en el período similar al de las siete vacas en Egipto, y nadie lo sospechaba.

En muchos de aquellos campos mineros, que habían brotado casi en una sola noche en las arenas del desierto, trabajos de acueducto y alcantarillas eran apresuradamente construidos y puestos en servicio en un tiempo récord. En Bullfrog o en Rhyolite encontré una piscina que era alimentada, a distancia de muchas millas, por una tubería que traía el agua de ciertos arroyos de la montaña de una sierra desconocida.

El Club Montezuma, lugar de reunión habitual de la *high society*, era frecuentemente visitado por altos dignatarios; alguna que otra vez por un parlamentario que bebía más que un pez, o por un obispo trotamundos. Hasta el gobernador Sparks decidió hacerle una visita a la ciudad. Su llegada naturalmente coronó la bonanza. Fue por entonces que se destaparon las cuatro mil cajas de champaña en su honor, sin contar los ríos de aguardiente malo que corrían día y noche por los lustrosos bares de las tabernas atestadas de gente y por las ocupadas mesas de juego, donde más de una fortuna se había perdido. Jamás en la historia de los desiertos occidentales, y menos durante los días del Cripple Creek, hubo una bonanza semejante a la de Nevada entre 1906 y 1907. Se inició con la pelea Gans-Nelson, que tornó a Tex Richard de simple cantinero a uno de los más grandes promotores de boxeo en Estados Unidos, finalizando luego con la depresión de 1907, cuando se desmoronó la existencia minera de Nevada.

Después de tomar parte en una competencia en nuestro club de caza de zorros, que gané con mi caballo Zamuro, cambié mi cuartel general de Goldfield

por el hotel Fairmont, en San Francisco, California, donde viví a todo trapo, gastando pródigamente mis pocos mal ganados dólares... hasta que mis bolsillos vacíos me advirtieron que había llegado la hora de retornar de nuevo a Nevada, hacia la generosa vaca que nos había alimentado a todos.

Durante uno de aquellos viajes de retorno de la costa me enteré en Reno de algunas nuevas excavaciones en la ciudad de Ube-Hebe, que está en la parte noroeste en dirección a Death Valley. Como tenía que llenar de nuevo mi bolsillo vacío, me decidí a juntarme con la expedición del juez Lindsey, que se proyectaba desde Big Pine hacia nuevas exploraciones. Partimos hacia finales de febrero de 1907, si no estoy errado, y tras de ponernos en marcha a través de la cordillera *Blancas Montañas* cubierta de nieve, llegamos a la inhospitalaria ciudad de Ube-Hebe, donde finalmente me perdí y tuve que retornar solo a Big Pine, con no más provisiones que las perdices y conejos que podía cazar con mi pistola.

Después de vagar varios días por los alrededores, con mi lengua tan seca como una esponja, llegué cerca de un diminuto manantial de una fuente envenenada. Me previno el peligro el espectáculo de blanqueados esqueletos de numerosos animales desde una ardilla hasta una vaca, porque la ausencia de insectos y la presencia de animales muertos alrededor de una laguna son indicios seguros de su peligroso contenido.

A medio camino del Cañón Panamint encontré a dos exploradores muertos en su tienda. Locos de sed se habían tomado el contenido de una botella de Linimento 2X de caballo, que encontré vacía cerca de ellos.

Un día de aquellos me topé con un par de *ratas del desierto*, que habían inventado un nuevo sistema de apuestas. Atraparon un coyote que había estado rondando su campamento, le ataron un taco de dinamita a su cola, prendieron la mecha, lo soltaron y apostaron sobre el número de segundos que le tomaría al pobre bruto para volar.

En Darwin decidí tomar un descanso de algunos días en un viejo campo minero.

En el momento de mi llegada se celebraba un gran holgorio. Todas las muchachas bonitas dentro de un radio de cincuenta millas estaban allí reunidas. La ciudad estaba prácticamente bañada en *hootch*** y tequila mexicano. Al siguiente día se efectuaba la gran carrera anual de caballos. Sesenta u ochenta de las mejores jacas de los desiertos colindantes, montadas por vaqueros, indios, exploradores y una abigarrada multitud de indeseables se alineaban al tope de la calle central, listos para correr, cuando de pronto hice mi aparición, trajeado con mis chaparreras, espuelas y con un pesado látigo negro de cuero retorcido en mi mano. Debo haberme sentido muy bien porque recuerdo que aposté cincuenta dólares contra uno, a que ganaría la carrera cabalgando mi *Proscrito* de espaldas y sin bridas. Mi proposición fue aceptada con gritos de júbilo. Bajo tiroteo de revólveres corrimos la media milla a lo largo de la calle central, a carrera desenfrenada. Cientos de espectadores, entre un ruido ensordecedor, disparaban sus pistolas de seis tiros al aire para darnos brío.

Gané la carrera. De ello estaba plenamente seguro, porque había usado libremente mi látigo. Luego empezaron mis preocupaciones. ¡Cómo iba a detener mi caballo después de haber pasado la meta, especialmente cuando el resto de la multitud se mantenía detrás de mí en el vano empeño de agarrarlo antes que me derribara y cayera en uno de los muchos estrechos cañones que se entrecruzaban en el desierto!

Hasta que el último de nuestros perseguidores regresó convencido de la inutilidad de mi esfuerzo, fue que *Proscrito* disminuyó su carrera. Se hizo al trote orgullosamente hacia el campamento, donde en una sola noche invertí mis ganancias de aquel día ordenando *hootch* gratis para todos.

Grandes cambios se habían operado en Nevada. La gran huelga de mineros en Goldfield, que se originó a través de la experiencia que promovió la *alta nivelación* de numerosos trabajadores de minas, ocasionó que el presidente

[**]_ Aguardiente fabricado por los indios en Alaska. Licor embriagador, ron destilado, azúcar, harina y el hehecho. Llamado así por los primitivos fabricantes nativos.

Roosevelt despachara tropas para Nevada. Lamentable error. La llegada de aquellos soldados en vez de arreglar la situación lo que hizo fue apresurar la tan esperada ruptura entre el capital y el trabajo. Surgió la creación de la policía de Nevada, que fue como la piedra sepulcral sobre la prosperidad minera de dicho estado.

A la huelga de mineros siguió un pánico financiero. Al cierre del primer banco siguieron los demás. Finalmente, numerosas instituciones bancadas en los Estados Unidos empezaron a suspender sus pagos, causando una verdadera crisis en el mercado monetario. El comienzo de aquel desastre se desató en las existencias mineras de Nevada que convirtió en mendigos a cientos de millonarios. Con la posible excepción de la Goldfield Consolidated y tal vez una docena de compañías mineras que estaban produciendo oro, ninguna de las dos mil restantes, que habían estado vendiendo sus acciones en todo el país, desde un cuarto de centavo a uno o dos dólares, pudo soportar la tensión. Desaparecieron con la quiebra. Como si hubieran sido tragados por una gigantesca marea que dejaba abandonados en la playa los restos de acaudalados náufragos... decenas de millones de inútiles acciones mineras se habían perdido en las manos de un ejército de exploradores, de pobres idiotas que habían caído cándidamente en aquella rebatiña de oro a través de una audaz campaña de propaganda.

El único campamento en Nevada que se mantuvo algún tiempo en pie durante la quiebra general, fue Rawhide, el más nuevo de todos. Allí la *vieja guardia* libró una lucha desesperada. Cada onza de sentido común fue aprovechada agotándose todos los recursos de salvar el campamento. La mayoría de los viejos exploradores se dio cuenta de que a menos que logran hacer un capital efectivo antes de la crisis, tendrían que abandonar sus exploraciones para buscar en un mundo vacío, trabajos rudos y vulgares, como lavaplatos en un restaurante, después de haber probado la riqueza y la abundancia, con el único esfuerzo de volverse embaucadores, exponiendo en muchas ocasiones sus patrimonios en falsos negocios, a expensas de pobres mujeres y niños desamparados.

Para demostrar las vagabunderías que inventó el comité de propaganda en Rawhide a fin de salvar el campamento vaya lo siguiente:

Una mañana varios de los más importantes Diarios de California anunciaron a grandes titulares: *Nat Lawson, el famoso actor, está invirtiendo sus millones en Rawhide. ¡Despierten! O acaso: Está listo para invertir su capital. Bárbara Smith está en Rawhide.* Ciertamente estaba en Rawhide, aparentemente invitada para dar un vistazo, pero en realidad engatusada por las damas de los señores del comité de propaganda, quienes las habían instruido en la necesidad de aprovechar su nombre para una inteligente campaña publicitaria. Aquellos genios hacían planes para levantar el campamento. Llegaron incluso a organizar un match de tiro en una de las tabernas de los barrios bajos, lo que emocionó tanto a Bárbara Smith, que tomando las cosas muy en serio, de inmediato partió para el oriente para escribir su famosa novela *Cuatro semanas*.

Los supremos esfuerzos de la gran *vieja guardia* para prevenir el desastre fueron inútiles. Al fin tuvieron que arriar su bandera negra, con su calavera y sus huesos. Las efímeras ciudades aledañas a Goldfield en los días de bonanza —aquellos viejos días del gran oro— fueron paulatinamente tragadas por las arenas del desierto, para transformarse luego en ciudades fantasmas, en montones de escombros solo habitados por crótalos y asaltadas de noche por errantes coyotes y búhos ululantes.

VI

LA VIEJA MINA DE PAYNE

Durante el famoso boom de Goldfield, en Nevada, en 1906 y 1907, y particularmente después de haber plantado mi cuartel general en San Francisco, necesitaba volverme Presidente de alguna bien organizada mina de mi propiedad o arrendar algún denunció o compañía, para satisfacer el deseo de mi juventud ambiciosa. Fácilmente hubiera podido iniciar alguna empresa exploradora, como lo estaba haciendo la mayoría de los operadores mineros, pero yo era demasiado orgulloso para ello. Lo que anhelaba era ser propietario de una auténtica mina, lo cual era más difícil en Nevada por aquellos días que encontrarse un hipopótamo caminando en seis patas por Broadway.

Poseído de aquel ideal me puse mis chaparreras, calcé las espuelas y me encajé el sombrero Stetson decidido a montar mi caballo *Proscrito* rumbo a Eureka, un campo minero en los días de bonanza de la plata. Allí había numerosas minas abandonadas, dispersas en el desierto, que podían serme útiles. Conocía algunas, pues había visitado anteriormente el distrito Arizona, durante mis años de vaquero.

Habíamos llegado allí por casualidad —Frenchy, el cocinero de nuestro equipo, Lanky, un pistolero y yo íbamos detrás de un ganado extraviado que estaba destinado a Las Agujas, un rancho cerca de Cañón de Colorado. Por

aquellos días los novatos se mantenían cautos en ciertas partes de Nevada. El juego estaba en pleno apogeo.

El décimo día, luego de iniciar una cacería de patos salvajes, mientras paseábamos las jacas alrededor de un bajío alcalino, Frenchy se enderezó en su silla y me señaló maliciosamente un punto en dirección a una hilera de rocas a nuestra derecha, al pie de un rojizo monte aislado. Debido al resplandor solar no acertaba a descubrir exactamente la señal. Lanky la captó y soltando las riendas de su caballo rucio picó las espuelas. Con la velocidad del rayo se fue en dirección a las rocas, siguiéndole Frenchy de cerca.

Sintiéndome de pronto abandonado, inicié tras ellos una carrera desenfrenada. No me tomó mucho tiempo averiguar qué era lo que los mantenía curvados sobre el cuello de sus caballos. Nada menos que una osa parda con un par de cachorros. Estaba tratando de escaparse hacia la línea de los peñascos, pero nosotros llegamos primero.

Mientras Frenchy y Lanky mantenían enlazada a la osa, cada uno por una pata, yo trataba de enlazarla por la cabeza. Pero Dulcita, mi aplomada y prudente jaca, al ver aquellos colmillos espumantes y aquella mirada hosca se echaba hacia atrás, de manera que tuve que bajarme para examinarla mejor. Era bella como una diosa, más loca que el infierno y rugiente hasta más no poder.

Si alguno de aquellos lazos se hubiera roto y hubiese yo caído en sus brazos amantes, me hubiese exprimido la vida en unos minutos. Pude dispararle dos tiros. Las osas son difíciles de matar, especialmente cuando son corpulentas y tienen cachorros.

Muchos años habían pasado desde que llevé a cabo esa cacería de osos, sin registrar nunca un hueso roto. Heme aquí de nuevo a caballo por estos pantanos alcalinos y colinas rojo púrpura en busca de algo más tangible queja piel de una osa. Infortunadamente la mayoría de las viejas minas habían sido rescatadas por petardistas profesionales. No valían la pena. Tuve que dirigirme al oeste. Tras cruzar el desierto Amargosa llegué al condado de Inyo, en California,

en busca de cierta mina de plata abandonada para arrendarla o tomar posesión de ella. Por aquellos días era suficiente otorgar o emitir un millón de acciones para poner luego a los explotadores a sudar, cuando intentaran echar el primer vistazo al precioso lote.

Después de rebuscar mucho por los alrededores llegué a la vieja mina de Payne. Había sido abandonada cuarenta años antes, durante la bonanza de Comstock. Sus propietarios habían llegado más allá de la plata, a ochocientos pies, topándose con sulfito de cobre.

Explorando una abandonada mina de plata y restableciéndose como mina de cobre fue que el famoso Senador C hizo sus millones. ¿Por qué no podía hacerme yo también unos pocos dólares en la vieja mina de Payne, produciendo cobre, o vendiendo el tesoro de bienhechurías a un mercado voluntario y oportuno?

Tan pronto como concebí mi propósito empecé a trabajar en la mina con Winkelmann, un catador alemán. Winkelmann era no solo un conocedor del terreno sino un vagabundo de alta clase. Lo había recogido en el empalme chino, cerca de Keeler, casi muerto de hambre. El pobre hombre había salido de Louisiana a San Francisco, de polizón en un vagón de carga vacío. El desalmado conductor del tren lo encontró y lo echó afuera, abandonándolo a su destino en pleno corazón del desierto Mohavé.

Allí estuvo vagando muchos días, muerto de hambre y sed, y un mediodía llegó arrastrándose hasta Johannesburgo, al sur de Death Valley. Sus manos estaban llagadas y sus labios partidos en pedazos por las espinas de los cactus que había chupado repetidas veces a fin de calmar su sed.

De allí se fue a Keeler en busca de trabajo. Las terribles torturas que sufrió desequilibraron su mente. Cuando caminaba a través del desierto solía señalar al sol y gritarle en medio de su agonía: “¡Maldito cobarde, no me estás haciendo muecas de nuevo!”

En un par de días llegamos por fin a la mina. Estaba vuelta un montón de ruinas. Detrás de algunas grúas y malacates en pésimo estado surgió

inesperadamente un par de furtivos coyotes en la cercana artemisa. El esqueleto de un caballo, hundiéndose de espaldas a la montaña, palidecía frente al socavón principal, cubierto de espesa maleza.

Parecía un sitio inseguro. Inspeccionamos sus alrededores en busca de algo más firme que nos llevara al centro de la mina. Después de unos minutos descubrimos un socavón vertical cerca de la vieja casa de herramientas. Estaba admirablemente emparedado de madera y por el sonido de una roca de veinte libras a su entrada supusimos que su profundidad no era más de ochocientos pies. La roca, enlodada en su base, demostraba que el túnel estaba inundado. Pero debido tal vez al aire seco del desierto las paredes de madera estaban bien conservadas.

Nos hubiese tomado mucho tiempo deslizamos por el malacate, por lo que decidimos bajar por una serie de escaleras desvencijadas, claveteadas a la madera lateral del túnel. Era sin duda un camino más transitable para los gatos que para los hombres. Por aquellos días mi deporte favorito era arrastrarme sobre mi vientre en altos arrecifes en busca de ovejas salvajes. Winkelmann era un alma optimista al decir que si las cosas estaban hechas con método no había por qué temer.

De común acuerdo amarramos nuestros caballos a la casa de herramientas. Colgamos los martillos de nuestros cinturones y cada uno armado de una vela amarrada al sombrero, empezamos a explorar el terreno. Yo iba primero, veinte yardas delante del catador. Debo haber estado tal vez a cien pies debajo de la superficie cuando un estallido sobre mi cabeza casi hace explotar mi corazón.

Antes de que pudiera saltar dos peldaños, vi con horror que la parte superior de la escalera se desprendía lentamente de la pared de madera y caía con estruendo contra la pared opuesta, dejándome suspendido en el aire como un acróbata. Mi vela se había apagado. Una oscuridad insondable surgía bajo mis pies.

Afortunadamente no perdí la cabeza. Pude gritarle a Winkelmann que tuviera cuidado. Apreciando en un segundo la situación él saltó fuera del túnel

tan pronto como pudo. En tiempo récord regresó de la casa de herramientas con un cordel del cual ató una punta a una base exterior mientras me lanzaba la otra punta atada a un garfio. Difícilmente pude agarrar el garfio con mi mano entumecida, sosteniéndome de la escalera con la otra mano apoyada en una pierna que metí entre dos peldaños.

En aquella posición estuve chapuceando por segundos que me parecieron horas. Trataba de anudar el lazo alrededor de mi pecho, debajo de mis brazos, pugnando por encontrar apoyo en la escalera con mi mano izquierda.

Terminaba de arreglar el nudo alrededor de mi cuerpo, asegurándolo con el gancho, cuando los dedos de mi mano izquierda cedieron enteramente y caí. El lazo estaba flojo y me sentí volando entre la sombra hacia el fondo inundado del pozo. El tiempo pasaba lento y trágico. Me parecía ya tocar las aguas fangosas y romperme la nuca cuando sentí milagrosamente el súbito ajuste del lazo a mi cuerpo, quedando de pronto rígido en el aire.

Con un tremendo esfuerzo de mis músculos magullados empecé a subir lentamente, trepando con los pies a lo largo de la resbaladiza madera de la pared del pozo. Alcancé la cima y caí desmayado a plena luz del sol.

Creo que esta experiencia fue el gran remedio contra la manía de buscar cobre en una mina de plata por el solo afán de hacerme rico.

VII

AL SUR DE LA LÍNEA FRONTERIZA

Cuando el viento se llevó la bonanza aurífera de Nevada yo desaparecí con ella. A mi izquierda solo tenía mi caballo pura sangre y para mí tenía más valor en aquel momento que todos los millones de oro de Nevada. Toda una manera de vivir, edificada sobre altos cerros de papel se vino abajo entre lamentos y cenizas. Y yo, que también había sido un millonario de papel, tuve una gran sensación de seguridad cuando me dieron por mi caballo ochocientos sólidos dólares en oro.

Después de arreglar mi cuenta en el Club Montezuma de Goldfield y en diversos restaurantes y cabarets me encontré en posesión de una honestidad a toda prueba. Quinientos dólares para empezar una nueva vida. Parecía estar emparentado con el gato tradicional, dotado de nueve vidas, que puede proporcionarse el placer de caer de una alta ventana y encuentra fácilmente su camino en la acera, como si nada hubiera pasado.

Después de haber salvado mis huesos en las ruinas de Nevada me encontré confortablemente instalado en el salón de recibo del hotel Green, en Pasadena, California, interrogándome a mí mismo sobre mis próximos planes. Estando por el momento hambriento y no teniendo un programa inmediato, me fui a almorzar. Al entrar en el comedor tropecé de paso con un distinguido caballero mexicano, quien se excusó cortésmente, aclarándole que era por mi culpa.

Después del almuerzo no teniendo nada que hacer me fui de nuevo al salón de recibo. El caballero mexicano se acercó a saludarme. Cambiamos algunas cordiales e insignificantes frases y nos dirigimos hacia el bar. Antes que terminara el día nos entendíamos como viejos amigos. Se llamaba Ricardo Flores Magón. Ranchero y revolucionario. Exilado por Porfirio Díaz. Me comunicó que antes de conocerme había oído vagamente mis aventuras en Cuba, Alaska y Venezuela.

Como yo iba para El Paso al día siguiente, Flores Magon me previno que estuviera listo para tomar parte en la gran revolución que se avecinaba. Acepté de inmediato, sin suponer nunca esa gran posibilidad. Díaz tenía en el poder más de treinta años. Su brazo parecía más fuerte que nunca. Don Ricardo se despidió de mí, asegurándome que pronto nos volveríamos a ver. Realmente lo deseaba, pero no lo creía.

Tenía apenas unas horas en El Paso cuando me encontré con Pepe Fuentes, ahora oficiando de mesonero en uno de los numerosos cabarets que se alinean en el estrecho del Diablo, en Juárez. Su abuelo había comandado una revolución en Ecuador y casi había llegado a Presidente, si no hubiese sido asesinado pocos minutos antes de tomar posesión *de facto*. Pepe no obstante ser un adepto en todas las artes tortuosas de ganarse la vida, sentía un hondo anhelo en su corazón de ser respetable. Había perdido la esperanza de lograrlo por el trabajo laborioso, pues no tenía talento alguno para ejecutar un honesto oficio que fuera bien remunerado. Poseía en cambio eminentes facultades para hacerse rico súbitamente, con un poco de buena suerte. El plan de su vida era intentar alguna grande e inadvertida felonía. Luego seguir de honesto, amable, caritativo, generoso por el resto de sus días, hasta hundirse en un honorable sepulcro. Sentía un gran respeto por los anhelos de Pepe. Siempre estaba deseoso de ayudarle a conseguir un trabajo decente o deponerlo en el camino de la respetabilidad. Por ahora quería ofrecerle una gran oportunidad... ¿Quería unirse a mí en calidad de teniente para *proceder con energía* en operaciones a lo largo de la frontera? Se bebió de un sorbo el tequila. Llegamos a un

entendimiento cerca del puente. Estaba a mi disposición. Me informó que el gobernador Cachazas, tenía en el estado de Chihuahua más ganado del que jamás había comprado, comido, contado y soñado. Esto era nuestra salvación. Incliné la cabeza en señal de asentimiento. Le prometí encontrarlo aquella noche en Juárez para coordinar nuestras fuerzas.

En la Torre del Diablo enredamos cinco compañeros más, todos miembros de mi vieja guardia de Nueva Lizón. Se decidió que Pepe Fuentes y los cinco mexicanos *tomaran en préstamo* siete jacas ensilladas y las tuviesen listas en el corral de El Jarabe Tapatío, un lugar de dudosa reputación en las afueras de la ciudad.

Aquella noche gocé por última vez un tranquilo sueño en el muelle lecho que había disfrutado por varias semanas en el hotel Bravo, de El Paso. Por la mañana temprano un peón llevaba mi equipaje a El Jarabe Tapatío. Horas después, tras un sueño reparador, se me adjudicaba allí mi nueva indumentaria. Me transformé en un charro mexicano con sombrero ribeteado en plata, chaqueta corta, pantalones acampanados y tintineantes espuelas. Pepe esperaría por mí en el bar con Mike O'Reilly y Jimmy Sears, dos miembros del viejo equipo que habían demostrado un sincero deseo de unirse a nuestra empresa. Ambos eran vaqueros por tradición, mineros por necesidad y aventureros de nacimiento. Los recibí con lo poco que tenía y salieron a buscar los caballos.

Pepe y yo salimos de Juárez sin inconveniente alguno. Cruzamos el arrenal al este de la Sierra del Fierro, donde nuestros compañeros nos esperaban.

Antes de partir, no pude resistir la tentación de visitar a mi viejo amigo, el comandante de Juárez, un cojo de gran corazón, que tenía por sobrina a una beldad de ojos negros a quien era grato contemplar. Un irónico accidente le había sucedido al viejo comandante con su sobrina. La chica era más vivaz e independiente que la mayoría de las damas mexicanas. El comandante pensó que lo mejor era enviarla a un colegio en Estados Unidos, para limarle aquella libertad ganada en el desierto mexicano. El pobre parecía ignorar que Estados Unidos no es exactamente el sitio para enseñar una mujer a contener su

libertad. La muchacha retornó más independiente que nunca y con avanzados conocimientos. Ahora podía explicar por qué debía ser independiente, discutir con inteligencia el asunto y además salir con la razón. Mi amigo el comandante era como un pobre instrumento entre sus manos.

María Luisa había hecho algo ahora que yo no esperaba. Mostró deseos de unirse a nuestra expedición. En deferencia para mi viejo amigo me negué rotundamente a ello. Aparentemente pareció comprender. Secretamente yo estaba deseando que se nos uniera, pues aparte del encanto de su compañía, podía ser una garantía para que todas las fuerzas enviadas en mi persecución desde Juárez perdieran nuestra huella.

Hasta altas horas de la noche estuve en el campamento con mis compañeros de Sierra del Fierro, una hilera de polvorientas colinas que se levantan como una isla fuera del desierto. Hicimos nuestros planes inmediatos, contamos cuentos bajo la llama ardiente y titilante de nuestro fuego de campamento hasta que nos quedamos medio dormidos.

Muy temprano en la mañana envié a Mike O'Reilly con tres mexicanos al cañón de Santa Catalina en las Montañas Corotos, al sur de la frontera y al este de la pequeña línea de ferrocarril de la ciudad de Carrizales. Tuvieron que organizar la vieja cueva de adobe y el corral. Este sería nuestro punto central de operaciones. Pensábamos dar la impresión de que nuestro cuartel general estaba en Sierra del Fierro. Como estábamos urgentemente necesitados de dinero, tuve que explorar los alrededores con el resto del equipo buscando ganado extraviado para *pedirlo en préstamo*.

De común acuerdo nos dirigimos al sur de la Laguna de Patos, una ancha laguna poco profunda, donde estaban los principales ranchos del gobernador Cachazas. A la mitad del camino nos encontramos con algunos animales — alrededor de doce cabezas— cuya pelambre amarilla se divisaba orgullosa en la brillante luz del sol sobre las amarillentas dunas de arena. Empezamos por cerrarles el camino, abriéndonos todo lo ancho que pudimos. El ganado se dispersó y corrió velozmente hacia las dunas. No podíamos verlo ahora en

total sino uno que otro en la distancia. Ignorábamos si corrían juntos, o cada uno por su lado, o si estaba más allá de nuestras posibilidades agarrarlo.

Nos aproximamos con cautela, para impedir que se levantara una nube de polvo. Tal como estaban las cosas no teníamos seguridad de enlazar más de dos o tres. Aquello no valía la pena. Moviéndose uno a través de México en expediciones de persecución de ganado es necesario tener dinero a la mano para solucionar las más ingentes necesidades. De otra manera *un cuatrero* puede ser confundido con un político y pierde la simpatía del pueblo.

De pronto una pequeña columna de polvo se levantó de las dunas lo suficiente como para revelar el pase de los novillos. Decidíamos entonces asustarlos con gritos y disparos, de modo que se detuvieran y pudiéramos localizar el rumbo que llevaban. Cuando el polvo empezó de nuevo a remolinear, nos dimos cuenta que iban más unidos de lo que pensábamos. Les cerramos el paso. Salimos a una hondonada a la altura del desierto, una especie de cráter de arena rodeado de dunas, fuera del cual se levantaba ahora el brillante polvo de la planicie de Chihuahua como una bocanada de humo.

Allí encontramos los doce novillos. Pero la victoria no era solo de nosotros. Mientras nos deslizábamos por las dunas, con la arena picante en nuestros rostros, María Luisa, la sobrina del comandante de Juárez, ya estaba enlazándolos. Cuando llegué a su lado, perplejo y aturdido con mi sombrero en la mano, ella me recibió diciendo:

—Acabo de pedirlos prestados al gobernador Cachazas y se los doy a ustedes como compensación por obligarlos a mi desagradable compañía.

Naturalmente María Luisa se volvió un miembro de nuestra expedición y ello nos aseguró por lo menos el alejamiento de los gendarmes de Juárez.

Contábamos también con la discreta ayuda de algunos de los vaqueros de Chachazas, buenos amigos nuestros. Cuando Mike O'Reilly trajo al siguiente día algunos de ellos a mi supuesto cuartel general en Sierra del Fierro, nos aseguraron que nos mantendrían informados sobre el desarrollo de los acontecimientos, suministrándonos caballos frescos en caso de necesidad. Mientras

se llevaba a cabo esta conferencia, Sears y María Luisa conducían juntos el ganado hacia el norte, para introducirlo en los Estados Unidos, en un lugar entre El Paso y Paso de Águila. Dispondrían de este en rápido y provechoso negocio con gente bien conocida de Jimmy. La presencia de María Luisa protegía a Sears de cualquier encuentro adverso con las autoridades mexicanas.

Dos de los vaqueros de Cachazas permanecieron conmigo, elevando a diez el número de mis hombres. Lo suficiente para iniciar operaciones en confortable escala. Como uno de mis nombres llegó aquella noche al cañón de Santa Catalina, con noticias de que todo estaba allí perfectamente bien, mi equipo se declaró ya listo para empezar.

Pasamos el resto de la noche fuera del desierto. El cielo estaba cubierto de tantas estrellas que ni los ángeles podrían divisarnos. Solo un punto de vigilancia quedaba atrás para indicar a María Luisa y Sears el camino del cañón.

Los ranchos del gobernador Cachazas estaban estacionados entre la Laguna de Patos y el Colorado, principal cañón de Santa Catalina, que toca a Juárez-Chihuahua por el ferrocarril del oeste. Teníamos que levantarnos de madrugada para dar un rodeo y llegar pronto a la montaña donde la marca de hierro de Cachazas debía ser borrada. Este era un golpe osado. Tenía que ser ejecutado ante los rurales —la altamente eficiente gendarmería montada de Porfirio Díaz —que se dio cuenta de nuestras operaciones. Como medida de protección, cuatro de los vaqueros capataces tenían que ir con nosotros para darle a la maniobra una simple apariencia de trabajo rutinario, en caso de necesidad.

Como la previsión era el éxito de la empresa, envié a O'Reilly y cuatro hombres más a buscar ganado extraviado, rondando la entrada este, en el sitio más lejano al sureste del cañón. Parecía una cosa tonta, totalmente inocente pero la utilidad importante de este plan la comprobamos al siguiente día. No estaban allí para defender aquel ganado de los rurales o los capataces, sino simplemente para abandonar y cuidar sus vidas, tomando la dirección de la frontera en caso de persecución.

Tal como recuerdo, no esperamos que llegara la madrugada para iniciar nuestro ataque. Empezamos mucho antes. Antes de que las estrellas se tornaran de azules en doradas ya estábamos en nuestro puesto trabajando como condenados. Cuando pasaron a platinadas teníamos en pie varias compañías de carne de ganado. Bajo el último lucero arrojado por los rayos del sol, el gran coordinador del espacio, íbamos en camino hacia el corral de nuestro cañón. Entonces observé una alta y delgada columna de polvo moviéndose lentamente en el horizonte. Con la velocidad con que advertí a mis compañeros así desapareció de nuestra vista. Supuse que era algún solitario caballero que habiéndonos divisado galopaba de vuelta a informar.

Por lo tanto, apresuramos nuestra marcha gritando y animando el ganado a un lento trote. Antes de que los *rurales* aparecieran ya habíamos empujado toda la manada dentro del cañón y tomábamos posiciones para mantener alejados a los hombres de Díaz el mayor tiempo posible.

Parecían en conjunto cuarenta *rurales* los que llegaron volando en una nube de polvo. Antes de llegar al alcance de un tiro de fusil se dividieron en grupos de dos o tres y empezaron a acercarse con cautela. Usaban la prudencia. La entrada del cañón estaba protegida por grandes peñascos, detrás de los cuales un hombre podía inhabilitar a varios *rurales* y conservarse protegido.

Empezamos a hacer tiros contra ellos, no con el propósito de atacarlos sino de demostrarles nuestra posición. Estaban demasiado lejos. Pronto nos dimos cuenta que se iban distanciando tanto que casi habían desaparecido. Solo dos pequeños grupos se mantuvieron al alcance de nuestra vista. Esto me puso algo perplejo. Sus maniobras eran exactamente las que yo hubiera hecho en su lugar. Lo único que sabía era que nunca podría encontrar el corral situado en la garganta de la sierra, si no tenía un previo conocimiento de este. Los caminos que iban hasta allí eran en pendiente y llenos de piedras. Ninguna huella de caballos o ganado quedaba impresa, y la entrada estaba ya cerrada a toda incursión. Suponía que los *rurales* estarían recorriendo la sierra, que no tenía más de cuarenta millas, con la esperanza de asegurarse que no la abandonaríamos.

Pero al hacerlo perdían contacto el uno del otro. Por lo tanto, dejé que tres de mis hombres se perdieran en el horizonte y seguí el ganado con el resto.

Hacia el sur del cañón la sierra se levanta más allá del límite del bosque, dejando visibles por cientos de millas sus cimas rojas sobre estas tierras pastoriles, a través de la ardiente luz del sol del desierto. El bosque parecía un enorme campamento de altas y estrechas tiendas, con torres delgadas y gigantes. Al llegar al bosque la sierra se rompe en complicadas hondonadas, cortadas en sólidas rocas y aisladas manchas de vegetación. A medida que las montañas ondulan hacia el norte va borrándose la vegetación hasta convertirse en un cataclismo de llameantes rocas. En esta sierra se puede viajar millas y millas sin asentar el pie en un metro de tierra.

Sobre este pesado y silencioso terreno llevamos nuestro ganado, no dejando huellas a nuestro paso. Por la peculiar posición de nuestro corral en el centro de la hondonada que se abría como una cueva, me sentía perfectamente seguro de que podíamos mantener a los rurales alejados de nosotros. Yo bien sabía que ellos no se aventuraban dentro de la sierra. Mis hombres se mantenían disparándole a los zamuros, probablemente para salvar a los rurales de un apresurado entierro. Todo se hubiera complicado más si los rurales se hubieran decidido a reunir suficientes fuerzas como para patrullar el pie de la montaña de norte a sur y de este a oeste. Nuestro destino a ese respecto estaba en las manos de Mike O'Reilly. Si se comportaba como un cobarde y huía de una manera definitiva, podríamos preparar nuestra retirada. Seríamos sometidos a un largo sitio y al final, hasta podríamos terminar ahorcados.

Cuando llegué al corral, trayendo la retaguardia de mis hombres, el trabajo del herraje ya había comenzado. Una caliente y roja sartén hirviendo le era aplicada a la marca de Cachazas para borrarla. Luego se frotaba con grasa para estimular la salida del pelo. Entonces se procedía a herrarlos con mi marca. Fue un cuadro dramático el que vieron mis ojos, en medio de los bramidos del ganado y el canto y maldiciones de los hombres. La hondonada era estrecha y profunda, cerrada completamente con paredes de rocas hasta la cima, dejando

solo visible un rayo de luz. Muchos de los herrajes habían sido iniciados. Sobre las rojizas paredes las sombras de los hombres y las bestias se confundían en posiciones fantásticas. Una punta de la ciega hondonada había sido cercada para impedir que saliera el ganado. Nuestros hombres trataban de rodar más peñascos a fin de fortalecer nuestro escondrijo.

El cielo obscureció. Apareció un círculo de estrellas. El herraje estaba ya muy adelantado. Matamos una res para comer. No se oyeron más tiros hacia el oeste. Solo una débil crepitación se escuchaba en dirección opuesta. Toda la noche se mantuvo activa. Por la mañana uno de mis hombres que fue con O'Reilly regresó a informar que su grupo había enlazado cerca de cincuenta cabezas, que traían lentamente hacia la entrada del cañón. Este había permanecido sin vigilancia desde antes del crepúsculo. Ello fue motivo para que llegaran los rurales y O'Reilly, aparentemente desprevenido se vio obligado a dispararles. Tan pronto como subió el día, O'Reilly emprendió la salida del cañón con todos sus hombres excepto el mensajero, dejando que el ganado extraviado cayera en manos de los rurales. Un hombre resultó muerto, los demás se perdieron en dirección a Coahuila. El hombre que había traído este parte había visto los rurales a la entrada del cañón.

Era exactamente lo que me gustaba oír. Los rurales creerían que habíamos penetrado en el cañón por el oeste y se habían adelantado para tratar de bloquearnos por el este, antes de que pudiéramos rondar la sierra. No habíamos tenido tiempo de hacerlo y sintiéndonos atrapados habíamos tenido que abandonar el ganado para salvar nuestras vidas. Siempre basta un pequeño detalle para vencer un peligro. Los rurales estaban ahora en posesión de ese pequeño detalle necesario, para ponerlos completamente fuera de nuestra huella. De Mike O'Reilly sabíamos que se aparecería un poco más tarde más allá de la frontera, completamente arruinado y despreocupado, pidiendo su parte en el gran negocio de ganado llevado a cabo. ¿Y por qué no?

Por aquellos días los cuatreros eran regularmente distinguidos caballeros deportistas que cruzaban la frontera, a lo menos en lo que se refería a los vaqueros

del lado sur. No cabía duda de que el alto espíritu del deporte actuaba a través de estos pocos hombres que se imponían la tarea de conducir a cientos de animales a través de las vastas llanuras y desfiladeros del desierto. Algunas veces cabalgando por semanas una angosta vereda, escapando de la vigilancia bajo un cielo abierto, aventurando ser colgados del árbol más cercano. Era una fortuna cuando el árbol se encontraba algo distante, como para darle tiempo al hombre de pensar, de rezar sus oraciones, de sobornar a sus captores. De escapar.

La más oscura y menos deportiva parte del juego era el herraje del ganado antes de aventurarse a salir con este a plena luz. La operación era dolorosa, molesta, poco heroica. Tomaba una larga e inactiva espera. Esta empresa de adultos, de hombres enérgicos encerrados dentro de un oscuro cañón u hondonada —casi una cueva si no hubiera sido por una mínima abertura que permitía el paso del sol— esperando que al ganado le creciera el pelo, era ciertamente deprimente. Casi insoportable. Muchas veces nos sentíamos tentados a abandonarlo todo y de salir a la llanura hacia la frontera (a pesar de estar ya transformado el ganado con nuestra marca). Pero necesitábamos dinero. Prevalecía la más fuerte opinión. Pensábamos sin embargo que igualmente podíamos cuidar nuestras vidas.

María Luisa, que era una maravilla bailando el fandango y cantando baladas de los indios mexicanos, hubiese hecho agradable nuestra espera, pero pensé que era mejor que no hubiera mujer entre tantos nombres solitarios, y además tan sentimentales. Hubiera tenido demasiadas propuestas matrimoniales. Le envié un recado para que me esperase en Juárez, o en El Paso, si no quería que su tío supiera dónde estaba.

Le tomó varias semanas al ganado para estar listo. Ese fue el momento cuando después de patrullar personalmente todo el lado norte, decidimos salir de la sierra, no a través del cañón, sino a través de la ciudad.

Diez días después habíamos cruzado sin novedad la línea de Coahuila, dentro de los Estados Unidos. En breve tiempo el ganado se había convertido en

dinero contante en un rancho entre Eagle Pass y Coralitos. Durante la larga, exasperante y jadeante marcha desde la sierra a la frontera, muchas aventuras de menos interés me pasaron. Solo una merecería ser contada, por lo demás no fuimos molestados. Un pequeño grupo de bandidos, colegas, o tal vez soldados del gobierno, vino hacia nosotros un día. Querían pedir prestado un par de novillos para carne y despreocupadamente los dejamos que se valieran por sí mismos. Inclusive los vimos cuando asaban alegremente un enorme muslo detrás de un gigantesco árbol *Yoshua*.

Operaciones de esta clase continuamente nos ocuparon por varios meses. A intervalos, entre aquellas expediciones, me iba por las calles de El Paso elegantemente vestido, como convenía a un próspero minero americano. O comía a veces en el Country Club con María Luisa, o en algún deslumbrante cabaret de Juárez, gozando de mi prosperidad. Mis hombres cuando me encontraban se hacían los desentendidos, como si nunca me hubieran visto. Solo que cuando al pasar cerca de ellos ajustaba mi corbata, quería decir que nos encontraríamos esa noche en la lavandería de John Lee, para una conferencia. John Lee era un chino que tenía negocios de tabaco y que ocasionalmente podía servirse de la ayuda de mis hombres. Se había también americanizado y mexicanizado hasta el punto de preparar un caliente *chile con carne chow mein*, que a menudo ofrecía a sus amigos en su cuarto, rociado con tequila, entre humo de incienso y aroma de ropa sucia. El aseo, decía a menudo John Lee, usando más L y S de lo necesario, está cercano a la santidad y no produce mucho. Razón por la cual descuidaba su oficio y se mostraba entusiasta por otros negocios.

Muy a menudo era uno de mis hombres quien me pasaba la *contraseña*. Significaba que había jugado su dinero y necesitaba un préstamo. Siempre les daba lo que querían. En la empresa en que estábamos comprometidos no era posible fijar salarios ni dividendos.

Hay algo en la naturaleza humana que nos hace disfrutar de una doble personalidad. Tal era mi caso. Si se puede ser solemne por un momento, la

insatisfacción con la vida que me había sido asignada en la gran casa contable del destino y el inútil sentimiento de sentirme prisionero de mí mismo, conservando la misma íntima personalidad por un tiempo demasiado largo. De todas maneras, no dejaba de gozar con la curiosa alternativa de mi suerte y sus derivados. Hoy hablaba de política americana con el gobernador de Texas, mañana hacía conocer a un par de senadores de Estados Unidos los explosivos y deliciosos enchilados de un café mexicano, dirigido por un chino y financiado por un americano. Otra noche estaría masticándole la ropa a John Lee y dos días después estaba arreando ganado cien millas afuera, sucio y sudoroso, pero tan feliz como un estudiante escapado de clases.

Cierto día, cuando el sol se levantaba sobre el anillo de un mundo angustiada y jadeante, bajo la niebla caliente de la llanura mexicana, descubrimos que no éramos los únicos que sacudíamos el polvo bajo aquel cielo. Íbamos hacia Carrizales para una investigación. Preferíamos estar solos cuando de pronto una columna de polvo flotó bastante cerca. Nos llenó de preocupación. Era evidente que trataban de acercarse. Preparé a mis hombres para una batalla contra quien fuera, si la diplomacia no era suficiente. No cabía duda de la dirección que el polvo llevaba. La columna fue disminuyendo. Pronto estuvo frente a nosotros un grupo de charros que se nos aproximaba a un trote uniforme. Un hombre de barba blanca iba a la cabeza. Aquel caballero, según descubrí tras mis anteojos larga vista, no era otro que el mismo gobernador Cachazas en persona, el antiguo propietario de la mayoría del ganado que habíamos estado negociando.

Siendo el gobernador Cachazas un viejo amigo mío retardé el paso y bajé un poco mi revólver. Los amigos deben ser recibidos cortésmente, pero es bueno recordar que de la misma manera que un vino añejo hace un vinagre nuevo, las amistades viejas frecuentemente son excelente materia prima para forjar nuevos enemigos.

Desde el minuto en que el gobernador me reconoció se vino hacia mí, me tendió la mano y la apretó fuertemente. Estaba muy amable. Parecía muy

interesado en mi buena estrella. Empezó inquiriendo, de benevolente y paternal manera, dónde había obtenido todo aquel hermoso ganado que según rumores había estado vendiendo en Paso de Águila.

Estando seguro de que Cachazas tenía una sospecha definitiva sobre mis aventuras y, sabiendo que un buen mexicano siente más respeto por la osadía que por protestas sobre la moral, decidí agarrar el toro por los cuernos, o al gobernador por sus barbas. Sonriendo cínicamente le dije:

—Pero gobernador, creí que usted sabía...

—¡Yo! ¿Tengo que saberlo?

—Naturalmente. Usted debe pensar que la mayoría de ese ganado es suyo y que lo hemos tomado en préstamo. De otra manera usted no me hubiese dejado tomarlo.

El gobernador me miró de arriba a abajo. Admiraba mi descaro y estimaba las potencialidades de lucha de mis hombres.

—Usted no puede convencerme —manifesté en el mismo tono de chanza— que no goza de todo el poder para impedir el negocio, si lo hubiera querido. Porque, gobernador, usted...

Cachazas explotó en una carcajada y palmoteando mi hombro agregó como patrocinándome:

—Muy bien hecho, muchacho. Así empecé yo. Pedí prestado un ganado y luego envié el cheque al propietario. Naturalmente, —aclaré—. Eso es precisamente lo que pensaba hacer, tan pronto esté de vuelta a El Paso.

—Está bien. Cualquier momento da lo mismo.

Y el gobernador siguió riendo a medida que se alejaba. El momento tenso había pasado. Cachazas seguramente había calculado la oportunidad de una batalla, encontrándola desventajosa para él. Después de todo ¿por qué debía meterse en una inútil riña, si todo lo que tenía que hacer era mostrarse amable, despedirse y luego enviar su gang de rurales detrás, de mí? Ahora sabía cuántos éramos, cómo íbamos armados y dónde podría encontrarnos en las próximas veinticuatro horas.

El incidente, naturalmente, llevó el juego hasta el final. Cachazas no era ningún tonto y ahora que sabía con quién se las estaba entendiendo no tardaría en hacerse sentir como era necesario. No pasarían más de dos horas sin ver desarrollarse contra mí una implacable y eficiente persecución. Por lo tanto, cabalgué con mis hombres hacia el oeste por unas pocas millas. Mandé a hacer alto detrás de un altosano, los desbandé con instrucciones en todas las posibles direcciones que llevaran a El Paso, donde debíamos encontrarnos en el lugar de John Lee. Cuando nos dividimos, el gobernador debió haberse quedado perplejo mientras miraba en el horizonte catorce remolinos de polvo batidos por la brisa, preguntándose inútilmente cuál sería el de Nogales.

Yo seguí hacia el noroeste, bebiéndome el tiempo tanto como mi caballo me lo permitía. Calculaba dos días para estar en la frontera, lo cual, sin embargo, necesitaba cruzar, al este de El Paso, aquella misma noche. Cuarenta y ocho horas más tarde desperté a una impresionante distancia de la frontera. Había pasado la noche tiritando bajo mi chamarra, justo en el centro del círculo del horizonte. Cuando se es perseguido por un poderoso y tenaz mexicano, como era el gobernador Cachazas, lo mejor era evitar que nos siguieran las huellas. Había cabalgado huérfano de árboles, pastos, lagos, fuentes, andando por arenales y mezquitas, donde podía ser encontrado por casualidad, pero no por un plan determinado. Mi alforja contenía solamente cinco pedazos de cochino salado. Todo el alimento para un viaje relámpago a través del desierto. Mi cantimplora estaba secándose. Mas, no le tenía al hambre ni a la sed, como tampoco a hombres a caballo. Lo que me inquietaba era el telégrafo. Era de presumir que ya Cachazas habría teleografiado a toda la frontera. Tendría que hacerle frente a una línea bien patrullada.

Se siente uno terriblemente solo bajo cielos abiertos, pero también hay un sentimiento de fuerte seguridad cuando se pueden encontrar árboles y paredes. La amplia llanura, donde uno puede ser descubierto o perseguido, también protege contra la traición. Abro mi alforja lentamente, casi con placer

sibarita, mirando a mi alrededor la luz ascendente. Estoy completamente solo. Únicamente tres desamparados árboles, hacia el este, son mi única compañía dentro del horizonte.

Pensé que era mejor no almorzar. ¿Cochino salado, especial para la sed, contando con tan poca agua? Un hombre prefiere más bien estar hambriento a sediento en el desierto, como en los países de ley seca. En lo que se refería a aquel manjar, me daba lo mismo que comer galletas en la iglesia. Decidí avanzar sobre el mezquite a un trote veloz.

Cuando el primer rayo de sol empezó a azotar mi rostro y mis espaldas, me di cuenta que ya no estaba solo. En dirección a los tres árboles surgió un considerable grupo de hombres a caballo. A distancia parecía que estuvieran inmóviles, pero al medio minuto que estuve parado observándolos, el bulto se expandió y el oscuro remolino que los envolvía se infló como una nube tempestuosa traída por el viento. Eran por lo menos cien hombres. A pesar de que sus movimientos parecían moderados, se veía que galopaban como locos. No estaban todavía al nivel de mi revólver, por lo que no me quedaba otro recurso que correr como un condenado. Fue exactamente lo que hice.

Mi caballo pinto era un gran deportista y se había connaturalizado con la arena a una velocidad pasmosa. Por espacio de una hora pude mantener a mis perseguidores a una distancia respetable, pero pronto los tuve a mis talones. No podía denigrar de mi caballo. Dos días de alimentación con mezquite tostado al sol podían hacer veloz a un caballo, pero no resistente. Yo mismo sentía una especie de angustia en la boca del estómago. De pronto recordaba, con esa grotesca lucidez creada por el peligro y la fatiga, que tenía sed...

Mi situación era crítica, prácticamente ya era hombre muerto. La frontera no estaba lejos, pero seguramente que estaría patrullada, de modo que no era prudente aproximarme a ella a *cochite hervite*, como lo estaba haciendo. Mi caballo corría como un demonio, por el tonto instinto de posponer mi muerte de las nueve para las diez. Era tan cierto como la salida del sol que iba a ser bloqueado o alcanzado en menos de una hora.

Una rápida mirada sobre mis hombros me demostró que los hombres se esparcían como un abierto abanico. Cualquier desviación de parte mía, de mi dirección norte, me llevaría más pronto a ellos. Curiosamente empecé a coordinar mejor. Recordé la helada ensalada de camarones que había comido en el hotel Bravo, de El Paso, y la alta copa de cerveza que acostumbraba tomar sobre el pulido bar del Café Juárez, durante un asfixiante mediodía. Ambas cosas aparecieron vividas a mi mente. Hasta el traje blanco y negro, que María Luisa llevaba en el último baile del club, vino a mi imaginación. Eran pensamientos locos, por supuesto.

Mi caballo tropezó y yo rodé con él, enterrándome en un montón de arena. Estaba aturdido y antes de que pudiera ponerme en pie, dos hombres ya estaban a mi lado, sonrientes, desarmados, vestidos con el garbo de ricos rancheros. Trataba difícilmente de encontrar una explicación. Me preguntaba por qué habían venido hacia mí estos hombres —según recordaba vagamente— por más de cien yardas afuera. Por qué estaban ahí, después de todo, tan tranquilos. No eran rurales y parecían guardarme cierta consideración.

—Buenos días, señor, díjome uno. ¿Por qué anda tan de prisa? Somos sus amigos.

Les pregunté qué deseaban. Mi pregunta era todavía más loca que la ensalada de camarones, la copa de cerveza y el traje de María Luisa.

—Pues que nos ha enviado su viejo amigo el general Flores Magón —don Ricardo— para cuidar de usted. Como usted le prometió unirse a la revolución y no sabe dónde encontrarlo ahora que él está en armas venimos a indicarle el camino. Uno de sus hombres supo que nosotros somos amigos de don Ricardo y nos dio su pista.

A mi solicitud por una más explícita información, el rancharo que había hablado primero me contó que la revolución contra Porfirio Díaz era ya un hecho, que Flores Magón estaba sobre Chihuahua, con fuerzas divididas en guerrillas, y que don Ricardo les había pedido que se pusieran a mis órdenes. Parece que don Ricardo se había dado cuenta de que mi gran conocimiento

de toda la región central fronteriza me hacía el jefe revolucionario ideal en aquellos parajes.

—¿Y qué clase de revolución es ésta? —pregunté muy razonablemente, suponiendo que podía dejar allí colgada mi cabeza.

—Pues una revolución socialista, señor.

—¿Qué?

—Sí señor, el pueblo quiere sus tierras. Les han sido robadas por don Porfirio y sus secuaces y el pueblo las reclama. Es muy sencillo.

El otro ranchero me manifestó claramente que la invitación que había recibido era como para no ser rehusada.

—¿Qué podríamos hacer nosotros si rehúsa? Le hemos dado nuestra palabra a don Ricardo para escoltarlo hasta su cuartel general, y no podemos decepcionarlo. Don Ricardo lo estima a usted altamente.

Nada podía contra aquellos corteses métodos violentos. Además, era cierto que le había prometido a Flores Magón unirme a la revolución. De nuevo mi negocio de ganado se arruinaba y volvía a ser el caballero andante siempre dispuesto, desinteresadamente, a actuar en una causa noble. He aquí el motivo que me arrebató de una manera tan extraña del centro del desierto. Ante tan eficiente y compulsiva cortesía, acepté.

VIII

BOTAS Y ESPUELAS

De la persecución más o menos intensa, por robo de ganado, me vi lanzado de una manera inceremoniosa —mejor dicho, ceremoniosamente— dentro del primer movimiento revolucionario que iba a durar por más de veinte años, y traería una completa transformación en las costumbres, la civilización y el destino de México. No sospeché nunca, cuando fui alcanzado en el desierto de Chihuahua por los cortesés, pero firmes emisarios de Ricardo Flores Magón, que yo iba a ser el instrumento para acometer la más violenta revolución que ha brotado de este lado del Atlántico desde la guerra de la Independencia.

Sí. Así fue. Chihuahua ya estaba en actividad con pequeñas guerrillas, de día y noche mantenían ocupados a los rurales; esa fue probablemente la razón de las facilidades que encontré para progresar en mi negocio de ganado. Flores Magón estaba en cierto lugar de la sierra, intentando coordinar el movimiento de sus hombres, pero debido a la falta de comunicaciones no lograba seguirles la pista. Mucho del éxito de la aventurada campaña tendría que depender de la iniciativa y la audacia de los jefes en el terreno. Fue por esta poderosa razón, así se me explicó, que don Ricardo había mandado a solicitar mis servicios, tan pronto sus operarios se extendieron por el norte y el centro de la región de Chihuahua.

En menos de cinco minutos fui transformado de un hambriento y sediento fugitivo, que galopaba a velocidad para posponer por pocos minutos la hora de su muerte, en un *jefe expedicionario* de los revolucionarios de Chihuahua que para ese momento eran más de cien hombres bajo mi inmediato mando. Mis captores, Jiménez y Oviedo, se pusieron a mis órdenes demostrando prontitud para realizar todos mis proyectos, con excepción del posible deseo de retractarme. A poco los aprecié como dos honestos rancharos inteligentes, generosos, que habían sido incitados a la revuelta por la intolerable arbitrariedad del régimen de Díaz. Todos estaban exaltados con el ideal de la revolución. Pero a pesar de que sabían cómo luchar personalmente y en pequeños grupos, se sentían incapaces para dirigir con éxito los grandes movimientos.

Mientras caminaba con ellos para unirme a la tropa que había sido lanzada a perseguirme bajo su dirección, me contaron cómo habían seguido mis huellas en el desierto. Se habían encontrado con no menos de seis de mis hombres, después que nos desbandamos, y al explicarles a ellos lo que se estaba preparando, los obligaron a revelarles la dirección que llevaba para realizar mi escapada. Cuando me uní a la tropa, mis compañeros vinieron a saludarme. Jimmy Sears y Pepe Fuentes estaban entre ellos.

En sólo quince minutos fui impuesto de la situación de la región que tenía que dominar. Flores Magón estaba en Durango, hacia el sur, tratando de concentrar suficientes hombres y municiones para atacar el Torreón, punto crucial en todas las operaciones militares mexicanas, debido al hecho de que allí se encuentra el empalme del ferrocarril con el centro del rico distrito.

Los revolucionarios estaban apostados en algunas de las guarniciones que hacían servicio en el Estado de Sonora, hacia el oeste. Las guerrillas atacaban las tropas de Díaz a lo largo y ancho de la ciudad. Pero evidentemente estaban peleando por su propia cuenta, de tal manera que don Ricardo encontraba difícil controlarlas y moverlas dentro de un plan inteligentemente coordinado, con un definido propósito. Mi misión era ayudar a combatir a los federales y

tratar de organizar una acción conjunta, por lo menos en Chihuahua, y en las regiones de Durango y Sonora.

Con este programa a la vista, instantáneamente concebí el plan de cruzar la línea del ferrocarril con mi pequeño grupo de hombres y capturar El Sacal, cerca de la frontera de Sonora —que no estaba lejos, según el cálculo de las distancias en México— desde Durango y la línea de marcha hacia El Torreón. Consulté con Jiménez y Oviedo, mientras saboreábamos frijoles fríos envueltos en tortillas y bebíamos algunos vasos de agua. Luego fui provisto de un caballo. Tomé el mando.

Trotamos bajo la luz del mediodía sofocados de polvo. Como a las dos horas, marchando hacia el oeste, entramos en suelos más benignos. Varios árboles estaban esparcidos aquí y allá —algunos incendiaban el cielo con sus flamantes flores rojas. Semejaban centinelas de una más fresca y hospitalaria tierra. Los saludamos como saludan los marineros a la tierra desde el mar, con gran algarabía y alborozo. El espíritu de los hombres era excelente. La revolución se había apoderado de sus mentes como el cuerpo de una mujer desnuda o un tesoro enterrado, y hablaban de ella febril y tumultuosamente. Era un grito de guerra que los sacudía desde la raíz de centurias a través de viejos sueños de independencia, desde el propio seno de la tierra. Sí, aquí estaba la tierra germinando en árboles, frutos, flores y prosperidad ganadera, pero tradicionalmente mantenida lejos de ellos a través de documentos y leyes extrañas promulgadas bajo el terror de las bayonetas y las balas. Cada árbol era una bandera ondulante en el viento. La bandera de ellos, la bandera de la tierra. Al pasar por aquellos caminos nos detuvimos para coger flores encarnadas que clavamos en nuestros sombreros como un símbolo de la revolución.

Las manchas verdes se volvieron más frecuentes. Paramos en un pueblo para aprovisionarnos de agua. El pueblo nos dio alimento y tequila y nos saludó con fuertes *vivas*. En el curso del mediodía pasamos a través de pequeños caseríos. Tuvimos momentos difíciles haciéndole entender a la gente de esos pueblos que no podíamos llevarnos todo el alimento, frazadas y lo que se les

antojaba traernos en sus generosas manos. Podíamos llevarnos a los hombres, no obstante. Para el tiempo en que el sol empezó a bajar mis hombres habían aumentado hasta ciento cincuenta. Los nuevos reclutas estaban armados de machetes, escopetas, revólveres y gran variedad de implementos agrícolas, desde hachas hasta azadones. Era más imponente este espectáculo, créanmelo, que el de cualquier compañía de soldados bien disciplinados y bien armados, que alguna vez tuve el privilegio de comandar.

Mientras abandonaba uno de aquellos pueblos tuve el gran placer de toparme con el gobernador Cachazas, que venía en persecución de Nogales, el cuatrero, con no menos de cien soldados del gobierno. Su sorpresa debe haber sido violenta cuando, en vez de aquel cuatrero, se encontró con Nogales, el jefe revolucionario, que inmediatamente emprendió su persecución contra él a galope tendido, corriendo hacia un lado del caserío para salvar a éste del fuego de Cachazas. El gobernador y su gente habían venido a buscar a los ladrones de ganado. No propiamente a los caballeros revolucionarios que lucían flores rojas en sus sombreros y actuaban en nombre de la justicia, tan largamente retardada. Se volvió por donde vino mientras yo saludaba con mi sombrero sus barbas blancas, levantadas ahora con el viento, y que pronto fueron borradas por el polvo.

Cachazas volaba hacia el este. Durante el tiempo que parecía seguir nuestra dirección le hicimos la vida miserable con nuestros tiros de fusil. Teníamos que disparar a través del polvo y dentro del polvo, desde la cabeza de nuestra columna. No era ninguna ventaja estratégica vencer aquel cuerpo de milicia del estado, y sin duda alguna era muy peligroso seguirlo de cerca. Sus soldados seguramente iban hacia un sitio que ya conocían, donde encontrarían protección y refuerzos. Pero al perseguirlos podíamos cumplir tres objetivos: capturar algunos soldados y presionarlos para obtener información; podríamos seguramente deducir en qué sitio estaba el fuerte a donde se dirigían y, finalmente, tratar de capturar al viejo gobernador Cachazas en persona. Esta maniobra, además de ser un gran placer, tenía demasiadas repercusiones de alto calibre como para menospreciarla.

En primer lugar, la historia del hecho de su captura, regándose de pueblo en pueblo, de estado en estado, llevando noticias de la revolución a todas partes del mundo, hubiera sido una maravillosa publicidad para nuestra causa. En segundo lugar, hubiéramos podido agarrar al muy excelente barbudo y pedir como rescate, ya fuese dinero, municiones o ventajas militares. En tercer lugar, podríamos inducirlo a suministrarnos informaciones secretas que pudieran asegurar el triunfo de la revolución, por lo menos en los estados del norte. En cuarto lugar, habríamos intentado capturarlo para nuestra causa, lo cual podría ser posible en vista del tipo de gobernante mexicano a que pertenecía Cachazas. En este caso un gran contingente de las tropas estatales hubiera pasado bajo nuestro control, con su arsenal y parte del tesoro del estado a nuestra disposición. En quinto lugar, si todo hubiese fracasado, podíamos a lo menos rasurar sus barbas y privarlas de su respetabilidad, de su severa continencia, dignidad moral y poder político. Dos de nuestros hombres, y cinco de ellos, fueron muertos en la retaguardia. Probablemente herimos a otros, pues los jinetes mexicanos tienen la costumbre de adherirse a sus caballos, aun cuando estén gravemente heridos, de modo que no estábamos seguros. Di orden al grupo de mis hombres de permanecer con los Cachazistas heridos hasta que pudiera mandar por ellos, y sostener la persecución por un período más largo. Así que, cuando los Cachazistas dieron vuelta por una hilera de altos árboles y desaparecieron de nuestra vista, levanté mi mano para hacer un alto en la batalla. Al retirarnos, colocamos los soldados heridos sobre un par de caballos de repuesto y volamos hacia el noroeste, mientras Cachazas presumiblemente volaría al sudoeste para salvar su vida y sus barbas. Temía que si lo perseguía demasiado lejos, podría tenderme una celada. Pero ahora sabía, por la línea de su huida que me convenía más la ruta noroeste que la sudoeste, con la ventaja, de que si el ferrocarril sesgaba tanto hacia el este como hacia el norte, nos interpondríamos en su camino más pronto, al seguir nuestra nueva senda.

Cuando llegamos al ferrocarril, más o menos entre la ciudad de Chihuahua y Carrizales, no había rastro de patrulla a la vista, a lo largo de la

línea, al nivel de la llanura. Teníamos la oportunidad de poner obstáculos al tráfico sobre las líneas ferrocarrileras por veinticuatro horas a lo menos. Pero debido a la manera desorganizada en que la revolución estaba procediendo, no podía estar seguro de si esto era o no ventajoso. Si Flores Magón estaba en capacidad de dar un golpe con éxito por la línea del ferrocarril, hubiera sido tonto de mi parte descarrilarlo antes de ellos tomar posesión de sus puntos de contacto. Si por el contrario la línea iba a permanecer en manos de los federales por un tiempo indefinido, lo interesante hubiera sido bloquear cada resquicio de ésta. Los hombres estaban allí para descarrilarlo en toda su extensión, por supuesto. Un revolucionario mexicano no puede pasar cerca de las líneas de un ferrocarril sin tratar de descarrilarlo; lo mismo que le pasaba a Eva cuando veía una manzana y quería comérsela. Después de pensarlo por un momento, prevaleció la idea de que los hombres debían abandonar los rieles ferrocarrileros. Podríamos necesitarlos de un momento a otro y de cualquier manera era mala política ahuyentar el tránsito regular, pues a pesar de todo era continuo en aquellos tiempos anormales. La confianza del gobierno en la seguridad del ferrocarril podría aprovisionarnos luego de alimento y armas. Este argumento, más diplomático que práctico, de dudosa efectividad en aquellos momentos, resultó ser correcto algún tiempo después.

Al cruzar a caballo los rieles del ferrocarril, tomé la vía derecha del sur y dirigí la marcha. El país empezaba aquí a levantarse en pequeñas ondulaciones. A cada trecho se encontraba uno con una fuente manando perezosamente, como esperando que el sol la enjuagara. El suelo, sin embargo, acumulaba suficiente humedad por las lluvias arrastradas por el viento de la región, para florecer en el fresco verdor típico de los países semitropicales. Un brillante tono claro, muy diferente al oscuro verdebronceado de la vegetación nortea, propiciaba descanso a nuestros ojos y a nuestro cuerpo, y daba gozo mirarlo. Y era grato viajar una vez más bajo el aire fresco, sin la arena mordiendo constantemente nuestra garganta.

A la caída de la noche, no habiendo encontrado nada más marcial que unas pocas vacas en nuestro camino, acampamos en la playa arbolada de una pequeña laguna. A pesar de que las noches son frías en aquellos lugares y que no podíamos captar la presencia de un solo hombre de Díaz después que los Cachazistas desaparecieron, no podíamos darnos el lujo de iluminar la noche con fuegos artificiales. Ordené cavar profundos huecos donde pudiéramos quedar atrincherados a cinco pies de la superficie, a la orilla de los cuales el fuego sería encendido. Dividí mi fuerza en tres secciones; a cada una le designé fuego para cocinar, fuego para mantenernos en calor, y fuego para predecir el porvenir lo mejor que pudieran. Desde una distancia de cincuenta pies sólo un vago resplandor podía ser percibido, contra el cual las sombras de los árboles y de los hombres se movían como negros fantasmas.

Durante algunas horas anduve rondando a mis hombres, contándoles pasajes de mi lucha en Cuba durante la guerra hispanoamericana, en Santo Domingo y Haití. Seguí con mis historias de China y Alaska. Para mi sorpresa demostraban un vivo interés en la teoría antropológica de que los mexicanos —es decir, la población original azteca— probablemente llegó de Asia muchas centurias antes a través de Alaska, hasta llegar a América. Antes de que el viejo dios Quetzalcóatl encontrara la serpiente emplumada en el desierto. Querían saber más respecto a esto, conocer más detalles. Me animaron a escribir un diario de mis correrías, desde Asia hasta las quemantes arenas y altas montañas de su tierra nativa. Esperaban que les diera hasta informes confidenciales sobre Quetzalcóatl. No importa cómo, pero estuve hablándoles hasta que el viento frío cayó sobre la pesadez nocturna, enrollándoles entre sus frazadas.

En mi experiencia con luchadores indisciplinados —especialmente con aquéllos que llevan sangre indígena en sus venas— he comprendido que echar cuentos a la hora de acostarse es una fuerza poderosa para crear en ellos lealtad y confianza en su jefe. Estos hombres ignorantes, a menudo sumamente inteligentes, guardan un hondo respeto por el conocimiento sobre distantes y grandes acontecimientos cuando han sido acoplados con la habilidad para montar

a caballo, para pelear, para maldecir y para vencer dificultades. Cuando dejé a mis soldados acurrucados alrededor del gran fuego y me fui yo mismo a buscar un buen sitio para pensar y dormir, ya sabía que poseía sobre ellos una más efectiva fuerza que la del día anterior. Es una curiosa combinación ésta, la del jefe militar y la del echador de cuentos, en una sola persona. Ciertamente la he encontrado efectiva en más de una ocasión.

Antes de irme a acostar cuidé a los soldados enfermos, que habíamos capturado y traído con nosotros. Me preocupé por sus heridas, les levanté el ánimo con tequila y ropa limpia, les di cigarrillos y les hablé por un rato. No pude arrancarles otra información, salvo que se suponía que debían regresar a la ciudad de Chihuahua caso de capturarlos. Esta, naturalmente, era la dirección en la cual iba Cachazas, después de abandonar su persecución. Al abandonarlos me envolví en mi sarape sobre la playa de la laguna. Pronto caí rendido de sueño. Me olvidé del gran mundo de los planetas y del pequeño mundo de las revoluciones y sus batallas, hasta que el suave viento de la aurora arrastró las estrellas. Llegó el momento una vez más de recordar todo lo que queríamos olvidar.

A la luz de la clara mañana, decidí dedicar algún tiempo a enseñar ciertas escaramuzas a mis hombres. Escogí un sitio entre el altozano, al lado oeste de la laguna, y empecé a ensayar primero una suerte de carga en espiral. Esta es una carga en la cual los hombres a caballo se introducen en una estrecha línea, uno al lado del otro, de cada lado, en formación, y se aproximan al enemigo en estrecho círculo, presentando todo el tiempo el perfil de un hombre a caballo como blanco. Es un movimiento parecido en el orden al ataque de los indios de Norte América, en forma de abanico, en cerrada formación, en vez de circular a cochite hervite. Organizado con disciplina, es muy desconcertante para el enemigo.

Cuarenta y ocho horas después de haber olvidado las barbas de Cachazas, que flotarían en el viento llenas de angustia, alcanzamos la proximidad de El Sacal. Una extraviada ciudad de adobe que parecía haber sido levantada, sobre

la llanura, con las montañas a la espalda. Habíamos derrotado una pequeña patrulla algún tiempo antes, de modo que la ciudad estaba sobre aviso. Organicé mis planes de ataque a prisa con Jiménez y Oviedo, Pepe Fuentes, Sears y dos o tres que se nos habían incorporado, exponiéndoles a los hombres el proyecto tan claramente como pude. Empecé mi trabajo.

La tropa se esparció afuera en una línea tan delgada como un poco de mantequilla en las manos de un mendigo, cada hombre como a diez yardas del otro. Luego dibujé una curva en la llanura de mucho más de una milla tal un gigantesco y desdentado rastrillo.

Cargamos a velocidad desde una distancia de tres millas. Pronto empezamos a divisar los resultados. Desde las ventanas, el techo de las casas y las calles abiertas a la llanura, el fuego de los soldados de Díaz no podía ser muy efectivo, dirigido contra aquella desordenada y vacilante línea nuestra, con cada hombre a caballo zigzagueando de espaldas y maniobrando para su provecho. El suelo bastante irregular hacía inefectivo el fuego de las ametralladoras. Las balas, dirigidas a la altura de la cabeza de los caballos, hacían blanco como si golpearan contra un peñón donde rebotaban para enterrarse allí mismo en un montón de arena, antes de llegar a su destino. Sólo el fuego de los francotiradores podía servir de alguna utilidad al enemigo.

Mientras nos aproximábamos, algunos de mis hombres empezaron a caer de sus caballos. Comprendí que era el momento para cambiar la formación. De acuerdo con el plan que organizamos, di la señal y los hombres se dirigieron juntos en tres grupos. Cada uno en línea junto al otro, dando el frente a la ciudad marchando de perfil, tal como habíamos practicado en la laguna. Luego empezaron a circundar la ciudad y sus defensores tuvieron que mantener el fuego en tres anchas separadas unidades, constantemente cambiando posición en su rápida carrera, que no ofrecía más blanco que el frente de un caballo a galope tendido y su jinete.

Naturalmente el jinete del interior de la formación era ocasionalmente bati-do contra el suelo o rodaba a guarecerse en un montículo o una roca, colgando

de la crin de su caballo. Pero en general el fuego de los contrarios hacía muy poca impresión en nuestras líneas en abanico circular. Siempre estábamos sobre ellos desde tres lados distintos de una sola vez. Sin embargo no podíamos hacerles fuego. Sólo nos manteníamos más cerca el uno del otro cada vez en silenciosa, rápida y aturdida manera. La psicología de este ataque es perfecta. Los hombres no se enervan tanto con un violento asalto como por estas frías, quietas, seguras y confiadas maniobras. Hay como cierto sentido del destino al respecto. Frente a este ataque, las armas en las manos de los sitiados parecen cerbatanas ridículas, inefectivas y locas, haciendo un gran ruido para nada.

Nos mantuvimos corriendo de un lado de la ciudad a otro, de este a oeste, de norte a sur, luego en retaguardia. Toda esta loca confusión era para detener el ataque de unos hombres a quienes parecía no prestárseles atención alguna, corriendo y corriendo a su alrededor como un grupo de niños en una ronda. Debe haber sido para los federales una especie de pesadilla. Después de circundar la ciudad por seis veces, y habiéndonos aproximado como a un cuarto de milla de sus casas, di la señal arreglada de antemano de tener todos los hombres en mi columna de fuego con sus armas listas al aire.

Los federales apuntaron su ametralladora, dirigiendo el fuego contra nosotros... Pocas muertes resultaron, pues íbamos corriendo en una sola fila, tal como dije. Luego se retiraron precipitadamente a la plaza, de allí a la iglesia que les cubría un solo lado. Esto fue lo que sucedió antes de tomar la ciudad. Los federales habían tenido que hacer una larga espera en las otras dos entradas y cuando de pronto aparecieron a todo correr dentro de la plaza, encontraron a mis hombres en su camino. Cogidos entre dos fuegos, pensaron que lo mejor era rendirse. Fueron pronto desarmados y encerrados en la cárcel.

Luego nos fuimos contra aquéllos que se habían refugiado en la iglesia. Cuando empezamos a tabletear las paredes de arcilla con dos de sus ametralladoras, se entregaron. Una bandera blanca flotó en el campanario. Como cesáramos el fuego, un oficial vino a parlamentar. Estipulé entonces que los hombres debían salir de la iglesia uno por uno, dejando sus armas en el centro

de la plaza. Los soldados rasos serían puestos en libertad inmediatamente. Los oficiales serían retenidos como prisioneros, sirviendo de rehenes contra el posible pillaje de los hombres que bien sabía estaban esparcidos en las casas de la ciudad. Era una paz mucho más indulgente que la que esperaba el oficial mexicano. Luego supe que habían aceptado mi palabra sin creer que iba a mantenerla. Rudo mundo el que allí vive.

Después de tomar las precauciones que pude para impedir un ataque de sorpresa que viniese de las afueras de la ciudad, o de los militares que estaban escondidos dentro de las casas, alineé a algunos de mis hombres sobre sus vientres, arrastrando sus rifles a la entrada de la iglesia. Empezó el desarme. Los soldados iban saliendo uno por uno, soltando sus equipos detrás de un árbol de algodón. Caminaban sin ser molestados. Cerca de doscientos hombres, entre ellos el oficial con quien había hecho el convenio, salieron bajo esta ceremonia del templo. Luego de una investigación minuciosa dentro de la iglesia se comprobó que habían quedado tres pobres diablos en calzoncillos dentro de la sacristía. En una futura búsqueda encontramos tres uniformes de oficiales en el armario donde el sacerdote guardaba sus sagradas vestiduras. Dichos oficiales habían huido disfrazados de soldados. No pude disgustarme sino conmigo mismo por haber sido tan falto de previsión.

Inmediatamente después fui a una imprenta y dicté una proclama al cajista. Veníamos en nombre de la libertad y la justicia a liberar al pueblo de la opresión del régimen de Díaz, a darles una buena parte de las tierras que les habían sido fraudulentamente arrebatadas por centurias de despotismo, y particularmente por el *gang* de Díaz. Luego hice imprimir una hoja suelta para ser distribuida en cada casa de la ciudad. Llamaba a la rendición a todos los que estaban escondidos —en los términos más liberales— exponiéndoles cómo habían sido tratados los que ya se habían rendido. Con un toque de humor americano, que había adquirido durante mis días de vaquero, congratulé a los oficiales que habían escapado disfrazados de la iglesia, por el hecho de haberle dejado un uniforme a Nogales y poder ofrecerles, ya dentro de este, los

mismos términos de rendición. Yo bien sabía que no podrían salir de El Sacal. Ordené cerrar todas las tabernas e hice un inventario de mis haberes.

Poseía más de doscientos rifles extra, tres ametralladoras y una pieza de artillería de campaña. Mi primer paso fue distribuir rifles a los hombres que pelearon con instrumentos agrícolas. Aún me quedó suficiente material como para otros ciento cincuenta.

Uno de los militares que había salido subrepticamente de la iglesia resultó ser Jacinto Castañedos, un fino caballero que había sido mi gran amigo en Tampico algunos años antes. En aquel tiempo era capitán. Ahora continuaba siéndolo. Vi muy claro que era buen material para la revolución. En México, todos los capitanes del ejército se vuelven con el tiempo generales revolucionarios. Muy exacto en este caso... Castañedos se unió a mis fuerzas sin un título —lo que nos preocupaba muy poco a los dos—. Si lo hubiese llevado a Flores Magón seguramente le hubiese dado un comando propio. Castañedos salió fiador con su vida por ciento cincuenta soldados que se vinieron también conmigo.

Al abandonar El Sacal entre el frío de la noche, antes de que las tabernas pudieran ser asaltadas, nos dirigimos marchando hacia el sudeste. Era mi intención captar el empalme de Chihuahua, Sonora y Durango en las líneas fronterizas. Ver allí en cuál dirección era mejor pelear. Esperaba también ponerme en contacto con Flores Magón y saber definitivamente cuáles eran sus planes, aunque para este tiempo, a juzgar por la poca información que había recibido, me daba cuenta de que la revolución había surgido muy atropelladamente sin apreciable control.

A la siguiente mañana, después que abandonamos el campo, tuvimos algunos combates con algunos federales y todo el día nos estuvimos persiguiendo mutuamente. Este juego duró ocho días, y nos llevó muy adentro del estado de Durango, cuando de pronto una brigada de infantería apareció en el horizonte y tuvimos que correr para salvar nuestras vidas. Nos perdimos en las sierras hasta que todos los signos de persecución desaparecieron.

Iniciamos una marcha prudente en dirección al Torreón, el cual, según pude informarme, era el objetivo actual de Flores Magón. El Torreón, naturalmente, estaba bien defendido. El territorio era estrictamente patrullado. Supe que don Ricardo podía arreglárselas con éxito a lo largo de esta línea.

En el curso de este camino vi señales de fuertes combates. Cuerpos mal enterrados presentaban un horrible aspecto en ciertos intervalos de nuestra senda. Llegué a ver un brazo saliendo de la tierra, tratando de apoderarse de una pistola automática. De un árbol pendían una docena de hombres con su vestimenta desgarrada, sus vientres comidos por zamuros. Flores Magón en ninguna parte era localizado. Supe que había estado muy acosado por los federales, que no pudo encontrar ningún sitio adecuado para esperarme.

Por tres semanas continuamos con la alta presión de las guerrillas alrededor del Torreón, defendiéndonos adentro y afuera de las líneas federales. Cierta vez acosé a un gran cuerpo de tropas desarrollando mi movimiento de abanico alrededor de su campamento a la hora del desayuno, manteniendo todo el día a los federales lejos de su café y sus enchilados hasta mediodía. El general que comandaba aquellas tropas, como lo supe luego, era nada menos que Victoriano Huerta, en aquel tiempo un buen oficial. Tres años después, Presidente de la República.

Me mantuve enviando mensajes en toda dirección. Como una pequeña organización, el Torreón, con todas sus provisiones y ferrocarriles, hubiera podido ser nuestro. Nunca nos llegó una respuesta satisfactoria. Mientras tanto, los aislados grupos de mis postas se mantenían luchando desesperadamente para mantenerse vivos, con fe en la inmediata eficacia del concertado movimiento. Así que nuestros flancos estaban siempre expuestos y nuestra retirada siempre en peligro de ser cortada. Arriba los zamuros hacían círculos sobre nosotros con sus voraces ojos asesinos.

Cierto tiempo después descubrimos los esqueletos de nuestros propios hombres, sobre el mismo terreno que habíamos cruzado y recruzado. Todo esto era un buen deporte, aunque parecía no conducir a nada en particular,

ciertamente ni hacia la justicia ni a la libertad. Retirándonos a la defensiva, sólo peleábamos ahora cuando teníamos que pelear o donde pudiéramos tener la oportunidad de atacar a la caballería federal. Corríamos y cambiábamos de posición como el mismo demonio; una sola vez pudimos anotarnos una pequeña victoria. Docenas de rurales milicianos y soldados mordían el polvo, pero inmediatamente eran reemplazados por otros. Nuestros caballos estaban fatigados. A los hombres les quedaba energía en el corazón, pero muy poca fuerza en sus músculos. Día tras día, semana tras semana, estuvimos en campaña sin atención médica. Comiendo la mayoría de las veces tortillas y frijoles, sin una gota de agua por interminables horas y siempre al borde de una batalla contra fuerzas superiores, mermándose nuestras filas hasta menos de cien hombres.

Las tropas frescas son buenos combatientes, pero nunca pelean mejor que las hambrientas. Fue posiblemente por esto que pudimos tomar por asalto, sin ningún plan determinado, pero con la audacia nacida de la desesperación, el caserío de la Concepción, cerca de la línea del ferrocarril de Carri-zales. Simplemente entramos en la ciudad y tomamos posesión. Se desató el infierno.

Los hombres se volvieron como salvajes, saqueando las tiendas y las tabernas bajas donde se expendía tequila, robando a los ciudadanos, a despecho de todas mis prevenciones. Fusilé yo mismo a tres de ellos y tuve un fuerte tiroteo con otros dos que trataban de abusar de una cantinera. Pero el infierno siguió. Mientras tanto los rurales, que habían estado tras de nosotros todo el día, entraron en la Concepción. Todo lo que pude hacer fue abandonar el pueblo con veinticinco de mis hombres, mi guardia, que hasta ese momento apenas estaba semiebria.

No habíamos caminado sino un par de millas de la Concepción, cuando oímos el conocido chasquido de los fusiles del pelotón de fuego que ejecutaba a mis compañeros, totalmente borrachos. En nuestra retirada María Luisa fue muerta por una bala extraviada.

Dos días después llegamos al viejo corral del Cañón de Santa Catalina. Habíamos arribado allí con grandes dificultades, pues no teníamos alimento ni bebida. Si no hubiese sido por dos vacas que encontramos paciendo tranquilamente sobre un poco de pasto que crecía cerca de una fuente, hubiésemos caído vencidos sobre la húmeda hondonada, muertos de hambre. Su carne nos revivió. Pasamos allí una semana en agradable ocio, una de las mejores de mi vida.

Pepe Fuentes, a quien había enviado en una expedición exploratoria al pueblo de Carrizales, fue capturado y muerto por los federales. Miguel, otro de mis hombres, enviado detrás de él, contó que había encontrado su cuerpo perforado de balas, recostado a un cactus, con un cigarrillo aún encendido colgando de sus labios. Durante mi amistad con Pepe Fuentes, el mismo que deseaba cometer una gran villanía que pudiese llevarlo a gozar para siempre de una respetable vida, hice lo que pude para satisfacer su ambición. Fracasé. Por lo menos, lo ayudé a morir de muerte honorable. Había caído como revolucionario, no como ladrón.

Una noche los centinelas anunciaron la aproximación de dos hombres a caballo a través del cañón. Fueron debidamente capturados y llevados a la hondonada. Uno de ellos con barbas, como de sesenta años, tenía un par de gallinas en la mano, de las cuales me hizo presente, saludándome con simpatía:

—¡Qué tal, mi coronel! ¿Cómo está usted?

Reconocí en él al viejo Pancho Villa, quien adoptó este nombre después de la muerte del famoso bandido, porque le pareció efectivo. Era un tipo muy simpático.

Me traía una carta del rico ranchero de Coahuila, Francisco Madero, al cual Porfirio Díaz y sus acólitos trataban de lunático y visionario. Su nombre, en muy corto tiempo, se iba a escuchar con admiración a través del mundo como el vencedor de Díaz. No conocía a Madero personalmente —por aquel tiempo no era muy conocido— pero mis soldados hablaban maravillas de él. Madero me aconsejaba que mantuviera mi lucha a cualquier costo. Insistía

en que el espíritu revolucionario no debía morir nunca en México, hasta que fuera derribado Porfirio Díaz. Por aquella época, fuera de Victoriano Huerta y hasta cierto punto Madero, los futuros presidentes de México eran hombres oscuros. Carranza era un juez de paz en Coahuila; Obregón un insignificante ranchero de Sonora; Calles un maestro de escuela. Eran esencialmente productos de la revolución socialista manejada por Flores Magón. A juzgar por la carta de Madero, yo era el único representante de la revolución en armas por el momento.

Escribí a Madero, a través de Pancho Villa, contestándole que haría lo que pudiera. Pero mis circunstancias eran muy precarias. Privado de mis mejores tenientes, mi fuerza se reducía a veinticinco hombres, muy competentes, es cierto, pero prácticamente yo no contaba con provisiones de alimentos. Poseía apenas una insignificante cantidad de municiones. En fin, no estaba equipado como para hacer descalabros contra las mortíferas ametralladoras y bien equipados y bien pagados partidarios de Díaz.

IX

FUERA DE LA LEY

Después de que el viejo Pancho Villa nos dejó aquella noche, me tendí sobre la manta de mi silla de montar frente al fuego del campamento, a meditar. Sin lugar a dudas mi situación si no era desesperada, era muy crítica. Llegué a una conclusión. Después de los cinco años plenos de acontecimientos cuya mayor parte había pasado en China, Alaska, Nevada y en aquella malhadada revolución de Flores Magón que ya rápidamente desembocaba a su fin, heme pues aquí, con un puñado de compañeros sobrevivientes vagando por los desiertos de Chihuahua y Coahuila con la esperanza de que la revolución continúe. En la carta que Madero me envió, como mencioné antes, trataba de decirme de no tirar las cosas al vacío, sino que continuara manteniendo el fuego no importara a cuál precio. (Esta carta debe estar en Caracas, a menos que la policía de Juan Vicente Gómez la haya destruido conjuntamente con el resto de mi correspondencia privada). “Me llaman iluso, visionario, —pero no lo soy—. Mis planes van hacia adelante. Sosténgase hasta que pueda levantar el pendón de la revuelta y México sea libre. Usted es la última llama de la revolución”.

Maravilloso. A juzgar por esta carta estimulante de Madero, la chispa de la revolución no estaba muerta. Alguna cosa de gran importancia iba a pasar. Intuí que el levantamiento de Flores Magón era sólo el principio de grandes acontecimientos. No estaba equivocado. En menos de un año se afianzó la tremenda

revolución de Madero, que terminó con el régimen de Porfirio Díaz y puso fin al peonaje en México. Madero, un civilista, fue avanzando de pueblo en pueblo en una marcha triunfal.

Pero Nogales no estaba allí. Su destino había sido haber combatido con éxito cuando la revolución estaba casi en el suelo. Ahora que la revolución iba hacia la victoria, muchos generales que habían peleado por su derrota marchaban con ésta hasta su final. ¡Mala suerte! Sin embargo, lo que más me gusta es desatar el nudo gordiano. Prefiero las luchas y soluciones difíciles a los banquetes posteriores cuando se hacen los discursos y se distribuyen prebendas por igual a los grandes y a los codiciosos.

Cuando Madero esparcía los ecos de su victoria en México, estaba yo de nuevo en el teatro de difíciles situaciones. Estaba en Venezuela, donde la caída de Castro y la usurpación de Gómez me llamaba de nuevo a la gran aventura.

Sin embargo, es para mí algo inolvidable haber ayudado a encender el fuego de los primeros disparos en una revolución como la de México, tan poderosa en su violencia y preparación, y de cuyos resultados se habla hoy todavía.

Estimulado por el optimista mensaje de Madero, decidí no desbandar a mis hombres. Pero nuestra situación se hacía más y más crítica. Habíamos andado enteramente sin alimento. No podíamos aproximarnos a los pueblos y ranchos de ganado por miedo a caer en una emboscada. Los rurales eran hábiles exploradores y temibles enemigos. Si no hubiera sido por el conocimiento del país y mi ventajoso sistema de avanzar de noche, hubiéramos terminado con una soga alrededor de nuestros cuellos, o frente a un pelotón de fusilamiento.

Durante una de aquellas angustiosas noches, cuando los rurales estaban presionando cerca y nos habían cortado prácticamente cualquier posible retirada, cuando peleábamos en nuestro camino de Río Grande hacia nuestro cuartel general en el cañón de Santa Catalina, perseguimos una diligencia de mulas provistas de grandes bultos, dirigida por una docena de chinos contrabandistas. Desde el minuto que nos vieron se echaron al suelo, el rostro gimiente y

pidiendo clemencia. Nos habían tomado por rurales. En sus mulas había diez pesos contantes en opio, que nos ofrecieron para salvar nuestras vidas.

Mientras los aterrizados chinos permanecían arrodillados frente a nosotros, en conjunto, alternativamente levantando y bajando sus brazos como un montón de conejos que mueven sus orejas hacia adelante y atrás, no pude menos que soltar la risa a despecho de la situación crítica en que estábamos. Aquellos chinos ciertamente resultaban divertidos. Así se los dije cuando les expuse quiénes éramos. Necesitábamos solamente que nos vendieran un poco de provisiones.

Con su pasividad oriental, los chinitos extrajeron de sus alforjas varias tortillas y una docena de botellas de tequila que pusieron en nuestras manos, con pequeñas cajitas de opio como presentes. Estas fueron vendidas después cerca de Chihuahua por cinco o diez dólares cada una.

Nos despedimos de nuestros amigos chinos, quienes alinearon sus mulas y desaparecieron una vez más entre las sombras de la noche. Nosotros nos dividíamos y esparcíamos cada uno por su lado. Pude deslizarme sin ser visto a través del anillo de hierro que los rurales nos habían tendido. De igual manera lo hicieron la mayoría de mis hombres.

Uno de nuestros lugares favoritos era un matorral al sur de la Laguna de Patos, donde algunos de los vaqueros de Cachazas acostumbraban suministrararnos alimento y caballos frescos. Éramos muy populares a lo largo de los estados fronterizos, porque siempre pagábamos lo que tomábamos o dábamos alguna cosa en cambio. Mi magnífica silla de montar, por ejemplo, era un presente de Orozco (el último general Orozco). Él, y los presidentes de México (con la posible excepción de Madero y Victoriano Huerta el sucesor de Porfirio Díaz), así como la mayoría de los más importantes soldados políticos de hoy, llevaban por aquellos días la vida rutinaria de cualquier ciudadano. Eran anónimos. A fin de alcanzar nuestra cita prevista, tenía que pasar el siguiente día escondido en cierto arroyo de la Sierra del Fierro, donde sabía que podía mantenerme sin ayuda contra todo un escuadrón de la caballería mexicana.

Cuando el sol se escondió y el cielo se tornó de púrpura en color de alhucema, ensillé mi caballo y me preparé para tomar mi camino a través de la sombra. Una hora después un indistinto borrón se levantó frente a mí. Al aproximarme descubrí una manada de sesenta a setenta coyotes, que me miraban insistente e inmóviles, entorpeciendo mi camino.

Los coyotes son naturalmente las criaturas más cobardes que uno puede encontrar en aquellos lugares, excepto cuando padecen de rabia o están en la época de celo, tiempo en que las estériles cumbres de la Sierra Madre comienzan a blanquear y los fríos vientos del norte soplan a través del desierto. Por este tiempo los coyotes acostumbran agruparse bajo la dirección de un macho experimentado, uno que haya probado la caliente sangre de la vida. Entonces se vuelven peligrosos, por lo menos para los caballos extraviados.

La manada con la que había tropezado era dirigida por un alto camarada que semejaba más un lobo que un coyote. No parecía en conjunto muy inclinado a darme la pata derecha. Hubiera podido atemorizarlos con un solo disparo, pero no me atrevía a enviar ecos de mi presencia en la frontera, alrededor de las rocas del cañón, ni a lanzar signos de pólvora al aire claro del desierto. Los rurales se mantenían a nuestros talones y podían oírnos. Así cuando lancé mi lazo, balanceando el final del cabo nudoso sobre mi cabeza, literalmente me hice camino a la fuerza, a través de los devoradores de carroña. No obstante eso no se moderaron. Me siguieron con tenaz paciencia, bollándoles los ojos como esmeraldas en la noche. A pesar de que no demostraban ningún deseo particular en atacarme, no me agradaba nada su compañía. Al llegar a un abandonado cementerio español, a la orilla de una quebrada seca, me encerré entre sus cuatro muros, interponiendo una barricada al cerrar su puerta de hierro, demasiado alta para que pudieran saltarla los coyotes.

La parte interior de las paredes estaba plena de hileras de nichos, algunos cerrados, otros conteniendo cadáveres. Algunas tumbas habían sido violadas. Mientras anduve por sus zarzales me topé repetidas veces con calaveras y huesos.

No era ciertamente un lugar atractivo. Pero, por lo menos, había yerba en abundancia y estaba protegido.

Desmonté mi caballo y devoré las últimas dos tortillas que me quedaban. Me envolví en el sudadero de mi silla y me acomodé para dormir... lo que significaba que ya había tomado posesión de una de las tumbas, que olían a todo menos a rosa. Mientras afuera en la artemisa los coyotes ululaban y las estrellas continuaban chisporroteando sobre el cielo amoratado del desierto.

Algunos días después encontré a mis hombres en el sitio señalado, al sur de la Laguna de Patos, pero nuestros amigos, los vaqueros, no aparecieron por ningún lado. Probablemente porque los rurales estaban rondándonos. Nuestra situación estaba muy lejos de ser envidiable. Por casi cuatro días subsistimos sólo con tequila. Nuestros caballos, exhaustos de la pesada cabalgata, sólo podían mordisquear grama de vez en cuando.

Lo que necesitábamos era conseguir alimento y decidimos tomarlo de uno de los trenes de pasajeros que proyectaban salir al siguiente día de Juárez a Chihuahua. En un lugar cerca de Carrizales arreglamos las cosas de modo que cuando el llamado Chihuahua-Express pasara por allí, se encontrara obligado a detenerse a causa de un pilón de leña que obstruía el camino. Cuando tratara de retroceder, se encontraría con otro obstáculo igual impidiendo su retirada.

Tan pronto se detuvo el tren, ya tenía mi cuadrilla protegiéndome. Avancé con tres hombres para obligar a salir a los pasajeros y formarlos en línea. No éramos bandidos —les explicamos— sino patriotas, revolucionarios, y no veníamos a robar sino sencillamente a comprar alimento.

Cuando me encontraba de pie frente a los atemorizados pasajeros —con mi rostro cubierto con un pañuelo moteado—, explicando las cosas apresuradamente porque los rurales podían estar cerca, surgió de pronto una señorita mexicana, de bellos ojos negros (estudiante de la Universidad Americana, de vacaciones a su hogar), quien arrancando el pañuelo de mi rostro me gritó con voz exaltada:

—¿Cómo se atreve usted, miserable bandido, a detener el tren sólo por el placer de robar a este pobre pueblo y asustar descaradamente a los niños? ¿No tiene usted corazón? ¿Por qué no se entrega al trabajo y gana su vida honestamente? Debiera estar avergonzado de sí mismo...

Me quité el sombrero y de nuevo me incliné para decirle apremiantemente que no éramos bandidos, estúpidos o cualquier otra cosa sino patriotas revolucionarios, obligados a comprar nuestros alimentos de aquella manera dramática, ya que no podíamos entrar en los establecimientos.

Y tomando el fajo de billetes le pedí que hiciera nuestras compras.

—¿Quién es por fin, usted? —me preguntó desconcertada. Cuando pronuncié el nombre de Nogales, una casi imperceptible sonrisa pasó por su hermoso rostro, añadiendo en voz baja:

—¿Por qué no lo dijo antes?

No necesitamos pagar nada. La despensa del tren fue volcada para nosotros. Diez minutos después el Chihuahua-Express resoplaba vía al sur, a toda velocidad. Supongo que los pasajeros se devanarían haciéndose preguntas sobre aquellos peculiares ladrones —o revolucionarios— que deseaban pagar de contado por todo lo que podían llevarse.

Aquella noche en el solitario cañón de las montañas circundantes, el grupo de patriotas mexicanos echaba un descanso alrededor de un vivo fuego de campaña. Sus esmirriadas jacas satisfacían su hambre con una buena provisión de avena y una linda señorita mexicana, con tintineantes espuelas de plata en sus tacones y una pistola de seis tiros en su cintura, preparaba tortillas y café alrededor del fuego para sus diecisiete nuevos compañeros mientras cantaba suavemente *La Paloma*. Varias semanas después de nuestro atraco desperté con un escalofrío. Era realmente una mañana helada tras una noche de insomnio. Por ningún motivo podía olvidar el trágico fin de mi fiel ordenanza José, quien había sido capturado el día anterior por los rurales en la Concepción, cerca de la frontera.

Lo habían colgado del único árbol por varias millas a la redonda. José había muerto valerosamente. De acuerdo con lo que había dicho un campesino que

presenció la ejecución, José se había colocado él mismo el lazo alrededor de su cuello, para evitarle la molestia al verdugo. Había lanzado el cordel sobre la rama más baja, asegurándolo al piso de su silla de montar. Picándole las espuelas a su caballo, que naturalmente le dio tal sacudimiento que lo sacó fuera de la silla, José se había ido sonriente hacia la eternidad, elegantemente, con ambas manos metidas en los bolsillos de sus pantalones y un cigarrillo prendido en sus labios.

José había sido el primero de mi banda de Nueva Luzón. Mi compañero más cercano después de la bonanza de Nevada, cuando había empezado a tomar en préstamo aquella pequeña manada de novillos al sur de la línea fronteriza para ayudar a financiar la revolución de Flores Magón.

Era una mañana de frío cortante. Un ocasional remolino de polvo se levantaba lentamente del horizonte. Cuando el brillante disco del sol se hundió en el límite del desierto, sacudimos la arena de las gualdrapas, ensillamos nuestros caballos y cabalgamos cuidadosamente arriba de la cercana estación de Tunas del ferrocarril sur del Pacífico. Queríamos comer tortillas, tomar café y olvidar por un momento que éramos buscados al sur de la línea fronteriza. Éramos el último resto de las tropas militares de la insurrección de Flores Magón. Nos dábamos cuenta que Porfirio Díaz no estaría tranquilo hasta que cayera el último hombre de aquel prematuro pero glorioso movimiento.

John Lee, el cocinero de la estación, que no era ni chino ni cocinero, sino un inteligente oficial del ejército japonés ejecutando un excelente trabajo a lo largo de la frontera, tendió sobre nuestra mesa, como mantel, ejemplares nuevos de la prensa.

Algunos de aquellos periódicos (que todavía conservo) traían dos caras conocidas, coronadas con sombrero de copa. Uno de aquellos rostros pertenecía al presidente Castro, de Venezuela, y la otra al Vicepresidente Juan Vicente Gómez. En tres columnas se resumía toda la historia sobre Castro, saliendo para Berlín por causas de salud —era lo que se decía en mi país— y Gómez, el

nuevo Presidente, hacía un llamado a todos los venezolanos que se encontraban fuera para que lo ayudaran a devolver a la normalidad la situación política.

No me avergüenzo de confesar que después de leer aquello, un par de lágrimas rodaron sobre mi viejo uniforme de piel de ante. Anchas puertas parecían abrirse de pronto ante mí. El momento por el cual había estado luchando por fin había llegado. Y si no era muerto en el último momento, podía de nuevo ver mi país.

Me despedí de mis fieles compañeros. Dos meses después llegué a Caracas, capital de Venezuela, tras ocho años de exilio voluntario.

X DÍAS ALREDEDOR DE VENEZUELA

Solo aquellos que hayan pasado por una experiencia similar pueden entender cómo debí sentirme el día que regresé a Venezuela en un diciembre de 1909. Después de ocho años de vagar por el mundo era más que satisfactorio retornar al hogar. Era también la oportunidad de servir a mi país en su dura lucha para llevarlo adelante.

No obstante, la situación que encontré fue desalentadora. Gómez estaba rodeado por los traidores que lo habían ayudado a destronar a Castro y que intentaban embadurnar posiblemente su propio plan por ambas caras. Habían persuadido a Gómez que se dirigiera a Washington para pedir ayuda contra el retorno de Castro, lo que era un precedente siniestro. A esta urgente presión Gómez declaró nula la sentencia favorable a Venezuela, cuyo internacional árbitro estaba totalmente entregado a la controversia Bermúdez Asphalt. Todos estaban temerosos del retorno de Castro, que hubiera significado la pérdida de sus fortunas y probablemente de sus huesos. Sabiendo que un gobierno decente los habría arruinado, hacían lo posible por mantener la administración de Gómez a lo largo de los mismos viejos cauces.

Tampoco Gómez parecía urgido de dirección. Demostraba a las claras que no desperdiciaba la oportunidad para desplegar grandes esfuerzos en el camino que se había trazado a través de su traición. Gómez, por lo tanto, no necesitaba

mucha oposición, pues cuando aparecía como guiado por sus secuaces, él era quien en realidad los dirigía, despojándose al poco tiempo de aquellos que consideraba más peligrosos.

Simplemente, sólo tuve que mirar una vez en los pequeños inquietos ojos de Gómez para darme cuenta de que no ocurriría ningún cambio con la caída de Castro. Por lo menos en lo que representaban los altos intereses de Venezuela.

A pesar de aquella deprimente realidad, el año que pasé en Caracas puede ser recordado como uno de los más agradables de mi vida. Indiscutiblemente soy un hombre adaptable. Por ello he podido disfrutar de la vida en todos sus variados ambientes. Ahora estaba en mi tierra. Todo tenía un sabor especial. El paisaje. La arquitectura de los edificios. El arreglo de los jardines. El modo como se dirigían a mí en la calle los trabajadores. El encuentro con amigos en la Opera. Todo era de una especial calidad. La textura de las cosas largamente conocidas, que se suelen llevar en la sangre.

Caracas es llamada con razón el pequeño París de Sur América. Sus contactos con la capital de Francia son estrechos y constantes. Las elegantes damas de Caracas llevan las modas parisienses antes de que hayan sido vistas en otras capitales europeas. Las viejas familias, los mantuanos, comprendiendo a la aristocracia que data más allá de la conquista — orgullosa de su sangre Castellana, Inca y Azteca— patrocinan las artes. Caracas es la meca para los grandes cantantes de Europa y para los mejores escritores artistas de España y Latinoamérica. Es una ciudad comprensiva y sensible.

Allí disfrutamos la atmósfera de la vieja y sólida holganza, donde las últimas ventajas de la civilización se gozan con paz y dignidad. La sociedad distinguida no se apoya exclusivamente en la riqueza sino en la educación y en la tradición. San Cristóbal, en los andes, la ciudad donde nací, fue fundada poco tiempo después del descubrimiento de América por caballeros españoles que cuentan entre sus antecesores varias antiguas generaciones, que datan desde antes del sometimiento de Granada por los moros.

Caracas está situada en un hermoso valle como a tres mil pies sobre el nivel del mar, separada de este por la cordillera montañosa de Naiguatá. Posee la deliciosa conjugación de lo moderno y de lo antiguo, lo cual le confiere un especial sabor inolvidable. Hermosas plazas, encantadoras inmediaciones pobladas de villas, el suelo floreciendo con las más maravillosas flores y mujeres de Latinoamérica. Las casas, aun las de reciente construcción, son generalmente espaciosas, de gruesas paredes, altos techos, patios coloniales, en el medio de los cuales las fuentes típicas, semejantes a las introducidas a España por los árabes refrescan el oído con su melodía. La antigua catedral de la Plaza Bolívar es de una fuerte estructura colonial. Le recuerda a uno el tiempo en que Bolívar luchaba y las mujeres rezaban por sus soldados. Las estrechas calles toman su lento curso inundadas de luz solar y sombras purpúreas. No se sabe nunca si fue de París, Sevilla o Granada que sus fundadores tomaron la inspiración para levantar esta ciudad.

Los patios durante el día son peculiares con la algarabía resplandeciente en el calor de sus pájaros y silenciosamente elocuentes en el misterio de las noches enlunadas. La luna baja lentamente dentro del patio iluminado por estrellas. Las sombras aterciopeladas se inclinan sobre las relumbrantes tejas rojas de borde platinado; entre el susurro de las hojas y el sollozar de las fuentes de mármol. Un hombre como yo, sin hogar, recobra allí la paz deseada que había estado siempre huyendo de su corazón y que creía haber perdido para siempre. Allí estaban también los compañeros comprometidos en la causa por la cual había luchado. La causa que a través de todas mis aventuras permanecía más cerca de mi deseo. La causa que simbolizaba instaurar en mi país la estructura de un gobierno decente.

Tan pronto como me di cuenta de que Gómez no era el hombre para superar a Castro en ningún sentido, hice declaraciones a la prensa para señalar que las necesidades del país partían desde el punto principal de la resistencia de los no interesados en saquearla. Mientras tanto Gómez todavía inseguro en su posición, parecía dejar hacer. Muchos de mis amigos se habían unido

al gobierno y se preocupaban por llevar las cosas a un punto correcto. Al aparecer mis declaraciones se me ofreció un alto cargo. Pero decliné servir con la gente que componía aquella secreta camarilla. Por lo tanto, sistemáticamente, la camarilla derribaba nuestros planes. A menos que se pusiera cese a nuestras actividades, el grupo de Castro, que había traído a Gómez al poder, se habría encontrado en una desagradable situación.

Desde luego que Gómez empezó pronto a hacerse sentir. Entre los primeros pasos que dio para consolidar su dictadura figuró la libertad de su primo, Eustoquio Gómez, que había estado cumpliendo una condena en la penitenciaría de Caracas. Gómez lo dejó libre y lo nombró, bajo nombre supuesto, gobernador de la Fortaleza de San Carlos, donde se hizo famoso por su persecución contra los llamados presos políticos.

Mientras permanecía en Caracas observé la iniciación de los acontecimientos que se orientaban a establecer las bases de una dictadura. Pacíficos ciudadanos fueron privados ilegalmente de sus derechos, siendo vendidas sus propiedades por el precio que se les antojó a los amigos de Gómez. Pedí públicamente, a través de la prensa, el restablecimiento de la paz y la libertad, tal como la conocíamos en los viejos tiempos constitucionales. Cuando partí para los estados andinos al final de 1910, una orden de prisión me precedía.

En 1915, cuando peleaba en Turquía, Gómez declaró ante el Congreso que tenía extraordinarios poderes para mantener la paz. El Congreso designado por él mismo lo había electo Presidente por siete años más, confiriéndole la fuerza de un dictador. Todavía mantiene dichos poderes.

Mucho antes de que Gómez se volviera dictador todos los despachos públicos en Venezuela, incluyendo los de Justicia y la Corte Suprema, eran nombrados en elecciones. Oponerse a Gómez, políticamente o de cualquier otra manera, era un crimen que se castigaba con cargo de prisión, lo cual frecuentemente equivalía a la muerte. Las tierras de los prisioneros políticos eran tomadas. *Por el solo hecho de denunciar a un hombre como enemigo del régimen gomecista, se le engrillaba y se le enviaba a un calabozo, muchas veces para el resto de su vida.*

Soy un venezolano con un ardiente amor por mi país. No puedo sino denunciar los métodos de Gómez y su camarilla en la administración de las negociaciones. Cuando me doy cuenta que miles de hombres inocentes sufrieron torturas y perdieron sus propiedades por hacerle oposición al dictador, y que otros muchos fueron llevados a trabajos forzados para trabajar en las carreteras, bulle mi sangre por esta injusticia. Bajo la tiranía de su dictadura todos los buscadores de puestos que se aseguraron con Gómez se aprovecharon del progreso material del país. Las carreteras de tránsito automovilístico, fueron construidas por medio de trabajos forzados, confiriéndoles valor a las propiedades confiscadas. Ni una sola línea ferrocarrilera fue instalada durante su gobierno.

Durante los diecinueve años plenos de acontecimientos de mi presente y segundo voluntario exilio, muchos planes fueron proyectados para derrocar al dictador y restaurar mi país a condiciones normales. Casi cien mil venezolanos siguen viviendo en el exterior y son una fuerza. Gómez se preocupa más de ellos que de los conspiradores puertas adentro la patria. Es muy taimado y ha tratado de desmoralizar el Partido revolucionario afuera, así como ha hecho con los partidos políticos adentro, con tácticas y éxito similar. Su método es exilar algunos de sus partidarios políticos, después que no puede hacer más uso de ellos. Sabe que desde el momento en que esos ilustres crucen la frontera, empiezan a hablar de revolución, y si se unen al Partido revolucionario lo corromperían como a cualquier otra cosa.

No ha habido inmigración desde que Gómez subió al poder. Teme que entre los inmigrantes pueda deslizarse algún líder revolucionario con suficiente autoridad como para derribarlo. Venezuela está desarmada. Si alguien lleva una navaja de bolsillo, sin consentimiento del gobierno, tal hecho es considerado como una felonía castigable con prisión y, ocasionalmente, con la muerte.

Cuando el petróleo fue descubierto en el lago de Maracaibo, se apresuraron los secuaces de Gómez para tomar posesión de la tierra. Muchos de los terrenos en cuestión eran selva, parte de ésta manejada por individuos, parte por comunidades. Pasaron, como las ricas sabanas a manos de la camarilla de

Gómez. Todos los viejos métodos fueron sacados a relucir para asegurar las tierras de petróleo, pero con redoblada brutalidad.

Algunas de las compañías petroleras aceptaron concesiones, conociendo por cuáles medios los otorgantes obtuvieron los llamados derechos. Por esta razón fue que abiertamente, de espaldas al régimen de Gómez, establecieron sus refinerías en las Antillas Holandesas de Aruba y Curazao, a sabiendas de que al proceder así le estaban poniendo freno a un futuro y verdadero Gobierno Constitucional de Venezuela a subir los impuestos de exportación del petróleo crudo en cierto modo prohibitivos, para proteger la industria de refinería en Venezuela. Porque la verdad es que el pueblo venezolano aspira a que su petróleo sea refinado sobre su propio suelo.

Gómez teme vivir en Caracas. Se esconde afuera rondando todo el año la pequeña ciudad de Maracay, cerca de Valencia y Puerto Cabello, la cual es guarnecida por ocho o diez mil uniformes. Maracay es prácticamente un cuartel, una fortaleza en miniatura. En la cercana playa de Ocumare un barco de guerra está siempre estacionado, con la caldera en movimiento, para facilitar al dictador la huida en caso de una insurrección con éxito. Una carretera, construida por presos políticos sale desde Maracay hasta el lugar donde se encuentra dicho barco. Fuera de Maracay sólo se le da a las tropas de Gómez cien cartuchos de municiones, en números redondos a cada soldado, de modo que si hay alguna sublevación, ésta no puede sostenerse por largo tiempo.

En el último verano, mayo de 1931, Juan Vicente Gómez, como inspector a su modo del ejército venezolano, deseando volverse de nuevo el jefe único de su *gang*, derrocó en la noche a su falso presidente Juan Bautista Pérez, y reasumió la dirección de su autorrégimen, burlándose así del gobierno norteamericano y de los otros gobiernos que habían reconocido, a su solicitud, al doctor Pérez, como Presidente Constitucional de Venezuela. Gómez está hoy dirigiendo una vez más los destinos venezolanos con la aprobación unánime del pueblo de Venezuela. ¡Qué vergüenza!

Lo peor de esto es que, de acuerdo a la opinión pública, Gómez tomó esta determinación a instigación de sus consejeros extranjeros, entre quienes se

cuentan muchos diplomáticos que se han enriquecido por sus servicios como representantes de la prensa en el exterior.

Estos son los que han mantenido bajo un velo la opinión pública de Norte América, que ignora *lo que verdaderamente acontece en Venezuela* a fin de facilitar la venta de las existencias de petróleo a los consorcios de *fáciles marcas* en Wall Street. Este es el caso, por ejemplo, de las tierras venezolanas de reserva petrolera que Gómez vendió en Europa no hace mucho a ciertas compañías que sabían bastante bien que Gómez no tenía derecho a disponer de ellas, ni siquiera con el consentimiento de su congreso de alquilerados “*sí, sí, sí*” que bien sabían que esas concesiones son como *mercancías robadas*. No obstante, las adquirieron, las convirtieron en sociedades y vendieron sus existencias a los tradicionales corderos como seguridades de falso brillo probablemente con la esperanza de que el gobierno norteamericano respaldara después los reclamos con sus barcos de guerra, como se ha hecho en Nicaragua y en otras repúblicas americanas alrededor del Caribe.

Los agentes de prensa internacional pagados por Gómez se cuidan mucho de dejar ver a cualquier extranjero importante —en especial a cualquier americano— que visite Venezuela, más de lo que le está permitido ver. Ocasionalmente pueden llevarse algún importante pequeño *souvenir* para propósitos personales, como sucedió hace tres años con el general Pershing, a quien Gómez obsequió la espada de uno de los héroes de la guerra de la Independencia de Venezuela, extraída del Museo Nacional de Caracas. El distinguido visitante la conservó a despecho unánime de la prensa latinoamericana que desde México hasta Argentina, protestó contra aquel inaudito acto de vandalismo.

Debo también añadir, como cosa curiosa, que los crímenes de Gómez no se refieren sólo a la población civil. Ha sentenciado también a numerosos sacerdotes (por ejemplo, al Reverendo Padre Franquis) que se atrevió a censurar su régimen sangriento y fue encerrado en un calabozo con grillos, torturado de modo vergonzoso y finalmente golpeado hasta morir envenenado, sin tomar en cuenta las súplicas del Santo Padre el Papa, para salvar su vida.

Es extraño que hasta ahora ninguno haya tomado ventaja del hecho de que Gómez, liberal suministrador de espadas libertadoras, no sea conocido en los Estados Unidos como *realmente es*, y que en ese país se le haga una biografía ad hoc, pintándole como un ciudadano progresista, temeroso de Dios, padre ideal de una familia feliz de alrededor de sesenta mocosos en una docena de diferentes concubinas, pues Gómez nunca se casó. Esta biografía es la que realmente hubiera querido hacer, sin *interés monetario*. No debe olvidarse que Gómez paga bien y que existen también ciertos intereses petroleros, con bastante respaldo capitalista detrás de una cortina de miedo, pues viven temerosos de que se diga la verdad sobre Gómez en los Estados Unidos. Si ésta se supiera se vendrían abajo muchas existencias líquidas, y quedaría prevenido el gobierno americano de tratar de sacar las castañas del fuego, después de que el régimen gomecista cayera.

No critico todos esos intereses petroleros por tomar la ventaja que puede surgir de las anormales condiciones que prevalecen en el presente en Estados Unidos, pues la *explotación del petróleo* se ha vuelto un gansterismo en mi país, como la mayoría de las negociaciones.

Si un connotado *explorador de último momento* recientemente alarmó la opinión pública anunciando que había descubierto en Sur América un nuevo espécimen de una lagartija gigante llamada *iguana* y armó un barullo gastando una bonita suma de dinero en una elaborada gira de conferencias, ¿por qué entonces no podría permitírsele a un honesto promotor de petróleo en graves aprietos, necesitando urgentemente de una docena de automóviles, de un par de villas y de una cuadra de caballos de raza para su angustiada familia, vaciar un cúmulo de mentiras venezolanas sobre un rebaño de corderos y escaparse con el botín? Sería lo justo.

Al leer las anteriores líneas, cualquiera puede darse cuenta por qué soy un revolucionario en mi propio país, Venezuela, y por qué me hice el propósito de combatir hasta el amargo final a Gómez o a cualquier miembro de su *gang* que pudiera reemplazarlo en el poder.

Durante la segunda quincena de noviembre, 1910, recibí en Caracas una urgente llamada del doctor Rangel Garbiras, el líder del Partido Nacionalista de los estados andinos, quien por razones patrióticas había estado apoyando a Gómez. Estaba muy enfermo —murió dos semanas después— y me hizo prometerle cuando fui a verlo al Valle que después de su muerte yo iría al Táchira, nuestro estado nativo, a salvar al Partido Nacionalista de las destructoras manos de Gómez, que había decidido aplastarlo. Le prometí que haría lo imposible, no obstante saber que Gómez me impediría a todo trance cumplir mi propósito y tal vez incluso llegar vivo a dicho estado. El Táchira era la sección más estratégica de la frontera occidental. Castro y Gómez eran del Táchira y también pertenecieron una vez al Partido Nacionalista de los estados andinos. Esta realidad fue la que indujo al doctor Rangel Garbiras en la creencia de que, a menos que yo tomara el mando del Partido después de su muerte, tanto Castro como Gómez tratarían de exterminarlo.

A decir verdad, no era un trabajo agradable al que me había comprometido, me daba cuenta del milagro de permanecer vivo mientras estuve en Caracas. Pero mi asesinato o encarcelamiento hubiera provocado no sólo el escándalo, sino algo peor. Era yo muy popular en la capital, tanto entre la alta sociedad como en el pueblo. Por el tiempo de esta cita estaba yo preparando mi viaje a Europa para terminar mi carrera de doctor en Filosofía. Mis amigos de Caracas, tan pronto supieron el proyecto de mi viaje a San Cristóbal, pusieron el grito en el cielo alarmándose cuando les anuncié que pasaría un largo tiempo entre las salvajes montañas de los estados fronterizos. Sabían que tan pronto abandonara los protectores muros de Caracas, Gómez me echaría sus sabuesos. La espada de Damocles constantemente estaría sobre mi cabeza. Un hombre que *no se vendía* y que constantemente predicaba honestidad política, era una temible amenaza contra el régimen de Gómez, por lo tanto, debía ser eliminado a cualquier precio.

A mediados de diciembre llegué a Maracaibo en camino hacia el Táchira. Por aquel tiempo Maracaibo todavía no se había desarrollado como para ser el

segundo productor de petróleo en nuestra América. Era, sin embargo, un muy activo puerto que servía de salida a los productores andinos y de la provincia colombiana del norte de Santander.

Cuando nuestro vapor se deslizó suavemente a la entrada del Saco de Maracaibo, observé las grandes murallas de la fortaleza de San Carlos. Allí habían perecido innumerables prisioneros durante las administraciones de Castro y Gómez. No pude dejar de recordar a un amigo mío que había estado allí sufriendo las torturas de un condenado, engrillado y azotado por el bárbaro Eustoquio Gómez. Pensé que yo podía ser una víctima similar, sin sospechar que ya estaba dada mi orden de arresto en la Uracá.

En Maracaibo me encontré con uno de los ingenieros del sindicato petrolero británico, que hacía trabajos de inspección en el Zulia. Había fletado una goleta para llevarlo a San Lorenzo, en la parte este del lago, donde intentaba inspeccionar el distrito de Mene Grande. Me invitó a ir con él. Acepté su invitación, deseoso de familiarizarme con aquella parte del lago que nunca había sido explorada. Después de un día de viaje a lomo de caballo, encontramos en la selva cierto manadero superficial de aceite, de color moreno y sólido como el asfalto, en el cual se pudrían los esqueletos de una danta y de un cerdo del monte, cogidos allí como moscas en papel engomado.

A nuestro retorno matamos algunos guacamayos y otras aves de la selva que parecían interesar más a mi amigo que la vista de la *muestra miserable* como llamó al desagüe oleoso. No es sorprendente que el sindicato británico que lo había empleado suspendiera el contrato, dándole la oportunidad a Venezuela de ganar de nuevo el control del petróleo en la zona del Estado Zulia. Un Dorado sin paralelos.

Mientras trataba de cruzar el lago en camino hacia la boca del Catatumbo, donde pensaba tomar un bote fluvial para ir a Encontrados, una nube negra se aproximó a nosotros del lado opuesto del lago. Resultó ser una bandada de hormigas voladoras. Después del crepúsculo, cuando desaparecieron, el cielo se alumbró de nuevo con la luz distante, que producía un relámpago con la

regularidad de un reloj, un fenómeno que los geólogos atribuyen a las emanaciones de los enormes depósitos de petróleo que reposan bajo el lago y a la selva que los rodea.

Aquella noche salimos bajo una fuerte tempestad. Las lentas aguas verdes del lago empezaron a agitarse nerviosamente, lo cual podíamos observar por la marea que a través de las espesas sombras a lo largo de los promontorios martillaba con furioso oleaje los arrecifes costaneros. Por poco nos extraviábamos una vez en uno de aquellos peculiares pueblos indígenas, levantados con estacas como diez pies encima del agua. Lo que hizo que Alonso de Ojeda, el conquistador, le pusiera el apodo de Venecia a nuestra gran Venezuela.

Una robusta tripulación de maracaiberos condujo nuestro barco con una precisión maestra a través de las hirvientes olas, mientras la tempestad rugía como un león colérico. Algunos de ellos se bajaban en un inquieto cayuco o pequeña piragua, para explorar nuestro paso en la densa obscuridad.

Como la piragua se movía dando tumbos hacia adelante, la lámpara del barco cayó del mástil como una mancha de azufre en un profundo caos. El huracán permaneció agitando los cordajes encima de nosotros con un largo y crujiente aullido.

De repente, así como empezó así terminó la tempestad. Los relámpagos cesaron. El silencio se hizo sobre el negro paisaje. La luna asomó en el horizonte, para desaparecer de nuevo detrás de las variantes nubes que merodeaban por el cielo.

La madrugada nos encontró instalados en la playa, con una aurora tranquila cubriendo las resguardadas aguas de la laguna cerca de la boca del río Cataumbo. El horizonte era una franja azul marfil. Ni una nube ensombrecía el cielo límpido. Cuando el sol se levantó desde la cúpula del mundo, una bandada de alegres guacamayos multicolores vino a alegrar nuestro paso con sus roncós gritos y revolotearon sobre nosotros cuando nuestra goleta abandonó la bahía.

Un barco fluvial a vapor apareció, en él tomé pasaje. Tan pronto llegué a bordo colgué mi hamaca y envolviéndome en una roja frazada goajira, me entregué al sueño por varias horas.

El barco se dirigió en dirección sur, cortando las aguas con una ligera luz que creció como el sonido de una cometa. Árboles desarraigados pasaron cerca de nosotros, también islas flotantes de húmeda y satinada vegetación vagaban por nuestra corriente, obligándonos a guarecernos de nuevo a lo largo de la curvilínea costa. Algunas horas después abandoné mi hamaca para dispararle a los caimanes que se asoleaban a las orillas de las islas pantanosas, sobre los bancos de césped de la playa, detrás de los guayabos, ceibas y la gigantesca floresta. Cuando el río agitó sus espumas alrededor de curvados y grises tapires y bandas de locuaces monos, una solitaria garza de penacho plateado, brilló a través de las palmas para desaparecer con la aproximación de nuestro barco.

Finalmente, como un sudario de nubes marfilinas, empezaron a surgir lentamente los brillantes picos nevados de la cordillera de Mérida. El sol desapareció y sesgadas sombras borrarón la playa, envolviendo en mística obscuridad las tierras perdidas de las selvas de las montañas de Perijá, donde de acuerdo con la ciencia ancestral debía *encontrarse el Dorado*.

Una delgada sombra luminosa se detuvo por un momento sobre la línea occidental, como una ventana sobre la negra pared del cinturón forestal. Luego la obscuridad se hizo más profunda apareciendo las estrellas de la Cruz del Sur una por una, como relucientes joyas sobre el cielo azul turquesa.

En Encontrados, término de la navegación, tomé un tren para la Uracá, estación terminal del ferrocarril del Táchira. En la Uracá un comité de recepción me esperaba. Consistía en un pelotón de infantería con bayonetas desenvainadas, comandadas por un teniente que me saludó declarándome prisionero de Su Excelencia, el Benemérito General Juan Vicente Gómez. Fui escoltado sobre el lomo de un caballo hasta Colón, en el estado Táchira. Desde allí, de acuerdo con el programa del comité, debía ser enviado al siguiente día, condecorado con pesados grillos, a la fortaleza de San Carlos, donde sería

huésped por la eternidad. Mi única oportunidad de declinar aquellos honores era tomar pronto contacto con los partidarios políticos que tenía en la capital del estado. Afortunadamente, un desconocido que había viajado a la Uracá en el mismo tren, envió un telegrama a San Cristóbal, donde el presidente y su secretario general, que eran mis amigos, ordenaron que fuera llevado primero a San Cristóbal.

Tan pronto como llegué a ponerme en contacto con el Presidente Régulo Olivares, le dije francamente lo que estaba urdiendo. Fui libertado al cabo de una hora. Se me permitió permanecer en el Táchira bajo palabra de no rebelarme mientras Olivares estuviese mandando. Mi llegada, que fue agradable sorpresa para unos, fue embarazosa para otros. Cambié mi vestimenta y me puse en actividad. Aquella noche hablé con algunos de los principales miembros del Partido y al siguiente día, a las 4 p.m. ordené mil copias de una *carta abierta* que había escrito para ser distribuida. En aquella carta explicaba muy claramente que había venido a aquel estado para cumplir una promesa dada al doctor Rangel Garbiras en su lecho de muerte a fin de impedir que el Partido Nacionalista se volviese un campo de batalla entre Castro y Gómez y que, tan pronto como el general Olivares se retirara de la presidencia, yo intentaría plantar una protesta formal contra el gobierno a la cabeza del Partido armado. *Enumeraba los clamores que el pueblo de Venezuela mantenía contra el gobierno para justificar la protesta armada —el otorgamiento de concesiones ilegales a amigos y parientes de Gómez, que pretendían venderlas riquezas del país a intereses extranjeros.*

Mantuve aquel fuego impreso durante los siete meses que permanecí en el Táchira. A fin de organizar el movimiento que había hecho efectivo con mis publicaciones, hacía frecuentes viajes a Cúcuta y otras partes de la frontera colombiana del norte de la provincia de Santander, así como diferentes excursiones a los llanos, de donde surgieron los más resueltos guerreros de Venezuela.

La frontera colombo-venezolana se desvía en la ciudad de Pamplona. Cincuenta millas al sur de Cúcuta, en dirección oriental y después de cortar un

denso cinturón forestal que cubre la falda de la cordillera andina, sigue el río Arauca, desde Arauquita, donde empiezan los llanos hasta el punto lejano de la ciudad ganadera del Viento, donde siguiendo la línea de su calle principal toma la dirección sur hasta que topa con el río Meta. Alrededor de cien millas antes de su confluencia con el Orinoco.

Entre las corrientes bajas y centrales del Meta, que corren paralelas al Arauca y el río Apure, que también sigue en la misma dirección y desemboca en el Orinoco al norte del Arauca, se encuentran los famosos llanos, nuestras inmensas praderas. Ricas en ganado y mucho más ricas en productos tropicales que las pampas argentinas. Pero más que por su ganado son interesantes sus hombres. La caballería más temida de Sur América en las guerras de la Independencia.

Para llegar a los llanos tuve que burlar la guardia de las guarniciones de Gómez en el Amparo y Periquera. El Arauca arriba y el Apure estaban fuera de la autoridad del presidente Olivares.

Me mantuve extremadamente ocupado durante aquellos siete meses. Nuestro partido estaba desmoralizado. Muchos de sus miembros se habían infectado con el virus Castro-Gómez. Corrupción y falta de disciplina fueron los mayores obstáculos a los que tuve que poner el hombro desde un principio. Y para complicar las cosas allí estaba el general Hernández (el Mocho), cabeza del Partido Nacionalista de Venezuela, al cual nos habíamos unido. Deseaba fusionar ambas partes. Contra ello sin embargo había objetado el doctor Rangel Garbiras y nuestros amigos. Pensé que era una buena idea, pero no podía obligar a los otros miembros del Partido, que apelaban por su autonomía.

A través de todos los obstáculos y facilidades, nos preparábamos para demostrar a Gómez que a Venezuela no la podía vender de esa manera, que ya se encontrarían los hombres que dieran su vida para prevenir la consumación de transacciones comerciales que iban en detrimento de los intereses nacionales y de la dignidad nacional. Durante mis correrías a través de las sabanas del Arauca tomé contacto con nuestros partidarios y nos preparamos para el golpe.

Para la realización de nuestro plan contábamos con quince mil rifles y muchos millones de municiones. Estaban en poder del cuartel del Táchira. El presidente Olivares, dándose cuenta que tarde o temprano Gómez lo reemplazaría por uno de sus íntimos amigos, había hecho irrevocables avances hacia nuestro partido. Gómez no era ningún tonto. Sabía perfectamente que si Olivares me había puesto en libertad no era por mi inocencia, sino porque deseaba mi apoyo y estaba listo a pactar con nosotros.

Nuestro éxito, por lo tanto, dependía enteramente de si Olivares tendría suficiente energía para respaldarnos cuando Gómez lo reemplazara. Pero como siempre sucede, habíamos apuntado en el caballo que no era. Tan pronto como Olivares recibió órdenes de Gómez de entregar el mando militar a Eustoquio —el famoso de San Carlos— se atemorizó y se fue a Curazao. Dio como explicación que no podía traicionar a su jefe. Pero en Curazao decidió no seguir a Caracas como se le había ordenado, sino que partió hacia New York. ¡Allí lanzó el grito de revolución! Es una vieja historia.

Si Olivares hubiera estado deseoso de combatir a Gómez, ha debido permanecer con nosotros y enriquecer nuestro arsenal con los rifles y municiones que tenía a su disposición. Como resultado de su extraño proceder, nuestra situación se volvió extremadamente crítica. Nos encontramos montados sobre un árbol demasiado alto. Con Eustoquio controlando el estado, no había oportunidad para armar nuestros hombres adecuadamente. Quedamos prácticamente indefensos. Del lado de Colombia no podía obtenerse un solo rifle. El único armamento con que contábamos estaba en la guarnición de Cúcuta —fuera del cual había solamente retazos sobrantes. Gómez mantenía coaccionada la frontera, con la amenaza constante de cerrarla. A través de ella pasaba constantemente el café y otros productos del norte de Santander para el mercado mundial. A menudo las autoridades colombianas impedían, a solicitud de Gómez, que los rebeldes líderes venezolanos se aproximaran de la frontera a cincuenta o cien millas a la redonda.

Estábamos en peligro de ser encarcelados en cualquier momento. Antes que sentarnos y quejarnos, resolví tomar cualquier oportunidad que se me ofreciera.

Me abrí brecha a través de las patrullas de Eustaquio. Crucé la frontera cerca de Aguas Calientes y después de seis semanas recrucé la de Venezuela, retornando a la cabeza de ochenta hombres divididos en dos grupos, con la intención de elevar a la manera militar, una formal protesta contra el gobierno gomecista, una protesta escrita por venezolanos armados, que exponían su vida para hacerla efectiva. Este era el documento, archivado ahora en el London Foreign Office, que declaraba nulos e ilegítimos todos los monopolios y concesiones otorgados con violación de las leyes existentes antes de la invasión de Gómez, a menos que se revisaran favorablemente por las cortes venezolanas, después que fuera restablecida normalmente la situación. Esta fue nuestra actitud de ayer. Esta es nuestra actitud de hoy. Lamentablemente no pudimos mantener nuestros éxitos iniciales. Se habían introducido espías en nuestras filas. Muchos hombres a lo largo de la frontera limpiaban sus revólveres, a falta de mejores armas, para unirse a nosotros, cuando la noticia de la traición se extendió. Nos vimos forzados a regresar a Colombia, después de haber llegado a los suburbios de San Cristóbal. Pero habíamos levantado la primera protesta armada y por lo tanto legal, contra el régimen que un periódico alemán llamó un borrón en las páginas de la historia de las naciones civilizadas.

Al retornar a Colombia desbandé a mis hombres. Poco después fui objeto de una emboscada por un grupo de treinta policías colombianos, comandados por un capitán. Me desarmó y me llevó a Cúcuta. Pude escaparme dándole un golpe al capitán en la cabeza y saltando desde un precipicio al río Táchira, antes de que los gendarmes pudieran abrir fuego.

Dos días después se me tendió una nueva celada, mientras cabalgaba a través de la noche —en un caballo prestado— a tal velocidad que pude llegar a las montañas Gramalote, donde un hombre se siente libre. Allí se me unieron varios de mis compañeros y una pandilla de caballeros despreocu-

pados que no querían perecer a manos de gendarmes de cualquier lado de la frontera. Sentían por mí un gran respeto. Se comportaban admirablemente mientras andaba en mis correrías. Las montañas Gramalote eran por este tiempo la meca para todos aquéllos que no se apoyaban en otra ley, que la de sus propias manos. Algunos de aquellos caballeros habían tenido que huir a la montaña debido a cierto pequeño asunto el día de las elecciones, algo inevitable e importante, se sobrentiende. O por robar caballos, o por un tiro de revólver accidental, pero con buena puntería. Eran buenas personas y en algunas circunstancias magníficos espalderos que me protegían contra las persistentes propuestas del gobernador Cortés, en Cúcuta. Cortés, como la mayoría de los oficiales colombianos a lo largo de la frontera, era mi amigo personal. Esto me permitía ocasionalmente conocer antes de ocurrir, los movimientos de sus gendarmes. Cortés y yo comíamos y bebíamos juntos en el club frecuentemente, me temo que con exceso. No parecía muy dispuesto a capturarme.

Fue en aquellas mismas montañas, diez años después, aislado del mundo como un ermitaño, cuidado por un centinela y bajo el patrocinio de pequeños monos que mezclaban sus chillidos con la inspiradora música de un torrente, que escribí mi libro *Cuatro años bajo la media luna*, curvado desde la aurora hasta el ocaso sobre una mohosa máquina de escribir, tratando de estampar mis aventuras en Turquía, estimulado por el exuberante ambiente que parecía sonreírme y animarme en ¡un esfuerzo más, hijo mío, uno más!

Tras una estada de varios meses en los montes de Gramalote recibí mensaje del gobernador Cortés informándome que estaba en la libertad de regresar a Cúcuta, si lo deseaba, y permanecer allí sin ser molestado.

Buenas noticias. Me atavié para esta ocasión. Traje de montar en lino blanco, polainas de patente, espuelas de plata, sombrero de pelo de guama. Dos días después estaba en el patio de la gobernación preparándome a estrechar la mano de Su Excelencia. Instantáneamente fui rodeado por una soldadesca ataviada con pantalones rojos y desenvainadas bayonetas, y antes de que

pudiera romper su cerco apareció el secretario del gobernador de parte de Su Excelencia, lo que me impidió cometer una imprudencia.

Nunca me había enfadado tanto, y cuando entré en el despacho de Cortés expuse mi opinión en alta voz. Él me apaciguó explicándome que Gómez había tratado de enviar tropas venezolanas con el fin de desalojarme de las montañas Gramalote a menos que el gobierno de Colombia hiciera algo dentro de un tiempo estipulado. Para impedir complicaciones internacionales, había sido inducido, por estrictas órdenes de Bogotá, de hacerme una jugada que él no había aprobado. Me aseguraba, sin embargo, que sería tratado en Bogotá como huésped de honor del gobierno de Colombia. Cortés tenía el presentimiento de que me encantaría conocer al presidente Restrepo y su gabinete y pasar una temporada en aquella hermosa ciudad. De modo que salí para Bogotá, donde, para colmo de mi tragedia, llegué sin mi sombrero de copa. Por aquel tiempo nadie podía ser considerado en Bogotá, como un auténtico caballero, si no llevaba su pumpá.

Mis dos meses en Bogotá fueron realmente muy agradables. Allí conocí y me hice muy amigo del notable explorador americano, Alexander Hamilton Rice, por entonces en camino a las cabeceras del Putumayo. Rememoro aquellos tiempos con gratitud. Todo el mundo era amable conmigo, desde el presidente hasta el más humilde reportero. Yo era un huésped a la fuerza, pero hacían lo posible para que me sintiera huésped de verdad. Finalmente se hicieron los desentendidos cuando, en vez de tomar el tren para Girardot, donde se toma el barco vía New York, montando mi pura sangre, una alta yegüita torda y ganando kilómetros vía Sogamoso y Labranza Grande, me dirigí hasta los llanos, para salvar lo que quedaba del naufragio de nuestro anterior movimiento revolucionario.

Valentín Pérez, creyendo que iba a quedarme por el resto de mi vida en Bogotá, invadió a Venezuela por el Arauca. En dos meses gastó las municiones y tuvo que batirse en retirada. Había sido vencido en la frontera, y de acuerdo a la información que había recibido en Bogotá, se encontraba escondido en

cierta parte de las aguas bajas del Capanaparo, al este de la Laguna de Término, en el territorio venezolano.

Para obligar a los gendarmes a correr tras el *huésped de honor*, dirigí mi yegüita hacia el este, hundiéndome en el territorio salvaje de los indios al sur de Pore, donde bien sabía que ellos no me seguirían. Esto era lo mismo que saltar de una sartén hirviendo para caer dentro del fuego.

A los pocos días vi varias rancherías abandonadas. Ominoso signo de que los indios habían sido molestados. Huesos carbonizados entre las cenizas eran evidencia de violentos ataques. Conservé mi sangre fría. Tomé la dirección norte pensando, que si no caía en manos de los indios llegaría a las ruinas de la famosa colonia jesuita de Caribabare. Todo el camino estuve cauteloso, observando las orejas de mi yegua. Era un animal muy inteligente. Estaba seguro de que me avisaría el peligro. Una vez se detuvo rápidamente para husmear el aire. Sabía lo que esto significaba.

Me dispuse a escudriñar la selva circundante por un rato. Me deslicé de la silla y quitándome las sandalias, llevé a la yegüita amarrada a un trozo de alta yerba a través del cual yo podía divisar las ruinas de lo que parecía otro rancho ganadero invadido. De pronto la yegüita dio un brinco y un bufido, arrebatando de mis manos las riendas, mientras caía de espaldas, pataleando en el aire. Una mataballo la había picado en el pecho.

Furioso, como si un ser humano hubiera sido muerto a traición en mi presencia, partí en dos la araña con mi machete antes de que pudiera desaparecer en la maleza. La mordida de una mataballo es inocua para el hombre y los animales, con excepción de los caballos, mulas o burros, quienes, después de ser mordidos, se desangran a través de sus poros. La yegüita estaba desangrándose jadeante a mis pies. Me partía el alma la angustia al ver a mi fiel e inteligente compañera, a la cual no podía socorrer. En menos de veinte segundos había muerto. Su cabeza reposando sobre mis rodillas. Sus tristes ojos canela mirándome. Una mirada que traspasaba mi esqueleto de una gran pena que no me arrepiento en confesar.

Debo haber estado arrodillado por un rato con la cabeza de mi yegüita sobre el pecho, cuando el sonido de un galope me hizo volver a la realidad. Creí primero que eran algunos gendarmes que seguían mis huellas, pero los caballos a galope pertenecían a dos llaneros ganaderos, que se dirigían en mi dirección a toda velocidad. Uno de ellos gritó *¡indios!* y halándome por la camisa me ayudó a saltar detrás de él en su caballo. A nuestro veloz paso, una docena de flechas cruzaron por el aire. El silbido de una bala pasó cerca de mi cabeza.

Aquella noche acampé entre las ruinas de Caribabare. Los llaneros me contaron que se habían perdido en aquellas malas tierras tratando de localizar algunos caballos extraviados. Después de rondarlas por dos días habían llegado cerca de los indios goajibo, quienes los habían perseguido.

Me prometieron regresar a su rancho y traerme un caballo. Me dejaron ciertas provisiones, una hamaca y un mosquitero. Los llaneros son los caballeros de esta región.

Caribabare era un extraño sitio. Cierta misterioso sentimiento mítico se levanta de aquel montón de ruinas que datan desde que el comienzo de la civilización espiritual se introdujo en la selva, ahora abatida por la misma selva, que yace bajo una espesa cortina de enredaderas, habitada por serpientes. Era difícil localizar el sitio de la imponente colonia jesuita que había estado allí doscientos años antes, hasta que los Padres fueron expulsados por el rey Carlos III. Los hombres de esta apartada región decían que allí había un tesoro enterrado, tal vez tras las paredes del monasterio o en una cámara subterránea maldita a través de la pared de roca en el lado opuesto del riachuelo. El tesoro parecía contener valiosas joyas, desde ornamentos de santos y un crucifijo, de diez pies de alto, construido en oro y marfil, que presidía el altar mayor de la capilla. No hay informe de que los jesuitas se lo hubiesen llevado cuando abandonaron el país. No es por eso extraño que más de un llanero, sintiendo la fiebre del tesoro bullir en sus venas, penetrara en esta tierra de desolación y muerte, donde el jaguar levanta su rugido y no hay ecos devueltos al silencio secular de estos parajes.

Caribabare es famoso también por sus fantasmas. Se cuenta que de noche por estas ruinas vagan vampiros en forma de sacerdotes venerables, retorciendo sus manos entre lamentos, sus cuerpos torturados brillando como carbones encendidos.

Tan pronto como se fueron los llaneros, busqué un sitio adecuado para pasar la noche. Tras una rápida ojeada decidí dormir en el viejo patio de la iglesia, que estaba resguardado por una alta pared. Estaba menos cubierta de vegetación y me era más fácil construir un sitio limpio con mi machete.

Colgué mi hamaca y mi mosquitero entre dos árboles de guama. Prendí fuego para alejar a los reptiles intrusos. Cuando terminaba mis operaciones un sol color ladrillo se hundía más allá de la selva, hacia el interminable llano. Sus pálidos rayos brillando sobre los árboles le conferían a la cordillera una superficie luminosamente aterciopelada. Las voces de la selva empezaban a levantar sus coros en la noche.

Después que comí me senté frente a las chisporroteantes llamas del fuego de mi campamento, tomando conciencia del ambiente. Me parecía que los ojos de mi yegüita muerta me miraban en la obscuridad, reprochándome por no haberla salvado... Ni un solo fantasma apareció. Nada estorbaba mis pensamientos, excepto un par de silenciosos jaguares que rondaban las ruinas con sus ojos brillantes. Ocasionalmente gruñían ante mi oscilante mosquitero, que probablemente los asustaba cuando la brisa lo abombaba o encogía. Toda la noche estuve frente al fuego, quieto como un Buda, con mi machete y mi revólver listos. Nada aconteció, felizmente para mí, o para los jaguares.

Hablando de fantasmas, nunca me encontré con ninguno, salvo una vez en Alemania, hace algunos años... Siendo huésped del Barón Von X, una dama vestida de blanco se me apareció. Habíamos estado todo el día cazando a caballo. Cuando llegó la noche las damas fueron acomodadas en el ala izquierda del pasadizo superior del castillo, mientras los caballeros ocupaban el ala derecha. Mi cuarto era el primero del ala derecha, frente al primero del ala izquierda. Aquel día había habido un gran baile, en *grande tenue*, complementado de

condecoraciones y toda la pompa del caso. Habíamos pasado una maravillosa noche bailando y bebiendo. Todos nos sentíamos embriagados.

Después de haberme acostado como a las 3:00 am, me quedé por un tiempo sentado, fumando y lamentando la brevedad del día. La luna brillaba a través de las altas ventanas haciendo arabescos fantásticos sobre la alfombra persa. Una lechuza graznó tristemente en un árbol cercano. El ambiente estaba como para sombríos acontecimientos, cuando, horrorizado, vi que la puerta se abría silenciosamente. Un fantasma entraba en mi habitación. Un fantasma rubio vestido de blanco. Avanzaba resueltamente hacia mí. Debo haber perdido el conocimiento. Cuando volví en sí, la visión se había desvanecido.

Nunca he sentido tanto miedo en mi vida. Debe haber impresionado a otros invitados también. Cuando conté al siguiente día, a la hora del desayuno, lo que me había ocurrido, una bonita condesa rubia que estaba sentada frente a mí enrojeció, furiosamente... Insistía en que me la llevara a Berlín inmediatamente, pues no quería permanecer un minuto más en aquel viejo castillo de extraños fantasmas.

XI

LOS LLANOS DE VENEZUELA

La región de los llanos de Venezuela, a donde marché después de mi escapada de Bogotá, es notablemente interesante desde el punto de vista político, geográfico, zoológico y sociológico.

La carretera que sale hoy de la frontera de Colombia, mitad hacia Periquera, no estaba construida por aquellos días. Esta es la región donde termina el bosque y empieza la llanura. El único camino que lleva del Táchira a los llanos, por este tiempo, es la trillada vía de San Camilo. Se desprende desde San Cristóbal a lo largo de las serranías con abiertos precipicios que cruzan las húmedas y vírgenes montañas de la cordillera forestal hasta llegar a las interminables praderas del estado Apure, donde se encuentran las haciendas y hatos de ganado, que contienen a veces hasta cincuenta mil cabezas. El ochenta por ciento de esas praderas son sabanas abiertas, debido a que las candelas en las anchas sabanas destruyen las alambradas tan pronto se ponen. El trabajo en las haciendas es hecho por llaneros. Se parecen a los vaqueros del oeste de Estados Unidos en la época anterior a aquella de los pastores de rebaños y payasos de Hollywood, cuando, montados en caballos de circo, invadieron esos libres dominios.

Nuestro ganado no tiene grandes cuernos, pertenece a la vieja casta española que fue introducida en Venezuela en los días de la conquista. Son generalmente

grandes, bien formados, de cuernos corrientes y muslos ligeros y salvajes. Los toreros españoles clasifican nuestro ganado entre la mejor exhibición de toros de España, los que son llevados todos los sábados a propiciar la carnicería de viejos caballos de cabriolé para satisfacer la sed de sangre del populacho.

Los caballos de los llanos son imponentes. Descienden también de la casta española —cruzados con árabes— traídos a los llanos durante la conquista. Poseen ojos claros, belfos rosados, cuellos de cisne sobre nerviosos pechos, delgados menudillos, fuertes cascos, crines y colas onduladas. Una velocidad que puede ser vertiginosa. He montado muchos legítimos caballos árabes en Siria, Mesopotamia y Palestina durante la guerra mundial. Sé de lo que estoy hablando.

Sobre la silla de un llanero no se encuentra un solo clavo. Es toda cosida y respunteada. La cabeza de la silla es de plata, imitando la cabeza del animal; de igual material son los largos puntiagudos estribos. Las bridas consisten en un freno de hierro y una delgada correa lo sostiene detrás de las orejas del caballo, similar a las bridas árabes. Todas las correas, incluyendo las delgadas riendas, están fabricadas de cuero curtido, como la larga sogá, o lazo, que es atada por una punta a la cola del caballo, mientras el rollo principal permanece atado al lado derecho de la silla. Cuando el nudo corredizo al final del primer rollo (diez yardas de largo) engarza y se hala con seguridad, el segundo y principal rollo (de veinte yardas de largo) es fácilmente halado de la silla y desenrollado, dándole a la jaca la oportunidad de pararse, de separar sus cuatro piernas en espera del final estirón. La cola de la jaca parece adherida a su nervioso cuerpo con hierro. Siempre está tensa. En momentos en que las jacas saltan al aire como una pelota al final de un hilo, la cola siempre se mantiene erecta. Cuando se les cae la crin se les suelta en los potreros hasta que vuelve a crecerles. Sistema infalible.

Nadie se aventuraría a ir por la sabana a pie, por temor a ser embestido por el más cercano novillo. El equipo del llanero consiste en un largo afilado cuchillo, una sogá y un bayetón o gruesa chamarra de lana cuadrada, de dos

por dos yardas, roja por un lado y azul por el otro, con un hueco en el centro, como el poncho. Su dueño mete por este la cabeza para protegerse de la lluvia, pero regularmente lo lleva suelto, cuando va a caballo, listo para usarlo cuando se desmonta. Porque ésta es la única efectiva arma con que el hombre puede defenderse a pie de los toros salvajes de la llanura. En los llanos todos los hombres son toreros. La ruana sirve de capote.

El llanero nunca usa sus espuelas cuando trabaja. Teme que se le enrede la soga, la cual maneja con gran maestría, hacia adelante o hacia atrás, a derecha o izquierda, cuando va a galope tendido. La silla del llanero es tan ligera que se puede levantar con un solo dedo; el sudadero consiste en una vaqueta delgada. Las jacas no llevan herraduras. No hay piedras en la llanura, salvo muy excepcionales y raros riscos de rocas, cortados en dos, desnudados por las corrientes de los ríos. Las piedras para edificaciones son generalmente transportadas en bolsas de las montañas, como en la Mesopotamia central. Es la razón por la cual la mayoría de las casas de los hatos, contando las casas de los ricos hacendados, están hechas de madera, con altos techos bardados. Los hacendados acomodados no pasan la estación de invierno en sus haciendas o hatos, como otros acostumbran. Van a San Cristóbal o a otras ciudades de la cordillera, o al más cercano pueblo ganadero a lo largo de la orilla de los ríos, donde toman contacto con sus administradores por teléfono o por medio de mensajeros.

Las praderas y regiones madereras de las tierras bajas son para Venezuela lo que Marruecos, Argelia y el Congo representan para Francia. Son nuestras colonias. El ochenta por ciento de nuestras ciudades, de nuestros centros agrícolas e industriales, están situados en las altas mesetas de los valles de la cordillera andina y sus ramificaciones. Son nuestras colonias originales, donde los conquistadores fabricaron sus casas y cultivaron su suelo, porque el clima templado de sus altas mesas los habilitaba a hacer su propia labranza mientras que en las tierras bajas, donde se desarrolla nuestra fuerza agrícola, el calor excesivo los obligaba a emplear peones o esclavos en aquellos trabajos.

El calor no es la única dificultad que se encuentra en los llanos. Hay que reconocer también los diluvios tropicales. Estos cubren, cada año, y por varios meses, amplias secciones de las sabanas, volviendo todos los caminos de recuas imposibles para el tránsito.

Durante esa estación lluviosa la mayoría de los llaneros permanecen recogidos en sus hatos o haciendas, así como el ganado, que se refugia en los bancos o en las islas de hierba que se forman en el alto llano inundado. Por este tiempo la mayoría de los viajes a través de estos pantanos se hacen dirigidos por bueyes, que son de paso fuerte y seguro.

El principio de la estación lluviosa es el tiempo en que los indios se mueven más. Viajan en piraguas a través de los impetuosos ríos, matando el ganado por docenas con sus largas lancetas, o flechas, y atacando aislados e indefensos viajeros. Fabrican sus rancherías durante el verano a lo largo de los bancos, que están protegidos por fronteras de desnuda e impenetrable vegetación selvática, algunas veces del espesor de una milla.

Los caños o lodazales, rara vez están cubiertos de densa vegetación, debido al hecho de que tienden a secarse durante los meses calurosos del verano, cuando los ríos bajan. Están protegidos por gramalote, una yerba alta. Una ocasional franja de húmeda vegetación, donde los caimanes encuentran su paraíso y donde los jaguares se refugian cuando no disponen de otro lugar.

Los ríos que se desploman de Los Andes caen al Orinoco escoltados por selva de cada lado, cuyo espesor varía según la humedad esparcida por éstos durante la estación seca. Las orillas de los ríos no son, sin embargo, los únicos sitios donde la selva brota en el llano, este interminable océano de yerba cuya vasta soledad parece limitar con el azul infinito de horizontes borrosos, ondulando a través de la niebla de tormentosas auroras. Hay también las matas, esas islas silenciosas y boscosas que manchan la llanura como los archipiélagos en el mar. Se forman en las depresiones pantanosas donde subsiste suficiente humedad después de la retirada de las aguas. En algunas partes, debido a la profundidad de estas depresiones, el agua nunca desaparece completamente.

Fangales y tremedales, llamados esteros, se forman traicioneros a los pies de los hombres o las bestias. Por regla general, sus límites están cubiertos de espesas paredes de yerba gramalote, cortada aquí y allá por espesa maleza o por alguna ocasional isla forestal, donde el piso es suficientemente seco para permitir que la flora de la selva obtenga un seguro desarrollo.

En esos esteros el ganado se refugia durante el verano, cuando los llanos están infestados de garrapatas, o cuando altas candelas barren la llanura, destruyendo gusanos y serpientes venenosas que hacen la vida casi insoportable entre la belleza de esas praderas.

Mientras uno se aproxima a los esteros se observa desde lejos, aquí y allá, hileras de palmas moriche, cuya superficie verdosa se tifie con las variedades multicolores de diferentes aves, desde el garzón soldado, centinela gigante de la misma familia del marabú africano, hasta el pequeño iridiscente zumbador o colibrí. Se ven bandadas de juiciosos pelícanos, meciéndose sobre las palmas abanicadas por el aire del llano o alguna garza azul parada en una sola pata, hundida en el fango, mirando atentamente un grupo de tímidos flamencos, cuyas plumas rosadas se reflejan como un celaje dentro de la laguna. O ya son las nevadas garzas blancas cazando los diminutos peces desde la corona de una palma real aderezada con parrales y mazos de aromosas orquídeas, entre cuyos cálices surge el cuchillo de los pericos y se agitan constantemente bandadas de bulliciosos araguatos en el concierto del mediodía.

Entre los indeseables de los pantanos pueden contarse, en primer lugar, los grandes y pequeños caimanes. Pueden verse por docenas asoleándose a la orilla de los ríos y sobre la llanura, algunas veces en centenares, con sus anchas mandíbulas abiertas, dentro de las cuales pican y escarban pajaritos, limpiando la boca de los caimanes de parásitos y larvas, actuando, por lo tanto, como eficientes voluntarios mondadientes. Los caimanes permanecen inmóviles por horas, dentro de la alta yerba, o medio sumergidos en las nauseabundas aguas de la laguna, observando minuciosamente a sus enemigos con sus crueles y

cambiantes ojos amarillos, listos a hundirse dentro de la fangosa profundidad al más ligero signo de peligro.

La alarma es generalmente dada por las garzas blancas, lo que las hace populares dentro de la familia de la selva. Los caimanes nunca les hacen daño, aun cuando se aventuren a pararse en sus lomos o sobre sus cabezas.

Los esteros son también el terreno favorito para la culebra de agua o gigante serpiente negra, variedad acuática de la boa constrictora. La boa acecha solo en la selva, colgando de su cola de una alta rama, con su pequeña cabeza volteada ligeramente sobre su víctima que puede ser un inocente venado, un báquiro u otro animal, lista para asaltarlos con sus pequeños y afilados dientes. Tan pronto como lo agarra lo enrolla repetidas veces, quebrándole todos sus huesos, dejando el carapacho tan blando como un trapo mojado. Después de capturar su presa, la boa abre sus inmensas mandíbulas y empieza a tragarla muy lentamente. Tras de un par de horas solo le queda afuera la cabeza y los cuernos. Para separar los cuernos, que ni siquiera la boca puede digerir, tritura los tendones del espinazo y las vértebras del cuello de la víctima con sus diminutos y afilados dientes como serruchos, hasta que siendo partidos minuciosamente, hacen caer la cabeza. Durante ese embotamiento se la puede cazar y matar fácilmente.

Es muy difícil diferenciar en la sombra de la selva una boa de una raíz, pues a veces son tan gruesas como el cuerpo humano. Algunas personas han sido atacadas frecuentemente por boas, pero nunca se ha sabido si han sido tragadas. En Venezuela se llama a la boa constrictora, tragavenado, pero es mejor conocida por el nombre de anaconda.

Nuestra gigante culebra negra de agua alcanza a veces un enorme tamaño. Vive bajo el agua, especialmente en los grandes esteros. Durante el calor se introduce silenciosamente en los bancos pantanosos y acecha desde allí, enroscada en la superficie, hasta que un animal se acerca al agua. Entonces, ligera como el relámpago, lo atrapa por el hocico o la pierna y lo arrastra al fondo del agua antes de proceder a comérselo. Los llaneros nunca toman agua de un

pozo en el cuenco de su mano. Bajan un cuerno atado con una cuerda dentro del río, y lo suben lleno de agua.

En cierta ocasión, mientras galopaba tras unos cochinos de monte con un oficial de nombre Campo Elias, tropecé sin darme cuenta con una gran culebra de agua. Mi caballo dio un brinco, y saltando como una cabra en un circo, por poco me tumba. Cuando tocamos el suelo yo estaba colgando de la silla por un pie, pero pude enderezarme rápidamente. La humillación me puso furioso. Saqué mi machete y con mi bayetón colgando de mi brazo izquierdo como escudo, salté sobre el reptil. El rollo de su cuerpo daba hasta mi cintura. Desde este, despezándose lentamente, surgió su cuello de una yarda, con unos desagradables ojos de abalorio y un vicioso siseo a través de sus pequeños dientes puntiagudos, mientras su lengua rosada se movía rápidamente hacia atrás y adelante. Cuando hundí mi machete en ella, rebotó como si lo hubiera metido en un neumático. Le había dado un golpe recto, perpendicular sobre sus escamas, en vez de ser oblicuo.

Hubiera terminado allí mi carrera si Campo Elias no hubiese venido en mi ayuda, cayendo sobre la culebra como debía hacerlo, en forma inclinada y desde abajo, cortándole en seco la cabeza. Todavía tuvimos que correr para cubrirnos, porque antes de que la cabeza tocara el suelo, el cuerpo retorcido del animal golpeaba fuertemente la maleza que lo rodeaba, quebrando las matas como si fuera un machete.

Los venados son muy frecuentes en los llanos y uno puede verlos pastando tranquilos entre las vacas, olvidados de la presencia del hombre. Los hombres rara vez los matan para alimentarse, pues hay ganado en abundancia.

La mayoría de las haciendas tienen marranos. Estos animales, sin embargo, son muy cobardes y huyen cuando encuentran la oportunidad, a sus caños y esteros, donde se defienden de los jaguares y leones de la montaña con sus colmillos. Siempre que un ranchero desea comer un pedazo de tocino o cochino horneado, no tiene sino que tomar su escopeta y salir para el próximo estero. Frente a esto hechos hay muchos norteamericanos que se preguntan por qué

los latinoamericanos no esclavizan sus vidas allí para montar una cuenta de banco.

Si un viajero se encuentra en los llanos sin alimento, todo lo que tiene que hacer es matar la vaca más cercana y colgar su piel en la maleza, de modo que cuando los vaqueros pasen y la vean, se la lleven a su rancho. Los restos del festín —salvo las dos o tres libras de carne que el viajero ha debido consumir— se le dejan a los zamuros para un banquete. Estos pobres brutos son los come-carroña de los llanos. El derecho de ofrecerles una comida delicada no debe ser discutido.

Una de las criaturas más desagradables que habitan los esteros es el temblador, la anguila eléctrica. Su tamaño varía entre una y dos yardas. Su cuerpo es una batería viva que acumula energía hasta que explota, descargándola en lo que toca. Los vados de los ríos están siempre infestados con tembladores, listos a descargar su batería en las vacas, que después de ser tocadas por éstos, lanzan un mugido doloroso y se hunden y ahogan entre la corriente. Sus inflados carapachos son luego botados a la playa por el río y devorados por los zamuros y caimanes, que deben estar aliados con los tembladores.

Una vez tuve la desagradable experiencia de encontrarme con un temblador mientras cruzaba un vado. Caí de plano con el shock. Me hubiera ahogado en tres pies de agua si mi sirviente, que estaba bañando los caballos, no me hubiese sacado. No recuerdo haber sentido ningún dolor cuando fui casi electrocutado, pero la parálisis causada por el shock duró tres minutos.

El más peligroso habitante en las corrientes de los llanos es sin duda alguna el caribe, un pez pequeño, chato por ambos lados. Se alimenta de carne fresca y anda en manadas por centenares. No ataca a hombres o a bestias que sufran de viejas llagas o lastimaduras, pero se clava en cualquier criatura con heridas frescas o con un pequeño reciente rasguño en sus cuerpos. Desde el minuto en que los caribes huelen sangre nueva atacan a su víctima y desmenuzan su cuerpo casi instantáneamente. Por fortuna los caribes son peces migratorios que no permanecen emboscados como los tembladores.

Muchas veces he cruzado los ríos de los llanos, asido a la cola de mi caballo, con heridas sangrantes, pero nunca he encontrado caribes, pues no lo estaría contando. Mi abuelo, sin embargo, cuando era un niño, se echó al río Arauca para regresar al minuto sin su pierna derecha. De su esclavo favorito que saltó al río detrás de él, no se volvió a saber.

En cierta ocasión, mientras cruzaba la charca de Grijalba, uno de mis compañeros fue devorado por los caribes ante mis ojos, sin poder ofrecerle ninguna ayuda. Iba a lomo de caballo y cuando -llegó al centro de un estrecho lodazal lanzó un grito de agonía y desapareció bajo la superficie con su piafante jaca. El agua que los cubrió se volvió púrpura y se podía ver centenares de pequeños caribes cruzando en toda dirección.

La raya es otra peste de aquellas regiones que ha mutilado a muchos hombres y lisiado muchos buenos caballos. Es un pez en forma circular, oscuro en la cabeza y claro en la parte inferior. Se arrastra sobre su vientre hasta la orilla, agitando la arena para ocultar su presencia. Su pequeña cola parece el asa de una sartén y está provista en la punta con una curva de pequeñísimos dientes como un serrucho. Con esta arma corta o lacera los tendones de un pie humano, o los menudillos del caballo que llegase a pararse sobre ella. He visto a muchos varones dar un grito de agonía y desmayarse cuando son atacados por una raya, mientras los caballos sufren un colapso, dando salvajes patadas y quejándose como seres humanos cuando son atacados por ella.

Existen además otros enemigos traicioneros. Legiones de víboras rojas, amarillas, negras, bronceadas y moteadas. Todas venenosas y de diferente tamaño. Incontables variedades de sabandijas también acosan los llanos y sus selvas vírgenes. Tomaría volúmenes describir en forma adecuada las diferentes clases de zancudos que mantienen allí el negocio de torturar la vida. Mis piernas, desde las rodillas para abajo, permanecen cubiertas con numerosos puntitos oscuros; son las marcas inflamadas de la picada de los mosquitos durante mis excursiones militares por estas regiones. La mayoría del tiempo he andado descalzo, porque las botas y las polainas he tenido que botarlas por la hume-

dad. Además, con el pie desnudo es más fácil agarrar los estribos en ciertas circunstancias.

A cada momento cambiamos caballos. Los nuevos, regalados por amigos propietarios de ranchos, son potros cerriles que tienen que ser domados en media hora. Era divertido ver a algunos de nuestros hombres dar alaridos y tumbos, arriba y abajo, sobre caballos castigadores, mientras el resto reía y gritaba como una banda de indios salvajes, hasta que los caballos, dándose cuenta de la inutilidad de echar por tierra esta manada de gatos monteses, optaban por la disciplina. A menudo me tocaba el turno. Era yo entonces quien tenía que hacer la demostración, mientras mis amigos se entregaban a las carcajadas. Entre nuestros llaneros, como entre los vaqueros mexicanos, existe la creencia de que ningún jinete es completo si no rueda de su caballo por lo menos una vez a la semana. Nunca me hubieran reconocido como su jefe ni me hubieran seguido ciegamente durante mis escaramuzas militares si no hubiera estado dispuesto a emplear la misma destreza que ellos empleaban y regularmente a enseñarles también algunas mañas nuevas. Bolívar, el Libertador, dio este ejemplo y se ganó el respeto de los lanceros en el llano.

Los caimanes están divididos en tres clases: la baba, o caimán pequeño, el propio caimán y el gigante cocodrilo.

La baba tiene desde media a dos yardas y media de largo. Vive la mayoría del tiempo en los esteros. Allí permanece todo el año debido a su tamaño, siempre que el estero no se seque enteramente. Cuando esto sucede, la baba se mueve a otro charco en busca de alimento. La baba se alimenta de pescados. Es muy pequeña para maniobrar en sus cuatro patas, aunque ocasionalmente goza masticando un chigüire, roedor acuático, suerte de conejo ordinario, negro y peludo, que habita en las sabanas cerca de los esteros, y que es generalmente clasificado por los llaneros como un pescado más que como un mamífero, probablemente porque puede permanecer debajo del agua por cierto tiempo.

Los llaneros huyen de las babas cuando las encuentran a través del campo en busca de frescos esteros. Es cuando son peligrosas y atacan ferozmente a los caballos mordiendo sus patas con sus poderosas mandíbulas.

Una de las peculiaridades comunes en toda la variedad de los caimanes es que, a pesar de ser lentos caminadores, pueden correr como demonios en una línea recta.

Entonces tumban a un hombre o a un caballo con una batida de su cola, arrastrando a la víctima hasta el río donde lo ahogan y lo devoran.

El caimán es como la baba, color de aceituna. Comúnmente posee de quince a veinte pies de largo, aunque excepcionalmente alcanza veintitrés pies. El caimán vive generalmente en los ríos y lodazales, y en los esteros o en las charcas llaneras, solo cuando hay suficiente agua para esconderse bajo su superficie.

La más grande variedad de nuestros caimanes pertenece al cocodrilo. Es de color amarillento. A veces alcanza el increíble tamaño de veinticinco a veintiocho pies. El cocodrilo es un animal muy raro. Lo llaman el *rey de los caimanes*. De acuerdo con el folklore, cuando está comiendo y se acercan otros caimanes, todos se retiran respetuosamente del festín, probablemente para salvarse. Su Excelencia queda solo en el banquete y también en la siesta.

La misma ceremonia se lleva a cabo, según los llaneros, con el *rey de los zamuros*, que es blanco en vez de negro y dos veces más grande que un zamuro ordinario. Es muy raro encontrar este personaje, a quien sus compañeros menores le rinden obediencia. Una vez lo vi mientras andaba a caballo por la cordillera. Lo tomé primero por un cóndor. Cuando vi el círculo de zamuros cortejadores reconocí su noble categoría del rey del espacio. Con gran respeto lo saludé con mi sombrero, mientras su negro cortejo le hacía reverencias, inclinando ante él sus cuellos arrugados.

XII

HABITANTES DE LA SELVA

Hablando de los destronados reyes de la llanura y selvas de Venezuela, no es justo que se olvide al hermano jaguar.

Al jaguar le encanta cazar cochinos de monte, a veces feroces cuando viajan en manadas de veinte a cien. He pasado horas enteras sentado en la rama de un árbol, mientras rondadores chanchos arañaban al pie las raíces haciéndolas astillas.

Cuando un jaguar quiere cazar cochinos salvajes regularmente se sube a un árbol situado a orillas del pozo donde aquellos suelen ir a beber por la noche. El jaguar los ve llegar y deja que la mayoría se vaya. Cuando queda el último le clava sus garras y salta de nuevo sobre el árbol con la presa en su boca.

A menos que lo hagan montar en cólera o haya sido herido, el jaguar de los llanos rara vez ataca al jinete. Los llaneros en algunas ocasiones los atrapan con sus sogas. A la caída del sol, cuando el jaguar, después del descanso del día, empieza a rugir a la orilla de una mata o cordón forestal, el llanero, guiándose por sus rugidos, cabalga recto hacia él con el lazo listo en su mano derecha. Tan pronto como divisa al felino lleva a su caballo lentamente a una trocha cercana mientras este, olfateando el peligro, levanta briosamente su cabeza para impedir que el jaguar salte sobre el jinete. Estos nobles animales son muy inteligentes. Saben que el jaguar no le teme sino al hombre, que vomita fuego

y hiera. Luego viene el momento crítico. El momento en que el llanero decide si está o no en el justo sitio para tirar el lazo. He pasado por esta experiencia.

Uno no puede balancear el lazo sobre su propia cabeza, sino que tiene que lanzarlo de un solo golpe giratorio de mano, dando vueltas al mismo tiempo en el caballo, luego a galope tendido correrá para salvarla vida, ignorando si el tigre ha quedado enlazado.

Si la soga lo atrapa, el jaguar se detendrá por algunos segundos, mientras trata de desenrollarse o de morder el lazo. En todo caso es tiempo suficiente para ajustárselo, tras lo cual el jaguar será lanzado como un cohete al aire y batido fuertemente contra el suelo hasta que queda inconsciente. Entonces el llanero baja de su caballo y su afilado cuchillo se afianza entre los omóplatos de la fiera.

El jaguar rara vez ataca más de una vaca a un mismo tiempo. Después que ha matado a algún animal, lo arrastra hasta la próxima mata y allí lo devora a su antojo. Un llanero siempre sabe cuándo un tigre tiene un banquete por la zamurada que revolotea por los alrededores. Solo cuando ha terminado y ya se ha ido a gozar su siesta, los zamuros se atreven a posarse en los árboles cercanos. Considerado este punto, ellos sacan conclusiones de valor, descendiendo luego a comer lo que el hermano jaguar les ha dejado.

El jaguar rara vez persigue a la carne humana, a menos que sea un comehombre, es decir, un viejo desdentado demasiado débil para atacar a una vaca o correr tras un venado.

Una vez vi uno de esos comehombres. Se refugió en una cueva y mató tres perros que habíamos enviado a perseguirlo. Uno de nuestros hombres tomó su rifle y se paró a la entrada de la cueva. Apenas lo hizo cuando el viejo tigre saltó con un rugido, le tumbó la escopeta y le clavó sus garras. Nuestro amigo alcanzó a zafarse de sus zarpazos y una interesante riña empezó. El jaguar trató de desgarrar el estómago del hombre, pero este saltó prodigiosamente burlando así al desgraciado destino, mientras uno del grupo disparaba a la fiera.

Algunos llaneros luchan contra el jaguar de pie. Con su bayetón, poncho o ruana, recogida alrededor del brazo izquierdo, como escudo, y el cuchillo en

su mano derecha. Mi padre mató a un jaguar de este modo. La bestia llega hasta su presunta víctima a una tremenda velocidad. Nueve veces entre diez, al llegar cerca se parará en las patas traseras y tratará de abrazarla fuertemente contra su pecho, de triturarle el cráneo con sus poderosas quijadas, bregando al mismo tiempo de desgarrarle el estómago con sus uñas.

La más atrevida manera de cazar a un jaguar es esperándolo con una lanza levantada que el cazador le hunde como una bayoneta, dentro de la garganta o el pecho del animal, cuando este trata de abrazarlo. El cazador mantiene al jaguar pataleando con la lanza dentro de su pecho hasta que le da un colapso, o llega otro hombre y le da el golpe de gracia.

A mí me tocó una vez este último papel. Como se nos informara que un gran jaguar estaba escondido en el alto espesor de la maleza, uno de mis hombres, un catire patituerto que apodaban el *Mohoso*, con más cara de vendedor de camisas que de llanero revolucionario, se ofreció a cazarlo con su lanza. Creí que estaba tomándome el pelo. Sin embargo, decidí ir detrás de él en caso de un accidente. Para mi sorpresa, el hombrecito se plantó enfrente de la maleza. Esperó que el jaguar saliera al grito de los vaqueros que trataban de sacar la bestia del monte.

Después de algunos minutos de suspenso las hojas crujieron y apareció el jaguar, tan grande como un pajar y con cara de pocos amigos. Brillaban sus ojos verdosos, su cola se meneaba lentamente de izquierda a derecha, sus quijadas se movían convulsivamente sobre sus espumosos colmillos. Mi amigo patituerto levantó la lanza e inició el duelo que el jaguar aceptó. Atravesó el aire como un relámpago y cayó con gran estallido frente a nosotros. Rugiente, echando espumarajos y dando golpes salvajes con sus quijadas, el *Mohoso* lo acorralaba hundiéndole la lanza en la garganta. Llegó mi turno de actuar, terminando la riña con un tiro. Había aprendido dos lecciones de aquel inesperado acontecimiento. Es mejor ser un cobarde con vida que un héroe muerto, y que no se debe juzgar a los hombres por las apariencias.

Otra de mis experiencias con jaguares sucedió una noche en un bosque cerca del Arauquita. Para mantener protegidos nuestros caballos de un feroz jaguar que merodeaba por los alrededores, los encerramos en una barraca abandonada, mientras con mi ordenanza subíamos por medio de una desvencijada escalera a nuestra residencia. Una cabaña bardada, levantada sobre estacas a doce pies del suelo. Nuestro anfitrión había encontrado al jaguar dos días antes sentado sobre sus ancas en medio del camino. Se salvó milagrosamente por un paraguas que llevaba. Loco de miedo lo abrió. El jaguar, aún más asustado con aquel extraño aparato que nunca había visto corrió a esconderse en el bosque. El amigo se quejaba de que su mujer lo había abandonado porque una noche ella había caído en la trampa que él le había preparado al tigre. Había pasado horas y horas en el fondo de un foso, mientras el jaguar daba vueltas alrededor, indeciso de si se la comía o no. Su cabello se volvió blanco aquella noche. La dama pudo haber abandonado a nuestro anfitrión por ésta u otra causa, pero por este relato su causa era perfectamente aceptable. Menos mal que los jaguares a menudo titubean en atacar a un hombre, si no es en defensa propia. Este era evidentemente un jaguar-caballero, mas, hubiera podido no serlo, del todo.

Antes de irse a acostar nuestro amigo salió a traer la silla de un burro que se le había quedado en el campo. A su retorno olvidó arrastrar la escala. Como a las tres de la mañana fuimos despertados por un terrible alboroto. Al saltar de nuestras hamacas vimos al pobre viejo parado frente a la puerta con la silla del burro sobre su cabeza. El hombre se la había lanzado al jaguar (probablemente al que estaba sentado en el camino) que ahora trataba de saltar la escala. Una de las correas de la silla se había quedado enredada alrededor de su cuello, y arrastrado por el arnés, gritaba como un desesperado. Cuando pisó el suelo de la cabaña ya el jaguar se había ido... Entendí perfectamente la súbita decisión del tigre al ver aquella aulladora humanidad con la silla de un burro tambaleando sobre su cabeza.

Uno de los más grandes jaguares que se ha cruzado en mi camino lo maté en Nicaragua, arriba del río Turna, durante la revolución de Sacasa. Habíamos

pasado diferentes rancherías, cuyos propietarios estaban muy deprimidos porque la langosta había terminado con sus cosechas. Uno de ellos, nos ofreció un racimo de bananos si lo librábamos de un gran jaguar que causaba estragos entre sus aves de corral y su rebaño de flacas y desalentadas reses. Acepté su ofrecimiento sin titubear. Aquella noche me acomodé confortablemente con mi escopeta, en la cima de una alta ceiba, debajo de la cual aún se veían los desechos de un novillo que el jaguar había matado la noche anterior.

Me puse a oír detenidamente los lúgubres sonidos que subían de la durmiente selva. Los captaba ahora de la línea del horizonte occidental donde, silenciosas y oscuras, los zigzagueantes bosquejos de la cordillera Matagalpa sobresalían bajo la palidez cadavérica del cielo estrellado, escuchándose voces distantes que llenaban el aire nocturno de un grito de muerte.

Finalmente, a medianoche, pude distinguir que algo se movía en la senda cercana cubierta de gramalote. No estaba equivocado. La alfombra de yerba crujió de nuevo, casi imperceptiblemente, como si un flexible cuerpo estuviera caminando sobre ella. Después de algunos minutos, que me parecieron años, observé la causa de aquella sutil conmoción: la sombra morena de un enorme jaguar caminaba cautelosamente hacia mí. Con mi escopeta levantada iba siguiendo todos los movimientos del hábil felino, hasta que se detuvo como a cincuenta yardas husmeando los alrededores. Luego, con un ronco y profundo rugido, me enfocó con sus fosforescentes pupilas.

Fue todo lo que pudo hacer el hermano jaguar. Instantáneamente le disparé por dos veces seguidas a la cabeza. Cayó con un feroz rugido permaneciendo para siempre inmóvil.

La falta de materiales apropiados para la construcción de puentes, el largo número de ríos, pantanos y enormes lodazales que cruzan nuestras praderas, hacen que el transporte sea muy difícil, especialmente durante la estación de lluvia, que se torna en diluvio y los viajes se hacen casi imposibles aun a caballo.

Esto ha hecho que los llanos formen el ambiente propicio para todos los revolucionarios. La caballería puede allí maniobrar sin ser molestada. Se vive

en una extensión rica en ganado, donde se pierden, sin ser notadas, algunas cabezas. No sería de ningún efecto tratar de acorralar las guerrillas rebeldes colocando guarniciones o barcos armados en el cruce de los ríos. Estos pueden ser pasados en canoa desde cualquier punto. Si el gobierno de Venezuela tratara de organizar un ejército auxiliar de tropas de caballería, especialmente para perseguir a los revolucionarios en el llano, sería como pasarse un cuchillo por su garganta, ya que muchos llaneros estarían listos a ir de voluntarios contra estas tropas para entregar sus equipos a las fuerzas rebeldes. Los indios de las fronteras del Apure y del Arauca están divididos en dos grupos: los racionales o civilizados y los indios bravos, salvajes. Las armas favoritas de estos últimos son unos arcos de cinco pies, dotados de lancetas o flechas envenenadas con curare y una pesada cachiporra llamada macana. Muy pocos llevan pistolas. En el verano no andan a caballo, sino a pie, a través de los bosques. En la época de lluvia reman sobre las inundadas sabanas, inquietando a los pobladores con sus pillajes.

He pasado por algunas experiencias para dar una idea justa de lo que son los llanos y las faldas de nuestra cordillera. En este ambiente viajé, luché y cacé tal vez más que en cualquier otra región del mundo. Es mi terruño. Estoy familiarizado con sus costumbres desde mi infancia. Ahora en esta oportunidad de mi vida voy a rescatar a Valentín Pérez, por su imprudencia al cruzar la frontera venezolana en contra de mis instrucciones.

Después de mi escapada de Bogotá y nuestra escaramuza con los indios goajibos, cerca de Caribabare, llegué por fin a Rancho Tigre, al este de Tame, donde Campo Elías y tres de nuestros hombres me esperaban. Habían sido enviados por Valentín Pérez para conducirme a su escondrijo sobre las playas del Capanaparo. Tenían todo listo para nuestro viaje a las regiones interiores del Arauca, habitadas solo por jaguares e indios salvajes. Ningún camino conducía a esos sitios. Las únicas señales por las que podíamos guiarnos eran las huellas de los últimos viajeros que se habían atrevido a seguir ese rumbo. Los rastros estaban casi borrados por la lluvia y las flotantes arenas.

Los más bravos llaneros no se aventuraban a cruzar dichas sabanas en grupos menores de seis u ocho, y fuertemente armados. Los indios que allí se encontraban eran considerados entre los peores. Además de bravos eran malvados. Lanzaban flechas envenenadas durante el día y rondaban durante la noche como jaguares el sueño de los llaneros listos para despedazar sus cráneos con sus mortales macanas.

Los jaguares que transitan por aquellas sabanas son también extremadamente peligrosos. Algunos son rayados, aunque nunca vi uno. Pero los llaneros aseguran que existen.

El único jaguar que encontramos en nuestro viaje fue un gran camarada que sorprendí cuando iba a caballo, a quinientas yardas de mis hombres. Estaba tratando de consumir los restos de una vaca o de un venado. No me hubiese fijado en él si no levanta su mirada indiferente por un momento, considerando tal vez más prudente retirarse al más cercano pantano. Campo Elías y el resto de los compañeros galoparon de prisa al verlo, gritando y desenrollando sus lazos.

Corrí tras el animal para dispararle. No tenía tiempo de usar mi lazo. Cinta de Oro, mi jaca color durazno, llamada así a causa de una franja de oro que cubría parte de su pelambre, se mantenía galopando velozmente, guardando cierta cautela con el jaguar. A tiempo que levantaba la pistola mi jaca dio un salto vertiginoso en el aire, aterrizando en sus cuatro patas. Al mirar hacia atrás, sentí pasar a una velocidad fantástica por mi rostro, al jaguar que me atacaba, fallando por una pulgada. Cayó violentamente en un tremedal, salpicándonos a todos de pantano. Mientras yo daba vueltas alrededor y me devolvía hasta la orilla del charco, el soberbio jaguar ya lo había cruzado con cierto aire marcial. Como si caminara sobre estacas nos miraba desde la opuesta orilla moviendo su cola mojada. Campo Elías le disparó y falló. El jaguar se detuvo y nos miró con tal aire de desprecio que le ordené a Campo no disparar de nuevo. Su altivez nos había avergonzado.

A lo largo de la llanura teníamos que ser precavidos con nuestros caballos, especialmente por la noche. Cada vez que sentían el peculiar olor a jaguar o

a indios, trataban de escapar. El olor de los indios salvajes y de los jaguares es inconfundible para los caballos y los perros. Por regla general es el olor de los cuerpos que no ponen sal en sus comidas. Por esta razón los caballos y perros de los llanos pueden distinguir por el olfato a los indios salvajes de los civilizados, que sí comen sal. A cualquier precio, teníamos que ponerles trabas a nuestros caballos cada noche, anudándoles el lazo alrededor de sus cuellos y amarrándolos en montes bajos.

Una de aquellas noches el jaguar se vengó con una visita infernal haciendo estragos en los nervios de nuestras jacas. De madrugada entró valerosamente a hurtadillas en nuestro campo, a través del pantano. Lo escuché lentamente a través del tremedal. Esperé hasta ver sus ojos fosforescentes en la borrosa oscuridad para dispararle. Cuando salté de mi hamaca tropecé con el cuerpo de un hombre desnudo, de la cintura para arriba. Me agarré con él sin preguntar quién era. Rodamos por el suelo, mientras las jacas, asustadas con mi disparo, coceaban y bufaban, y mis hombres se aproximaban con sus escopetas montadas. Una punzada en mi costilla me hizo maldecir en español, por lo que mi enemigo detuvo la lucha, retrocediendo con otro cúmulo de maldiciones también en español. Era Campo Elías. Debido a la oscuridad y a nuestra exaltación, nos habíamos tomado el uno al otro por indios. De milagro no nos eliminamos.

Durante el día teníamos que estar pendientes de las columnas de humo que se levantaban de la cima de los árboles o detrás del horizonte, donde los indios habían instalado una ranchería. A menudo escuchábamos el rítmico y fantástico batir de sus tambores y los alaridos frenéticos de los guerreros danzantes, acompañados de la desgarradora música del caramillo, como una flauta de Pan.

Por lo menos íbamos seguros, a medida que pasábamos los campos mirando en diferente dirección, de que nadie nos perseguía. Los goajibos no son caníbales, de modo que no estábamos destinados a ser sopa. Era constante el peligro de ser alcanzados por una de esas enormes flechas de los goajibos, cuyas

puntas de pie y medio, fabricadas con hierro y madera templada al fuego, estaban, además, envenenadas con curare. Cuando se emplean para la caza no tienen veneno naturalmente, pero como no íbamos a servirles de comida, tratarían de disparar sus envenenados dardos.

Cierto día, mientras explorábamos la orilla del bosque, uno de nuestros hombres resultó herido en el hueso de la cadera con una lanceta puntiaguda de hierro. Como en el espacio de diez minutos no se volvió morado para morir inmediatamente, nos dimos cuenta que había sido herido con una flecha de caza. Siguiendo el vuelo del proyectil, descubrí al indio amigo escondido en la alta rama de una poderosa ceiba. Cayó como a más de cien pies sobre la madre tierra con una bala en una pierna. Luego procedí a mis cuidados médicos. Me tomó media hora, con el esfuerzo de todos mis compañeros, extraer la flecha. Tuvimos que usar unas viejas tenazas de caballo, nuestro único instrumental quirúrgico. El pobre tipo chillaba y pataleaba como un potro cerril, mientras cinco hombres lo mantenían sujeto.

Durante la tercera y última noche de nuestra excursión, una alarma terrible sumió a nuestro campamento en confusión. Como no teníamos alimento sino para aquella noche y no me agradaba la idea de iniciar el siguiente día con el estómago vacío, cogí una gran tortuga de los llanos, como del tamaño de un sombrero y la escondí al lado de nuestra fogata, asegurándola para que no huyera. Muy temprano los indios empezaron a molestarnos, probablemente porque temían que se les iba a escapar la presa. Habían estado maniobrando ágilmente a través del pantano y tuvimos que disparar algunos tiros para asustarlos. Pero estábamos muertos de cansados y necesitábamos echar un sueño. Apostamos un centinela, colgamos nuestras hamacas y mosquiteros. Nos dormimos. Alrededor de las tres de la mañana, hora favorita de los indios para hacer sus ataques sorpresa, un grito de muerte sacudió el aire. Con seguridad los indios estaban ya sobre nosotros. Lo primero que pensamos fue ir a sacudir a nuestro centinela, temiendo que lo hubiesen matado.

Nos armamos de escopetas y machetes, preparados a cambiarlos por todas las pieles de indio posibles... Pero, no había ninguno por los alrededores. Los gritos escalofriantes venían de Manolo, el centinela. Cansado de estar de pie, se había sentado sobre la cabeza de la tortuga que se había volteado. Ni corta ni perezosa lo mordió fuertemente en una nalga.

Después de mucho vagar alrededor de las sabanas del Estado Apure, por fin dimos con el sitio donde estaba escondido Valentín Pérez en la selva, cerca de las playas del Arauca. Pero surgió la pregunta: ¿cómo podíamos traer a nuestros hombres sanos y salvos del territorio colombiano? Gómez mantenía patrullas montadas alrededor del país y nos quedaban muy pocas municiones. El encontrar alguna patrulla a campo abierto hubiera significado un terrible desastre. Decidí, siendo el mejor de nuestros planes dudosos, abandonar las sabanas del Arauca y reencontrarlas cruzando el campo desde la llanura, incendiando las praderas detrás de nosotros para mantener tan lejos como fuera posible a la caballería de Gómez y a varios otros miserables gusanos que se habían unido para perseguirme.

Teníamos que cruzar el río Yly, pesadamente rodeado de bosques por ambos lados. Siguiendo la línea de un alambrado —el único que vi en aquella región— penetraríamos en un caminito que nos llevaría a través del río al cordón forestal de la selva, suficientemente ancho como para que los caballos pasaran en una sola línea. Cuando llegó la noche empezamos a seguir el rumbo del alambrado. Después de dos horas de camino llegamos. Allí dejé a dos de mis hombres y seguí adelante con Campo Elías para explorar la senda, armados de dos velas prendidas, que hubieran podido resultar inútiles por los tremedales. Después de caminar unos minutos encontramos el río, muy estrecho y llano en aquel punto. Estábamos discutiendo nuestros planes, cuando un pesado cuerpo cayó del árbol bajo el cual nos guarecíamos. Olía a hombre que comía carne sin sal. Cuando se asentó en sus pies resultó ser un gigante guerrero indio. Llevaba en una mano un gran arco con un puñado de lancetas, en la otra la temible macana. Era el jefe de una de las

bandas de numerosos indios que pagaba el gobierno de Gómez. Se dirigió a nosotros en guturales acentos, mezclados con español defectuoso, más o menos en estos términos:

—Jau, já, soy cacique Oahu. ¿No ha visto Nogales-El Tigre? Lo esperamos aquí desde la puesta del sol

Habíamos caído en una emboscada. El más pequeño desatino hubiera significado que docenas de ponzoñosas flechas salieran disparadas en la obscuridad. Contesté en un tono de investigador cansado e indiferente, mientras prendía un cigarrillo con mi vela:

—¿Nogales-El Tigre, dice usted? Hemos estado persiguiéndole todo el día y vimos que se escondió en la selva. No puede estar muy lejos.

Volteándome hacia Campo Elías, que aguantaba la risa gozando el espectáculo, ordené alcanzar nuestro escuadrón mientras sostenía una pequeña charla con el cacique. Campo Elías caminó lentamente, fingiéndose cansado de perseguir al tal Nogales por falsos caminos y por tantos días.

Habría caminado apenas algunos minutos cuando todas las ramas empezaron a mecerse a mi alrededor, descubriendo rostros de indios listos a la pelea. No había tiempo que perder.

Procediendo rápidamente coloqué la punta de mi revólver en las costillas del cacique, luego levanté la vela bien alto y grité:

—¡Tan pronto como una flecha me hiera, disparo...! Dispararé si hay necesidad de disparar y cuando me dé la gana. ¡Yo soy el Tigre Nogales!

No olvidaré nunca los dos o tres minutos que pasaron antes del crujido del matorral aproximando a mis hombres. Durante aquellos lentos acompasados segundos experimenté lo que tal vez fuera la verdadera y única aventura de mi vida.

Era como una satisfacción profunda sentir levantados sobre mí una lluvia de dardos envenenados, apuntados con nerviosos dedos desde el cordel ondulante de los arcos. Y sin embargo, poderme reír en las propias barbas de aquel gigantesco cacique.

A la vista de mis hombres los indios se atemorizaron desvaneciéndose como sombras silenciosas en el follaje. Apenas se escuchaba el susurro de las hojas. Nos llevamos al cacique. Después que cruzamos el río y alcanzamos la sabana abierta, pedí prestadas a mis compañeros una docena de cajas de cigarrillos y se las ofrecí al asombrado cacique, en compensación por la molestia que le había dado. Tras un cálido apretón de manos lo solté. Es buena política en territorio indígena, no matar, a menos que sea en defensa propia. Las noticias de asesinato vuelan más pronto por esos lugares que las de un nocaut en un boxeo en Estados Unidos. Bastantes inconvenientes ya tenía tratando de alcanzar sano y salvo la frontera de Colombia.

Todo terminó finalmente, prendiéndole fuego a las sabanas por cien millas alrededor y manteniéndonos en los borrosos caminos.

Pocos días después fue publicada mi desaparición en la prensa de Caracas, incluyendo *El Universal*, entonces órgano oficial del gobierno, que lamentaba *la trágica muerte del general de Nogales, el más bravo entre los bravos, etc., que había perecido a causa de una flecha envenenada, luchando con los indios goajibos, cuando intentaba fundar un imperio por su cuenta.*

Lo que resultó ser más trágico que mi muerte —aunque con su acento humorístico— fue que al desbandar a mis hombres en el territorio colombiano, despidiéndome con un caluroso ¡hasta luego! o ¡hasta el año próximo! me encontré con una de las numerosas y bien armadas patrullas colombianas que exploraban el campo detrás de mí. En San Rafael de los Llanos pude oír sus silbantes pitos llamando a otras patrullas en su ayuda, para que formasen un círculo a mi alrededor. Para escapar tuve que devolverme por dónde vine. Solo en mi caballo, con una jaca de reserva galopando a mi lado, por los mismos caminos de jaguares, infestados de indios, que había atravesado semanas atrás con Campo Elías y el resto de mi escolta. Corrí sin detenerme, desde la aurora hasta el ocaso, cambiando cabalgadura cada media hora, trotando y galopando alternativamente. Manejándome de ese modo pude deslizarme a través de los indios y llegar por la noche a Rancho

Tigre, cerca de Tame, desde donde habíamos emprendido nuestra búsqueda en torno a Valentín Pérez.

Cuando Nieto y sus vaqueros me vieron llegar sin compañía, creyeron que veían mi fantasma. No hubieran creído nunca que había emprendido solo mi viaje en un día. Una semana después se convencieron cuando vieron llegar a mis hombres que habían seguido mi rastro.

Estando ya el campo libre de patrullares me devolví hacia la cordillera y siguiendo rutas más seguras llegué a Bogotá, donde fui muy bien recibido. Allí cada quien, haciendo muy pocas preguntas, se hacía el desentendido. Los colombianos son caballeros que conocen la honorabilidad de pasar disimuladamente por ciertas violaciones de la ley.

XIII

RASTROS EN LA SELVA

Mucha gente se equivoca al juzgar a los caimanes por los raquíticos especímenes que son regularmente exhibidos en los circos o en los jardines zoológicos. La mayoría de ellos pertenecen a la categoría de los caimanes enanos, típicas criaturas de los terrenos pantanosos de Florida y los ríos del sur de Cuba, cuyos climas semitropicales no permiten que los saurios alcancen las tremendas proporciones a que llegan en las fortalezas selváticas de Suramérica.

Una de mis más interesantes experiencias la tuve en la orilla derecha del Capanaparo en las llanuras del Arauca en Venezuela. Dos llaneros, vaqueros del llano, andaban rondando en una piragua un herboso caño llevando las sillas de nuestros caballos que habíamos perdido en cierta escaramuza con las tropas del gobierno. Al tomar una curva nos encontramos con un amarillento y gigantesco cocodrilo, único espécimen que había visto en mi vida. Estaba roncando tranquilamente a la orilla del río, con sus atrapadoras quijadas sobresaliendo hacia la playa. Instantáneamente tomé mi escopeta e hice blanco en la boca del monstruo. Emitió un terrible bramido y al saltar al río me dio un coletazo y caí al agua, perdiendo el conocimiento. La única cosa que recuerdo de lo que pasó inmediatamente fue la horrible y gigantesca halitosis de la respiración del cocodrilo. Los llaneros me contaron después que me habían arrancado de una raíz donde había quedado atrapado, sosteniéndome debajo

del agua ya para ahogarme, a despecho de sus esfuerzos. Afortunadamente los llaneros pudieron prevenir mi inconsciente intento de suicidio.

Un año después fui atacado por otro enorme caimán. Andaba en balsa por el río Magdalena en Colombia, en una gira de cacería. Un loco ingeniero inglés que trabajaba en las minas Mariquita me retó a pasar con él los rápidos de la Dorada durante el gran diluvio de 1912. Nos encontramos engolfados en un mundo de silbadores remolinos espumosos que envolvían nuestra piragua. El fantasma de las aguas nos abofeteó hasta que finalmente, nos hundió en la corriente principal, desguarneciéndonos de todo, salvo nuestras armas y equipos de campamento, que estaban amarrados a la balsa. Mi amigo británico se conmovió tanto con la experiencia que tomó el primer barco que encontramos, mientras yo continué en la balsa hasta Puerto Berríos, con los muchachos que me acompañaban. Allí de milagro no fuimos impelidos por otro remolino y apabullados por la corriente entre tres barcos fluviales. Por diez días flotamos en el Magdalena, entre toda suerte de maderas flotantes e islotes de húmeda vegetación, viviendo exclusivamente de la caza que hacíamos. No tenía más ropa sobre mí que las piezas interiores y mis dos compañeros estaban casi desnudos. Por las noches acampábamos en los bajíos arenosos del río para huir de los mosquitos.

Una noche, mientras dormía bajo el abierto techo bardado de la popa, que había sido empujado hacia un banco de arena, me desperté sobresaltado al mirar la cabeza de un enorme caimán descansando casi sobre mi estómago. El saurio había confundido nuestra balsa por un trozo de madera flotante y había tratado de saltar a bordo. Mi única defensa era en extremo desagradable. Di tal agudo grito, que debo haber asustado al caimán hasta el paroxismo, porque abandonó rápidamente su descanso y saltó al agua, casi arrastrando con él la piragua.

Este incidente sucedió en la parte opuesta de las montañas Opon, que comprenden la región central de Colombia que se vanagloria de poseer todavía auténticas tribus de indios salvajes. Son similares a los que vagan por las fuertes

selvas del Arauca y Casanare, al pie de las inclinadas laderas de la cordillera del este, en la línea fronteriza entre Colombia y Venezuela.

En cierta ocasión, mientras cruzaba aquellas profundas selvas escuché un terrible alboroto. Al aproximarse cautelosamente a ver qué pasaba, observé a una boa constrictora sostenida por su cola al tronco de un árbol, mientras sus dientes trataban de agarrar al hocico de un novillo de gran tamaño. Cada vez que el infeliz trataba de soltarse, la boa lo recogía de nuevo estirando su cuerpo como una cinta de goma para luego apretarlo en el momento de la relajación. Tan pronto me recobré de mi sorpresa, bajé de mi caballo y con mi afilado cuchillo corté en dos la serpiente. Mientras tanto el ingrato desventurado se vino contra mí, teniendo que refugiarme en el copo de un árbol, con mi único par de pantalones destrozados. Los novillos se parecen a las mujeres en su ingratitud.

Me alegré de que el novillo se salvara, pues siento un profundo asco por las serpientes desde que me vi obligado a comerme una, o parte de una. Pasó en Santo Domingo, mientras avanzaba hacia Dabajón en el tiempo que fui capturado por los haitianos a través de la traidora borrachera de champaña del coronel Marchand. Descansaba en mi hamaca cuando una delgada y verde serpiente empezó a subir por uno de los cordones. Le dije a uno de mis soldados que la espantara; estaba muy enfermo para levantarme. Se negaron, tal vez por superstición. Tuve que saltar, coger la culebra por la cola, tirarla contra un árbol, quebrándole el cuello. De una manera u otra la bestia hirió mi muñeca cuando la lancé al fuego del campamento. En corto tiempo empezó a asarse y a dorarse. Parecía un *Wienerwurst* frito. Por divertirme cometí el desatino de invitar a mis compañeros a comer serpiente, invitación que rechazaron, a menos que yo empezara. Esto en América Latina sienta un mal precedente. Si no apuraba el cáliz hasta el final, me hubieran perdido el respeto. Así que me decidí a cortar una rebanada delgada del lomo de la serpiente. Tenía un gusto agradable, parecido al de la anguila. De todas maneras, no pude olvidar nunca el reino de las serpientes por la ración que me dieron a cuenta.

Me entrego ahora a los recuerdos de aquellos dieciocho terribles días de la primavera de 1914 (durante mi segunda insurrección contra Gómez, el dictador de Venezuela) abriendo nuestro camino con machetes a través de las húmedas selvas vírgenes de El Sarae, medio desnudo, casi agotado de hambre, acribillado por los mosquitos... El único alivio que experimentamos fue oír una vez más los agudos alaridos de los indios goajibos en su grito de guerra cuando nos aproximábamos a los límites bajos del cordón forestal. Como viejos amigos nos saludaron con salvas de lancetas emplumadas que retribuimos con igual cortesía agotando nuestras pobres municiones.

Una interesante riña se llevó a cabo. Los indios empezaron a gritar y cargaron sus grandes arcos con lanzas cubiertas de plumas de guacamayo. Amarillas, verdes y encarnadas. Iban apenas cubiertos de un ligero taparrabos y una bufanda de algodón, negra o roja, atada a sus cuellos bronceados. Era ciertamente un grupo espléndido de musculosos, robustos y hermosos salvajes, mientras los dioses nos miraban como un adefesio, golpeados por la fiebre, descalzos, vestidos con harapos, con armas estropeadas y casi sin municiones... Uno de mis hombres fue herido mortalmente, otro, debido a una raya tenía el pie descomunadamente hinchado. Mis piernas estaban ulceradas de picadas. Llevaba un mes sin afeitarme. Parecíamos salidos del infierno. Nos sentíamos dentro de un infierno. Pero allí estábamos, como los primeros conquistadores que se encontraron con los policromáticos guerreros, listos a lo peor, pero siempre optimistas.

En Tame, a donde llegamos después de aquellos extenuantes días, encontramos a algunos de los viejos hombres del partido que esperaban impacientemente por nosotros. Allí descansamos por una semana, entre el lujo de carne salada y dormir con mosquiteros. Antes de partir para las sabanas del Arauca visitamos una tribu indígena que acampaba en una mata, cuya azulina silueta se dibujaba contra la brillante línea del firmamento de aquel bosque feérico. Íbamos en peregrinación por una medicina. Los indios son buenos médicos. Todas sus enfermedades se derivan de sus selvas y sabanas.

Nuestros compañeros con pies enfermos clamaban por un tratamiento que los aliviara.

Para llegar al campamento indio teníamos que tomar un estrecho camino del bosque, que nos conducía, después de un cuarto de milla, a un gran espacio abierto donde estaba establecida la ranchería india. Varias docenas de inmensas cabañas bardadas aparecieron a nuestra vista cuando desembocamos a dicho espacio. Los indios reposaban en la sombra, algunos en parejas dentro de chinchorros hechos de fibra sedosa de palma moriche. Nos parecía que nos encontrábamos ante una de esas embriagantes fiestas de los indios que duran como quince días. Los bosques de la región los colman hasta la saciedad con la hermosa y dorada palma de vino que destila un licor parecido al champaña y embriaga como un fuerte ron. Para asegurarse una buena cantidad de este vino durante estas largas fiestas, cientos de troncos de palmeras son cortados, tallándoles en el centro unos huecos cuadrados, de seis pulgadas de profundidad, donde las ramas se extienden. Allí se recoge el vino fermentándolo todas las noches y en los días sucesivos. Los indios mantienen los huecos cubiertos de madera y absorben el vino con largos pitillos de caña. Detener una fiesta mientras el vino continúa reproduciéndose es de mal agüero, pues va contra el sentido tradicional de prosperidad indígena.

Las mujeres iban ataviadas con vestidos color canela, sin mangas, hechos de corteza de fibra hasta sus rodillas. Algunas de las indias jóvenes eran muy atractivas. La causa de la festividad era la aproximación de la estación de lluvia, donde los indios pueden viajar en toda dirección en sus ligeras piraguas sobre las inundadas sabanas, asaltando ranchos aislados y matando cientos de cabezas de ganado que se refugian en aquel tiempo en los bancos, o en las islas. En algunos de esos ranchos los llaneros han sostenido grandes luchas inútiles contra esas salvajes hordas que vagan y bogan atacando al hombre y aullando como demonios. Algunos ranchos quedan como pista para aterrorizar a los indios. No siendo hábiles jinetes, les temen a los perros, especialmente a los entrenados sabuesos.

Por un largo tiempo, antes de llegar a la ranchería indígena, sabíamos que éramos observados por centinelas apostados en el copo de los árboles. Pronto nos dimos cuenta de que habíamos sido vistos. Sus señales —especie de cuchillo de las garzas asustadas— vinieron flotando en la brisa a avisarnos. Muchas veces había escuchado por las noches aquel grito agudo, cuyo eco rodaba como un fantasma sobre los caminos de la selva.

A la aproximación de un peligro los indios regularmente desbaratan el campamento y corren o reman por la corriente para construirse uno nuevo. En cualquier parte este puede ser levantado. Estos indios son buenos pescadores y muy hábiles cazadores. Saben cómo captar la máxima eficiencia de sus fuertes arcos y lancetas, que disparan hacia arriba, haciéndoles alcanzar una gran altura. Tal habilidad les confiere seguridad, para encararse con el *brujo chiquito*, pequeña medicina, como llaman al revólver de seis tiros. A menos que estén ebrios no se atreven a enfrentarse al cañón del brujo grande, como apodan al rifle. Normalmente no abandonan el campamento hasta que la selva colindante haya quedado sin posible cacería. Si desbaratan el campamento y toman sus canoas, es inútil tratar de perseguirlos a través de la selva. Para el tiempo en que ha sido borrado su rastro ya han desaparecido. Los indios a quienes habíamos venido a hacerles una visita especial estaban demasiado embriagados como para temernos. Son singularmente susceptibles a perder su valor con el licor. El cacique nos trató amablemente y nos dio la medicina que queríamos. Insistió, sin embargo, que debíamos unirnos a su fiesta y beber en honor de la estación lluviosa. Naturalmente lo objeté. No íbamos en viaje de placer sino en plan de guerra. En menos de quince minutos regresábamos camino del bosque, mientras éramos atacados a diestra y siniestra por furiosos salvajes, por haber despreciado su fiesta. Cubrí el camino sentándome al revés en mi caballo, para dispararle mejor a los aullantes goajibos, que constituían un blanco excelente con sus decoraciones rojas y amarillas. Gritaban, aullaban, sacudían sus arcos y macanas —sus pesados mazos de guerra— sobre sus emplumadas cabezas. Se mantenían en círculo saltando, pateando, prodigando

inconexos gestos, mientras sus indiecitas daban gritos agudos al son de los infernales tambores que mantenían un escandaloso estruendo en el bosque.

Varias millas afuera, después de asegurarnos de que ninguno de los nuestros había sido flechado, tras vendar nuestros golpes y rasguños, nos dirigimos por el camino de una montaña virgen acompañados de un rancharo de nombre Tocaría, que había conocido años atrás, al norte de Casanare. Muchos de los peones que habían tratado de abrir camino a través de esta selva habían muerto de fiebre negra. O habían sido flechados por los venenosos dardos goajibos. Aquellos que alcanzaban las llanuras de Tame siempre estaban enfermos a causa de las torturas de esta selva cruel. Pero teníamos que enfrentarnos a estas calamidades. Era el único sendero por el que podíamos pasar inadvertidos para llegar al Alto Arauca.

Al pie del camino nos encontramos con un cacique y su hijo, tan ocupados en aderezar la piel de un venado, que no se dieron cuenta de nosotros. Invitamos al cacique a echar una caminata, con el lazo alrededor de su cuello y sus brazos atados a su espalda, por si se le ocurría hacer mal uso de nuestra cordialidad. Al joven lo soltamos, ordenándole que informara a los otros indios de que su padre sería tratado con violencia si éramos molestados en nuestro viaje. Este método político resultó excelente. Los primeros dos días de nuestro viaje fueron un placer. Acampamos en una ranchería que los indios terminaban de abandonar, con todos sus enseres. Grandes pailas de hirviente sancocho —caldo con plátano, ñame, carne, pescado, todo revuelto. También encontramos varias calabazas de vino de palma. Olía delicioso. Dejamos que el cacique lo probara primero. Los indios son capaces de ardises dignos del alto refinamiento de los Borgia del Renacimiento. Después que el jefe comió hasta llenarse y fue confortablemente instalado en una hamaca, hicimos nosotros los honores al sancocho. Afortunadamente, como los goajibos no son caníbales, no nos toparíamos con un pie o la mano de un hombre en el caldo, como le aconteció al general Azuaje en las montañas de Opon, al este del Magdalena.

Al día siguiente, muy temprano, encontramos una gran campana de cobre. El último vestigio, tal vez de la iglesia de los jesuitas, construida allí mismo cuando parte de este bosque formaba la orilla del cordón forestal. Estos bosques avanzan constantemente, creciendo dentro de las llanuras a través de centurias.

El escenario que nos rodeaba era hermoso. Oscuros, silenciosos y primitivos bosques vírgenes completamente inexplorados, habitados solo por jaguares, monos, tapires, leones y toda clase de reptiles e iridiscentes insectos. Un espectáculo maravilloso. Enormes mariposas multicolores, azules, marrones, verdes, volaban libremente en el follaje entre umbrosas cascadas cubiertas de orquídeas y parrales. Cuando el sol las tocaba parecían traspasadas por alfileres de oro. Al tercer día nos dimos cuenta de que los indios nos seguían a cierta distancia. Al principio se habían mantenido silenciosos husmeando nuestras huellas, pero luego no pudieron sostenerse por más tiempo anónimo y empezaron a dar alaridos. Una o dos veces prendieron fuego a la maleza delante de nosotros, pero estaba muy mojada para hacer candela. El cacique rompió el silencio que había guardado desde su captura. Se dirigió a nosotros en un perfecto español y nos informó que los indios hacían aquel ruido porque estábamos dejando atrás sus terrenos de cacería. Me miró malévolamente mientras explicaba que en el lado opuesto del arroyo empezaríamos a cruzar el territorio de una tribu rival, que seguramente le darían muerte si retornaba solo por esas tierras. Como se había comportado correctamente, le hicimos prometernos su amistad. Le ofrecimos algunos presentes, apretamos su mano. Lo dejamos partir. Continuamos nuestro viaje, redoblando nuestra vigilancia.

Hacia el cuarto día llegamos a las llanuras del Arauca, no sin haber tenido antes una refriega con una banda de indios que hirió a uno de mis hombres. Dejando el Amparo a nuestra izquierda, nos dirigimos hacia el este, con la intención de tomar por sorpresa el pequeño pueblo fronterizo del Viento. Viajábamos solo de noche, durante el día nos ocultábamos en una mata o en

el cordón forestal de la playa del río. Y nos apartábamos de todos los hatos, de modo que nuestro progreso no pudiese ser informado.

Una tarde, mientras descansaba bajo un gran árbol de guayabas cerca de la orilla de una isla forestal, mirando un caimán de gran tamaño en un pantano, observé a un toro de cachos color melaza, que avanzaba en mi dirección. Estaba demasiado cansado para saltar al árbol. Preferí quedarme tras el espesor de una mata de piñas silvestres, esperando retornar a mi sitio tan pronto el toro pasara. El toro pasó y olfateó el lugar donde yo descansaba. Desde el momento que captó el olor del hombre-bestia, lanzó un lento y desafiante mugido. Escarbó la tierra furiosamente con sus patas delanteras, probablemente maldiciéndome con toda suerte de calificativos... Pero, alguien se lo tomó para sí. Instantáneamente, con la velocidad de un rayo, un gran jaguar saltó del árbol, bajo el cual había estado descansando, y aterrizó en el cuello del toro.

Por un momento vi apenas como un rollo que giraba como un remolino dentro de una nube de polvo echando espumas, dando arañazos, formando tal lío que era difícil adivinar dónde estaba la cabeza o la cola. Luego, con un feroz rugido, el jaguar fue lanzado por el aire. Cuando cayó al suelo, de nuevo fue lanzado arriba por el furioso toro que lo convirtió en bistec con salsa tártara. Pero el toro había recibido también varias heridas en la batalla. La sangre manaba copiosamente de su cabeza. Su cuello y sus flancos habían sido desgarrados. Parecía lleno de pimienta. Lanzó otro mugido y se marchó orgullosamente. Desde mi escondite saludé con mi sombrero a este héroe sangrante de nuestras praderas. Esto sucedió en las sabanas de La Maporita, donde aquella noche cortamos el alambrado a fin de pasar a mis propias sabanas de Santa María y Mata Azul. Estas sabanas poseen setenta millas cuadradas y ocupan un largo espacio del territorio colombiano a la derecha del río Arauca. Ahora estaban vacías. La casa del rancho había sido destruida. El ganado había sido llevado al territorio venezolano, por soldados disfrazados de vaqueros, a enriquecer a Gómez y a sus secuaces.

Cerca del rancho de la capilla, donde llegamos tres días después, nos encontramos con una tribu de indios goajibos, que inmediatamente desplegó sus fuerzas para atacarnos. Nos sobrepasaban en número diez veces. Parecían estar listos a la batalla que hubiéramos aceptado en diferentes condiciones. Pero ahora teníamos que impedirla a toda costa. El ruido de un tiroteo hubiera atraído la atención de nuestra presencia al cuartel del Viento, que intentábamos atacar al día siguiente.

Mientras mis hombres se escondían detrás de unos troncos, yo no dejaba de levantar la cabeza con mi mano levantada hacia los aguerridos guerreros, que se mantenían saltando y gritando frente a nosotros con sus flechas envenenadas y sus arcos tensos. Un indio alto, que parecía ser el cacique, tiró de pronto al suelo su arco y su macana y se plantó frente a mí saludándome cordialmente:

—¡Jau já!

Era mi viejo amigo, el jefe Oahu, el hombre que había encañonado con mi revólver por cinco minutos una noche del año anterior, cuando él y sus indios a orillas del río Yly, me tendieron una emboscada.

Aunque su actitud era austera y fría, el modo como había apretado mi mano demostraba a las claras que estaba agradecido por haberle salvado la vida, cuando en verdad hubiera podido dispararle.

Aquel acto de clemencia nos habilitó en el último momento a cumplir nuestro propósito. Tomar el Viento por sorpresa y establecer, como explicaré después, un honesto gobierno revolucionario en los ricos estados ganaderos de Apure y Zamora que mantuvo victoriosamente su campo de batalla contra el régimen de Gómez por mes y medio, hasta que el estallido de la guerra mundial me obligó, por razones patrióticas, a suspender temporalmente las hostilidades. Por lo menos... *hasta mañana*, lo que quiere decir ¡hasta cualquier otro día!

XIV

NOCHES DE LA SELVA

En cierta ocasión, durante aquellos días de aventuras, un pelotón venezolano de infantería montada estuvo persiguiéndome de cerca. Me escurrí prendiéndole fuego a la sabana, dejando tras de mí una gigante barrera de retorcidas y chisporroteantes llamas que obligaron a mis perseguidores por salvar sus vidas a lanzarse a las bajas lagunas o a uno de los muchos pantanos y afluentes del río Yly.

Cuando terminé mi tarea incendiaria volví al bosque. Apresuré mi camino a través de la ancha franja de yerbas gramalote que rodea la orilla izquierda del río Arauca como una ancha cinta de esmeraldas.

Era un paraíso de serpientes, aunque también estaba habitado por caimanes de todo tamaño y color, como por los grandes jaguares moteados que eran el terror de los circundantes hatos de ganado. En Rancho Tigre, se habían matado más de ochenta jaguares durante los dos primeros años de haberse iniciado su construcción. Los jaguares habitualmente permanecen en los pantanos rodeados de yerba hasta que cae la noche, cuando el hambre los hace moverse, roncando y rugiendo en busca de matanza. También cuando la yerba es incendiada por los indios. Entonces sus robustos cuerpos manchados caen abatidos, asaeteados por cientos de envenenadas flechas.

Viajé rápidamente por dos días. Frecuentemente tuve que abrirme paso a través de la espesa maleza, cortándola con mi afilado machete. Solo cuando

el sol descendió por el oriente fue que decidí tomarme un descanso de unas horas. Tanto mi caballo como yo estábamos extenuados. Habíamos viajado a un trote veloz. Apenas había comido, por la simple razón de que no me atrevía a disparar sobre una vaca o un venado, por temor a atraer la atención de mis perseguidores. Seguían mis huellas como una manada de sabuesos.

Para facilitar nuestra retirada, porque con mis compañeros revolucionarios seguía el predicamento de sálvese quien pueda, nos separamos en diferentes direcciones con la intención de encontrarnos algunos días después de nuestro acostumbrado *rendez vous*: Rancho Esmeralda, cerca de la laguna de Término.

Mi orientación era la estrella de la tarde, que brillaba tímidamente en el firmamento. Caminé por un estrecho sendero de la selva. Desmonté y solté mi caballo. Colgué mi hamaca y mi mosquitero.

Infortunadamente no podía prender el fuego a causa de mis perseguidores. Tenía que correr el riesgo de recibir una visita imprevista en la obscuridad de los rondadores nocturnos, cuando cayera rendido de sueño, bajo la sola protección de una malla de tul. Pensaba permanecer allí hasta las once, cuando la luna estuviera bien clara para otear el sendero hacia Rancho Esmeralda. Estaba seguro de que allí me darían algo de comer. El propietario, Toribio Tejera, era nuestro partidario. Además, mi amigo.

Repentinamente me desperté con la sensación de que había dormido más de la cuenta. La luna había casi alcanzado el cenit en el cielo azul marino, dándole horas de ventaja a mis perseguidores que no debían estar muy lejos.

Cuando estaba sentado a horcajadas en mi hamaca, frotándome los ojos, repentinamente levanté mi revólver, permaneciendo alerta en la profunda oscuridad que me circundaba. Los rayos de la luna atravesaban el espeso follaje semejantes a diminutas flechas de plata, mientras se escuchaba el canto de numerosas ranas en los pantanos cercanos.

Cada nervio de mi cuerpo lo sentía tenso como la cuerda de un arco. Había sentido el temible *sheiro*, como dicen los brasileños, o el olor del tigre, como apunta el hombre del llano. Me había llegado en la brisa nocturna aquel

almizcle particular, característico en todas las salvajes criaturas carnívoras de la selva, especialmente de la familia felina.

Mientras permanecía sentado en la hamaca, armado de mi revólver y mi machete, listo para actuar, miré a través de la transparente malla del mosquitero dos sombrías figuras que parecían complacerse en dar vueltas a mi alrededor. Se detenían aquí y allá para tornar a mirarme de un modo demoníaco. Sus ojos fosforescentes fijos en mí como dos pares de brillantes gemas. A primera vista me sentí temeroso de aquellos ojos. Luego me di cuenta de que de nada me valdría tener miedo. Alisé mi erizado cabello, mordí la piel de mis estremecidos labios, me senté inmóvil, recto en mi hamaca, siguiendo gradualmente con la mirada las sombrías e inquietas figuras, con mis ojos a derecha e izquierda, hasta que los jaguares desaparecieron poco a poco de mi vista.

Volví a captarlos, mi cabeza volteada hacia el hombro derecho. De nuevo y de nuevo los seguí con la vista, temeroso de mover mi cuerpo. Solo mi cuello y mis pupilas se balanceaban con rítmica y monótona regularidad. ¿Cuánto tiempo permanecí así? No lo sé.

Me sentí despertar con el naciente sol caliente sobre mi rostro. Mi caballo relinchaba ante mi mosquitero, pidiendo que lo ensillara. Su redondo vientre comprobaba que había tenido una comida completa y un buen descanso. Lo envidié. Mi estómago lo sentía tan hueco como un barril vacío. De repente recordé mi pesadilla; aquellos ojos fosforescentes sobre mí. Al solo pensamiento sentí un escalofrío, luego tuve que reír a despecho de la vecindad de mis sabuesos. Detuve mi risa cuando alcancé a ver mi revólver con el cañón montado, tirado sobre la yerba, bajo mi hamaca. ¿Por qué permanecí con el gatillo levantado?

Instintivamente salté de mi hamaca. Al caminar unos pocos pasos me quedé atónito de la sorpresa. Allí estaban marcadas las huellas de dos grandes jaguares. Me habían dado vueltas y vueltas hasta la madrugada, dejando un perfecto círculo de profundas pisadas alrededor de mi sitio de descanso.

Si mi mosquitero hubiera sido gris, o marrón, en vez de blanco, otro hubiera sido mi destino aquella noche. Lo que salvó mi vida fue el suave balanceo de la frágil cortina de punto que asustó a los dos enormes felinos y les hizo proferir roncós rugidos, como consultándose el uno al otro si consideraban prudente la oportunidad. Es decir, si debían saltar sobre el detestado hombre- bestia bajo aquel blanco anillo que se pandeaba y mecía y mecía misteriosamente en la nocturna brisa. A mi entender, cuando yo movía mi cabeza a todos lados, siguiendo con la vista las móviles sombras, mis nervios ópticos finalmente, se relajaron debido a la tensión nerviosa. Mis ojos se cerraron gradualmente como en una sesión hipnótica. Caí en profundo sueño.

Di gracias a mi buena estrella. Ensilé mi caballo, cabalgué todo el día y toda la noche hasta la siguiente mañana, cuando por fin me desmonté en Rancho Esmeralda. Allí devoré dos libras de carne asada en un abrir y cerrar de ojos. La mayoría de mis hombres estaban esperándome.

Decidimos retirarnos temporalmente a Colombia cruzando el territorio salvaje de los indios en la alta margen del río Olo, donde no se atreverían a ir las tropas venezolanas. Antes de partir tuvimos el placer de encontrar un pelotón de infantería que estuvo persiguiéndome durante tres días.

Cuando aquellos pobres diablos penetraron en aquel sitio amenazante e inseguro que les habíamos preparado, se volvieron tan cobardes como el par de gatos salvajes que me visitaron aquella noche. Cuestión de vida o muerte. Ni uno escapó. La memoria de esta escaramuza, semejante a una carnicería, quedó fija en mi retina como uno de esos crueles fantasmas que asaltan el sueño de todo soldado.

Nuestro viaje a través del territorio indio resultó más peligroso de lo que imaginábamos. Continuamente teníamos que batirnos contra numerosas bandas de indios merodeadores, excelentes luchadores. Mataron media docena de nuestros hombres antes de que pudiéramos dispersarlos, prendiéndole fuego a las sabanas circundantes.

Nuestra primera noche de descanso la pasamos a campo abierto. Estábamos tan fatigados que hasta nuestros centinelas se quedaron dormidos. En la madrugada uno de nuestros oficiales me mostró el profundo rastro de un inmenso jaguar que nos había visitado la noche anterior. Aquellas huellas cruzaban el campamento en toda dirección. Demostraba plenamente las veces que el jaguar se había detenido ante nuestros soldados dormidos, sin atacarlos.

Lo más curioso de todo era que el misterioso gato había penetrado en nuestro campamento sin asustar a nuestros caballos, que estaban amarrados muy cerca, en la vecina arboleda. ¿Por qué los caballos no habían tratado de huir, o no habían formado el infernal escándalo acostumbrado cuando sienten la proximidad del jaguar?

Las huellas estaban frescas. Además, la mayoría de mis hombres eran experimentados llaneros que podían leer en el rastro de un tigre como en un libro. ¿Por qué, pues, aquel jaguar-fantasma había recorrido nuestro campamento como casa propia, sin que los caballos se dieran cuenta? He aquí otro misterio de la selva que siempre me ha intrigado.

Finalmente, después de tres o cuatro semanas de alimentarnos con lo que encontrábamos eludiendo las flechas envenenadas, tomamos el pie de la cordillera para llegar pronto a la más cercana ranchería a comer completo y echar un sueño. Estábamos muertos de fatiga.

En diciembre de 1913, el Mocho Hernández, cabeza del Partido Nacionalista, y yo, dueño de mi voluntad, ductor de mis buenas intenciones y jefe de cuanto hombre valiente o insatisfecho se cruzara en mi camino, habíamos concebido un plan perfecto para invadir a Venezuela a fin de derrocar la dictadura de Gómez en su quinto año de gobierno. El general Hernández entraría por la Guayana Británica mientras yo, si la suerte me ayudaba, esperaría en cierto punto imprevisto de la frontera colombiana, probablemente en las llanuras del Arauca y Casanare.

El general Hernández, Por lo tanto, tendría que reclutar y luchar hacia el este. Yo tendría que dirigirme, reclutar y combatir hacia el oeste. Nos encontraríamos donde la suerte lo deparara para ver lo que se hacía. Mientras aquello debía llevarse a cabo no habría modo de vernos ni de ponernos en contacto.

Cuando me despedí aquella vez del general Hernández en un deslumbrante restaurant de Broadway, donde nos citamos, solo Dios sabía en qué parte de la llanura de Venezuela nos veríamos de nuevo.

La frontera colombo-venezolana, a través de sus miles de millas, está saturada de exilados venezolanos que ganan a duras penas para llevar una vida honesta o pintoresca, alimentando sus defectos a tal punto, que no pueden ser distinguidos de los defectos del país. Mas, sintiéndose seguros de que tarde o temprano se volverán gobierno.

Siempre ha sucedido así. Volverse gobernante en un país como Venezuela es extremadamente importante. Lo contrario significa vivir en el infierno.

A lo largo de esta delgada línea de rebeliones, peleando con una docena de generales, mis amigos se multiplicaban cada día. El núcleo que en el mundo exterior era llamado manada de bandoleros o ejército de libertadores, esperaba que me levantara en armas en un tiempo indeterminado en un lugar desconocido. El gobierno de Colombia tenía un convenio con Venezuela de vigilar y limpiar la frontera de focos revolucionarios. Se había intentado mantenerlo en forma estricta. Pero muchos oficiales colombianos eran adictos a nuestra causa revolucionaria.

Por lo tanto, me habían advertido mantenerme a cuarenta leguas de la frontera, bajo pena de arresto si forzaba la barrera. Lo que me obligaba a iniciar las operaciones solo y muy adentro del territorio colombiano. Dicha amenaza me la había comunicado un maduro coronel, entre el calor sofocante de un Café de Barranquilla, donde me había invitado a tomarme un helado. El coronel me expresó su privada opinión de Gómez, disculpándose ante mí por el obligado cumplimiento de su deber y terminando por decirme las órdenes que tenía de no perderme de vista.

Por ahora iba a dormir la siesta. Sin perder tiempo, a las dos horas estaba yo recorriendo el Magdalena en un barco maderero movido por una caldera alimentada con leña, envuelto en una inmensa nube de humo. Según pude observar, estaba bajo vigilancia de un empleadillo de consulado de Barranquilla que deliraba con traicionarme por una gran suma de dinero. Jugué dados con él. Lo cual pronto lo incitó a hablar de sí mismo como hombre importante.

Claro, uno no puede obligar a estos policías tropicales a comentar su importancia sin hablar antes mal del gobierno que los mantiene. Se creen tan imprescindibles como para asegurar que su inteligencia no ha podido ser reconocida por el gobierno actual, pero guardando siempre la reserva de que tal vez un gobierno venidero comprenda lo que valen. Y, ¿quién puede asegurar

en estas regiones que en ese preciso momento no se esté conversando con el propio futuro Presidente en persona?

Cuando el barco se había deslizado trescientas millas sobre el río, me di cuenta de que mi libertad estaba en sus manos, pero como le sobrevino un ataque de malaria, prefirió resguardarse en el camarote hasta que le pasara. A través del hueco de la cerradura lo vi tomando un gran vaso de ron caliente y describiéndole al doctor algo que por el movimiento de sus manos parecía ser las caderas de alguna encantadora dama. Aquella noche la pasé en uno de los numerosos depósitos de madera que rodean la playa y reaprovisionan a los barcos fluviales.

La madrugada siguiente me cogió con mi maleta en el centro del Magdalena vestido como un peón —alpargatas, calzones enrollados estilo poncho, machete y revólver en la cercana ranchería de la Gloria. La única posible sospecha sobre mi persona era una pluma-fuente, la cual había encontrado a veces mucho más útil a mi bienestar que mi revólver de seis tiros.

Como la luz del sol no era muy acogedora para mi libertad y mi salud, decidí hundirme inmediatamente en las tierras pantanosas del Magdalena. Por tres días anduve en la selva. Ascendí la meseta, crucé la sierra de Chinacotales, el escenario de las famosas marchas de Bolívar. Siempre evitando los pueblos llegué cerca de Pamplona. Cuatro de mis hombres esperaban por mí en una hacienda cerca de la ciudad. Estaban bien equipados y pertrechados.

Este fue el primer cuerpo de mi ejército. Durante nuestras cuatro semanas de arremetida a la frontera de Venezuela, tres de ellos se volvieron miembros de mi personal y uno mi ordenanza. Conocían el país tan profundamente como yo, y podían fácilmente convertirse en buenos oficiales mientras durara la batalla en aquel bosque peculiar de regiones pantanosas, utilizando las tácticas en las cuales eran tan experimentados.

Los hombres que hacen su vida en aquella perenne línea de batalla han aprendido a reconocer el sistema administrativo de la ciudad por características exteriores, así como adivinamos las intenciones de alguien en un movimiento

inconsciente o en una palabra involuntaria. Es la sabiduría del indio revolucionario a través de cien años de progreso.

Faltaban dieciocho días para sumergirnos en las sabanas del Arauca y en los grandes bosques que nos habían tratado tan rudamente. Partimos hacia el vasto mar de yerba quemada como si fuéramos salvajes que hubieran soltado de una jaula. Casi nada nos distinguía de la fauna de la selva, como no fuera nuestro ideal revolucionario y nuestra mala salud. Bajo tales circunstancias un ejército de mil hombres puede titubear, o ser llamado a consejo para debatir. Pero, ¿por cuál urgente razón pueden cinco hombres titubear? Decidimos proceder como fuera.

Al enviar un mensajero a Tame por alpargatas, tuve noticias de los compañeros que me esperaban. Era el viejo Jerónimo Domingo y sus dos hijos. Jerónimo había sido un rancharo de la frontera hasta que el gobierno conociendo su *lealtad y patriotismo* lo había tomado como cabecilla para que acampara soldados en sus tierras. Como los soldados querían ganado y lo preferían fresco, Jerónimo optó por conducirse impatrióticamente. Naturalmente fue expulsado de la ciudad.

Jerónimo, hombre perspicaz, solo necesitaba de la pobreza para volverse sabio. Ahora estaba convertido en el filósofo de Tame. Amable e inescrutable curandero, que había adquirido algunas pocas cabezas de ganado y que resolvía los problemas domésticos con dogmático sentido común.

Según Jerónimo, diez hombres nos esperaban en el pequeño pueblo de Cabuyare, cerca de la frontera. Ellos tendrían noticias del próximo grupo.

En Cabuyare recluté a mis diez hombres, bien equipados, pero me desalenté cuando supe que habían perdido contacto con los otros grupos. La policía colombiana había estado muy activa en esta región.

Decidí cruzar la frontera en la primera oportunidad. Levantarme en armas sobre el suelo venezolano. Dejando mis hombres a cierta distancia, fui a hacerle una desconcertante visita a mi amigo el jefe político del pueblo de Arauca en la frontera colombiana. Era un amigo, pero no un revolucionario. No se

decidiría a arrestarme, pero seguramente no dejaría de hacerse agradable a sus colegas del lado venezolano del río, previniéndoles de mi presencia en las cercanías del Arauca. Se sorprendió mucho cuando me vio. Probablemente no entendió mi visita, excepto para calificarme de hombre-demonio que no temía a los riesgos, como era mi reputación.

A cualquier precio había logrado lo que quería. Salí precipitadamente al pueblo fronterizo del Viento, a cien millas del río. Cuatro días después de abandonar Arauca avanzaba lentamente bajo una noche estrellada hacia la calle principal, de aquel pueblo, entonces mitad colombiano y mitad venezolano.

Dos vaqueros, montados en caballos blancos, para que pudieran distinguirse en la obscuridad, cabalgaban a cien pasos delante de mí. La llanura se quiebra aquí en islas forestales y sabanas pantanosas, suministrando excelente protección a una pequeña fuerza. El aire estaba lleno de fosforescentes cocuyos dando la impresión de que uno iba avanzando como un jinete mítico, sobre un paisaje de astros.

¡He aquí la ciudad!

Uno de los vaqueros retrasó su paso para anunciarla. Remolinos de arena nos impidieron observarla por unos momentos, hasta que vimos la negra silueta recortada en el filo de la madrugada.

No había tiempo de escaramuzas. La ciudad estaba tomada. Mientras galopábamos en formación abierta a las primeras casas, los cocuyos volaban por todas partes como si el cielo se hubiese roto. A los pocos segundos de dar muerte al centinela, yo golpeaba las puertas del cuartel que estaba del lado venezolano, con la culata de mi fusil.

Hubo algunos disparos desde las ventanas. La mayoría de los soldados pasaron a Colombia a través de la calle, donde fueron desarmados y encarcelados por las autoridades. No parecía importarles las implicaciones políticas de su derrota, pero se molestaron profundamente cuando supieron que habían sido vencidos con diecisiete hombres.

Pasé el día organizando el nuevo gobierno del Viento. Nombré a un revolucionario como jefe civil y otros como agentes de la aduana. Prohibí el saqueo. Me abstuve de la costumbre pomposa de establecer el gobierno de Venezuela en el acto y tener fuera de la ley a toda la república más allá del pueblo que había capturado. Ningún proyecto se pondría en práctica por ahora. El general Hernández debía estar avanzando con bastante éxito para establecer dentro del país un gobierno eficiente, por lo que me parecía absurdo un duplicado.

Cuando cayó la noche mis fuerzas habían aumentado considerablemente. Mis hombres tenían buenos caballos, pero estaban deficientemente armados, con inadecuadas municiones. Decidí atacar con ellos La Trinidad, un pueblo ganadero, treinta millas al noroeste. Como no había posibilidad de municiones en la frontera colombiana, las tomaría de los parques de Gómez.

El gobernador Mogollón, en el Estado Apure, no había demostrado ninguna actividad. Su posición en San Fernando, capital del estado, era probablemente muy fuerte como para abandonarla. Allí, supe después, contaba con dos regimientos y dos barcos fluviales armados.

Viajamos toda la noche en las abiertas sabanas alrededor de cien hombres en estrecha pero irregular formación. A su cabeza yo parecía un vigía en la proa de un barco. Hacia la madrugada, cuando nos informó un indio que no podíamos tomar La Trinidad antes de rayar el alba, seguimos el camino del bosque. Una mata a algunas millas de nuestra derecha. Después de explorar minuciosamente nuestro refugio, levantamos nuestro campamento no lejos de nuestra línea de avance. La casa de un hato podía verse en la distante neblina.

Decidí llegar hasta su patio, dispuesto a capturar o dispararles a todos los testigos que hubiere a mi paso. Me encontré allí con un viejo amigo, uno de los numerosos encubridores de la revolución de la región, en cuya discreción podía confiar. Me dio comida y doce peones, su única ayuda; ambas cosas para fortalecer mi ejército y evitar habladurías. Con mis fuerzas que llegaban hasta ciento diez hombres, me lancé a luchar en la negruzca sabana.

Aquí tuve la oportunidad de hacer grandes observaciones respecto a mis hombres. Eran peones, vaqueros y boteros. Conocía personalmente a media docena de guerrilleros inspirados e inducidos en la interminable aventura. Ellos salían fiadores por los demás. En la lealtad de los otros confiaba empíricamente, aprovechando la oportunidad que siempre debe ser tomada en cuenta en estos casos. Una acción común para un mismo propósito. Tres o cuatro espías que encontramos entre la tropa se fueron sin chistar. Esto tenía que ser descontado de antemano. Tener los ojos muy abiertos, disparando contra los sospechosos si fuere necesario.

Ningún movimiento de tropas fue informado por mis centinelas hasta la puesta de sol. Los oficiales de Mogollón, que llenaban la ciudad, creo que estaban sufriendo de la peculiar dolencia de los soldados de Gómez: mala conciencia. Una tropa del gobierno, vista alrededor de las cinco, consistía en varios hombres a caballo galopando bajo la aurora. Mi vigía informó que parecían no sospechar nuestra presencia en la mata y que probablemente pasarían de largo. Concebí un mejor plan.

Dejando un pequeño destacamento bajo el comando del Catire, un bronceado y viejo guerrillero de pelo colorado, me fui con el resto de mis fuerzas a Caño Mojadito, que estaba a seis kilómetros de La Trinidad. Cuando llegamos al caño que teníamos que pasar a nado, fui el primero que se lanzó al agua. Ordené rudamente al comandante de seguirme. Tuve que hacer esto en forma dramática por el peligro que significa cruzar los ríos de aquella región. Están infestados de temibles caribes, que pululan en manadas de miles y son atraídos por el olor de la sangre fresca. Cualquier rasguño es suficiente para atraerlos. Ninguno de mis hombres tenía heridas, pero casi todos, teníamos rasguños en nuestra piel.

Sin embargo, estos hombres poco dispuestos a ser usados como botín de guerra, nunca toman un riesgo si su comandante no lo toma primero. Es el primitivo argumento de los llanos. El argumento que Bolívar conocía muy bien. El argumento que no saben usar los bien afeitados, de relucientes zapatillas

de charol y doradas charreteras, generales de Caracas. En medio minuto toda mi tropa estaba chapoteando en las fuertes corrientes, maldiciendo o riendo frente al rostro del peligro, del cual eran incapaces de protegerse. Como lo quiso nuestra buena suerte, la corriente fluyó diagonalmente a nuestro favor y nos llevó rápidamente hacia la orilla opuesta. Conté mis hombres. No faltaba uno.

Cuando tocamos tierra ordené hacer un alto, pues estábamos todavía a doscientas yardas de La Trinidad. Pude ver una patrulla del gobierno tomando posiciones a la orilla de la ciudad. Un grupo rompió la puerta de una casa, para colocar una ametralladora en la ventana. Una mujer gritó.

Entre un chisporroteo de fuego mis hombres corrieron a la colina. Sin preocuparnos del resultado, nos movimos rápidamente hacia la izquierda y entramos en La Trinidad, prácticamente en el lado opuesto más allá del flanco del gobierno. Cuando galopamos hacia ellos por detrás, a lo largo de la ancha calle de la sabana, se dispersaron y escurrieron en todas direcciones. Los atacamos en la retirada.

Algunos de ellos corrieron en forma recta y fueron muertos. Los demás parecían haberse desvanecido en el aire. Todos los oficiales y soldados del gobierno que pudimos agarrar fueron encarcelados en la jefatura. El resto se dispersó por la ciudad, otros se presentaron a solicitar trabajo en mis fuerzas, descargando así a La Trinidad del problema del desempleo. Hacia el final de la ciudad, donde se había efectuado la batalla, el suelo estaba atestado de rifles y cananas.

El Alcalde vino a ofrecerme una pequeña suma de dinero para mis hombres a nombre de la municipalidad. Nombré un jefe civil para que guardara el orden de la ciudad, entregándole diez rifles. Luego le di a mi tropa cinco horas para que durmiera, una para emborracharse y dos para recobrar el juicio. Partimos a la caída del sol.

En el despacho telegráfico encontré informaciones vagas sobre Nogales. Se suponía que estuviera en el Alto Arauca. El aparato del telégrafo resultó inútil

para mí. No teniendo la clave no podía enviar engañosos mensajes. Como no confiaba en el operador, eché abajo su maquinaria.

Estaba listo para partir con ciento quince hombres y suficientes armas. Podía dirigirme a Palmarito, hacia el norte, o hacia Uncein, al este, lo cual me hubiera puesto a corta distancia de San Fernando, que era mi objetivo. Como tenía que concebir una rápida desviación para ocultar la pequeñez de mis fuerzas, me decidí por Palmarito. Desde Palmarito, por el Apure, que cae en el Orinoco cerca de San Fernando, está bastante cerca la capital del estado. El gobernador Mogollón, al oír que estaba en Palmarito, en la ruta del río, enviaría diversas fuerzas para bloquear mi avance sobre el Apure. Mientras tanto yo trataría de estar lo más lejos posible.

Decidí avanzar sobre Palmarito desde el oeste, es decir, desde el lado más lejano de San Fernando, tocando el Apure al pie de la cordillera. Eso significaba toda una noche de marcha sobre la sabana, luego una cuidadosa aproximación a través de la selva, bordeando el río. Estaba seguro de que en aquella selva encontraría bancas de estrepitosos indios que podrían o impedir mi avance o ser mis aliados. Dependería de la calidad del licor que estaba consumiendo.

Toda la noche mis fuerzas marcharon hacia los llanos, aunque intimidadas ahora ante las noticias de que los ríos habían crecido. Cuando los ríos crecen, las llanuras se vuelven inmensos lagos donde solo se ven las manchas de las matas, que parecen islas, cortadas aquí y allá por lengüetas de tierra que dan la impresión de bancos de arena. Por este tiempo es cuando los indios surgen de la selva en canoas y roban ganado a su antojo. Solo los llaneros pueden rivalizar con ellos durante esta estación. La caballería del gobierno es completamente inútil en estos llanos inundados.

Al pie de la cordillera estuve cerca de la frontera del Estado Táchira, donde nacieron con éxito las dos últimas revoluciones. Eustoquio Gómez, el primo del dictador, me estaría esperando con sus chácharos y hubiera sido tonto de mi parte ponerme a luchar frente a fuerzas superiores en la cordillera. Pronto

penetré en la selva del río, manteniéndome fuera de la orilla y dirigiéndome hacia Palmarito.

Después de una marcha de dos días plantamos nuestro campamento a media milla del río. Un sitio ideal donde cuatro o cinco jinetes podían pasar de frente entre los árboles. Allí me encontraría con un enemigo posiblemente más poderoso que todos los ejércitos de Gómez: la leyenda indígena.

Las *Mancaritas* o *Patasolas* son seres que ningún hombre ha visto cuando echa su historia, pero han sido oídas por todos los que toman este camino a través de la selva oeste de Venezuela y los bosques del este de Colombia. Emiten un largo y penetrante lamento que parte el alma como una llamada del otro mundo, lo que hace pensar inmediatamente en terribles acontecimientos. Niños moribundos, vampiros hambrientos, almas del purgatorio. Los indios creen que piden oraciones. Con la falta de eterna lógica inherente en todas las leyendas primitivas, también dicen que toman la forma de seres semihumanos, que caminan en un solo pie y cuyas mujeres tienen un solo seno.

Cuando el bosque se incendia, las *Patasolas* salen al campo a buscar pareja. Las hembras buscan varones, los varones mujeres, que nunca vuelven a ser encontrados en la selva. La única manera de mantenerlas lejos es colocando en el suelo algo que contenga acero, con la punta hacia arriba. Creo que esta leyenda debe tener su origen en las tribus matriarcales que vagaban por el alto Amazonas en tiempos de la conquista, mezclada con la teología católica y el temor inspirado por las armas de acero de los conquistadores. Después de algunas horas de descanso y de un desayuno rápido con caimito y café, volvimos a abrir una vez más nuestro camino a través de la selva.

Los traqueteos de nuestro machete más parecían los de unos madereros en acción que los de una tropa en marcha. Nos afanábamos por cortar los árboles que impedían nuestro camino. El efecto era como el de un bosque bajo el peso de una ametralladora captada lentamente por una cámara. Estos cordones forestales son bosques oscuros, silenciosos, primitivos, con sus grandes y

apretados árboles gigantes que forman un techo misterioso donde el sol entra sigilosamente.

Los jaguares rugen de cada lado. Innumerable variedad de monos nos siguen en el camino desde la copa de los árboles. Silban los turpiales y extienden sus plumas amarillas y negras como elegantes abanicos de reinas. Las serpientes dejan el encaje de sus trazos por tierra o permanecen observándonos desde la maleza. Gigantes mariposas azules, del tamaño de la oreja de un elefante, revolotean bajo los rayos del sol, brillando entre la oscura sombra verde.

Los indios goajibos de esta región merodean cuando pueden y llevan en los sitios más sofisticados lo que se llama una vida honesta fuera del río y del bosque. Era el final de la estación de calor. Los ríos empezaban a crecer con las lluvias de los andes. Pronto se inundarán las sabanas y el ganado se refugiará en los bancos o islas. Los goajibos pasarían los llanos en canoas, inmunes a la caballería del gobierno, acorralando las bestias en los bancos.

Hacia el mediodía llegamos a uno de sus campamentos, dedicados al honesto trabajo de la pesca. Deseoso de asegurarnos de su actitud y también de obtener alguna medicina para la cortada de la *raya*, de la que sufrían varios de mis hombres, avancé con mi mano levantada sobre mi cabeza en símbolo de paz.

Tan pronto como obtuvimos las necesarias medicinas partimos, y tras algunos minutos el verde muro selvático quedó tranquilo. Murieron los sonidos en la distancia y los monos se entregaron al sueño.

Tomé a Palmarito cercándolo hacia el norte y entrando inesperadamente atacé el pequeño destacamento de la guardia, que ignoraba nuestro avance. Las tropas de defensa quedaron emboscadas a lo largo de la selva a la orilla del río. Al mismo tiempo envié parte de mis fuerzas dentro de los llanos, en la línea de retirada, de modo que pudieran también atacar desde la retaguardia a cualquier fuerza del gobierno que tratara de tenderme una emboscada.

El Catire hizo este trabajo noblemente. Era un hombre de confianza en mis filas, siempre mantenía a mis hombres luchando eficientemente y discutía

minuciosamente los planes. No sé si era a cuenta de su valor, de su alma revolucionaria o de su cabeza roja. De cualquier manera, el Catire poseía como una mística personalidad semejante a la de un humilde y extraño dios. Hasta era beneficioso que fuera incomprendible a su imaginación la idea del poder político.

Burlé una persecución de los esparcidos soldados de Gómez en dirección a los andes, hacia el oeste. Dejando una pequeña guarnición en Palmarito para contrarrestar las dificultades, salí inmediatamente hacia el sur, cruzando las llanuras desde el Apure hasta el Arauca, por la selva.

Desde allí procedí a andar de noche hasta Uncein, el último lugar de avanzadas antes de San Fernando, que nunca podría capturar con mis pequeñas fuerzas. Aun cuando no demostré mis fuerzas en Uncein, dejé la impresión de que estaba avanzando directamente a San Fernando.

El general Hernández (el Mocho) debía estar más arriba con algún propósito. Me preguntaba si sus fuerzas —superiores a las mías por la gran facilidad con que se importan armas de la Guayana Británica— estaban ya llegando a Ciudad Bolívar, doscientas millas al norte del Orinoco. Si eso fuera así, debíamos encontrarnos en Zaraza, como alrededor de ciento veinticinco millas de Caracas, la más populosa región de la república. Debía llegar a las puertas de la capital con siete mil llaneros y un número de regimientos regulares en cuyos coroneles confiábamos a ciegas. ¡Cómo se puede creer en tantas cosas en estas circunstancias!

Avanzamos hacia el norte y luego hacia el noroeste. Llegamos a la orilla de la selva del Apure, el punto equidistante entre Palmarito y San Fernando. De allí seguimos a toda velocidad a lo largo de la orilla de la selva hacia la capital, donde esperaba hacer una demostración de mis fuerzas y tener noticias de los movimientos del general Hernández.

Fueron enviados exploradores delante de mí para prevenirme de cualquier patrulla que estuviese rondando la región. En caso de que alguna estuviese por allí y su número valiese la pena, la atacaríamos. De otra manera, nos

hundiríamos de nuevo en la jungla, con la ayuda de Dios. Era sin embargo, improbable que tropas del gobierno se arriesgaran dentro de los llanos por este tiempo. Mientras más nos aproximábamos a la boca del Apure, sus aguas crecían mucho más. Cuando pisamos la selva había subido cerca de un pie y nuestras tropas avanzaban a ciegas.

San Fernando de Apure está protegido por un *banco* bajo, que se levanta en la llanura y llega hasta el río. Es una grande y bien construida ciudad. Se parece más bien a Caracas o Valencia que a otras ciudades del interior. Bajas construcciones de manipostería, con altos techos de tejas, las calles largas y rectas, como trazadas en un bosquejo. Una plaza típica del llano, ancha y sombría, dormita al pie de la descarada catedral, custodiada por la achatada casa de gobierno de ventanas de balaustre.

Era ciertamente una metrópolis para luchadores cansados después de una turbulenta y tenebrosa campaña como la nuestra. Pero dos regimientos y dos barcos de guerra impiden que nuestros huesos allí descansen, a menos que el avance del general Hernández haya causado la incorporación de suficientes tropas como para organizar un ataque conjuntamente con mis fuerzas. Esto fue lo que me propuse saber antes de hacer una demostración al pueblo. A la caída de la noche acampamos sobre un banco a la orilla de la selva, la única franja de terreno seco que vimos hasta ese día. Entre nuestro campamento y la selva, la inundada llanura se estremecía perezosamente reflejando un cielo rojizo. El problema consistía ahora en recibir noticias de San Fernando. El hombre que voluntariamente se prestó a cruzar el río con su ropa seca atada a la cabeza, trajo noticias desalentadoras. El general Hernández no había entrado en la ciudad. Después supe que había tenido inconvenientes con las autoridades de Guayana. De nuevo me encontraba con un puñado de hombres, divididos en ese momento en dos destacamentos organizando un lance contra varios regimientos completos, dos barcos de guerra, un plan frustrado y toda una república dormida. Vací mis bolsillos entre las manos codiciosas de los espías. Di la orden de retirada.

Tomamos nuestro camino lo más rápidamente hacia los llanos, ahora agitados con la tremenda crecida del Apure, dejando de un lado la selva y siguiendo directamente hacia el Viento.

Crucé la frontera y entré a Colombia, rendido de fatiga y llevando por todo capital veinticinco bolívares. Pensar que había tenido en mi poder, durante mes y medio, uno de los estados más ricos de Venezuela.

Desbandé mis fuerzas. Al trote de mi caballo fui a buscar la hospitalidad de Jerónimo Domingo, el filósofo de Tame. ¿Como un soldado derrotado? ¿Como un ídolo roto? Pensaba para mis adentros: como el humilde servidor de un país inmaturo.

En toda una vida consagrada a ver lo inesperado durante mis largas correrías que abarcan desde la región polar hasta las selvas de la América del Sur, o desde las tundras de Siberia hasta las pintorescas ciudades del Asia Menor, un soldado que aprecia tanto su vida como su espada, colecciona y a menudo se ve obligado a inventar una asombrosa variedad de recetas de cocina como para satisfacer los paladares más exigentes, aunque no los más golosos ni los más refinados. Me siento tentado de copiar unas pocas de estas extrañas fórmulas, para beneficio de cuantos se vean en los mismos trances por los cuales he pasado al recorrer remotos países, o de quienes experimenten hastío ante los monótonos platos de la vida civilizada.

Los esquimales consumen aceite de ballena en cantidades increíbles. Lo ponen a freír y luego lo engullen todavía humeante. Practican esta misma sencilla operación culinaria en la preparación del unto de ballena, con el cual mezclan a veces pedazos de pescado frito o cocido. Los esquimales también se deleitan devorando el pescado crudo. Vorazmente se lo comen con la piel, cola y ojos. Asimismo, degluten cruda la morsa y crudos también los untos de ballena.

En las pequeñas aldeas del interior mexicano, los indios tientan el gusto de los viajeros con los gusanos, de *maguey*. Pequeños invertebrados que se ocultan en las hojas de la planta, de la cual se extrae el *pulque*, su bebida popular. Estos

gusanos los venden fritos, o pasados al sol, estimándolos como un bocado exquisito.

Por las tierras tropicales de América Latina las iguanas son apreciadas como plato delicioso para comensales de excepción. Su carne sabe a pollo, aunque es más tierna y más gustosa. La iguana se fríe regularmente en manteca y suele comerse abizcochada.

Los huevos de iguana que doblan el tamaño de una nuez son muy apreciados en la selva. Se cuecen como un cereal, luego se aderezan con fuerte salsa de ají.

Otro plato que es muy popular en ciertas partes remotas de la selva latinoamericana es el de las hormigas tostadas. Los indios le explican al visitante que no todas las hormigas son buenas para su ingestión. Se trata de cierta clase de hormigas rojizas, que ellos reconocen por sus propiedades comestibles. Las tuestan en la misma forma en que se tuesta el maíz o el maní en los Estados Unidos. El gusto es picante y agrio, y resulta difícil habituarse a él, pero una vez que se ha adquirido el hábito de comerlas, se desea más. Su acre saborcillo es un poderoso estimulante del apetito.

Los huevos de iguana forman la dieta regular de quienes recorren las tierras selváticas bañadas por los grandes ríos suramericanos. Son más grandes que el huevo de gallina y por lo general se toman pasados por agua caliente. Hay que prescindir de la clara porque permanece líquida a pesar de la cocción, y comer solo la yema que no resulta desagradable por ningún respecto. Tiene gusto semejante a la amarilla de los huevos de tortuga. Tanto los huevos de iguana como los de tortuga se pueden comer pasados al sol. El fino hollejo que los protege se endurece como pergamino y la yema adquiere la clásica consistencia de los huevos de gallina, mientras que la clara o albúmina se trueca en una especie de aceite de leves tonos pálidos. Los indios llevan estos huevos entre su provisión de alimentos para sus largos viajes en canoa por los ríos de la selva americana.

Con la carne de caimán se puede elaborar una deliciosa ensalada. La parte central de la cola de un pequeño saurio se cuece primero en agua hervida.

Cuando se torna blanca los nativos la desmenuzan, luego la guardan por algunas semanas, herméticamente cerradas en vasijas de tierra, sazónándola con hojas de laurel, cebollas, ajíes rojos y cualquier equivalente de vinagre. Pasados los días, cuando se extrae de los envases, parece ensalada de langosta, tal es el gusto que deja en el paladar. El guisado de caimán se vende en los cafés de las peonadas y en los ventorrillos del mercado de la ciudad de Guatemala, donde lo conocí. Se elabora con carne de baba secada al sol, en la misma forma clásica en que se hacen los guisos. La carne se expende en grandes sacos atados con cuerdas de yute.

Los aborígenes de Australia comen culebras. Estas gentes, que se cuentan entre los más inescrupulosos, comensales del mundo, comen toda clase de serpientes, tanto las venenosas, como no venenosas. Las sancochan, las fritan, las ahúman y aun las comen crudas. También comen ranas como los franceses. Lagartos como los indios latinoamericanos. No menosprecian los gusanos. Ni desdennan la carroña, dando igual placer a sus estómagos con la carne de vacunos y ovejas. En uno o dos lugares — cerca del Golfo de Carpentaria— comen también carne humana, pero en ocasiones especiales, aunque no sabría decir si la preparan en vinagre o en aceite.

En el interior del África muchas tribus se alimentan de cocodrilos, sin menospreciar la piel y los huesos. Asimismo, devoran hasta el pellejo de los búfalos, rinocerontes y elefantes. Durante mis excursiones de caza por el África occidental portuguesa fui testigo de varios banquetes de esta clase.

Así como constituyeron la pesadilla de los indios suramericanos, los jaguares igualmente contribuyen a su dieta. Asada la porción inferior de sus zarpas vienen a ser un excelente sustituto de las patitas de cerdo. A menudo las he comido, aunque echando de menos la ensalada agria de repollo *sauerkraut* que se combina admirablemente con ellas. Los nativos de Alaska aderezan las pezuñas del oso pardo en forma similar.

Otro plato gustoso se prepara con los monos, principalmente las monas. Su carne se come asada o cocida. El mono, tal como sucede con los jabalíes, tiene

un almizcle bastante desagradable. Las monas, en cambio, no lo poseen en el grado de que pueda rechazarlo el olfato. La grasa de la mona es amarilla. Aun cuando puede digerirse, siempre la he preferido para limpiar mi rifle. En mis aventuras revolucionarias a lo largo de la frontera colombo- venezolana, comí monos con mucha frecuencia. A menudo bendije en tales circunstancias la fortaleza de mi paladar, porque fue casi el único alimento que pude conseguir. En cierta oportunidad por dieciocho días consecutivos, cuando invadí la región venezolana del Arauca en 1914, mis hombres y yo no dispusimos de otra carne como no fuera la de monos asados sin sal. Solo en dos o tres ocasiones de aquella jornada inolvidable, pudimos variar nuestra dieta a base de gallinas salvajes. Como postre nos deleitamos comiendo caimito, fruto blanco y tierno de una variedad de palma bastante común en las selvas vírgenes de la región.

En mi excursión a través de la jungla nicaragüense hace tres años, yo con los siete hombres que me acompañaban también tuvimos por alimento carne de mono sin sal. Solo de vez en cuando alternamos nuestra dieta con jabalíes o cerdos salvajes y guacas, una especie de loro grande de rojo plumaje, cuya carne es dura como la del búho.

Cierta tarde cuando agasajaba a una banda de indios goajibos, cerca de La Maporita en Colombia, algunos de ellos descubrieron los restos de un toro que había sido muerto esa mañana. Ya pululaban sobre él los gusanos y despedía mal olor. Los salvajes se lanzaron activamente sobre aquella carroña. Con la velocidad del rayo practicaron profundas incisiones a través de la pútrida superficie, hasta que dieron en el fondo con la carne fresca, en apariencia, no contaminada. Descubrí luego que la capa exterior de carne actúa por un tiempo como refrigerador para las capas internas. Un procedimiento que los carniceros enlatadores de Chicago posiblemente descubran dentro de algún tiempo.

No cabe la menor duda de que la carne de caballo es el clásico alimento de las poblaciones sitiadas y de los ejércitos que perdieron su línea de abastecimiento. Entre las tribus nómades del interior de Asia, la carne de potro se

considera manjar suculento. La de camello figura también entre las viandas de lujo. Cuando los tribeños árabes desean honrar a un huésped, asan entero un camello joven y lo sirven en una enorme fuente de estaño, acompañado de arroz cocido en mantequilla. El plato es delicioso, en especial la parte interior de la joroba, cuya carne es en extremo tierna y jugosa.

Los huevos crudos y enterrados hasta que se tornen verdes son el equivalente chino del queso de Limburgo. Jamás los he probado y por lo tanto no puedo recomendarlos, ni bien ni mal. Me agradan mucho las ancas de rana fritas, que los chinos aderezan en la misma forma que los camarones, sirviéndolas en aceite caliente. He oído que después de quitarle las patas los chinos devuelven los animalitos a los pozos donde se crían, pues creen que a los pocos meses les crecen de nuevo. Es claro que esto no ocurre, pero como siempre nacen ranas por centenares con sus órganos de salto y locomoción, los crédulos chinos piensan que esas son las mismas viejas ranas con nuevas patas.

Los nidos de golondrina son otra especialidad de la mesa oriental. Estos pájaros fabrican sus nidos con una substancia gelatinosa que segregan y los cuelgan en los perpendiculares muros de altos arrecifes, sobre los acantilados de la costa. Son lavados y hervidos cuidadosamente hasta que se disuelve la materia gelatinosa que los forma, la cual es convertida en un gustoso consomé muy solicitado en París. Según parece, el destino de los manjares chinos es que tengan mucha demanda en todas partes menos en su tierra de origen.

Los llamados gimnotos o anguilas eléctricas figuran entre los platos más desagradables que haya podido degustar, forzado por el inapelable mandato del hambre. Tomé las anguilas, las corté en trozos y las puse al fuego en su propia grasa. Tuve la impresión de estar comiendo algodón mojado en alquitrán con una salsa de aceite de hígado de bacalao. En circunstancias difíciles se puede devorar la carne del tapir, que nos deja un gusto en la boca semejante al de la grasa de automóvil o pintura para calzado. Sin embargo, cuando uno se encuentra en las selvas suramericanas, empeñado en derribar un gobierno, con todos los pueblos y caseríos más próximos llenos de gente armada que nos

buscan para darnos muerte o aprehendernos, y cuando no hay otro animal de caza a la mano que el tapir, es preferible comer su carne. Al menos con ello no se corre el riesgo de pasar a la otra vida.

El alimento más indigesto que haya podido comer alguna vez fue un pedazo de cuero seco de caribú en Alaska, que antes había servido de bolso a su dueño. Lo sometí a un cocimiento de diez horas hasta que se volvió tan grueso como una galleta de perro, luego tan suave y transparente como gelatina. Después de pasar unos cuantos bocados, mi estómago protestó con tal violencia, que por instantes temí pudiera estallar. Al día siguiente, en vista de que no hallaba cómo mitigar el hambre, puse a cocer tres pares de mocasines con el mismo resultado.

Tenía por costumbre frecuentar un pequeño restaurant en Veracruz, donde la especialidad era cazón y carne asada de tiburón. Me agradaba mucho comer allí. La carne de tiburón es tan suave y deliciosa como el más fino de los lenguados.

En Islandia suelen sepultar la carne de tiburón en la arena durante varias semanas. Después de este procedimiento, la comen cruda. Los islandeses son fuertes bebedores. La carne podrida de tiburón les permite trasegar enormes cantidades de licor, sin experimentar sus consecuencias, es decir, sus malos efectos.

A lo largo de la costa del Chocó en Colombia, cerca de la frontera de Panamá, las carnicerías suelen tener siempre varias tortugas, puestas boca arriba, al lado de las puertas de la calle. El cliente elige la parte que desea, y el carnicero la corta a voluntad para complacerlo. Luego coloca sobre el animal descuartizado en esa forma el caparazón de otro quelonio, para evitar que las moscas se posen en sus despojos, hasta que llegue el nuevo cliente.

El hábito bíblico de comer langosta y miel se practica todavía en el desierto del Sahara y en la península árabe por personas que nada tienen que ver con los libros sagrados. Es un alimento abundante y corriente en ciertos meses del año, cuando los higos maduran, y las langostas se extienden como nubes de arena sobre el oasis.

Los higos, especialmente los negros, si se dejan expuestos al cálido sol del desierto, literalmente se derriten y se convierten en un líquido tan dulce como la miel. Los naturales de la región recogen las langostas, las asan y muelen. Luego mezclan esa especie de harina con higos frescos, dándole la forma de panes redondos. El resultado es algo delicioso. Caben pocas dudas de que los comerciantes judíos que se hallan permanentemente en contacto con las tribus nómades del interior de Arabia y del desierto de Siria, no tuvieran conocimiento de la existencia de este pan.

Etiopía fue hasta época muy reciente una tierra adversa a los vendedores de carne. Los antiguos etíopes solían obtener sus tajadas de carne para asar del propio animal en pie. Amarraban el buey, le cortaban el pedazo que deseaban, maceraban las heridas con yerbas curativas, soltando al animal para que sanara y creara otra tajada de carne en el mismo lugar.

Algunos viajeros afirman que la carne humana figura entre las más gustosas. Por ello una vez que las bestias salvajes la han probado ya no se conforman con otras menos valiosas. Entre los seres humanos de algunas regiones de Australia, América del Sur y los mares del Sur, por razones de extrema pobreza, es posible que se practique el canibalismo; los hombres se comen a sus semejantes cuando escasea la caza. Aunque parece increíble tengo testimonios de primera mano de que la carne humana es de extraordinario buen sabor. No muy lejos de los campos petroleros de Barranca Bermeja en Colombia, habitan tribus de indios aborígenes que de vez en cuando cometen actos de canibalismo. Hace algunos años conocí a un oficial del ejército colombiano, quien me contó que por equivocación había comido carne humana, cuando despacharon un guiso indígena en el cual cada comensal tomó su ración de una gran cazuela de tierra que estaba repleta de apetitosa carne. Los salvajes que estaban preparando el sancocho, huyeron de su campamento al ser atacados por los hombres que él comandaba. Entonces el oficial y los suyos dieron cuenta del estofado, comparándolo algunos por su buen sabor, con el guiso de cordero. Por desgracia, uno de los que comía, extrajo de la olla la mano de un ser humano. El oficial se

horrizó tanto del hecho que estuvo a punto de suicidarse. Solo los esfuerzos de sus soldados evitaron que lo hiciera. Esa historia me fue contada en Aguascalientes. Personas de la región que ya la conocían, corroboraron los hechos.

Se ha generalizado entre la gente la opinión de que un soldado aventurero debe tener, por sobre todo, un bravo corazón. Mis experiencias culinarias son suficientes para demostrar que lo que realmente necesita es un estómago de hierro.

XVII

UN CABALLERO DE LA MEDIA LUNA

Merhaba 'beym' alté seat dir, Beym, dijo mi ordenanza, Tasim Chavush, mientras se detenía en posición firme frente a mi lecho de campaña, su nudosa mano derecha levantada al borde de su *envery* al par que con la izquierda me ofrecía una pequeña taza de café turco, sobre una bandeja de plata. *Buenos días, mi Bey; son las seis de la mañana, mi Bey.*

Otro día más desperté; sorbí la aromática infusión y volví a reclinar me en la almohada para dormitar otros pocos minutos. Cada mañana me ocurría lo mismo. Me despertaba sorprendido de que Tasim estuviera allí, de que un soldado turco fuese mi ordenanza y de que yo, a mi vez, me hubiese convertido en un oficial superior de los ejércitos del Sultán, desempeñando un importante cargo militar, en la pequeña ciudad provincial de Erzyndian, corazón del Asia Menor, al pie de las montañas del Cáucaso.

La forma como esto había ocurrido no dejaba de conturbar agradablemente mi imaginación, produciéndome siempre una renovada sorpresa. Había estallado la guerra, la gran guerra mundial de 1914, la guerra que venía a ofrecer a mi espíritu militar, su primera y más hermosa oportunidad. Cuando ya no hubo manera de detener el conflicto universal partí inmediatamente con el objeto de unirme a las naciones latinas de Europa, a pelear por mi raza y por la civilización dentro de la amplia y profunda hermandad latina. Aquí me

encontraba aceptando el café mañanero de manos de Tasim, al comando ahora de fuerzas orientales, formadas por soldados de morenos rostros, bajo una bandera que llevaba por símbolo la media luna. El hecho solo podía explicarse de esta manera. Impedido de servir a mi patria, Venezuela, ya no sentía en la sangre otro llamado más fuerte que el que me llevara a la acción y la aventura. Esa aventura había llegado para mí en el momento más crítico de la historia universal, bajo los blasones de la Media Luna, en el clamoroso cruce de las civilizaciones de Europa y Asia.

¿Cómo había acontecido esto?

Unos pocos meses antes me encontraba en la pequeña isla de Curazao, de las Antillas occidentales holandesas, no lejos de las costas de mi patria. Había desembarcado en aquella colonia, después del fracaso del Mocho Hernández, quien no pudo realizarla parte que le correspondía en los planes de mutua revolución que concretamos contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Este revés me obligó a abandonar mi segundo intento, después de dos meses de firme progreso en la invasión que adelantaba a lo largo de los estados meridionales de la república.

¿Qué estaba haciendo en Curazao? En realidad, mataba las horas en la muda contemplación del fuerte sol del Mar Caribe, que derramaba la riqueza de sus brillantes luces sobre los techos de las limpias casitas de Willemstad, capital de la Isla. Me dedicaba a largos paseos por los campos adyacentes, o consumía el tiempo en el club de Gezelligheid. Charlando con amigos u observadores contemplaba el verde esmeraldino de las aguas de la bahía. Cuando informé a los compañeros del club que muy pronto partiría, y no quise responder a sus nerviosas e inquisitivas preguntas en cuanto a mi destino —una investigación a la que nunca me prestaba—, la mayoría de aquellos revolucionarios venezolanos, probablemente pensó que me trasladaba a la isla de Trinidad, de las Indias occidentales británicas, con el objeto de ponerme al habla con el general Hernández. Mis amigos no eran las únicas personas interesadas en conocer mis planes. Gómez tenía sus espías

trabajando incansablemente para obtener información veraz, pues pensaban que atacarían de nuevo su gobierno.

Si el barco que esperaba tomar hacía escala en La Guaira, podría estar seguro de que allá me reservarían una desagradable sorpresa, preparada por los cómitres de Gómez. No vacilarían en capturarme, así fuese a bordo de un vapor norteamericano, a sabiendas de que su jefe iba a respaldarlos y los sacaría felizmente de cualquier dificultad diplomática en que pudieran meterse. Gómez pensaba que yo era el cerebro maestro, el hombre detrás del gatillo en todas las conspiraciones revolucionarias venezolanas.

Previamente, pues, lo que podía ocurrir, embarqué secretamente en la goleta holandesa *Tres hermanas*, que zarpó cierto día, del puerto de Curazao antes del alba. Con la mayor tranquilidad dejé la mesa de un bar donde se suponía que estaba bebiendo hasta embriagarme y me acerqué a los muelles con la supuesta excusa de tomar un poco de aire. Como nadie me espiaba, salté por sobre la borda de la goleta. Así me encontré iniciando un nuevo itinerario. El capitán era mi amigo. Un hombre que nunca hablaba por el placer de que le oyeran las palabras.

Después de varios días de navegación por las tormentosas aguas del Caribe llegamos una mañana a la vista de un alto monte, que se levantaba frente a nosotros, casi perpendicularmente desde el mar. Tenía la forma de un pan de azúcar. El capitán me informó que era el islote de Saba, situado a 165 kilómetros al sureste de Puerto Rico. Dicha pequeña isla que pertenece a Holanda, fue originalmente un volcán. Aun cuando en apariencia se haya extinto desde hace muchos años, las gentes que viven en torno a su cráter, se consideran en constante peligro de despertar alguna vez entre las nubes, el día en que el volcán vuelva a entrar en actividad.

Tan pronto como la goleta ancló, el gobernador y su esposa, mujer de color, bastante entrada en carnes, que llevaba consigo un loro y un monito, a quienes se comía a caricias, abordaron desde la caleta del arrecife uno de nuestros botes, haciéndose conducir al velero en visita amistosa. El gobernador mostraba

especial preferencia por los cócteles de ginebra, y por su parte el capitán se deshizo en amabilidades, dando al matrimonio todo lo que querían. El gobernador era un jovial holandés, viejo y gordo, quien desempeñaba al mismo tiempo los cargos de juez de paz, jefe de policía, médico de la ciudad, cobrador de impuestos, alcaide de la cárcel. Además, se jactaba de ser consejero privado de Su Majestad la Reina Guillermina.

Después de trasegar varios cócteles, con la solemnidad de quienes realizan una importante tarea —tanto el hombre como la mujer— este tomó la palabra para preguntarnos si ya conocíamos las noticias. Le dijimos que no. Nuestra ignorancia constituyó un incentivo para su deseo de charlar. Inmediatamente nos contó que la guerra había estallado en Europa, que el mundo entero estaba dispuesto a tomar parte en ella. Se había declarado entre Francia y Alemania. Los ejércitos rusos ya invadían la Prusia Oriental, mientras los británicos estaban transportando tropas a Francia, a través del Canal.

¡Aleluya!, me dije para mis adentros. Aquí estaba la oportunidad de mi vida. Por fin la tan esperada guerra mundial estaba en marcha. Mi divisa ha sido siempre: *Cuando veas una guerra buena, alístate para combatir en ella*. Di entonces gracias a mi buena estrella que me había permitido nacer no demasiado tarde ni demasiado pronto para intervenir en este conflicto universal. Tenía treinta y cuatro años, la edad justa. Mi adiestramiento y experiencia de soldado me harían aprovechar al máximo esta maravillosa oportunidad. Miranda, uno de los libertadores de Venezuela, fue general en los ejércitos de Francia durante la revolución. Yo seguiría tranquilamente una honrosa tradición venezolana al ofrecer mi espada a una potencia extranjera, sin renunciar a mi nacionalidad. Tomé esta decisión de inmediato. Iría a Bélgica, y me uniría a sus ejércitos ya que tenía descartado que las fuerzas alemanas habían ocupado gran parte de su territorio. Ofrecería mis servicios a su causa, sin otra razón que el hecho de que su Rey Leopoldo II, me había simpatizado desde niño.

En persecución de este plan tan rápidamente concebido, abordé en Saba, una pequeña goleta que iba a St. Kitts. De allí me trasladé a otro barco de

vela que seguía rumbo a Trinidad, a donde arribé pocos días después. Según las informaciones que llegaron a mi conocimiento, merodeaban por el Caribe varios cruceros alemanes que hundían todo barco mercante aliado con el cual se tropezaran. Por consiguiente, las comunicaciones marítimas estaban prácticamente paralizadas. Convencido de que no tendría oportunidad de tomar vapor desde una isla británica que me llevase a Europa, logré pasaje en un pequeño pesquero que me condujo a Barbados, en donde esperaba por aquellos días el arribo de una nave holandesa, en tránsito para Rotterdam. Cuando llegué a Barbados aquella estaba levando anclas y se dirigía a alta mar. Me abandonaba mi buena estrella. No obstante, persistí en mi empeño poniendo a prueba la tenacidad que siempre me había acompañado en todas mis empresas. Tenía presente que cuando una puerta se cerraba para mí, se me abrían súbitamente dos de par en par. En el caso que me llevaba a dicha isla, demostré que estaba en lo cierto, por lo que me aconteció al día siguiente, muy temprano.

Paseaba nerviosamente de arriba a abajo por el muelle tratando de pensar la mejor manera de ir a la guerra, cuando de improviso un sujeto bien parecido, que tenía todas las trazas de ser hombre de muchas iniciativas, me abordó presentándose como un revolucionario, mostrándome las necesarias credenciales. Ofreció llevarme a la pequeña isla de Granada, al norte de Barbados, noroeste de Trinidad, donde un amigo de él me proporcionaría los medios de transporte hasta Santa Lucía, situada más al norte, al sur de Martinica. El plan no parecía claro, pero era suficiente para mí. Con ello, estaba más cerca de Europa. Por lo tanto, acepté confiado su ofrecimiento.

Dos días más tarde me hallaba en un pequeño velero de un mástil, que partía de Granada hacia Santa Lucía, con un cargamento de hielo. Esperábamos hacer el viaje en dos días para que las gentes de la isla bebieran fríos sus cócteles. Pero el viento y el mar decidieron lo contrario. Dentro de aquel cascarón de nuez pasamos diez días muy completos, en terrible batalla con los elementos y nuestra propia carga de hielo.

El mal tiempo nos persiguió tan pronto como cruzamos la barra. Las aguas verdeoscursas de la corriente del Golfo atacaron de frente la frágil embarcación, y la hicieron girar como una veleta. En esta danza loca nos mantuvimos por milagro durante dos días, al cabo de los cuales pudimos conciliar el sueño, para despertarnos en medio de una inmensa laguna cristalina de aguas azules, limitada por el imponente horizonte. El sol quemaba hasta las vértebras; no se sentía el más leve hilillo de brisa. Nuestras velas yacían flácidas e inútiles. La goleta parecía sin movimiento, como si estuviera incrustada en un espejo. Ya por la tarde cuando los resplandores solares cayeron perpendicularmente sobre el aquietado mar, las aguas azules más bien parecían haberse vuelto de acero. Ocasionalmente esta ilusión se quebraba ante nosotros al asomar, en rápido envión vertical, un tiburón. Sus torvas aletas, al desaparecer, hendían las aguas cerca de nuestro barco. Los peces voladores saltaban como flechas de plata al espacio que se tendía entre nosotros y el horizonte. Al sumergirse en las ondas, podíamos captar el ruido peculiar que hacían en aquel deslumbrante silencio. Las mantas, especie de pez que parece un gigante murciélago, parecían aletear debajo de las aguas que rodeaban nuestro barco. Por la noche volvió a encapotarse el cielo. De nuevo el viento tormentoso chocó contra velas y jarcias, arrastrándonos a capricho. De vez en cuando surcaban el cielo los chispazos silenciosos del rayo, seguidos poco después por sordas detonaciones, más tarde por el fuerte retumbar del trueno. En la mañana retornó la quietud y serenidad. Parecía que el tiempo atmosférico se estaba divirtiendo con nosotros, castigándonos con sus furiosos latigazos durante la noche, para más tarde, pretender que la presencia de nuestra menuda embarcación le era indiferente. Esta situación continuó hasta hacerse monótona. Mientras tanto, los cañones tronaban en Europa. Ejércitos poderosos se levantaban en interminables líneas de batalla sobre los campos del viejo mundo. Aquí me encontraba yo, merced a la mar bravía, bajo este cielo tropical, sobre una carga de hielo que rápidamente se derretía.

Dando tumbos avistamos al fin la pequeña isla de Santa Lucía. El tener al alcance de nuestras miradas la meta de aquel accidentado viaje no significaba

que hubiésemos llegado a puerto seguro. Por la noche se reanudó la tormenta, arrojando nuestra embarcación de un lado para otro, llevándola a veces a unos cuantos centenares de metros de la playa. Ya en la mañana, otra vez volvió la calma, pudiendo distinguir desde el lugar donde nos encontrábamos, las tranquilas palmeras y los rojos mangos de la costa.

Para empeorar nuestra situación los bloques de hielo que se derretían, chocaban entre sí con el fuerte balanceo de la goleta. Se deslizaban de un lado a otro de la bodega, dando sobre los costados con tremenda fuerza. Aquello parecía como si una manada de carneros hubiese enloquecido, a fuerza de trompicones. Esto acrecía la posibilidad de un naufragio cuando nos hallábamos a poca distancia del puerto. Al término de la décima noche, en medio de una terrífica tempestad pasó súbitamente la crisis, no sin llevarnos un susto mayúsculo. La goleta se inclinó profundamente del lado de estribor, en tal forma que el vientre de la vela mayor quedó sumergido en las aguas. El piloto en aquel momento perdió completamente la cabeza. Consciente del peligro me arrojé sobre el timón, haciéndolo girar frenéticamente a babor, mientras trataba de convencer al marino que no debía perder el control de sus nervios, y que todo marchaba bien, lo cual no era cierto. En mi desesperación, debí manejar el timón con tino, pues el barco se deslizó velozmente hacia la costa, en uno de los momentáneos y caprichosos giros del viento, que nos había estado acosando y estuvo a punto de despedazar la nave. Luego, con otro golpe de timón, ésta se acercó más a la costa, salvándonos de milagro. Para sorpresa mía la goleta se enderezó, en seguro y lento movimiento. Pronto nos hallamos navegando sobre aguas tranquilas, mientras a poca distancia las olas parecían hervir y tronar. Aquello me dejó la impresión de que nos habíamos arrojado desde un arrecife a un refugio de aguas tranquilas.

Como el viento hinchaba nuestras velas, aprovechamos la relativa pasividad del mar en la costa y pusimos proa a la rada de Santa Lucía, donde llegamos exhaustos, pero dando gracias al cielo, al cabo de dos horas de tempestuosa navegación. Visité al jefe del puerto, el capitán Turner, a quien había conocido

en Caracas años antes. Por la tarde le hacía compañía en la azotea de su vivienda, contemplando la mar picada a distancia, mientras bebía whisky con soda. Pero sin hielo.

En los días que pasé en Santa Lucía, la población se hallaba en un estado de nervios próximo al paroxismo, con un tremendo susto que parecía originarlo la guerra muy cerca de la isla. Inspeccioné una larga trinchera que unos jóvenes milicianos cavaron en la playa, al pie de una mole de rocas. En medio del incesante redoble de tambores y sonar de clarines, me di cuenta de que el primer disparo del enemigo, que hiciera blanco en las rocas, forzaría al abandono de la trinchera por sus defensores, con la nube de polvo y piedras que levantase. Fui a la oficina de Turner para darle a conocer mis impresiones. Lo encontré muy preocupado, mientras hablaba por teléfono.

Le participaban que un crucero alemán se dirigía hacia la rada. Corrimos al extremo de la calle. Vimos al efecto un barco de guerra de delgada proa, pintado de gris, que se acercaba a la barra, protegido por una densa columna de humo. A través de ella me pareció ver flamear, del lado de estribor, una bandera alemana. El capitán Turner se dio cuenta de que estábamos perdidos. Una sola andanada de aquella hiena del mar, habría bastado para reducir a escombros la pequeña ciudad, lanzando al espacio sus despojos. Aquel era un terrible momento.

Pocos minutos más tarde cuando desapareció la nube de humo, descubrimos, para tranquilidad nuestra, que se trataba de un crucero inglés que había sembrado el pánico entre los moradores. Vistas a través del humo las banderas de guerra de Alemania y Gran Bretaña podían confundirse. Fue lo que me ocurrió, al igual que a otros marinos avezados, en el curso de aquella tremenda guerra, a veces para su beneficio, a veces para su ruina.

Cuando un rato más tarde admiraba desde el muelle aquella hermosa y potente nave, no pasó por mi mente ni en sueños la idea de que tres meses después encontraría como enemigos otros barcos con esa misma bandera, a lo largo de las costas de Turquía. Si entonces el capitán Turner, ahora mi cordial

anfitrión, se hubiese encontrado conmigo, habría procedido a arrestarme, en vez de ofrecerme su hogar y su exquisito whisky escocés.

A la siguiente semana tomé pasaje en un barco de carga norteamericano, que me llevaría a Fort de France, en la isla de Martinica. Llegué en veinticuatro horas. En esta posesión francesa las oportunidades de embarcar para Europa no eran mejores que en cualquiera otra parte del Caribe. La bahía había sido fuertemente minada. Por los alrededores merodeaba desde el día anterior un crucero alemán. El único buque que se esperaba para Europa era el vapor correo francés procedente de Cayena, el cual no recibía pasajeros, ni siquiera en tiempos de paz. Cada vez se hacía más difícil lograr lo que me había propuesto. Dificultades surgían por doquier. Sin embargo, concebí el propósito de irme en esa nave, sin importarme lo que hubiera que hacer para llegar a bordo. Pensé que si abogaba con insistencia por mi causa, como correspondía hacerlo a un soldado, a la larga me saldría con la mía.

Como primera medida visité esa noche cierto cabaret, donde renové mi amistad con una bella muchacha criolla, que actuaba como bailarina en el establecimiento. La había conocido en mi estada anterior en Martinica, ahora la encontraba más guapa que nunca. Mademoiselle Nanette era una chica de tronío, con amistades muy valiosas e influyentes en la isla. Uno de sus más ardientes admiradores era un rico comerciante franco-alsaciano, que gozaba de enorme influencia con el gobierno. Se sentó a nuestra mesa, que rebosaba de champaña. Con la ayuda de Nanette, nos hicimos íntimos amigos desde aquel instante.

A la noche siguiente volvimos a encontrarnos en el cabaret. Di gracias de todo corazón a mi nuevo amigo. Merced a él ya tenía en el bolsillo un permiso firmado por las autoridades francesas, para viajar en el vapor-correo de Cayena por especial recomendación del gobernador. Llevamos el alsaciano a dormir. Nanette que me había dado pruebas en muchas ocasiones de ser verdadera amiga, siguió a mi lado hasta el alba, cantando como despedida una linda melodía criolla, que aún hoy en día, al paso de los años, suelo musitar cuando me acosa la añoranza de la juventud.

Dos semanas más tarde el vapor francés entraba por la boca del Garona. A tiempo que esto ocurría, un transporte de guerra lleno de tropas francesas, pasaba a nuestro lado, rumbo a Marruecos. Alguien me señaló los baluartes de una vieja fortaleza, semioculta por un bosque de algodonereros, en la cual se hallaban confinados numerosos oficiales alemanes, que habían caído prisioneros en la reciente batalla del Marne. Como las autoridades francesas mostraban mucho celo por los pasaportes, aquello me preocupó largo rato. Sin embargo, todo se decidió felizmente a mi favor. Los funcionarios de aduana me dejaron desembarcar sin inconveniente, como recomendado del gobernador de Martinica.

Dejé mi equipaje en el hotel más cercano y me fui al consulado de Venezuela a solicitar pasaporte.

El cónsul rehusó otorgármelo, con la excusa de que yo era un revolucionario. No obstante, me trató con cierta deferencia, e intimando un poco más, me confesó que si atendía mi solicitud, perdería su cargo. Por lo tanto, seguí a París, con el fin de probar suerte con el Ministro de Venezuela. Pero este diplomático y la mayor parte del personal de la Legación se habían trasladado a Madrid. Solo quedaba un encargado de Negocios, a quien expuse mi caso. Todo lo que pudo hacer fue darme unas breves líneas de presentación en tarjeta de visita dirigida al cónsul de Venezuela en el Havre, la cual guardé en un sobre que portaba membrete de la Legación de Venezuela en París.

Cuando el tren donde viajaba se detuvo en Rouen por pocas horas, la ciudad rebosaba de reservistas, movilizados apresuradamente hacia el frente de guerra. La estación era una verdadera colmena humana. Mientras paseaba a la ventura entre la multitud, me detuve indiscretamente a contemplar una hilera de rifles que habían colocado contra un muro. Inmediatamente un personaje vestido con ropas de civil, se quitó el sombrero y me pidió con mucha cortesía los documentos de identidad. Conservando mi aplomo, pues sé que el pelotón de fusilamiento funciona con demasiada libertad en tiempos de emergencia nacional, y que un extranjero sin pasaporte, inspeccionando armas era en aquellos

días un cadáver ambulante, extraje del bolsillo, con naturalidad el sobre de la Legación de Venezuela en París, y el funcionario me lo devolvió en el acto, sin tomarse la molestia de abrirlo, presentándome toda suerte de excusas.

El cónsul de Venezuela en el Havre se hallaba gravemente enfermo, o quizás había tenido conocimiento de mi presencia. No había manera de que pudiese verlo. Cansado de tantas excusas y evasivas, me dirigí al consulado británico y pedí audiencia al vicecónsul. Corrí con la suerte de encontrarme con un perfecto caballero. Rió cordialmente cuando le conté mis aventuras desde que salí de Curazao, y luego exclamó:

Admiro su valor. Le daré un salvoconducto, que le permita ir a Londres sin ser molestado.

En el puerto de Dover todo transeúnte tenía que someterse a una exhaustiva investigación. Parecía que las autoridades pensaban que cualquier individuo podía estar introduciendo documentos de contrabando al país, ocultos dentro del propio pellejo. O que las damas podrían llevar hasta claves secretas tatuadas en las partes más bellas y recónditas de sus cuerpos. El salvoconducto que me otorgó el señor vicecónsul en el Havre, me libró de todos esos contratiempos. Los funcionarios no me sometieron a ningún escrutinio. En Londres no experimenté dificultad para obtener el pasaporte del ministro de Venezuela, que era mi amigo personal. Como una buena medida conseguí también un documento idéntico del señor Ministro de Colombia con quien también cultivaba una antigua y buena amistad. En esos días un hombre que pretendiera viajar por el viejo continente, sin llevar documentos en regla estaba expuesto a que por la más ligera falta lo fusilasen. Las actividades de espionaje del enemigo se realizaban en grande. Todos los gobiernos tenían que mantenerse en guardia.

A la mañana siguiente, a las 11:00, me encontraba en la Embajada de Bélgica, provisto de monóculo, blancas guetas en el calzado y condecoración en el ojal. El embajador no estaba en su despacho. Me recibió el consejero. Se impuso del objeto de mi visita, y con ceremoniosos apretones de manos, me dijo

que lamentaba no estar en condiciones de ofrecerme el cargo que solicitaba. Explicome que solo el Ministro de Guerra en Dunquerque tenía facultades para autorizar mi admisión en el ejército regular belga en las condiciones que esperaba. Es decir, aceptación completa de mis servicios, sin que perdiera mi nacionalidad de origen. El consejero me sugirió viese al jefe de la misión militar de su país en Calais. Su amabilidad llegó hasta concederme unas breves líneas de presentación para dicho oficial.

Cuando me dirigí a Calais sufrí la desaparición de mi equipaje en forma inexplicable. Lamenté la pérdida del frac y del sombrero de copa que me había hecho a la medida. El viejo, el inolvidable Calais se hallaba irreconocible. Sus estrechas, sucias y malolientes calles estaban colmadas de una heterogénea multitud de refugiados, que ambulaban de un lugar para otro, llevando a cuestras grandes atados de ropas. Por doquiera se veían uniformes ingleses, franceses y belgas, todavía nuevos, mezclándose con los gastados dolmanes de los *poilus* que regresaban después de haber participado activamente en los primeros combates de la guerra. Una línea interminable de ambulancias se movía lentamente hacia los hospitales militares. Entre los heridos pude reconocer algunos uniformes alemanes. Estaba en marcha una gran batalla al norte de Calais.

A pesar de los tambores y clarines, el aspecto general de la ciudad era realmente sombrío. Las autoridades arrestaban a muchos sospechosos en las calles y los llevaban sabe Dios dónde, probablemente para ser fusilados. Porque *la guerre c'est la guerre*. El departamento del servicio secreto alemán trabajaba a tiempo completo en aquellos trágicos días. Por las congestionadas calles desfilaron las baterías con un chirriar de ruedas y voces militares de mando. Los civiles al verlas aproximarse corrían a las aceras para darles paso.

Esa noche, en vista de que no pude lograr acomodo en ningún hotel, alquilé una mecedora en la casa de una amable señorita, quien ya había alquilado su lecho a otros dos viajeros. Me había prometido alimentos y vino para compensarme por la incomodidad de la mecedora. Ella a su vez se echó a dormir,

cuando ya nos habíamos cansado de beber y cantar, sobre un viejo colchón, que había extendido en la mesa de la cocina. El coronel que tenía a su cargo la misión militar belga, y a quien visité al siguiente día, resultó ser un soldado veterano, poco amigo de comprometerse, pero muy cortés, como suelen ser generalmente los belgas. Me manifestó francamente que no creía que el Ministro de la Guerra me admitiera en las filas del ejército regular si no prescindía de mi nacionalidad venezolana. Sin embargo, me aconsejó que fuera a Dunquerque de inmediato y expusiera personalmente el caso.

Una hora más tarde me hallaba en camino al citado puerto. El viaje me pareció en extremo monótono, debido a la pobre variedad del paisaje. La carretera se deslizaba por un terreno llano, agrícola, de suelos marrones, simétricamente arados bajo un triste cielo gris. Ocasionalmente este paisaje cambiaba, con la presencia de alquerías, o vastas casas de ladrillo, con techos sucios y remendados. Varias mujeres, que trataron de abordar el tren militar en el cual viajamos, con el objeto de ver a sus esposos en el frente, no lo lograron. No era permitido por las ordenanzas. En mi concepto era una buena medida. Realmente las mujeres, con excepción de aquellas que sirven como enfermeras, se convierten en verdaderos problemas para los ejércitos.

Llegamos a Dunquerque a las 8 de la noche. Advertí que el puerto se hallaba dentro de la zona de guerra, al alcance de la artillería enemiga de mediano alcance. Se sentía el fragor de los disparos traídos por la brisa de la noche que batía del norte y del oeste. Los ejércitos cañoneaban incesantemente. Aquel estruendo diabólico era un anticipo de la tragedia que se avecinaba, aunque los fuegos de la guerra llenaban de alborozo mi corazón. *Yawash, Yawash*, como suelen decir los turcos. Me aproximaba lentamente a la meta perseguida. Nada es comparable al gozo que se siente cuando uno va teniendo cada vez más próxima la oportunidad por la cual se ha luchado tanto. Nada como buscarla y entregarse a ella, nada como asirla y aprovecharla cuando llega. Estas crudas expresiones representan los principios fundamentales en los cuales se basa el éxito militar.

En la estación tomé un viejo y destartado fiacre, del cual tiraba un flaco Pegaso, que seguramente había perdido sus alas. A duras penas se movía sobre el piso adoquinado del antiguo e histórico Dunquerque, cuyas aceras se hallaban también colmadas de refugiados y soldados. Las calles trepidaban al paso de los furgones de artillería tirados por pesados y recios caballos, junto al acompasado golpetear de innumerables pies, calzados con los peculiares suecos flamencos que hacían más resonantes los adoquines. Media hora empleó el fatigado Pegaso para llevarme hasta el mejor hotel de la ciudad. Al frente se levantaba una estatua de bronce de un viejo pirata flamenco con el símbolo de *ayúdate a ti mismo y Dios te ayudará*.

El hotel se hallaba extrañamente iluminado, lleno de gente hasta las puertas. Al llegar hice registrar mi nombre como pasajero, lo que equivalía a ponerme en las manos del azar para conseguir un colchón en donde dormir. Pasé al comedor, con la intención de tomar opípara cena, pues me hallaba desfallecido de hambre. La sopa no sabía mal. Cuando me deleitaba tomándola, con simpatizante espíritu bélico, se acercó solemnemente a la mesa el mozo que me atendía para decirme que una persona en el salón deseaba hablar conmigo. Tal interrupción me molestó, pero siguiendo mi vieja divisa *antes muerto que mal educado*, abandoné el comedor para ver al inoportuno visitante. Se trataba de un capitán del ejército francés, quien me pidió con cortes pero secos modales, que le acompañara a la comandancia de armas —cuartel general militar— para que probase que no era un espía alemán.

Había ocurrido lo que temía. Un pelotón de soldados, de cuya presencia no me había dado cuenta, me rodeó con bayonetas caladas, para darme escolta hasta la comandancia. Y he de confesar que en aquel momento esperaba me despachase bien pronto para el otro mundo por dictamen de una corte marcial en medio de un redoble de tambores, después de ponerme frente a un pelotón de fusilamiento, en algún patio interno del cuartel. No era nada agradable marchar entre dos filas de soldados con sus amenazantes bayonetas caladas, a lo largo de calles que estaban repletas de gentes en pleno paroxismo nacionalista.

Se sentían felices cuando alguien iba a ser fusilado. Tal como yo veía las cosas en aquel momento, lo que me reservaba el destino era ser llevado al patíbulo. En aquellos días de guerra, las autoridades militares francesas no podían ni debían perder su tiempo en el examen de los antecedentes completos de los extranjeros que por azar aparecían en poblaciones fortificadas, tan importantes como Calais y Dunquerque. Recuerdo al anuble sargento que comandaba el pelotón. Me tocó ligeramente en el brazo y me dijo: “No se preocupe, hijo mío. Todo se arreglará”.

Aquello no dejó de sorprenderme, pues pensé que tal vez tuviese buena información sobre lo que ocurría. O quizás pensara que la muerte era el fin de todos los sufrimientos humanos, y que cuando uno pasaba a mejor vida ya no había nada de qué preocuparse. Le miré con curiosidad. Por mi mente cruzó el pensamiento de que tal vez él podría ser el espía alemán. Aun todavía no estoy bien seguro de que no lo fuese porque el servicio de inteligencia germano llegó a tener miembros eficientes en todas partes, en aquellas primeras desconcertantes semanas de la guerra mundial.

La comandancia de armas estaba instalada en un sucio edificio gris, bajo la custodia de una compañía de soldados franceses en uniforme de campaña recién estrenados. Me condujeron por unas resonantes escaleras de una sala mal alumbrada con una lámpara de gas, sitio que me pareció bastante apropiado para la reunión de una corte marcial de esas que se ven en las películas. Oscuro. Melodramático. Ominoso. Lo que faltaba para hacer completa y perfecta la atmósfera de cine, era una orquesta que estuviese tocando la *Marcha fúnebre* de Chopin.

El oficial de guardia estaba sentado con otros colegas, en torno a un imponente escritorio. Aquello parecía realmente una corte marcial regular esperando su nueva víctima. Los oficiales se pusieron de pie y respondieron mi saludo militar con otro igual. Los franceses jamás abandonan las reglas de cortesía.

El mismo oficial de guardia indagó por mis documentos de identidad, con mucha afabilidad, pero también con gesto de hombre muy ocupado. Sin decirle

palabra le tendí mi pasaporte diplomático, un certificado del Ministro de Colombia en Londres, en el cual me recomendaba a todos los cónsules de su país en Francia. Una carta de identificación, dos de recomendación, firmada una por el consejero de la embajada belga en Londres y la otra por el jefe de la misión belga en Calais. Todos los oficiales leyeron atentamente los documentos. Entonces el oficial de guardia me devolvió los papeles, con sus excusas muy corteses, asegurando de paso que tal error no se volvería a repetir.

Todo lo que pude responderle fue: *Merci, mon capitain*, y con toda la rapidez de que era capaz salí de aquel lugar dirigiéndome a mi hotel para terminar el empezado plato de sopa. Sin embargo, tuve que irme a la cama aquella noche con un hambre de buitre. El restaurant y todos los demás de la ciudad habían cerrado. Había ley marcial y el toque de queda, regía desde las 9 p.m. No obstante, me sentía muy contento del fin de esta aventura, porque los oficiales no habían considerado necesario hacer preguntas sobre mi pasado y mis relaciones. Por ellas se hubieran impuesto de que había sido educado en Alemania desde la edad de siete años, que mi cuñado era un miembro de la nobleza alemana, oficial de la Guardia Imperial, etc. Si hubieran tenido conocimiento de estos antecedentes habrían ordenado mi fusilamiento en el acto. Y sin razones de mi parte para protestar, pues yo habría procedido en la misma forma bajo circunstancias semejantes. En época de guerra no puede haber indulgencia, ni dejarse guiar las autoridades por consideraciones humanitarias cuando de sus actos depende la vida de millares de soldados, que son compañeros de armas.

El Ministro de Guerra estaba fuera. El Ministro de Estado tampoco se hallaba en Dunquerque. Los funcionarios que habían quedado en la vieja casa municipal del puerto, no podían responder a mi petición hasta que uno o ambos de los ministros se hallaran en sus despachos, pues habían sido convocados al cuartel general del ejército de Su Majestad en Fumes. Afortunadamente los ministros regresaron al día siguiente.

Cuando me dirigí a la oficina del Ministro de Guerra, vi pasar un oficial británico, bajo fuerte escolta de soldados belgas con bayonetas caladas. Se

trataba de un espía que había sido capturado con papeles comprometedores. Lo conducían a la misma comandancia, de donde me pareció entonces que yo había escapado hacía dos días, merced a mi buena suerte.

El ministro me recibió con extrema cordialidad, y se mostró muy amable cuando advirtió mi monóculo y la Orden del Libertador que llevaba en el ojal del paltó. Estaba lejos de saber que la condecoración me la había regalado el presidente Castro, sin ningún motivo, cuando era apenas un niño, y que solo era de cuarta clase. Lo cierto es que toda clase de medallas y condecoraciones son de uso obligado y común en Europa. En algunas cortes del viejo mundo aquel que no haya sido iniciado en las interioridades del protocolo, se expone a confundir un mayordomo uniformado con un alto Chambelán, pues ambos usan medias de seda, calzones a la rodilla y levitas con galones dorados. La única diferencia que puede advertir el observador avezado al trato de estas gentes, es que el mayordomo muchas veces está dotado de cerebro más brillante que Su Excelencia. El afable ministro no podía hacer nada en provecho de mis planes. Me dio el consejo de que visitase al Rey en Fumes, escribiendo de su puño y letra una nota donde agradecía mi generoso ofrecimiento, en nombre del gobierno de Bélgica. Mientras Su Excelencia derramaba cortesías sobre mi persona, como suelen hacer los diplomáticos cuando quieren negarnos un favor, los cañones enemigos tronaban a unos pocos kilómetros de distancia. Yo pensaba que la guerra acabaría de un momento a otro, sin que pudieran ser utilizados mis servicios.

Esa misma tarde dos aviones militares alemanes volaron sobre Dunquerque. Las ametralladoras instaladas en la torre de la catedral no pudieron alcanzarlos con sus disparos. Toda la ciudad se mantuvo en estado de alerta y los habitantes con los nervios destrozados ante las dos silenciosas amenazas volantes que hacían círculos sobre la población.

Varios trenes cargados de soldados británicos llegaron ese día. No pude reprimir la admiración que experimentaba por esos oficiales bien vestidos y adiestrados que se lanzaban tan galantemente a la refriega. En ellos se daban

combinadas las cualidades de un soldado, de un caballero y de un deportista, las cuales hacen que el oficial británico sea estimado a dondequiera que va. Con dos de ellos trabé amistad. Por la noche nos sentamos juntos en un café a compartir algunos tragos para matar el tiempo. Mientras conversábamos hubo una conmoción en la calle. Todos tres corrimos a informarnos de lo que ocurría. Vimos que un general francés era arrestado por un sargento belga, pasadas las 9:00 de la noche. El general había olvidado sus papeles, con lo cual no pudo ser identificado. El furioso general y su edecán fueron obligados a marchar entre dos filas de bayonetas hacia la comandancia mientras los dos oficiales británicos y yo reíamos de buena gana por el suceso. Bebíamos a la salud del disgustado general, que aparte de las molestias del momento, nada tenía que temer. Sería reconocido, por el oficial de guardia.

Los aviones alemanes aparecieron de nuevo sobre Dunquerque al siguiente día. Ahora con el propósito de bombardear, como en efecto lo hicieron. Arrojaron dos bombas. Una de ellas atravesó el techo de un hospital militar, haciendo explosión en la planta baja, en donde resultaron lesionados varios soldados ya heridos en el campo de batalla, que justamente se encontraban allí. La otra bomba cayó en la calle y horadó el pavimento, en un lugar situado entre mi hotel y el edificio del Ayuntamiento, que había sido el blanco asignado. El impacto produjo rotura de cristales de las ventanas en varias cuadras a la redonda.

Yo dormía la siesta y desperté en medio de un diluvio de esquirlas de cristal.

Una hora después el comando militar dictó una nueva orden del día, cuyo texto fue fijado en todas las esquinas de las calles. Se decretaba que todos los extranjeros residentes en Dunquerque debían abandonar el puesto en el término de veinticuatro horas y que los súbditos alemanes y austro-húngaros, ya fuesen hombres o mujeres, que fueran sorprendidos dentro de los límites de la ciudad después de ese plazo, serían fusilados sin fórmula de juicio.

Estas drásticas disposiciones por lo que a mí convenía hacían imposible mi permanencia en el lugar. Había hecho arreglos para dirigirme a Fumes al siguiente

día con el objeto de visitar a Su Majestad el Rey de Bélgica. En vista de esto me vi precisado a acudir a la Comandancia de Armas para lograr el visado de mis documentos. En la comandancia un coronel francés, a quien jamás había visto, pero que ya conocía los motivos de mi viaje a Europa, se me acercó mientras hablaba con mis amigos ingleses, para decirme en tono protector:

—Querido amigo, ¿cómo es posible que los belgas hayan rehusado aceptar sus servicios? ¿Por qué no se une a nosotros, los franceses?

—Está usted equivocado —le repliqué en el acto—. Los belgas no han rechazado mis servicios. Tengo que ver al Rey, quien es la única autoridad que puede tomar decisiones en este caso y Su Majestad se halla en Fumes. Fui amigo de Leopoldo II, el padre del actual soberano, y abrigo la esperanza de que el Rey Alberto me recibiría en el ejército regular belga, sin obligarme a abandonar mi nacionalidad. Como ya no puedo ir a Fumes, con placer me uniría al ejército regular francés, si me lo exigieran en forma oficial, pero siempre con la condición de conservar mi nacionalidad venezolana.

—¡Cómo! Pide usted ser admitido en nuestro ejército regular —replicó agriamente el coronel— ¡Jamás de la vie! Para caballeros como usted tenemos la Legión Extranjera.

No me tomé el trabajo de replicar a su ridícula arrogancia de museo. Sencillamente le volví la espalda. Continué conversando con mis amigos ingleses, mientras el coronel, después de soltar unos cuantos juramentos como cualquier carretero, se marchaba para olvidar la torpeza en que había incurrido. Desde luego habría sido poco noble juzgar de la proverbial caballerosidad del cuerpo de oficiales del ejército regular de Francia por el comportamiento de este pelmazo de coronel. Tontos como este se encuentran en todos los ejércitos del mundo.

No fue una senda de rosas la que recorrí para ser finalmente, aceptado en los ejércitos turcos bajo las condiciones que me había propuesto. A esa nación le rendí servicios que gustosamente hubiera prestado a la causa aliada. Pero es el caso que nadie habrá experimentado como yo tantas dificultades para

combatir, antes de calarme el kalpak y comandar a 12.000 bravos, bajo las banderas del Profeta.

En Montenegro escapé de milagro de ser ejecutado como espía alemán (acerca de este incidente escribí extensamente en mi libro *Cuatro Años bajo la Media Luna*). Los últimos días del año 1914, me encontraron en Sofía, Bulgaria, donde visité a mi viejo amigo el general Savoff, comandante en jefe del ejército búlgaro durante la guerra balcánica. También traté allí a Von der Goltz y a Fethi Bey, ministro de Turquía en Bulgaria. Estos dos caballeros me invitaron a unirme inmediatamente a los ejércitos de las potencias centrales, sin la pérdida de mi nacionalidad, simplemente bajo mi palabra de honor. De esta manera quedé reconocido mi derecho a batirme en esa gran guerra en los términos que había señalado.

Dos días más tarde llegaba a Constantinopla, donde fui recibido en seguida por el Mariscal Liman Von Sanders, jefe de la misión alemana en Turquía, y héroe de la campaña de los Dardanelos. Tanto él, como el general Bronsart von Schellendorf Pacha, jefe de Estado Mayor de los ejércitos turcos, me presentaron a Enver Pachá, quien me favoreció con su amistad. Me ofreció una misión como oficial superior en el ejército regular turco bajo mi palabra de honor de caballero y soldado de que defendería y honraría la bandera de ese país, mientras estuviese a su servicio. Este juramento lo cumplí fielmente hasta el fin de la guerra mundial.

Dos semanas después era destinado a la pequeña población de Erzyndian, en el corazón del Asia Menor, la cual estaba rodeada por guerrillas kurdas y armenias, que infestaban las montañas del Cáucaso. Me hallaba adormilado, en mi lecho de campaña, a primeras horas de la mañana de este día, mientras en las manos de mi fiel ordenanza Tasim, se enfriaba la segunda taza de fuerte café turco, que tenía por hábito tomar.

En el término de pocos meses me había transformado de jefe rebelde de soldados llaneros que peleaban contra la dictadura de Gómez en Venezuela, en un oficial de la Media Luna, que ahora combatía contra los ejércitos de las mismas naciones que habían rehusado aceptar mis servicios unos días antes.

Después de todo, una causa es una causa. Puede que sea más o menos justa. Lo que se diga en su defensa, podrá ser más o menos cierto. Pero ¿quién tiene la razón? La guerra es la guerra, como dicen los franceses. Yo, como soldado profesional, naturalmente tenía que tomar parte activa en esa guerra.

V

EL SITIO DE LA CIUDAD DE VAN

El sangriento asedio de la ciudad de Van, capital de Armenia, llegaba rápidamente a su fin. Paseaba yo de arriba a abajo, por una de las muchas terrazas del *kalesi* o castillo, situado en la cúspide de un monte o farallón casi perpendicular, de media milla de largo, situado en las afueras de la ciudad. Este monte se asemejaba a una ola gigante a punto de romperse sobre la costa, en el presente caso, la ciudad amurallada de Van. Dentro de esas construcciones defensivas se levantaba la población, formada por una masa de edificios de techos planos, de dos o tres pisos. A la distancia se la veía yacer enclaustrada, en una especie de semicírculo al pie de la vieja roca llamada del castillo.

Mientras me movía nerviosamente de un punto a otro en la terraza principal del *kalesi* no podía dejar de pensar en la manera como el azar conforma a veces el destino de los hombres. Aquí estaba yo, guerrillero venezolano, convertido en un *giaur*, un sucio perro cristiano, apretando el cerco de acero, a la cabeza de doce mil soldados turcos, luchando contra treinta y cinco mil guerrilleros armenios, en la ciudad capital de sus antepasados. En mi fuero interno no condenaba a los armenios, por odiarme y despreciarme. No había otra manera de salir del paso. Por lo tanto, me ceñía reciamente a mi deber, dándome cuenta de que mi sino era que los acontecimientos se sucedieran de aquel modo trágico.

La ciudad y el castillo estaban rodeados por una espesa nube de humo. Habían sido zarandeados y golpeados durante veinte días consecutivos por los obuses. Era incesante el tableteo de las ametralladoras y las descargas de fusil que se escuchaban a la distancia como el rumor atenuado de una poderosa catarata. En los encuentros cuerpo a cuerpo corría la sangre y se sucedían las matanzas. Tanto los turcos como los armenios se odiaban a muerte y se combatían al estilo oriental. El yatagán y la cimitarra trabajaban a tiempo completo. La Cruz y la Media Luna estaban peleando con desesperación, por el control de las tierras altas de Armenia, sobre las cuales se deslizaban los tres o cuatro pasos de montaña que conducían del Asia Central y Anatolia, luego a través del Bósforo, a Europa. La eterna meta de todos los conquistadores asiáticos.

Nuestra lucha feroz y aquel fuego sin tregua de la artillería pesada, habían convertido las dos terceras partes de la ciudad de Van en un amasijo de ruinas y despojos llameantes y humeantes, que parecía eructar lavas de odio, como un volcán en actividad. De las casas se elevaban al cielo gigantes columnas de humo. Lenguas de fuego parecían llenar el horizonte de innumerables cascadas de un resplandor purpúreo. Era en verdad una escena terrible y dantesca. Me acordaba de un antiguo adagio: *¡No existe la misericordia al este del Helesponto!* El combate se iba extendiendo a las aldeas cercanas. No podía dejar de estremecerme cada vez que contemplaba desde la cumbre de la fortaleza que habíamos tomado, las aldeas y los caseríos que habían sido pasto de las llamas. Sobre ellas aleteaban bandadas de cuervos que graznaban, mientras se disputaban con los perros hambrientos los cadáveres de los caídos, tanto turcos como armenios, que llenaban las estrechas calles de Van y los campos circundantes. Era imposible dar sepultura a esos cadáveres, en vista del mortífero fuego que nos hacían los armenios, quienes combatían como demonios encerrados en una jaula. Pero lo que más me preocupaba en aquellos momentos era unos edificios de rojos ladrillos, que sobresalían singularmente en el suburbio de *Aiskedan*. Tales edificios estaban protegidos por la bandera

americana. Se trataba de una misión evangélica, en la cual doce o veinticuatro misioneros corrían el riesgo de ser aniquilados por las baterías turcas.

Esos misioneros —debo confesarlo— se convirtieron en aquellos días en el mayor de mis dolores de cabeza. Por salvarlos pendió sobre mí, como espada de Damocles, la tremenda sentencia bíblica de muerte silente, por veneno o daga, durante los cuatro años que serví en el ejército turco. Todo sucedió así. El día que asumí la dirección del sitio de Van por orden de Enver Pacha, secretario de guerra y vicedirector del ejército otomano, advertí que dos cañones de montaña, del tipo Mantelli, apuntaban los edificios de la misión norteamericana. Los inmuebles ofrecían a la distancia magnífico y tentador blanco para cualquier artillero. Cuando llamé la atención al gobernador Djeveded, el *valí de Van*, sobre el emplazamiento de aquellas piezas, le señalé que su modo de proceder era contrario a las normas del derecho internacional, porque los Estados Unidos eran una potencia neutral. Djeveded me replicó entonos de excusa: *lo siento, mon cher camarade...* E inmediatamente movió los cañones hacia otra posición. Sin embargo, a pesar de su cortés sonrisa —líbreme Dios del turco que sonríe— me di cuenta del profundo disgusto que le causaba verse sorprendido en sus tretas. Evidentemente bombardearía la misión cuando yo estuviese en otra parte. De ese modo eliminaba los misioneros norteamericanos, quienes no le simpatizaban. Como jefe del sitio la culpa sería mía. Es indudable que, desde aquel momento, Djeveded, temeroso de las graves consecuencias que sus designios le traerían más tarde, con el mayor sigilo, en connivencia con su pariente, el coronel Khalil Bey, acudió a todos los medios para salir bonitamente de mí, como dicen los orientales. Y probablemente lo habría logrado, si por casualidad no hubiese descubierto que yo era... de Missouri.

No esperaba ver de nuevo combates tan furiosos como los que presencié en el sitio de Van. Nuestros 12.000 turcos mantuvieron a Aram Pacha y sus 30.000 armenios en un círculo de acero por veinte días. Se nos atribuye la hazaña de haber disparado 12.000 cañonazos sobre la ciudad en las primeras

semanas del sitio. Fuera moro o cristiano, cualquiera que cayese en manos del enemigo era hombre muerto. Tratar en esos días de salvar la vida de un prisionero habría sido empresa suicida. Los bríos de nuestros hombres eran tan terribles que en numerosas ocasiones emplazamos piezas de artillería en las casas ya tomadas, con el fin de abrírnos paso a través de los muros que nos separaban del enemigo... Doquiera estallaban los proyectiles, se derrumbaban los edificios y caían los techos reducidos a escombros, levantando columnas de humo y polvo amarillento. Ambos se mezclaban con una lluvia de chispas, que al diseminarse llovían sobre los combatientes semejando un mar de lava derretida. Tan pronto como ocupábamos un edificio este era incendiado, para impedir que el enemigo tratase de recuperarlo durante la noche. Al comienzo del sitio los armenios pretendieron inducir a mis hombres a la rebelión, gritándoles, por encima de las trincheras: “*¿Por qué habéis aceptado como jefe a ese giaur? ¿No veis que solo es un perro cristiano como nosotros?*”

Con los cabellos chamuscados, las caras ennegrecidas por la pólvora, casi sordos por el tabletear de las ametralladoras y las cargas cerradas de nuestros fusileros, habíamos logrado avanzar algo. Lentamente, por obra de incontables sacrificios, nos íbamos moviendo hacia el corazón de aquella obstinada ciudad, que los armenios defendían con la demencia de la desesperación, entre los muros de las casas que iban consumiendo las llamas de la guerra y que nuestros cañones convertían en pilas de escombros.

Con esas escenas de locura y pesadilla frente a mis ojos hundidos en atroz decaimiento, aquella mañana, estaba sentado al lado del gobernador Djeveded en una de las terrazas de la ciudadela. Desde allí veíamos a nuestros pies, convertida en una hoguera descomunal, como una fiesta de fuegos artificiales, la ciudad de Van. El gobernador era un hombre que frisaba los cuarenta años. Llevaba bigotes cuidadosamente atusados. Era de contextura delgada, de tamaño un poco más que mediano. Vestía a la última moda de París, prendido en el ojal un clavel rojo. Sus abundantes cabellos negros y sus sombríos ojos de mirada profunda, contrastaban con la intensa palidez de sus distinguidas

y bien formadas facciones. Era hombre cortés y culto, como un genuino osmanlí. Además, generoso, aunque este rasgo de su carácter estaba sometido a los caprichos de su voluntad. Pese a todas estas buenas cualidades Djevded era hombre de temer debido a sus grandes ambiciones. Cualquiera que le molestase, cualquiera que supiese más que él, incurría en su odio mortal. Buscaba la manera de apartarlo de su camino, lo más pronto, sin el menor escándalo. No tenía escrúpulos para administrar venenos ni para echarle el lazo corredizo de los estranguladores. Tenía a su disposición las balas de sus jenízaros, comandados por su capitán de policía Reshid Effendi, generalmente el ejecutor de sus órdenes secretas. Por esa razón me hacía acompañar siempre, a todas partes, por Tasim Chavush, mi ordenanza.

En esta ocasión el fiel Tasim estaba detrás de nosotros, la mano derecha descansando en la culata de su fusil ametralladora. Mi criado permanente, Mustafá, mi cocinero, Mr. Silverstein, se sentaban con las piernas colgantes, por sobre el borde de la terraza, aparentemente en muda contemplación del incendio de la ciudad. En realidad, con un ojo fijo en el lugar donde yo me hallaba, muy conscientes de lo que entre nosotros ocurría. También ellos sospechaban que algo podía pasar. Afortunadamente para todos nada ocurrió ese día. Djevded era demasiado precavido como para no darse cuenta de que aun cuando él tuviese el comando civil, si atentaba contra mí, llevaría la peor parte, porque yo tenía la jefatura de las fuerzas militares. Por lo tanto, con sonrisa complaciente, el hermano Djevded aprobó de muy buen grado mi sugerencia de partir en seguida para la frontera persa, con el fin de detener el avance de 30.000 rusos que venían a marcha forzada a romper el cerco de Van. Durante mi ausencia, Djevded quedaría encargado de la jefatura de las fuerzas que sitiaban la capital de Armenia. Sin embargo, tal vez temerosos de que revelase más tarde en Constantinopla su intención de bombardear la misión norteamericana y contase algunas de sus bellaquerías, ordenó al comandante Burhan-Ed-Din seleccionar mi escolta entre el grupo de hombres de su confianza. Esto significaba en buen turco, que los soldados destinados

a proteger mi persona, podrían asesinarme limpiamente en el viaje. Tuve conocimiento del plan una hora más tarde. Un oficial amigo me hizo la confianza antes de partir. Con el fin de poner las cosas en su puesto, convoqué a todos los militares que servían bajo mi mando, y les dije sin ambages lo que pensaba. Mostraron tal disgusto por la mala fe del gobernador, que mis dos principales subalternos, Aghmed y Kiambulat, se ofrecieron voluntarios para acompañarme. Naturalmente, no podía permitir eso. Con mis ordenanzas y la escolta que estos oficiales seleccionaron para mí, partí al día siguiente hacia el desfiladero de Kotur Dagh, en la frontera ruso-persa, sin que Djeveded pudiera inmiscuirse en los arreglos que había hecho.

Doce horas después de mi marcha, Djeveded lanzaba veintiséis bombas sobre los edificios de la misión norteamericana. Por efecto de esos disparos quedaron demolidos. Resultaron muertos y heridos varios misioneros. Era un cruel atentado que no se habría cometido, mientras yo estuviese dirigiendo el sitio.

Uno de los más agradables incidentes —siempre las malas cosas de la vida tienen su lado bueno— me ocurrió una tarde cuando me arrastraba a la cabeza de una partida de zapadores, por nuestra tierra de nadie. Esta zona de peligro era en Van el área devastada de la población. Nos deslizábamos con mil precauciones, en medio de un montón de ruinas, en la parte opuesta de algunos edificios de donde los *comitadchis* armenios hacían fuego sobre los servidores de nuestras baterías en la roca del castillo, cuando mi adicto servidor Mustafá, que me guardaba las espaldas me asió por una pierna, mostrándome con el dedo, una ventana abierta. En ella observé que alguien prendía un fósforo para encender una lámpara de kerosene. Luego se sentaba al piano para hacernos gustar por media hora algunas de las más tristes y bellas melodías que jamás oyerá. Se trataba de una joven, probablemente estudiante de la misión norteamericana. Cantaba algunas canciones de ese país. Una entre ellas, *deary, oh deary*, me era bastante conocida. La había escuchado en Nevada, en la época de la fiebre del oro. El contraste entre el feliz y despreocupado Nevada Méndez, exvaquero, minero en Alaska, y Bey Nogales, comandante del sangriento

sitio de Van, me impresionó tanto, que en aquel momento llegué a sentirme como en un sueño. Un sueño del cual me despertó el grito contenido a duras penas al ver que uno de nuestros voluntarios turcos, lentamente se llevaba el fusil a la cara y apuntaba a la muchacha. Por fortuna actué a tiempo para evitar aquel asesinato a sangre fría. Nuestro pequeño rui señor siguió trinando sin sospechar que había estado tan cerca de la muerte.

Mientras tanto, desde las ventanas próximas los comitadchis, armenios de negras barbas, juraban y disparaban sobre nuestras cabezas. No supieron jamás que el *Skeitan Osmanli* como me apodaban, estuvo al alcance de sus rifles, disfrutando con relativa calma los bellos cantos de su pequeña hermana armenia de ojos melancólicos.

XIX

DEFENSA DEL DESFILADERO DE KOTUR DAGH

Después de dejar encargado del sitio de la desventurada ciudad de Van al gobernador Djeveded, corrí a la frontera persa, con solo una escolta de hombres armados. Intentaba detener a los 30.000 rusos que volaban en marchas forzadas, con el objeto de rescatar la capital de Armenia.

En el desfiladero de Varak chocamos con una banda de *comitadchis*, que en los primeros momentos nos presentó dura resistencia, pero finalmente, se retiró al amparo de un cañón cercano, perseguida activamente por algunos de nuestros hombres.

Al siguiente día cruzamos los picos nevados de Kotur Dagh, donde Ibrahim Effendi, comandante de las fuerzas que defendía el paso, me entregó un mensaje de Tchefik Bey, vicegobernador de Bash-Kale. Tchefik me rogaba que asumiera la defensa de Kotur Dagh, sobre la frontera persa, donde un puñado de turcos trataban de detener la avalancha rusa, cuya presión se hacía cada vez más fuerte.

Aquella unidad turca estaba formada solamente por mil voluntarios turcos y kurdos, comandados por oficiales del ejército regular y de la gendarmería. Como el objeto de mi misión era precisamente detener el avance de los rusos, que iban al rescate de la ciudad de Van, atravesé con la mayor celeridad las polvorientas llanuras de Bask-Kale.

Esa misma tarde a las 3 tomé el mando del puñado de veteranos que ya eran hostigados por la vanguardia rusa. El desfiladero de Kotur-Dagh es un paso estrecho de los montes de Kurdistan que entonces bordeaban la línea fronteriza turco-persa.

Nuestros hombres ocupaban posiciones ventajosas a lo largo del paso. Estaban dando buena cuenta de varios *sotnias* de cascos siberianos, que iniciaban un ataque frontal. Estos cosacos eran gente muy pintoresca, encapuchados en sus kalpaks de pieles de oveja que parecían crestas de gallo sobre sus cabezas, haciendo marco curioso a sus caras quemadas por el sol y cerradas de barbas. Las sueltas extremidades de sus kaftanes azules y rojos flotaban salvajemente al aire. Daban foetazos y espoleaban sin misericordia a sus pequeños y peludos corceles, mientras gritaban y blandían frenéticamente sus anchas y deslumbrantes cimitarras sobre sus cabezas.

Cada uno de esos jinetes llevaba a la grupa un infante que saltaba a tierra, donde lo juzgaba conveniente, y corría a guarecerse detrás de una roca, para proteger el avance con el fuego de su rifle, durante las cargas de caballería. Era una combinación excepcional, bastante útil, de los métodos de guerra antiguo y moderno, que hacía que el ataque de estos cosacos fuera realmente formidable.

Resultaba interesante verlos maniobrar en derredor como enjambre de furiosos abejones. Unas veces atacaban de frente, bajo la protección de sus avezados tiradores. Otras, desaparecían al abrigo de los montes vecinos, para reaparecer súbitamente por nuestros flancos, donde nuestros ametralladoristas los esperaban, haciéndolos huir a distancia, con decenas de bestias ya sin jinetes.

Por una contraofensiva que lanzamos esa misma tarde, rechazamos y contuvimos con éxito el segundo ataque de los rusos, hecho que me produjo considerable ansiedad al principio. Pero mis kurdos seguían firmes en sus posiciones. La victoria era nuestra. Durante las luchas cuerpo a cuerpo de ese día mi ayuda de campo Ahmed Effendi, que había sido estudiante de la Universidad de Heidelberg, estuvo a punto de caer prisionero del enemigo.

Mientras procuraba evadir un sablazo traicionero que me lanzó un cosaco, Effendi se agarraba con él. Ambos rodaron por la inclinada pendiente de un montículo. Una partida de voluntarios kurdos lo rescató y condujo sano y salvo, a la posición que ocupábamos, antes de que la caballería enemiga los rodeara e hiciera prisioneros.

Fue una hábil escapada de Ahmed Effendi de manos de los rusos, gracias al valiente comportamiento de nuestros kurdos, de los que nos sentíamos tan orgullosos. Sin embargo, a juzgar por la forma como escalaron la pendiente, ninguno parecía que deseaba gozar las delicias del paraíso, que el profeta reservaba a los caídos por la patria.

Se acercaba la hora del crepúsculo cuando vimos por última vez ese día quebrarse los rayos de un sol rojo ladrillo en los brillantes sables de los cosacos. Para alivio nuestro caía la noche sobre los montes, la luna iniciaba su ascenso en un cielo colmado de estrellas. A distancia percibíamos los fuegos del campamento ruso de donde se elevaban estrías de humo y brillaban luces que se nos antojaban misteriosas. El ominoso silencio nocturno solo era roto ocasionalmente por el triste aullido de un solitario chacal, o el estridente grito de un ambulante leopardo, que parecía descender de los circundantes y sombreados picos montañosos.

Después de una sopa frugal, acompañada de un pedazo de pan duro y agua, hice los preparativos para la defensa de nuestras posiciones al siguiente día. Pasada la medianoche partí con mi escolta hacia la ciudad de Bash-Kale, donde me proponía esperar la llegada de los Beys Kiasim y Khalil. Debían venir al día siguiente, con dos divisiones mixtas y tres brigadas de voluntarios turcos, kurdos y circasianos.

Después de la derrota sufrida por Khalil, cerca de Shehir-Salamés, ambos generales lograron engañar a los rusos, tomando por un paso montañoso desconocido, en las proximidades de Tocaragua, al sur de Bash-Kale.

Desgraciadamente, después de alejarnos un buen trecho de nuestro campamento, tuve que regresar con el objeto de dar al capitán Fuad Effendi, algunas

órdenes adicionales para la defensa del desfiladero. Por esta demora no pude reanudar la marcha antes de las cuatro de la mañana. El alba nos sorprendió a la entrada de un cañón montañoso que desembocaba en la llanura de Tchoug.

Mientras trotábamos pensando en las delicias de una buena comida, no pude evitar la muda contemplación de las hermosas planicies en aquella parte del agreste sistema montañoso del Kurdistán. Aparecía ante mis ojos, rodeado por colinas plateadas, las cuales brillaban como diamantes, al proyectarse sobre ellas los rayos del sol naciente. Dudaba de que hubiese en otra parte un paisaje más hermoso, especialmente hacia el oriente. En un mundo diáfano, ornado de marfil y oro, la torre de Ejebel emergía clara, blanca como la nieve, mientras al norte, el Ararat lanzaba resplandores, y parecía elevar sus picos hasta el luminoso astro. Cuenta la tradición que el Arca de Noé se detuvo a reposar allí cuando amanecían los tiempos.

Me había alejado al trote unos doscientos pasos de mi escolta. Olvidaba todo lo relativo a los rusos. Mi atención estaba concentrada en aquel paisaje extraordinario que nos rodeaba, cuando al tomar una curva del camino que discurría por el profundo cañón, mi caballo chocó con uno que montaba un oficial cosaco, quien venía en dirección contraria.

Nuestra sorpresa fue mutua, asaz desconcertante por lo que a mí concernía. Me di cuenta de que el capitán Schmilinsky, o cualquiera fuese su nombre, trotaba a unos cien pasos de su escolta, una *sotnia* integrada por cosacos con caras de pocos amigos. Se detuvieron en seco. Me observaban en una forma que no me hacía sentir bien. Para hacer las cosas peores, el edecán del capitán, un joven de buena presencia, pero bizco, avanzaba contra mí, a sesenta kilómetros por hora, con un enorme cuchillo de caza, que llevaba atado a la muñeca.

No me tomó mucho tiempo hacerme dueño de la situación —tal vez menos de un cuarto de segundo—. Mi corcel otomano golpeó con sus patas delanteras el potro del oficial cosaco en una forma tal que me impidió alzar la mano para saludar. El capitán parecía compartir conmigo la opinión de que, bajo tales

circunstancias, había que prescindir del saludo habitual, porque asiéndose a la crin de su caballo con una mano, levantó la otra armada de una escopeta máuser y me hizo un disparo a quemarropa. Un comportamiento a todas luces reñido con la cultura, pensé para mis adentros.

Antes de que pudiese disparar de nuevo le había volado el máuser con un firme mandoble de mi sable, mientras su edecán, el joven de mirada bizca, golpeaba con su espada tan fuertemente mi cabeza, que me ponía a ver todas las estrellas y nebulosas de la vía láctea. Si no hubiera sido por mi *kalpak* militar que la protegía, sobre el cual resbaló la afilada hoja, no hubiera vivido para contar la historia. No recuerdo realmente lo que ocurrió después, con excepción de que instantes más tarde había vuelto grupas. Corría a todo galope a reunirme con los gendarmes de mi escolta.

Cuando me hallaba bajo la protección de sus armas y me frotaba la cabeza con ambas manos, dirigí la mirada hacia donde estaban los enemigos. Pude contemplar a mi galante adversario, el capitán de cosacos, gesticulando en forma ridícula, aunque a distancia respetable, mientras atendía a su mano derecha, que casi le había seccionado con el mandoble de mi sable. En otras palabras, ambos nos habíamos puesto a buen recaudo, al amparo de nuestras escoltas, sin ni siquiera la excusa del sonrojo.

Después de despedirnos amistosamente a la distancia que nos separaba, cambiando unos cuantos disparos en señal de cortesía, partimos en direcciones contrarias, no sin mirar cuidadosamente por encima de los hombros a cada vuelta del camino, para cerciorarnos de que ninguno de los dos había cambiado de parecer. La piel de nuestro cuerpo no retoña. Siempre es mejor moverse en terreno seguro para no tener que lamentarlo.

Luego de nuestra victoria en la defensa del desfiladero de Kotur-Dagh, galopaba por las polvorientas llanuras de Tchough. Mi escolta de gendarmes montados pisaba los ijares de mi corcel. La herida de mi cabeza la había envuelto en una toalla, a falta de venda más adecuada.

Todo el tiempo que había pasado desde la imprevista escaramuza con la *sotnia* de cosacos, no había dejado de pensar, cómo había hecho el oficial enemigo para atravesar las montañas kurdas, sin caer en manos de algunas de las tantas guerrillas que destacábamos en operaciones de exploración. Hallé una respuesta a este acertijo al llegar a la ciudad de Bash-Kale, donde me esperaba un parte telegráfico de guerra.

Me lo dirigía el vicegobernador de la provincia, Tchefik Bey. Me informaba que después de nuestra partida los rusos habían flanqueado el desfiladero de Bash-Kale, por una trocha de cabras, obligando al capitán Fuad Effendi y sus tropas, a retirarse hasta las estribaciones de Tchough-Dahg, donde había cavado trincheras y esperaba órdenes.

Una vez que los rusos vencieron ese obstáculo no había manera de evitar su avance hacia Bash-Kale, nuestro centro de operaciones en el corazón de las agrestes montañas del Kurdistán. Habíamos almacenado en la ciudad enormes cantidades de alimentos, municiones y otro material de guerra para las

fuerzas expedicionarias de los Beys Kiasim y Khalil, a quienes se esperaba de un momento a otro.

La ciudad de Bash-Kale era también el centro de una famosa industria de alfombras. Prácticamente cada una de sus casas, grande o pequeña, se suponía debía guardar, por término medio, alrededor de quinientas libras esterlinas en legítimas alfombras persas.

En vista de la gravedad de la situación, bajo mi responsabilidad ordené la inmediata evacuación de la ciudad. Los habitantes la desalojaron casi en el acto, por su propia cuenta, envista del terror que despertaban los cosacos. Después de la salida de la guarnición practiqué una visita a Bask-Kale. Inspeccionaba las casas en donde suponía se guardaban las más finas alfombras. Quedé asombrado, en muda contemplación de aquellos invalorable tesoros. Representaban centenares de miles de libras esterlinas. Tales riquezas hacían extraordinario contraste con la pobre Bask-Kale, llena de basura, suciedad y fango. Había para pagar el rescate del más poderoso de los soberanos cautivos.

Mientras tanto, la vanguardia del ejército moscovita avanzaba en nuestra dirección. La precedían numerosas bandas de voluntarios cosacos y armenios, a pie y a caballo. Los esperábamos con las armas listas para hacer fuego sobre ellos, el pie en los estribos de nuestros caballos. Mandaba un puñado de hombres valientes y decididos a todo. Había despachado la mayor parte de la población masculina con la guarnición, para que escoltasen un numeroso convoy de provisiones que organizamos esa mañana, después de requisar los caballos, muías, burros, y camellos, que encontramos en la ciudad y sus inmediaciones.

Estos nobles brutos fueron cargados no solo con las vituallas del ejército, sino también con los enfermos o heridos. Nunca fui partidario de abandonar mis hombres a su suerte, si podía evitarlo. Esa era probablemente la razón por la cual siempre me fueron tan adictos.

Cuando los rusos llegaban a los suburbios de la ciudad les hicimos unas cuantas descargas a guisa de saludo. Después vivamente hostigados y perseguidos por sus patrullas, nos retiramos a la aldea de Sova, donde esperábamos pernoctar.

Tan pronto como quedamos instalados en el caserío, envié por mi cocinero Mr. Silberstein para que preparase nuestra cena. El hombre no estaba por ninguna parte. Su desaparición me mortificaba. Le había tomado cariño a aquel expropietario de casas de empeño en Hoboken, New Jersey. Tal vez lo habían capturado los rusos.

Mientras algunos de los soldados recorrían los parajes por donde nos habíamos retirado, en busca del cocinero, observé un grupo de vecinos que muy excitados señalaban en dirección a la entrada de la aldea. Era Mr. Silverstein que llegaba. Venía a pie, cubierto de polvo, tirando de la brida su cansado jamelgo.

El viejo rocinante se cimbraba bajo el peso de un enorme bulto de costosas alfombras persas, que seguramente escamoteó en Bask-Kale, mientras observábamos el avance de los rusos.

Mr. Silverstein me dijo en alemán al verme: “Gott der Gerechte. ¡Qué magnífico negocio he realizado, patrón! Estas alfombras valen un millón”. Aquello me hizo estallar en carcajadas, porque Alá es todo misericordia y vela por sus soldados.

Tras una noche de sueño reparador en Sova cruzamos a nado el histórico río de Zab, que hiende las dentadas montañas del Kurdistán en dirección al sur. Algunos de sus picos estaban coronados de castillos feudales. También se veían diminutas aldeas levantadas al borde de los barrancos, por donde corrían las verdes aguas del Zab y sus afluentes.

Mientras vadeábamos el Zab, el caballo que montaba Mustafá chocó contra una roca y dio un salto mortal. Jinete y cabalgadura ya eran arrastrados por la rápida corriente. Media docena de kurdos nadaron con el fin de rescatar a Mustafá, cuyo pie derecho se había prendido en el estribo. Tan pronto como lo zafaron, lo condujeron a la orilla. Mientras tanto, el cuerpo del caballo desaparecía entre las rugientes aguas de la catarata.

La aldea de Tocaragua, donde llegamos antes de la tarde, está situada al norte de la pequeña población de Quod-Hanis. En esta última residía el patriarca

nestoriano Mar-Simoun^{***}. Estaba reputada como el centro del agreste y salvaje Kurdistán. Las lúgubres estribaciones que forman multitud de curvas en aquella inhóspita región, conforman la frontera turco-iranesa. En aquel tiempo veíase de trecho en trecho una serie de pequeños y brillantes oteros cubiertos de esmeraldina vegetación, que les daban apariencia de praderas primaverales.

Durante el ascenso por el camino de recuas que conducía a Tocaragua, podíamos escuchar el estruendo de las aguas al precipitarse por el profundo y pedregoso lecho del cercano cañón. Menudas aldeas parecían colgar, como nidos de águila, casi perpendicularmente de los ásperos picos. De lejos nuestra imaginación revestía de romanticismo esos parajes, a pesar de su apariencia ruda e inhospitalaria. En Tocaragua hallé al hombre que buscaba. Era el coronel Kopnilu-Kiasim Bey, comandante en jefe del ala derecha de nuestro tercer ejército, o división de las fuerzas armadas turcas que operaba en Armenia.

Kiasim era albanés de nacimiento. Un hombre de intachable conducta. Un soldado eficaz y valiente. Los rusos le temían. Huían de él, como dicen que escapa el diablo del agua bendita. Al romperse las hostilidades no quisieron esperar su llegada y abandonaron los distritos de Serail de Bask-Kale. Buscaron refugio a la prisa en el norte de Persia. No me había encontrado antes con lasim. Medía cinco pies, cinco pulgadas. Era delgado y de temperamento más bien taciturno. Pero siempre oficial de acrisolada corrección en su trato. En Tocaragua se esperaba también al día siguiente, la llegada de Khalil Bey, con el grueso de nuestras fuerzas expedicionarias.

Como experimentaba enorme ansiedad por salvar nuestros almacenes de víveres y municiones en Bask-Kale, que ya había caído en poder de los rusos, tomé sesenta jinetes de los mejores de la escolta de Kiasim. Acompañado también por un grupo de oficiales, que se-unió voluntariamente, partimos a las

[***]_ Uno de los seguidores de Nestorio, jefe de una secta de herejes.

dos de la tarde de ese mismo día en dirección norte. A las sombras de la noche me proponía dar un golpe de mano contra los ocupantes de Bask-Kale.

Antes de la puesta del sol volvimos a vadear el río Zab. De allí continuamos la marcha con mucha cautela, debido a la proximidad de los rusos, que a primeras horas de la tarde de nuestra escapada de Bask-Kale, habían incendiado la aldea de Sova.

Unos momentos nos detuvimos en Sova para contemplar las ruinas humeantes de aquella aldea que nos había brindado generosa hospitalidad. Finalmente, llegamos a nuestro destino. A las nueve en punto de la noche desplegamos nuestra pequeña fuerza en la polvorienta planicie que se extiende frente a Bask-Kale. Éramos unos 180 jinetes en total. Desde allí podíamos ver a los cosacos sentados en torno de su campamento al borde de la ciudad.

Algunos de ellos cantaban alrededor del fuego. Otros bailaban, o ejecutaban danzas de rápidos giros, como derviches en trance, esgrimiendo dagas y relucientes yataganas por encima de sus cabezas.

Asaban carneros completos, a fuego lento sobre brasas. El viento nos traía el delicioso olor de la carne. Los comensales se pasaban de mano en mano las botellas de vodka, de genuino vodka del Volga. Se nos hacía la boca agua. Hacía tiempo no teníamos el placer de disfrutar de una buena bebida.

Míster Silverstein anticipaba con verdadero gozo el momento en que nos lanzáramos a la captura de aquellos carneros asados, lo cual le ahorraría el trabajo de hacer comida para nosotros. A decir verdad, lo que selló nuestra resolución de asaltar el campamento enemigo, fue la vista de aquellos carneros sobre brasas y aquellas relucientes botellas. Tanto podía el deseo de lograr una comida completa, unos tragos de buen licor, y una siesta que necesitábamos con urgencia.

Después de cerciorarme de que se habían tomado las debidas previsiones, hice la señal convencida. Un disparo al aire. Al sonar este nos lanzamos a la carga como jauría de lobos hambrientos, que nuestros alaridos hacían más convincente, pues metieron el miedo de Dios en los huesos de los 300 o 400 cosacos que ocupaban la ciudad. Ante lo imprevisto del ataque cundió el pánico

en el campo enemigo. Los hombres huyeron en todas direcciones, dejando tras sí los carneros asados y las tentadoras botellas. En medio de la oscuridad aquellos pobres *mujiks*, dando gritos de horror penetraron en el cuartel general. Allí contagiaron con su temor a todo el mundo, pues contaban que las furias del infierno habían caído sobre ellos, y que el grueso de nuestras fuerzas expedicionarias atacaba sorpresivamente a Bask-Kale.

Tan pronto como apaciguamos nuestra hambre y trasegamos las botellas a nuestro alcance, destaqué cuatro patrullas con la misión de que mantuviesen contacto con el enemigo, a fin de permanecer en guardia contra un contraataque. Envié también un correo a Kiasim Bey, rogándole nos mandase algunos refuerzos para que ayudaran en la tarea de salvar nuestros abastecimientos de víveres y municiones, que los rusos ya se aprestaban a cargar cuando los echamos de la pequeña ciudad. Pasamos el resto de la noche junto a nuestros caballos, listos para entrar en acción. Por suerte para nosotros nada anormal ocurrió, aun cuando tuvimos una o dos falsas alarmas. Con excepción de dos heridos y cuatro desaparecidos, no experimentamos más bajas.

Con las luces del amanecer, cuando el sol bañaba con sus primeros rayos los blancos oteros de la frontera iranésa, avistamos a la distancia, levantando nubes de polvo en el horizonte, dos regimientos rusos de infantería, precedidos por varias sotnias de cosacos que avanzaban hacia Bask-Kale. Debido al fulgor de sus bayonetas, que habitualmente los soldados rusos llevan caladas, estas columnas parecían gigantescas serpientes, deslizándose en su ruta a través de la llanura polvorienta.

Como me daba cuenta de que los refuerzos que había pedido ya no llegarían a tiempo, para salvar la ciudad y nuestros valiosos depósitos de material de guerra, procedí a rociar de kerosene los principales edificios de Bask-Kale, con pieles, alfombras y todo.

Cuando los rusos llegaron otra vez solo encontraron por doquiera montones de cenizas. Una ciudad envuelta en llamas que sus habitantes llamaron Bask-Kale. Así es la guerra.

Nunca he sido un fuerte bebedor. Pero debo confesar que no anhelé tanto un trago como en aquella soleada mañana del 18 de junio de 1915, cuando hicimos alto a nuestras cabalgaduras frente a las puertas de la ciudad de Sairt, la antigua capital de Kurdistán, cuyos minaretes se elevaban como agujas de resplandeciente alabastro en el cielo turquesa de Mesopotamia. Sobre un collado cercano, yacían sobre la nieve, en las faldas de los montes, millares de semidesnudos y sangrantes cadáveres de armenios. Me sugerían que también yo era solo un esqueleto ambulante, casi listo para unirme a ellos en la muerte. Había sido sentenciado a morir por el veneno, el cuchillo o las balas. Sabía demasiado. Había tenido la desgracia de ser el único cristiano, entre los sesenta mil turcos que habían aplastado la revolución de Armenia. Había presenciado escenas de las que ningún cristiano debía ser testigo, para ostentar el privilegio de vivir y contarlas más tarde. Khalil y varios otros jefes del partido de los jóvenes turcos, quienes habían cometido estos horribles crímenes, se daban cuenta de que, si yo llegaba con vida a Constantinopla, y divulgaba las informaciones que poseía, se verían en grandes dificultades para justificar su conducta. No solo ante el sultán, sino también ante sus aliados, Alemania y Austria-Hungría, que venían haciendo todo lo posible para detener esas matanzas y deportaciones. Sin embargo, el hecho de que Khalil y Djevded hubiesen

tratado de eliminarme, no significaba en lo más mínimo que abrigaran odio personal contra mí, por el contrario, éramos los mejores amigos. Si intrigaban para quitarme la vida era por espíritu de propia conservación. Si hubiera estado en lugar de ellos probablemente habría procedido en la misma forma. Habría buscado la manera de eliminar a Bey Nogales, para luego dirigir un telegrama a Constantinopla, describiendo cómo había muerto honrosamente combatiendo por las glorias del califato y los verdes pendones del *Pegamber...* ¡Lah-Allah-Il-Lalah!

Estos sucesos me parecen ahora excitantes y divertidos mientras los voy ordenando en mis recuerdos, frente a la máquina de escribir, en la pacífica New York. Frente a mi papel de héroe para película de cine, como entonces me parecía actuar, las cosas eran diferente.

Todavía al paso del tiempo no puedo evitar el sentir la mayor amargura rememorando aquellos días del Gran Visir Talaat Pacha y sus autoridades civiles, especialmente después que ocupamos la ciudad de Sairt, y se me destinó como residencia una hermosa casa nestoriana, cuyo dueño había sido fusilado junto con el resto de la población cristiana de la ciudad. Esta casa había sido saqueada como todas las demás. No había quedado una sola pieza de mobiliario, con excepción de unas cuantas sillas rotas. Las paredes y los pisos estaban manchados de sangre. El lugar me parecía siniestro. Suerte de morgue vacía, que habría llenado de terror a cualquier veterano bandido de Chicago. Pedí a mis ordenanzas que no deshicieran mi equipaje y que tuvieran todo listo para una brusca partida.

Mi cerebro se mantenía en febril actividad. Me había propuesto escapar de aquella horrible trampa de muerte a toda costa. Quería dar a Khalil lo que se llama el portazo, escapando del lugar sin permitirle que supiera a dónde me había marchado. Si lográbamos llegar a la *kasaba* de Sok sin que nos descubrieran sus espías, todo marcharía bien. Pero el problema era ¿cómo llegar hasta allá sin que los perros sedientos de sangre de Khalil no nos atraparan? Este nuevo plan maduraba con rapidez en mi cerebro mientras bajaba la escalera

de la casa para dirigirme al casino militar, donde un grupo de oficiales que habían peleado en Van bajo mis órdenes, esperaba mi llegada. No pude evitar una sonrisa al salir de la residencia y ver la cara que tenía mi cocinero Míster Silverstein, quien casi se había desmayado al descubrir las manchas de sangre en las paredes. El buen hombre había reaccionado con rapidez. Sonreía gozoso, mientras me mostraba en una mano un papel que acababa de recoger del piso. La arrugada póliza de un seguro de vida que tenía con una compañía norteamericana el asesinato propietario de la casa y que los kurdos habían tirado probablemente porque no sabían leer. La sonrisa de Míster Silverstein desapareció en el acto cuando le dije que mirase la fecha. El bendito nestoriano había olvidado renovar el seguro.

Mientras charlaba amablemente en el casino con mis antiguos subordinados no podía evitar que se me erizase la piel cada vez que me venía a la mente los pavorosos sucesos que había presenciado con la sonrisa en los labios. Eran atentados realmente aterradores que uno sentía hasta temor de describir. ¡Cuánto lamenté no haber estado lo más lejos posible de la Jehenna, de ese infierno, de esa terrible ciudad, donde había hombres que no se saciaban de derramar sangre humana!

Con el espíritu hondamente deprimido al presenciar tanta miseria, dejé el casino justamente antes de la puesta del sol. No antes de que el vicegobernador de la provincia, que era mi amigo, me advirtiera con insistencia peculiar que evitase cierto puente, llamado Akrabi Koepru, o *punte de los escorpiones*. Dicho puente estaba situado en la vía que debía seguir para llegar a Mussul. El plan de Khali era tenderme una emboscada, hacerme asesinar por bandidos pagados por él, que habían sido despachados antes de mi partida. Ya tenía sospechas de que algo por el estilo habría de ocurrirme si tomaba la carretera de Mussul, como lo habían anunciado en el casino. Por lo tanto, tuve muy en cuenta las advertencias de mi amigo. Decidí seguir mi nuevo plan que consistía en hacer un rodeo hacia el oeste, en dirección a la *kasaba* de Sok, con solo una oportunidad entre cien de llegar con vida a esa ciudad.

A la mañana siguiente después de la salida del sol, mi pequeña caravana se encontraba ya lejos de Sairt, atravesando las estepas infestadas de kurdos de Koshanah, sin que nadie sospechara en lo más mínimo la dirección que llevábamos.

Mientras nuestros briosos caballos mantenían un trote regular sobre la polvorienta estepa, oí que mi criado Mustafá contaba a Tasim y Mr. Silverstein una de las leyendas orientales de su inagotable repertorio. Me interesó el relato porque una historia muy parecida se halla en la mitología griega. Dice así:

“Existió una vez un poderoso califa en Bagdad que tenía por nombre el de Khalil Raghman ¡que Alá lo bendiga! Poseía un obediente servidor llamado Alí. Mientras residía en Damasco, Alí tuvo conocimiento de las malas y vergonzosas acciones que estaban cometiendo los favoritos del sultán en esa ciudad. Como era mudo porque le habían cortado la lengua cuando se hallaba empleado en el harem de su señor, Alí se hizo afeitar la cabeza. Pidió a un notario público que escribiese con tinta indeleble sobre su cráneo brillante la verdadera historia de tales crímenes. Luego se aplicó un poderoso específico para hacer crecer su cabello, y partió con una espesa melena que cubría su mensaje. Cuando regresó a Bagdad al cabo de un viaje lleno de contratiempos, se hizo rapar de nuevo la cabeza, e hincándose ante su señor, curvó su cuello como para permitirle que leyese el mensaje que escrito estaba sobre su cráneo. El califa quedó tan agradado del precioso mensaje, que inmediatamente hizo que le cortaran la cabeza a Alí, la que guardó para futura referencia”.

Al escuchar esta historia de Alí contada por Mustafá, decidí no afeitarme la cabeza para llevar al sultán mi mensaje con la relación de los delitos que algunos de sus subalternos estaban cometiendo en Armenia. Estaba seguro de que después de leerlo el soberano, posiblemente ordenaría que me decapitasen como Alí y guardarán mi cabeza para futuras consultas. Desde aquel momento decidí cerrar mi boca como una ostra en todas las cuestiones relativas a las matanzas de Armenia, hasta que pudiese escribir sobre ellas algún día, desde un lugar donde estuviese a salvo.

Me daba la impresión de que Mustafá había contado de propósito aquella historia. Esos orientales son prudentes. En mi fuero interno le estaba agradecido porque me salvó la vida después, probablemente en más de una ocasión... En el cercano oriente las paredes tienen oídos, pero las bocas llevan candados.

Al día siguiente comenzando la tarde pasamos un río de corriente bastante ligera, para lo cual empleamos balsas construidas con infladas pieles de oveja. Nos ayudaron en esta operación algunos kurdos, que luego traidoramente intentaron asaltarnos. Por fortuna estábamos suficientemente alertas, para darnos cuenta de lo que tramaban. Nuestra primera descarga dejó a la mayoría de ellos arrastrándose por la arena. Olvidaba decir que además de mis ordenanzas y Mr. Silverstein, me había traído una escolta de ocho gendarmes, bien seleccionados, quienes me acompañaban desde Van. La vida humana no valía un confite por aquellos días en el salvaje Kurdistán. Podía darse por perdido, quien, con dientes de oro lo demostrase en una sonrisa. Estos kurdos lo habrían perseguido a sol y sombra, solo para arrancarle de su mandíbula las preciosas orificaciones.

Continuamos nuestra marcha por unas pocas horas más hasta que entramos en una espaciosa aldea llamada Socaida, donde residía un sheik kurdo sordomudo, llamado Mohammed Tchefik. Su hermano era propietario de muchas aldeas en el valle circundante. Los hombres de su tribu rehusaron recibirnos al principio, con el pretexto que Mohammed Tchefik no estaba en casa. Sin embargo, cuando le mostramos con sinceridad nuestras intenciones y yo tuve el buen acuerdo de acercarle mi pistola con determinación a su inmensa panza, Tchefik cambió de parecer. Llegó al extremo de rogarme con insistencia que compartiese su casa, pues algunos de sus hombres parecían acordarse de mí. Había peleado al lado de nosotros en Van. Desertó de nuestro bando pasándose al enemigo, porque este lo había comprado bien. La mayoría de los sheiks kurdos y árabes del norte de Mesopotamia siempre estaban a la venta en esos días. Con ellos era cuestión de quién pagara más. Como conocía demasiado bien a los kurdos y su índole traicionera cortésmente rehusé la hospitalidad

que me ofrecía en su vivienda. Decidí en cambio albergarme en un gran edificio vacío, cuyo techo se levantaba sobre las construcciones adyacentes. Hice guardar nuestros caballos en la planta baja y dispuse que tres gendarmes se encargasen de su custodia. El resto de mis hombres y yo nos instalamos en el piso superior y en el techo.

Recordaba que los kurdos y otros nativos de Mesopotamia duermen habitualmente sobre el techo de sus viviendas en los meses calurosos del verano. Pero no podía explicarme aquella tarde por qué no eran partidarios de que hiciéramos allí nuestras camas. Solo pude ver asomados en la platabanda de sus casas unos cuantos rostros de barbas blancas, aparentemente recitando sus oraciones vespertinas, aunque en realidad nos estaban espionando. Su peculiar manera de comportarse nos hizo caer en la sospecha de que trataban de jugar-nos una mala partida. Para evitar que nos sorprendieran nos atrincheramos en el techo de la casa, en espera de lo que pudiera suceder. Por desgracia nuestros presentimientos se realizaron. Poco antes de media noche escuchamos un suave silbido que venía de un inmueble cercano; probablemente se trataba de una señal convenida; sin aguardar más disparé mi pistola al aire para avisar a los hombres que se albergaban en la planta baja. Dicho disparo puso todo en movimiento. Pocos minutos más tarde todos los edificios que se hallaban alrededor del nuestro, se vieron envueltos por el humo de la pólvora, mientras las balas de los kurdos silbaban sobre nuestras cabezas, como un zumbido de abejas.

Atraídos por el ruido del combate, algo más de una docena de desertores turcos que se ocultaban en los vecinos montes, acudieron para unirse a nosotros. Mas, cuando advirtieron aquel montón de kurdos lanzándose al ataque con gritos de muerte, perdieron la cabeza, nos dieron las espaldas y corrieron de nuevo a sus colinas, perseguidos de cerca por los kurdos, que muy pronto los alcanzaban y aniquilaban.

Aprovechamos aquella intempestiva desviación, a pesar de que cuatro de nuestros hombres estaban heridos. Montamos de prisa nuestros caballos,

colocando las muías cargadas en el centro, y nos abrimos paso, con sables y pistolas, entre aquella ululante turba, corriendo al amparo de la noche.

El buen Tasim había incendiado el edificio que nos sirviera de albergue. Como despedida hicimos dos descargas cerradas contra la resistencia de Mohammed Tchefik, donde él y su guardia personal se habían atrincherado.

Mientras galopaban nuestros caballos por la llanura levantando columnas de humo, la luna se ocultaba aumentando la oscuridad circundante, como suele suceder antes de amanecer. Apenas se distinguía una débil franja gris en el horizonte. Un cuarto de hora más tarde, el disco rojo del sol naciente empezaba a lanzar sus rayos de oro sobre las dormidas tierras del desierto. Mientras tanto los kurdos, ya recuperados de su sorpresa salían en nuestra persecución en sus magníficos corceles, pero todavía se hallaban a discreta distancia.

Por fortuna la lección que ya les habíamos dado y la proximidad de la *kasaba* de Sok, cuyas casas de techos planos ya se avistaban, contribuyeron a que los kurdos lo pensaran mejor, volviendo grupas. Los vimos perderse velozmente en las vueltas del camino, en medio de columnas de densa polvareda.

Cuentan que cierta vez una muchacha dijo al capitán Schumann del ejército imperial alemán, que tenía dos años más de la edad que aparentaba. Por esa mentira tan poco corriente, el capitán Schumann tuvo que pelear como una fiera perseguida en el ejército turco. Arriesgó heroicamente su vida y murió tontamente.

Su historia me conmovió tan profundamente que en oportunidad en que viajaba por la península del Sinaí sentí pasar el fantasma de ese bizarro militar cubierto con una oscura capa. La leyenda de su tragedia me ha perseguido hasta el presente.

Un día del mes de agosto de 1915 cuando llegué a la ciudad de Aleppo, después de medio año de fiero combatir contra los rusos y armenios en el Cáucaso, me encontré de pronto con un alto y elegante joven oficial, en la terraza del casino militar alemán. Vestía como yo el uniforme turco y se mostraba ansioso de ser mi amigo. Apenas cambié con él unas pocas palabras me despedí, pues debía acudir a un compromiso previo. Me pareció que le desconcertaba mi brusca partida, después de sus amistosos cumplidos y decidí aprovechar la primera ocasión para demostrarle que mi conducta aparentemente desconsiderada se debía a cuestiones de servicio. El capitán Schumann tenía todo el porte y las maneras de un perfecto militar alemán, pero algo había en él

que no lo hacía sentirse a sus anchas en Aleppo. Cierta tarde cuando pasaba las horas muertas consumiendo *bocks* de cerveza en compañía del conde Von Wolfsburg, mayor de uno de los regimientos de caballería de ataque del Kaiser, encontré la oportunidad de mostrar mi deferencia al capitán Schumann. Cuando pasaba cerca de nuestra mesa lo saludé cordialmente y él se acercó. Siguiendo la costumbre tradicional entre oficiales alemanes, se presentó a Von Wolfsburg y pidió permiso para sentarse con nosotros. Naturalmente se lo concedí al instante.

Tan pronto como el capitán Schumann tomó asiento y se quitó el *kalpak* —como habitualmente hacíamos cuando estábamos en el casino o en el cuartel— el conde se levantó sin decir palabra. Tranquilamente fue a sentarse a otra mesa.

Schumann cambió de colores. Su rostro enrojeció. Las arterias de su frente se hincharon y se tornaron de un tinte púrpura, pero no pronunció palabra alguna. Luego charló durante un rato acerca del tópico del día, Mesopotamia, donde el coronel turco el Bey Nur-ed-Din, había rechazado en Ktesiphon al general Townshend, comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias británicas, en el frente de Irak, forzándolo a refugiarse en la *kasaba* de Kut-el-Amara, situada en un meandro en forma de herradura del río Tigris. El mariscal de campo Von der Goltz Pashá era esperado de un momento a otro en Aleppo para encargarse del comando de nuestro sexto ejército, mientras que el general Aylmer, avanzaba lentamente al frente de unos 35.000 soldados británicos e hindúes, a lo largo de la margen izquierda del Tigris, para tratar de relevar a Townshend. El capitán Shumann quería aparentar una tranquilidad que no le acompañaba en aquel momento. Hacía visibles esfuerzos para retener su serenidad. Marcharía con las fuerzas de Von der Goltz, a lo largo del Tigris o quizás sería destacado a Egipto. No le importaba que lo enviaran a uno u otro sitio de combate. Pero revelaba evidentes deseos de volver a entrar en acción lo más pronto posible.

El capitán, que hablaba un español perfecto, aprendido cuando actuaba como miembro de una misión militar alemana en Chile, me explicó el motivo

que tenía Von Wolfsburg para hacerle aquel gesto de desprecio. Había sido sumariamente retirado del ejército alemán, debido a un escándalo en que estuvo envuelto con una muchacha de la alta sociedad de Berlín. La chica le había dicho que contaba diez y ocho años, cuando en realidad solo tenía diez y seis. Esa pequeña diferencia de edad le había acarreado inmensa dificultad con sus oficiales superiores. Una cosa era tener un lío amoroso con una mujer mayor de edad, y otra muy diferente aprovecharse de una inocente menor. Los alemanes profesan ideas muy rígidas sobre moralidad. Schumann resultó por ello grandemente perjudicado en su carrera.

Había corrido con la suerte de que la guerra acababa de estallar en el momento de su desgracia. Se le permitió entrar en el ejército como simple soldado. No le habían enviado al frente, pues con su habilidad y su conocimiento del arte de la guerra habría sido fácil para él llegar muy pronto de nuevo al rango que había tenido, ya que una nación cuando necesita los conocimientos de la inteligencia y del valor, ha de buscarlos en donde se encuentran. Cierto que Schumann había ofendido gravemente a los oficiales que tienen muy en alto su código de honor, por el mero hecho de creer que una muchacha tenía diez y ocho años en vez de diez y seis. Lo enviaron a prestar servicios en los campos de adiestramiento y de prisión, lo encargaron de llevar mensajes triviales, donde se anunciaba el envío de cien docenas de pares de botas o de cien libras de salchichón. Lo que era peor para él que hacer guardia frente a los edificios públicos de Berlín.

El capitán Schumann, aparte de su posición en el ejército era bien conocido en los altos círculos sociales. Contaba con influyentes amistades. Había conocido en Montecarlo o en Constantinopla a Enver Pachá, el Ministro de Guerra turco. Así, cuando Enver vio aquel rostro distinguido que le parecía conocido, haciendo guardia en la entrada principal del departamento de guerra en Berlín, se detuvo para identificarlo. Schumann que siempre había sido celoso cumplidor de sus deberes militares, permaneció firme sin demostrar que conocía a su poderoso amigo. Pero el Pachá se le acercó y pronunció su nombre

con sorprendido e inquisitivo tono. Un soldado debe contestar cuando se le hacen preguntas; así, el formal capitán admitió su identidad. Enver concretó una entrevista en su residencia aquella misma tarde.

Como resultado de la entrevista, Schumann fue admitido en el ejército turco, con su propio rango. Pocas semanas después estaba peleando al lado del coronel Von Kress Bey, quien se había distinguido por su bravura y temeridad —decía Schumann— en el caballeresco comando de la gran invasión sobre el canal de Suez. Durante su campaña, Schumann fue mencionado repetidas veces en el *Tages-Befehl* del ejército expedicionario. Esto por ningún respecto lo relevaba del penoso ostracismo a que lo habían condenado todos los oficiales alemanes en el ejército turco. Ninguno de ellos respondía su saludo, ni advertía su presencia, excepto en los casos estrictamente requeridos por las necesidades del servicio.

Tal vez su conocimiento de mi origen extranjero y mis antecedentes en el servicio militar fueron los que impulsaron al capitán Schumann a hacer amistad conmigo. Era yo el único oficial que en realidad sentía interés amistoso hacia él. Se comprendía que anhelaba tener con quién hacer vida social. Por consiguiente, durante las dos semanas de mi estadía en Aleppo en aquella época, estuvimos constantemente juntos y llegamos a ser muy buenos amigos.

Ambos combatimos a las órdenes de Von der Goltz Pacha en el Kut-el-Amara en donde tuve oportunidad de observar que Schumann, mientras cumplía las órdenes que se le daban con la precisión y honor de un soldado, estaba realmente buscando su tumba antes que su gloria. Peleaba temerariamente y exponía su vida aun cuando por la naturaleza del deber, su seguridad personal no fuere crucialmente importante del todo para la seguridad del ejército. Es decir, si recibía instrucciones para lanzar un ataque frontal a la cabeza de su compañía, cargaba en primera línea y no escatimaba ningún peligro hacia su persona, pero si lo enviaban en una misión delicada, donde su informe personal era esencial para el desarrollo de alguna operación, o para decidir sobre

un movimiento de unidades del ejército, tomaba todas las medidas necesarias, para regresar ileso con el informe exigido.

Nunca vi en ninguna de las circunstancias en que anduvimos juntos una más clara percepción del conflicto entre el deseo personal y el honor militar, como en el comportamiento del capitán Schumann. Deseaba morir en combate. La vida le había herido en las fibras más íntimas de su pundonor militar por un accidente desgraciado. En realidad estaba harto de ella. Pero, sin embargo, nunca llegó a permitir que su desesperación comprometiera el éxito de sus camaradas, aun de aquellos que tan cruelmente lo despreciaban.

Habiendo observado esta fina cualidad de su carácter y deseoso de preservar su vida, hicimos siempre todo lo posible para colocarlo en una posición donde su deber no se hallara en conflicto con la seguridad de su persona. Nunca nos falló. Era un hombre asaz inteligente y comprensivo. Entendía perfectamente nuestras razones. Jamás vaciló en confesarlo con la franqueza que lo distinguía. Agradecía nuestras intenciones —solía decir— pero no las apreciaba.

Al final de nuestra campaña en Mesopotamia el capitán Schumann obtuvo su traslado para las fuerzas que peleaban en la península de Sinaí. Tuve que decirle adiós, lamentando mucho su ausencia, a sabiendas de que lo estaba viendo por última vez.

Poco después de la segunda batalla de Gaza fui llamado a nuestro cuartel general en Tel-Es-Sheriat, del frente de Palestina. La superioridad me confió la jefatura del *Montaka Comandane*, es decir, fui designado gobernador militar turco en la península de Sinaí. Uno de los primeros pensamientos que acudieron a mi cerebro fue que en ese cargo volvería a tener cerca de mí al capitán Schumann. Parecía que era mi destino salvar de la muerte a este bravo oficial.

Permanecí un día como huésped del coronel Von Kress, regresando a Beer-sheba, donde el ala izquierda de nuestro ejército se había atrincherado con el objeto de organizar la columna volante, o cuerpo del desierto, que integraban soldados montados en *bedjins* —flota de camellos de guerra— con la cual se me había ordenado traspasar las líneas británicas e invadir la península de

Sinaí. Esta operación tenía por objeto frustrar una tercera batalla de Garza, para la cual hacía preparativos entonces el mariscal del ejército británico, Lord Allenby. Debido a estas circunstancias no tuve oportunidad de hacer investigaciones acerca del lugar en donde se hallaba en servicio el capitán Schumann.

Recuerdo claramente que el día de mi estada en Tel-Es-Sheriat permanecí casi todo el tiempo en la enfermería debido a la inflamación de mi oído derecho a consecuencia de la picada de uno de los innumerables insectos venenosos que infestan el desierto de Palestina. A las seis de la tarde, cuando las calcinadas arenas del desierto empezaban a enfriarse y el sol daba sobre ellas con refulgencias violeta, llegué con mi ordenanza Tassim a la cima de aquel sistema de bajas y pesadas colinas que separa las llanuras de Wadi-Sheriat de las de Wadi-Sabah, donde está situada la pequeña aldea de Beersheba. Al llegar a ese punto fue cuando me vine a dar cuenta de que había olvidado mi látigo de montar en la tienda del mayor Mulhman. Ordené a Tassim que regresara y me lo trajese mientras alternativamente llevaba mi caballo circasiano unas veces al paso y otras al trote, bajando por la fangosa carretera que en plano inclinado conduce a la citada aldea de Beersheba.

Ya podía divisar las luces de la aldea a la distancia, limpias y brillantes en el aire de la obscurecida noche que empezaba a sombrear el paisaje. A medida que avanzaba, los surcos en la vía se hacían más profundos.

Las lluvias habían empantanado el camino. Las pesadas ruedas de los furgones de artillería habían dejado profundos canchilones. En una de las vueltas hice alto para contemplar abstractamente los relieves de un campamento de artillería austríaca que apuntaba fantasmagóricamente en la nublada distancia. De repente y sin que hubiera mediado una serie de pensamientos lógicos se me aparecieron los tristes ojos del capitán Schumann cuando unos meses atrás me decía adiós, sonriendo con gratitud, pero evidentemente con el alivio de que ya nuestra inspección había cesado.

De momento, con un grito de sorpresa frené mi caballo para evitar que pasara por encima del cuerpo inerte de un soldado que yacía en medio de la

carretera. Estaba vestido con el uniforme verde oliva que ya conocía. Descansaba a lo largo, con la rigidez de la muerte en sus altas botas. Parecía mirar con fiereza hacia adelante, mientras sus brazos le colgaban flácidos de los lados. Sobre su pálido rostro, cuidadosamente afeitado, pendía un mechón de cabello humedecido de sangre.

¿Quién anda allí? —grité. Pero antes de que terminara de pronunciar estas palabras reconocí al capitán Schumann.

Mientras asía las riendas de mi caballo para detenerlo, resbaló y me lanzó en el fango, cerca del borde de la carretera. Por un rato permanecí atónito, en muda contemplación del cadáver. En seguida me serené lo suficiente para levantar mi cuerpo adolorido, apoyando ambas manos en el piso. Frente a mí estaba un madero, que luego resultó ser una rústica cruz que había sido clavada en el bajo montículo de tierra donde había caído. Dirigí la luz de mi linterna sobre ella y pude leer claramente, porque había sido elaborada con pintura negra, aunque ya desvaneciéndose, la siguiente inscripción: *Hier ruhen die sterblichen reste des hauptmen Schumann*. Aquí yacen los restos del finado capitán Schumann.

Así, por medio del proceso físico normal, el capitán Schumann me informaba en el último momento que no obstante todas nuestras buenas intenciones para evitarle la muerte, nos había vencido. Se había salido con la suya, logrando pasar a mejor vida.

XXIII

UNA CACERÍA DE JABALÍES EN EL JORDÁN

Entre las muchas expediciones de caza en que participé, cuando servía en el ejército turco durante la primera guerra mundial, una de las más divertidas era ciertamente la cacería de jabalíes en las orillas del Jordán, la cual resultaba en extremo excitante.

Muchos peregrinos habían partido ya para el viejo monasterio griego que alza sus vetustos y sacros muros en la margen derecha, cerca del lugar donde de acuerdo con la tradición, San Juan bautizó a Cristo. Está situado solo a escasos kilómetros de Jericó. Muy pocos son los peregrinos que han visitado las marismas que se hallan al lado opuesto del monasterio, al cruzar el río en su orilla izquierda y más allá. Por el año 1916 pasé varias noches en la interesante cacería de los jabalíes que viven en esas marismas.

Por esa época yo era el segundo comandante de la guarnición de Es-Salt, en Transjordania. Había ido de cacería al lugar porque algunos exploradores árabes me habían informado que podría encontrar allí lo que buscaba, solo cruzando el río y entrando en las marismas con el ojo avizor y el fusil listo para disparar. Lo que buscaba era realmente pernil de puerco. Y no podía encontrarlo por amor o dinero. El jamón viene de los puercos y éstos son llamados por los mahometanos *pis domušlar*, lo que significa cerdos sucios. Ellos, como los judíos, los detestan.

Un cerdo para ellos es tan repulsivo por lo que concierne a los placeres de la mesa, como un perro sarnoso para nosotros. Solo llevado a los extremos del hambre puede un verdadero creyente resignarse a comer carne de puerco. Por lo tanto, desde hacía largos meses no había podido darme un banquete de huevos con jamón, cuando los exploradores árabes me trajeron la buena nueva de que las marismas del Jordán estaban llenas de salvajes *pis domuslar*.

Aproveché la primera tregua que se me presentó en la lucha para partir en compañía de mis dos ordenanzas y lograr para mis camaradas, los oficiales alemanes, una abundante ración de chuletas de puerco, e incidentalmente disfrutar de una buena diversión. Me causó mucha gracia la salida de un mendigo árabe que se acercó a mí, mientras comía un sándwich debajo de un cactus en la carretera. Al pedirme de comer había añadido a su respetuosa súplica estas palabras:

—Beym, déme un pedazo de algo... así sea un trozo de jamón. Recordé el refrán: todo hombre es un mendigo por dentro.

Fui espléndidamente recibido por el prior del monasterio griego. Me preguntó si pensaba pasarla noche allí, informándome que un cazador profesional de jabalíes acababa de llegar de Jerusalén y pensaba pasarse, unos días en el deporte cinegético al otro lado del río. Consideré aquello una agradable coincidencia. La noticia causó gran placer a mis ordenanzas mahometanos, porque les evitaba la desgracia de tener que tocar los sucios cerdos que posiblemente mataría.

Esa tarde hice arreglos con el cazador griego para acompañarlo a las marismas. Decidimos pasar el río por la noche, pues como él me había explicado, era más fácil acercarse a los cerdos salvajes en la obscuridad, tras emitir una serie de gruñidos semejantes a los de ellos, que él producía expulsando el aire de sus pulmones vigorosamente por las narices en una forma peculiar. Rápidamente aprendí el truco. Llegué a ejecutarlo tan a la perfección, que esa misma tarde me confundió con un puerco. Habría llenado de plomo mi pellejo si no hubiese sido yo más listo que aquellos animales en el arte de evitar las balas.

Cruzamos el río en canoa a las ocho de la noche. Después de recorrer el cinturón de vegetación que cubría la fangosa orilla izquierda del Jordán hasta su desembocadura, nos despojamos de nuestros zapatos, con el fin de aminorar en lo posible el ruido de las pisadas. Continuamos nuestra excursión en calcetines, buscando a la luz de la luna cierto intrincado sistema de charcas, en cuyo centro se suponía que los jabalíes hicieran sus madrigueras.

No podía evitar cierta crispación de mis nervios cada vez que escuchaba el quejumbroso aullido del lince-leopardo, que venía flotando misteriosamente en la brisa proveniente de la selva pantanosa del sur. O cuando alguna feroz y un tanto humorística hiena decidía asustarnos y burlarse de nosotros oculta detrás de algún cercano matorral de cactus. Lo que más me molestaba era que andaba en calcetines y los pies me dolían bárbaramente mientras caminaba sobre la arena, cubierta de punzantes guijarros.

Cuando por fin nos aproximamos al supuesto lugar de la madriguera no demoramos en encontrarnos con una gran manada de jabalíes. A juzgar por el ruido que armaban al hozar y gruñir debían ser unas varias docenas. Debo confesar que para entonces mi entusiasmo había disminuido considerablemente de solo pensar que una de esas feroces y rabiosas bestias, provistas de agudos colmillos, al sentirse herida se abalanzara contra mí. ¿Qué podía ocurrir? ¿No eran suficientemente arriesgados los peligros que había corrido al unirme a las fuerzas combatientes de la gran guerra, para morir ahora, sin pena ni gloria, despedazado por un cerdo salvaje? En verdad, creía en la posibilidad de mi muerte durante aquella extraña cacería, porque ni siquiera estaba a mi alcance un árbol protector en donde subirme y quedar a salvo. Teníamos que disparar y hacer blanco o ser destrozados por aquellos colmillos, afilados como navajas de afeitar, de seis pulgadas de longitud.

Después de arrastrarnos un enorme trecho sobre nuestros estómagos, algunas veces sumergidos hasta la cintura en las aguas viscosas, llegamos a distancia de tiro de la manada. Súbitamente apareció, surgiendo de un matorral, a no menos de seis metros del sitio donde estábamos, un magnífico

ejemplar de jabalí. Bajo la luz de la luna su color era negro y sus enormes colmillos relucían como enjoyados pendientes. Me pareció muy hermosa la bestia, pero no me agradó ni un poquito su mirada. Mientras tanto el griego levantaba su rifle dirigiendo su puntería a otro jabalí, que estaba masticando yerbas cerca de él, entre la marisma. A sabiendas de que si disparaba después de mi compañero me hallaría en desventaja ante la inquieta y furiosa manada, me llevé el rifle a la cara y disparé. Antes de que el eco de nuestros disparos se acallara, la atemorizada manada partió en mi dirección. Los jabalíes pasaron sobre mi cuerpo como cálida ola de riesgosa vida, mientras yo me hundía hasta el cuello en la ciénaga, esperando resignadamente que las bestias patearan mi cabeza. Todavía puedo escuchar el golpe de sus cascos como los tambores de un ejército de demonios, cuando me pisotearon. A duras penas osaba respirar hasta que mi compañero vino a avisarme que todo había pasado.

A tientas tendí la mirada en torno mío para ver dónde estaba mi rifle abandonado mientras procuraba pensar lo que había de hacer en aquella emergencia. El griego me quitó las costras con un cuchillo de caza, por lo menos veinte kilogramos de negro fango. Pasamos a averiguar los resultados de aquella escaramuza.

Cada uno había matado su jabalí. El mío yacía con la bala alojada detrás de la oreja izquierda. El del griego todavía lanzaba gruñidos y se debatía con la columna vertebral deshecha.

Mientras estaba examinando mi jabalí, ensayando inconscientemente la treta de dar gruñidos, el griego me hizo un disparo por error. La bala penetró en el estómago del puerco a escasas tres pulgadas de mi cabeza.

A primeras horas de la mañana recruzamos el Jordán para echar el sueño que tanto necesitábamos en el monasterio. Precisaba no solo de un baño espiritual, pues había maldecido como un hereje, sino también de una limpieza física general. Por lo tanto, me lancé al río y tomé un baño largo exactamente en el sitio, donde según me explicó el prior a la hora del almuerzo,

había sido bautizado Cristo. Al escuchar esto me sentí culpable del pecado de irreverencia y por largo tiempo me acompañó este sentimiento.

La cacería de jabalíes había resultado para mí un episodio interesante y pleno de excitación. Sin embargo, me parecía un juego de niños al compararla con otras experiencias realmente colmadas de suspenso que tuve durante mis viajes por el África oriental portuguesa, el año de 1900. Regresaba de una gira turística a través de la India, las islas de Sonda, en torno de África del sur. Desembarqué por mera casualidad en la desembocadura del río Congo, gastando las pocas libras esterlinas que me quedaban en la obtención del equipo necesario para una pequeña expedición de caza, más allá de la altiplanicie central, al oeste del río Kuango. Pocas semanas después de salir de Sao Paulo, la capital de Angola, nuestro pequeño safari recorría cuidadosamente su ruta por las altas y secas estepas del oriente de Angola, cubiertas de paja. Nos dirigimos a los distritos de las junglas en la parte alta de Lunda, donde esperábamos encontrar alguna caza mayor.

Nuestro jefe de guías Mbaná, y Hassan, el chico mahometano que portaba mis armas de fuego, nos precedían a una distancia de doscientos metros. Los altos y secos pajares, así como los bosques espinosos de mimosas, estaban cubiertos de una gruesa capa de polvo amarillo. En algunos lugares, enjambres de saltarinas y reptantes langostas ocasionalmente saltaban sobre los cuerpos negros semidesnudos de nuestros conductores. Estos, al sentir el contacto de aquellos insectos soltaban inmediatamente sus pesadas cargas para frotar la piel de sus flacuchentas piernas, pues hasta la dura epidermis de un porteador africano es susceptible a la sensación de cosquilleo que producen en la piel los dientecillos en forma de sierra de una langosta del Congo. No me preocupaban en absoluto los tales insectos, salvo cuando osaban meterse por el cuello de mi camisa deportiva y resbalar por mi espalda.

En cambio, me desesperaban y eran objeto de mis protestas las chinches de monte y las legiones de mosquitos que nunca nos daban un minuto de reposo. Todas estas alimañas forman parte del mundo de la selva, cuando uno se mete en su profundidad africana, con el ánimo de divertirse.

Marchábamos envueltos en una espesa nube de polvo con el sol del mediodía quemando inmisericorde nuestras cabezas, cuando vimos a Hassan detenerse repentinamente y levantar su brazo en señal de advertencia. De inmediato hicimos alto y dirigimos nuestras miradas al sitio señalado por el brazo del muchacho. Al principio no pudimos observar nada, mas eventualmente apareció una delgada espiral humosa que parecía salir de un matorral cercano de mimosas.

Mi compañero el teniente Oliveiros y yo, con nuestros rifles listos avanzamos cautelosamente en dirección al matorral. Dimos al fin con el lugar. El postrado cuerpo de un antílope, al cual todavía le brotaba la sangre de la rota yugular, nos despejó la incógnita. Nuestro viejo amigo, el leopardo número 3, permaneció fiel a nosotros, después de todo. Reconocimos inmediatamente sus huellas por las marcas que había dejado la garra de su pata trasera, a la cual le faltaba un dedo. Ese leopardo y una banda de ruidosos buitres nos venían siguiendo de cerca, al parecer atraídos por nuestros dos últimos burros, que hasta entonces habían sido perdonados por la mosca tsetse. Tanto el leopardo como los buitres fueron casi nuestros inseparables compañeros durante nuestra fatigosa marcha por aquella porción de África.

Los buitres de nada nos servían. En cambio, el leopardo N° 3 se había hecho muy popular. Nos suministraba ocasionalmente como en este caso, alimento fresco para nuestros portadores, que no eran muy exigentes en cuanto a la calidad de carne que se les sirviera. Cuando las bíblicas vacas flacas de Egipto llegaron al número siete, habrían devorado gustosos los intestinos de un elefante o de un caimán. Cuando se trataba de carne, entre ellos era solo cuestión de cantidad, no de calidad.

En eso se parecían a los buitres, a las hienas, a los chacales, que limpian de carroña las tierras del desierto. Una hora antes de la puesta del sol acampamos cerca de un pozo de aguas verdosas y malolientes, el único en muchas millas a la redonda. A juzgar por la variedad de huellas que lo rodeaban aparentemente contaba con el patrocinio de toda la fauna, incluyendo una dichosa familia de leopardos.

Los innumerables esqueletos de animales que se veían diseminados sobre las colinas próximas, testimoniaban que esos leopardos habían estado monopolizando la vecindad por largo tiempo. No se advertían huellas de leones por ninguna parte. Esto explicaba la razón de que los leopardos se creyesen los engreídos dueños de la región. Aun antes de que acumulásemos las chamizas y leños necesarios para las fogatas de nuestro campamento, miramos a tres de ellos hacer su aparición en un risco cercano, como si nos estuvieran pidiendo explicación de los motivos de nuestra intrusión en su territorio.

Esa fue al menos la impresión que captamos del altanero modo con que nos observaron hasta que les hicimos un par de tiros, con los que parecieron tornarse más razonables. Parecía que al leopardo número 3 no le había tomado mucho tiempo enseñar a sus nuevos compañeros la inclinación que sentía por nuestros dos burros, porque a la salida del sol el siguiente día, sobre las azules y lejanas montañas de Shinda, hallamos sus esqueletos, después de haber comprobado que se habían extraviado de nuestro campamento durante la noche. Su trágico fin causó profundo dolor a nuestros porteadores, porque tenían que agregar a sus ya pesadas cargas las que llevaban nuestros dos fieles asnos, aunque infortunados viejos amigos.

Después de otra semana de marcha llegamos finalmente, a nuestro destino. Eran las espesas colinas boscosas, la jungla que bordeaba las estribaciones de la cordillera central, donde advertimos la presencia de huellas frescas de numerosos búfalos, rinocerontes y elefantes. También dimos con la marca de pisadas de jabalíes, cebras y varios leones, así como las de una joven jirafa. Decidimos ir tras las huellas de este último animal sin dar con ella, aunque al final, por una fracción de minuto, notamos su presencia, como observándonos por encima de un matorral de mimosas, con su pequeña leonada cabeza en forma de martillo.

Así como el cielo es el límite para el que no está habituado a la vida en las selvas, no ha de haber limitaciones para la paciencia del cazador que busca especialmente determinada pieza. Por ejemplo, una manada de elefantes.

Habíamos cruzado y recruzado por una semana la selva que nos rodeaba en busca de paquidermos, cuando Hassan, que habitualmente nos precedía en nuestra marcha, lanzó un pequeño grito, arrojó al suelo su fusil, agarró con ambas manos los extremos de la camisa que lo cubría y echó a correr como un conejo asustado a guarecerse en las ramas de un árbol vecino. Iba seguido de cerca por la cabeza negra de un furioso búfalo cimarrón, con el cual había tropezado estropeándole su siesta meridiana.

Mbana, nuestro jefe de guías, que acompañaba a Hassan, se dio también a la fuga, con la única diferencia de que como no usaba aquella especie de camisa de dormir, corría más ligero que él. Se le fue adelante en la persecución del árbol, mientras Hassan movía sus largas piernas a todo lo que le daban, gritando a pulmón herido: *no subas a ese árbol, Mbana, que es el mío.*

Aunque no podía contener la risa, hice gala de mi aplomo. Puse una rodilla en tierra y disparé a la bestia, errando, como era de suponerse, en aquella circunstancia. Pero el teniente Oliveiros que había acudido presuroso al sitio en donde nos hallábamos, atraído por los horrendos gritos de Hassan, muy pronto derribó al monstruo con un certero disparo.

Mientras tanto Hassan y Mbana que colgaban de las ramas de un árbol como un par de murciélagos, dando frenéticos pataleos en el aire para mantener sus piernas lejos del alcance de los cuernos del búfalo, saltaban al suelo e iniciaban una suerte de danza fantástica en torno del abatido enemigo, alzando triunfantes sus flacos brazos sobre las cabezas y llamando a la pobre bestia con toda clase de epítetos, cuando de repente, ésta se puso otra vez sobre sus tremendas patas e inició el ataque.

Es de imaginarse lo que ocurrió entonces. Todo lo que recuerdo de aquel lance es que sentí como si un ángel me hubiese suspendido con ambas manos por la costura central de los pantalones y me estuviera alzando cada vez más alto y más alto, como un balón hacia unas nubes doradas... Después de un tiempo descendí con un golpetazo, que debió haber sonado como el retumbar del trueno, sobre las espaldas del infeliz Hassan, quien

ya trataba de escapar a gatas por el suelo, hurtando sus piernas de mi abrazo fraternal.

Después que aquella tempestad pasó, me puse de pie para cerciorarme de que todos mis huesos estaban en su sitio. Vi a Oliveiros, sin su casco de corcho ni la espalda de su camisa, oteando cuidadosamente el campo desde un bosque de cactus, mientras Mbana se pegaba como una babosa en la rama más alta del más elevado de los árboles que podía encontrarse en varios kilómetros.

Tanto el búfalo como Hassan habían desaparecido como por arte de magia. El inmenso animal lo encontramos muerto poco después en medio de unos arbustos, mientras que Hassan apareció por el campamento cuando ya era de noche, dando aullidos como un mono loco. Por lo que nos contó, cuando estuvo más sereno, supimos que se había escondido detrás de unas rocas donde no quería salir por miedo a que el búfalo sagrado retornase de nuevo a la vida. Los búfalos son traicioneros y extremadamente vengativos y tan ligeros de piernas como las cabras.

Ha habido casos en que han puesto a raya a sus perseguidores impidiéndoles por varios días bajarse del árbol donde encontraron protección. En otros, se han emboscado para cornear al cazador que los acosaba. Especialmente los búfalos cimarrones suelen ser muy fieros y llenos de mañas. Cuentan que nunca cierran los ojos cuando embisten. Por desgracia me hallaba muy apurado en aquella ocasión para verificar la exactitud de estos asertos. Esta especie ataca al cazador desde el momento que se da cuenta de su presencia.

Pasamos la mayor parte de la noche remendando nuestros rotos vestidos, dándonos masajes en los adoloridos miembros, de cuando en cuando riendo de buena gana al recordar los lances de la cacería en la que todos nos habíamos divertido en grande. Especialmente yo, que me había parecido oír coros angélicos, y Hassan, que no cesaba de maldecir al pobre viejo Mbana por la traición que le había hecho al intentar quitarle su árbol.

Sin embargo, no íbamos realmente a la caza de búfalos. Lo que deseábamos era uno o dos leones de espesa cola y unos cuantos elefantes para cargar con

el marfil. Por lo que respecta a los leones debo confesar que no llegamos a ver ninguno durante nuestra gira. Varias noches oímos sus rugidos cerca de su campamento, aunque nunca vimos sus huellas ni sentimos su almizcle. Quizás haya sido mejor. Siempre es peligroso tentar a los dioses, especialmente después de nuestra pequeña experiencia con el búfalo cimarrón que por poco me destripa.

En cuanto a los elefantes tuvimos la oportunidad de dar muerte a uno solo. Presumo que fue por casualidad. No recuerdo que tuviera la sangre fría suficiente para apuntar con todas las reglas, después de lo acontecido con el búfalo.

Las cosas pasaron de este modo. Después de explorar pacientemente una zona, al final pudimos localizar la manada más por el ruido que hacían sus estómagos que por cualquier otro detalle. Mientras mastica su alimento y durante la digestión, el estómago del paquidermo hace un ruido semejante al del agua al escapar de una botella. Este sonido puede oírse a una distancia apreciable. Fue debido a ese curioso ruido o gorgorito multiplicado ciento por ciento, que nos venía de todas direcciones, lo que nos hizo comprender de repente que nos habíamos metido, sin sospecharlo, en el centro de una manada de elefantes.

Los descomunales paquidermos estaban durmiendo cómodamente debajo del grueso follaje de los árboles gigantes de la selva. Éramos cinco en total los del safari. Oliveiros, el muchacho que llevaba sus armas, yo, Hassan y Mbaná, quienes se multiplicaban durante el día en incontables labores, pero llegada la noche dormían como dos benditos en un árbol, semejantes a un par de zamuros.

En el momento en que oímos el misterioso ruido del estómago de los elefantes, aguzamos nuestros ojos en la oscuridad. Pudimos distinguir las negras y gigantescas formas, una después de otra, que levantaban y asentaban sus gruesas y redondas patas en lento caminar a la media luz que iluminaba el bosque. Al darnos cuenta de nuestro hallazgo nos abrazamos atemorizados

como los marinos de un naufragio cuando ven aproximarse un grupo de tiburones hambrientos. No me avergüenzo de confesar que mi cuerpo temblaba de miedo. Me pasó lo que al cazador de la mitología ¿cuál era su nombre? que sorprendió a la diosa Venus en el momento en que tomaba el baño. Era muy bella, pero los dioses habían prohibido mirarla a tan corta distancia —tal como nos acontecía con la manada de elefantes. No podíamos evitar nuestra admiración. Algunas de las elefantas eran excepcionalmente corpulentas. Nos hallábamos tan próximos a ellos que resultaba explicable nuestro desconcierto.

De repente el negrito que portaba las armas de Oliveiros, quien se había vuelto color marfil a la vista de estas hermosas bestias, arrojó el fusil en su excitación. No fue mucho el ruido que hizo, pero a mí me pareció que era como el estampido de un cañón. En el mismo momento un enorme elefante que descansaba en otro sitio del bosque, sacudiendo sus inmensas orejas, lanzó un trompetazo que puso en movimiento a todo el resto de machos y hembras de la manada, los cuales partieron en todas direcciones. Era tal el estrépito que parecía como si todos los árboles se estuviesen cayendo, azotados por un huracán. Partieron en estampida como un coro de ululantes dinosaurios, harto asustados como para darse cuenta de nuestra presencia.

Recuerdo cómo Mbana y un elefantito estuvieron a punto de chocar cuando ambos escapaban a todo correr, pero en sentido contrario. Tan pronto como se vieron el hombre y la bestia frente a frente, Mbana alzó los brazos al cielo, lanzando gritos de terror que seguramente podían escucharse a varios kilómetros de distancia, evaporándose con las alas que da el miedo. Mientras el elefantito, alzando su trompa y batiendo nerviosamente sus orejas como un par de sombrillas abiertas dio un salto en torno rápidamente, como si una inmensa puerta girara sobre sus goznes. En su ágil vuelta de carnero, como si fuera una gigante pelota de goma, chillaba todo el tiempo como un cerdito cuando es llevado al altar del sacrificio.

Todo esto ocurrió con la celeridad del rayo. En ese mismo momento me hallaba listo para poner los pies en polvorosa, lo mismo que el resto del safari.

No importaba en cuál dirección. El hecho es que me encontré de pronto asaltado por una tosca masa de carne y huesos, envuelta en un enorme saco de piel gris. Frente a mí una inmensa mole se curvaba, animada de un par de aleteantes orejas negras, dos poderosos blancos colmillos y un par de ojillos sanguinolentos que parecían hacerme guiños mortales.

Esta terrible visión pasó por mi cabeza en segundos, parecida al retumbar del trueno. Fue en ese momento también que hice fuego, acertando a colocar la bala en uno de los ojos del monstruo. Cayó con un resonante estampido pocos metros más adelante del lugar donde me encontraba.

Primero y único elefante que haya matado. Esperemos que sea el último. Si alguien desea cazar elefantes puede hacerlo. A mí me bastó con este.

XXIV

PRIMEROS BOSQUEJOS TURCOS

Tal vez las batallas no siempre sean dadas por soldados eficientes. Considérese, por ejemplo, nuestro ataque al Canal de Suez en enero de 1915. Ese hecho de armas, de acuerdo con la mayoría de los soldados turcos que tomaron parte en la expedición, se convirtió en un fracaso. Dos de nuestros oficiales de la reserva *Takaut* de la vieja *escuela hamidiana*, llevaban ocultos en las talegas de sus sillas de montar varias gallinas y un gallo, con el objeto de tener asegurada la provisión de huevos frescos para el desayuno. El enemigo, según nuestros *askars*, nunca sospechó nuestra presencia en la orilla oriental del canal de Suez, hasta el alba, cuando el bendito gallo sacó su cresta de la talega donde lo escondían y lanzó su soberbia clarinada o quiquiriquí, que de inmediato puso en alerta a los activos soldados británicos.

Alegan nuestros *askars* que, si no hubiese sido por ese maldito *chantecler*, probablemente habríamos ganado la guerra mundial. Si logramos entonces interrumpir el tránsito por el canal de Suez, habríamos cortado las líneas de aprovisionamiento de Inglaterra con la India y Austria, así como las de Francia con sus posesiones del norte y centro de África. También hubiésemos podido ocupar la costa occidental de Suez, lo que indudablemente habría precipitado la revuelta en Egipto. Una revuelta general del Islam, contra la supremacía del mundo occidental.

El general Sir John Maxwell, el *salvador de Egipto* en aquella memorable ocasión, ha debido por consiguiente llevar en su escudo de armas la imagen de un gallo lanzando su clarinada al romper el alba, para hacer perenne la memoria de ese incidente ridículo, que, según los turcos, es rigurosamente histórico.

Hablando de eficiencia de soldados, la efectividad del ejército turco durante la guerra mundial (a despecho de la triste reputación que ganó en las luchas balcánicas) debería ser atribuida parcialmente a los grandes servicios del mariscal de campo Von der Goltz. Durante treinta años fue el instructor de ejército otomano en capacidad de asesor. Desde luego, no tuvo un cargo que le permitiese formar el ejército de la manera como él lo hubiese deseado. Pero dejó el terreno abonado, de suerte que cuando el mariscal Liman Von Sanders, el héroe de los Dardanelos fue nombrado director o jefe de la misión alemana en Turquía en el año 1912, con poderes ejecutivos, lo único que tuvo que hacer fue levantar la estructura sobre los fundamentos ya preparados por Von der Goltz.

Los turcos eran excelentes artilleros y ametralladoristas. En la campaña de Galípoli, en la cual algunos de los más poderosos acorazados que jamás se hayan visto fueron enviados al fondo del Mediterráneo por las minas y submarinos turcos, esas dos espléndidas armas del ejército otomano llenaron las cuarenta o cincuenta mil tumbas que nuestros galantes enemigos dejaron en las doradas costas y en los históricos campos de batalla de la antigua Troya.

Durante esa tremenda lucha Alá estuvo con nosotros. Alá llegó hasta *arrojar arena*, como dicen los árabes, a los ojos de nuestros enemigos en cierta histórica ocasión, con el objeto de evitar que Constantinopla cayese en sus manos. Esto aconteció después de una serie de extraordinarios ataques, que costaron a las flotas británicas y francesas varias de sus más formidables unidades, obligándolas a retirarse de ese frente de guerra, al menos temporalmente.

Si en vez de retirarse, las flotas aliadas hubiesen aventurado otro ataque, habrían podido forzar fácilmente la entrada de los Dardanelos, porque en aquel momento estaban a punto de agotarse nuestras municiones. Entonces

fue cuando Alá nos dio su ayuda, arrojando arena a los ojos de nuestros enemigos. Cuando los aliados se recuperaron del choque y se limpiaron los ojos, renovando su ataque, varios trenes cargados de proyectiles para artillería pesada, que en el interín habían llegado a Constantinopla, nos permitieron cerrar la entrada de los Dardanelos, en una forma tan hermética como cierran su bolsa los escoceses.

Sin embargo, nuestros ametralladoristas y artilleros no eran los únicos bravos del ejército otomano. Aún nuestras tropas auxiliares, a saber, nuestros zapadores, estaban dotados de extraordinaria sangre fría y determinación. En el ataque contra el canal de Suez, que ocurrió para el mes de enero de 1915, uno de los acontecimientos más notables fue el voluntario sacrificio, por no decir el suicidio, de una compañía de zapadores otomanos, que después de cruzar el canal por medio de un puente de barcazas aceleradamente construido, se dejó matar hasta el último hombre, antes que rendirse. Nuestra caballería estaba también formada por un cuerpo de excelentes soldados, aunque no parece que estimaran sus monturas en la forma en que deberían haberlo hecho. Esto es explicable por su ascendencia tártara. No debe olvidarse que hace siglos los mongoles, como sus discípulos los cosacos, usaban sus caballos no solo para la guerra, sino también como bestias de carga para transportar sus tropas a través de las estepas y desiertos, entre el Turquestán, la India, China y Hungría.

Cada guerrero en estas largas expediciones de los kalmukos tenía por hábito traer consigo diez o más vigorosos y ligeros potros, a los que mantenían todo el año pastando en las praderas, sin que requiriesen los cuidados de su dueño. Solo en esta forma podían los turcomanos efectuar jornadas diarias de setenta u ochenta kilómetros. Lo hacían día tras día, mes tras mes, sin perder sus caballos. Por esta razón la caballería otomana que se aproximaba en número al tamaño de un cuerpo de ejército, al comienzo de la guerra mundial, quedó reducida a su mínima expresión cuando terminó el conflicto.

La única mancha en el ejército turco fue la de los oficiales *Takaut*. Recuerdo todavía con consternación los meses en que tuve que vérmelas con ellos, mientras

ejercía el cargo de *mufetish*, o inspector del Mamoureh-Kadme, centro de abastecimientos del ejército en el norte de Siria en 1915.

La mayor parte de estos *Takaut* pertenecía al cuerpo de oficiales retirados del régimen del exsultán Abu-UI-Hamid. Lo que equivale a decir que habían sido reclutados entre los sargentos y cabos, por temor de que los oficiales graduados si se les daba comando de tropas, pudieran organizar una revolución. Estos reglamentarios u oficiales de reserva del viejo régimen, por regla general eran aborrecidos en todo el país, debido a su rapacidad e instinto de perillanes.

Se les empleaba exclusivamente en los servicios de comisaría. Representaban en mi opinión la más dañina plaga que hubiese devastado a Turquía en el período de la guerra mundial, porque la langosta aun cuando es voraz, habitualmente no destruye más nada, aparte de las cosechas y los forrajes. Mientras que estos inveterados parásitos, vendían las medicinas y las raciones del hombre y la bestia. Si hubiesen encontrado quien se las comprase, habrían vendido también las locomotoras de nuestro ferrocarril de Bagdad.

Esta es la razón por la cual el cuerpo de oficiales de los jóvenes turcos que destronó al sultán Abu-UI-Hamid, se componía casi en su totalidad de oficiales del ejército regular, es decir, no de oficiales que hubiesen salido de las filas, sino de graduados de la Academia Militar, que en muchos casos pertenecían a las más aristocráticas familias del imperio.

El arma más eficiente estaba representada en nuestro ejército otomano por la infantería. Esos fieros *askars* que en la antigüedad colocaron las banderas de unas cien naciones conquistadas a los pies de sus poderosos sultanes.

Mientras combatía alternativamente en los varios frentes de guerra tuve la oportunidad de observar íntimamente a nuestros soldados turcos. Pocas veces osábamos ordenar un ataque a la bayoneta, porque luego no había manera de detenerlos cuando habían comenzado la carga. En acción no utilizábamos corneta sino pitos.

Tan pronto como se daba la voz de ataque partían los infantes gritando ¡*Alá, Alá!*, hasta morir el último hombre bajo el fuego concentrado de la artillería y

de las ametralladoras enemigas. Estos *askars* nunca veían hacia atrás. Siempre adelante.

En la Bucovina, al norte de Rumania, tuvimos dos o tres divisiones turcas, que cooperaban en la lucha con los alemanes y austríacos para detener el avance de los rusos. Cada vez que los *mujiks* atacaban a los austríacos, nuestros turcos invariablemente tenían que salir al rescate de los soldados del emperador Francisco José y recuperar las posiciones perdidas haciendo retroceder al enemigo. Esto se repitió tantas veces que al fin el alto comando libró órdenes para que las actividades militares de los austríacos se limitaran a cavar trincheras y a la preparación de la comida para los turcos, los cuales, a cambio de estos trabajos de los austriacos, combatirían solos al enemigo.

Un día los turcos se mostraron tan descontentos de la forma como los austríacos habían cavado una nueva línea de trincheras, que se declararon en huelga. Sin haber recibido órdenes atacaron a los rusos y rehusaron regresar, a menos que se ordenara a los austriacos reconstruir sus trincheras en la debida forma.

Cada vez que penetraba en algunos de nuestros cuarteles y observaba a nuestros soldados arreglando sus lechos, remendando sus uniformes, descansando con las piernas cruzadas en el piso, o leyendo sus libros de oraciones, sentía como si hubiera penetrado en la jaula de domesticados leones y tigres de Bengala.

Citaré a mi ordenanza principal Tasim Chavush como ejemplo. Había servido doce años en la caballería. Generalmente lo apodaban *el hijo de Satán*, hasta que lo traje a mi servicio y lo eduqué convenientemente. Desde entonces se convirtió en mi sombra. Solía pasar la noche envuelto en una cobija, al frente de mi tienda o del cuarto donde dormía. Siempre vestido con un uniforme de guerra y provisto de sus armas de reglamento: carabina, sable, cinturón de cartuchos, etc. Varios espías enemigos y otros elementos, asesinos a sueldo que intentaron introducirse subrepticamente en mi pieza o en mi tienda, fueron muertos y enterrados silenciosamente por Tasim sin que nada me comunicara al respecto.

Este fuerte gigante albanés de rosadas mejillas, con su corto bigote castaño y con su mirada de muchacho en los claros ojos azules, era tan silente como las tumbas. Siempre alerta a todo lo

que pasara a su alrededor. Siempre listo a atender a todo el mundo en la forma debida cuando fuese necesario.

Mis escasas posesiones terrenas estaban en sus manos. Como jefe de mi servicio doméstico, lo hacía como un mayordomo de nacimiento. Cada vez que se refería a mis vestidos, mis caballos o los hermosos lebreles que me había obsequiado un sheik kurdo, invariablemente hablaba de *nuestras* pertenencias. Me decía: *Beym, no sé qué ha pasado con aquel pequeño par de tijeras nuestras que compramos en Erzeroum hace dos años.*

Tenía las llaves de mi equipaje. Cargaba el bolso con mi dinero. Probaba mi taza de café, copa de licor o plato con alimentos antes de que me fuese servido. Porque *l'Orient c'est l'Orient.*

A pesar de la escolta de caballería que me acompañaba a todas partes, Tasim nunca me perdía de vista. Todo el tiempo se mantenía pegado a mis talones. Cada vez que el enemigo abría fuego sobre nosotros, de modo intempestivo, Tasim corría hacia mí inmediatamente, en apariencia con el propósito de recibir mis órdenes, pero en realidad para protegerme de las balas enemigas con su cuerpo. Tan pronto como habíamos pasado la línea de peligro, él volvía a su puesto, a seguirme como antes, a distancia de reglamento.

Los turcos revelan plenamente su ascendencia tártara en sus piezas teatrales, tal como ocurre entre los chinos, cuando los actores son sustituidos por actrices. También se parecen a los tártaros en sus modos de vestir. La mayoría de nuestros soldados, como el kalmuko corriente del Asia central, opinaba que los trajes pesados no solo protegen a uno del frío sino también del calor. He visto frecuentemente a algunos de nuestros oficiales reservistas *Takaut*, despojarse de sus dolmanes luego quitarse de sus cuerpos, como si fuera la piel de una cebolla, prenda tras prenda de vestir. Primero, dos o tres jubones finos con raros dibujos, pájaros, flores, etc., después

dos o tres camisas a rayas o floreadas. Finalmente, hasta media docena de franelas de lana.

Entre la población civil del Asia Menor algunos de los tradicionalistas tenían por costumbre usar aún en verano, sobre todos esos arleos descritos y mencionados, un *kaftán* de seda, o sea, una especie de bata de noche atada a la cintura por una banda de diez metros a modo de faja, luego un abrigo de pieles forrados, quedando todavía por mencionar sus grandes turbantes blancos.

Estos tradicionalistas parecían gozar inmensamente con sus guardarropas. Muchos de nuestros soldados usaban, al parecer sin que les causase ninguna incomodidad, en pleno corazón del desierto, los mismos pesados uniformes de lana que llevaban cuando estaban de guarnición en las regiones de nieves eternas del Cáucaso.

Otra de las peculiaridades de los turcos es la preferencia que revelan por el pan. Por norma comen poca carne o legumbres. En cuanto al pan, no importa sea fresco o viejo, negro o blanco, pueden comerse varios kilogramos, probablemente fieles a lo que dice el Corán, que como la Biblia, habla con emotividad del pan nuestro de cada día.

Los soldados muertos en acción eran siempre enterrados descansando el cuerpo de un costado, con sus caras mirando al sur, en dirección a La Meca y Medina, las ciudades santas del Islam. El orgullo de sus sentimientos religiosos era frecuentemente incomprendido por ignorancia de algunos de sus instructores alemanes, como ocurrió cierta vez en el campamento militar de Baalbeck, en Siria central, donde un mayor germano hizo construir paralelas una a otra, dos hileras de baños para conveniencia de sus soldados. Sin embargo, éstos, para su desconcierto, rotundamente rehusaron hacer uso de aquellas cómodas duchas. Por suerte, después de algún tiempo una persona amiga le sopló al oído: “¿No comprende usted que esos baños han sido construidos con sus entradas hacia el norte, en vez de hacia el sur, en dirección de la Meca y Medina?”

Entonces el mayor entró en razón. Naturalmente, ningún verdadero creyente osaría volver la espalda a las ciudades santas mientras se baña. Eso sería

para él un gran sacrilegio. Por lo tanto, el oficial alemán hizo reconstruir los baños con sus puertas hacia el sur. Sus *askars* dieron las gracias a Alá por haber iluminado su espíritu. Reverentemente se inclinaban hacia La Meca y Medina cada vez que tomaban el baño.

No puedo evitar el mostrar admiración por los sentimientos religiosos de nuestros soldados turcos, sentimientos que naturalmente se mantenían vivos por la presencia de numerosos derviches en nuestras filas.

¡Ven acá! le grité una vez a un soldado de negra barba y blanco turbante que se hallaba muy atareado, lavando el piso de uno de nuestros cuarteles en Jerusalén. El *askar* de piernas torcidas, en su uniforme verde oliva de paño burdo, tongoneándose ridículamente como un gordo pelícano, vino en mi dirección. Se detuvo haciendo mucho ruido con sus amarillas chinelas marroquíes. Finalmente, se irguió en posición de ¡firme!

Sonreí para mi fuero interno al observar la severa mirada en la cara estólida de aquel hombre cómico, que tenía los ojos fijos en mí con cierto temor. Su mano izquierda, en vez de la derecha, fue llevada respetuosamente a la altura de la oreja, donde el pesado turbante le forzaba a hacer el saludo en un ángulo de cuarenticinco grados. Era un típico *hodcha-effendi*, o clérigo. En Turquía aun los sacerdotes tuvieron que vestir el uniforme del sultán durante la guerra mundial y combatieron por la gloria del califato. Uno de nuestros regimientos de ataque en el frente del Sinaí, era el de los *derviches aulladores*, el cual experimentó grandes bajas. Finalmente, tuvieron que ser retirados de la línea de combate porque estos santos varones tenazmente rehusaban, al entrar en acción, despojarse de su blanco fez tubular de dos pies de largo, que servía para revelar su presencia a los tiradores expertos del enemigo cada vez que se levantaban en sus trincheras.

La única diferencia entre nuestros sacerdotes guerreros era que los *seculares* u ordenados, así como también los estudiantes de los seminarios mahometanos, se clasificaban como *aspirantes a oficiales*, mientras que los laicos o hermanos de los monasterios, es decir, los *hodcha-effendis*, tenían que servir en las filas

como soldados, u oficiales sin comisión. Aquel que yo había llamado era un laico, por consiguiente, un soldado raso. Siempre solía compadecerme de estos humildes hombres y generalmente buscaba la manera de darles un trabajo decente. Por lo regular como dependientes del comisariato.

Después de apreciar por un rato a este practicante de clérigo, le pregunté bruscamente:

—Era clérigo laico, Beym —me replicó humildemente, cambiando su posición de firme.

—¿Sabes leer y escribir? ¿Conoces algo de aritmética?

Continué haciéndole preguntas, mientras atusaba nerviosamente mi recortado mostacho.

—Sí, Beym, me replicó. Solía hacer la tarea de ayudante de contabilidad en el monasterio de Konia.

—En tal caso —le dije— repórtese en seguida al capudan-*effendi* de nuestro servicio de intendencia. Dígale que lo ponga a trabajar en su oficina inmediatamente. ¿Me comprende? Y ahora retírese, *hai-di*, en el acto.

A pesar de las inescrutables facciones de nuestro *hodcha-efiendi*, sorprendí en sus profundos ojos una mirada de sincera gratitud, cuando daba media vuelta, y se dirigía lentamente hacia nuestro departamento de intendencia. Sus bajos y oscuros edificios debieron parecerle en aquel momento a este humilde servidor del cielo, el mismo paraíso de Mahoma.

De esta manera vine a convertirme poco a poco en el ángel protector de todo *hodcha-efiendi*, que tenía la suerte de caer bajo mi mando. He de confesar que no obstante ser *giaur* —perro cristiano— como indudablemente debían llamarme los fieles musulmanes, aquellos infelices siempre me mostraron su mayor fidelidad, e implícitamente obedecieron mis órdenes, aun bajo las más difíciles circunstancias. Por medio de ellos adquirí mucha valiosa información acerca de las condiciones políticas internas en Turquía, así como también sobre la naturaleza del alma oriental que siempre permanecerá en el misterio para muchos gentiles, no importa el tiempo que hayan podido vivir en Asia.

El 1º de enero de 1917 ocurrió un accidente, que habría podido precipitar la pérdida de Palestina para Turquía, pero gracias al valor y la sangre fría de un *hodcha-effendi*, que había protegido y nombrado jefe de contabilistas en nuestro duodécimo regimiento de infantería, se evitó el desastre.

Su nombre era Suleimán Effendi. Al amanecer de ese día un verdadero ciclón se desató sobre la ciudad de Es-Salt, capital de Transjordania. Vino acompañado de torrenciales lluvias que destruyeron totalmente nuestra carretera militar hacia Jerusalén, habiéndose caído hasta los puentes. Casi simultáneamente con este desastre, vinieron las noticias de que los ingleses habían avanzado por encima de El-Arrish y estaban a las puertas de Gaza. También recibimos la información de que nuestras tropas estacionadas allá eran apenas suficientes para detener el avance del enemigo.

Una hora más tarde recibimos un mensaje del coronel Von Kress Bey, comandante en jefe de nuestro ejército expedicionario en Egipto, en el cual se ordenaba a nuestra guarnición que partiese en el acto para reforzar la línea de batalla del frente de Gaza.

Media hora después nuestros 4.000 *askars* se pusieron en marcha hacia Jerusalén, sin más equipos que sus armas, mientras yo me quedaba a retaguardia en Es-Salt con escasamente cien o menos hombres, bien escogidos entre los mejores, para guardar nuestros almacenes de armas y municiones, que si caían en manos de los árabes habrían sido suficientes para convertirlos en dueños de Palestina. Para hacer las cosas peores, parecía que el avance de los ingleses había electrizado y galvanizado dentro de una revuelta, a los veinte mil habitantes de Es-Salt. Estos se habían armado hasta los dientes, y se preparaban para sitiarnos en el viejo y macizo edificio de la iglesia católica, en el cual apresuradamente nos habíamos atrincherado, y en cuyo interior estaban apiladas hasta los techos millares de cajas con rifles, e incontables cartuchos de pólvora y dinamita.

La iglesia estaba situada en el centro de la ciudad, al pie de un empinado cañón por el cual se extendía el principal barrio de Es-Salt. Si nuestros

almacenes de pólvora hubiesen volado, toda la ciudad, que se elevaba en terrazas, a ambos lados del cañón, habría quedado destruida, como si hubiese sufrido un terremoto y las casas se hubiesen derrumbado, yendo a parar al fondo del valle.

Cinco minutos después que nuestras tropas se habían marchado, los techos planos de los edificios circundantes se vieron cubiertos por millares de tribeños árabes armados que, entre gritos, maldiciones y gestos, pedían nuestra rendición, o de lo contrario estábamos condenados al exterminio. Previendo lo que podría suceder, pedí a Suleiman Ef-fendi, el *hodcha-effendi*, del duodécimo regimiento, que invitase a los tres sheiks, o jefes del clan de la ciudad, a tomar el té conmigo, mientras discutíamos las condiciones de nuestra rendición.

Tan pronto como hubimos terminado nuestra fracasada entrevista, y los sheiks partían con mucha dignidad atravesando la puerta principal de la iglesia para salir a la calle, Suleiman Effendi los arrestó, en medio de la excitada turba del pueblo. Luego los trajo amarrados, y los arrojó dentro de nuestros almacenes de pólvora con la advertencia de que *no habría cuartel para ellos*, desde el mismo minuto en que sus partidarios disparasen un tiro contra nosotros. Entonces yo ordenaría a Suleiman que apretase el botón a fin de que estallaran pólvora y municiones, y todos volásemos, los sheiks, nosotros y la ciudad de Es-Salt, con toda alma viviente dentro.

Durante tres días y tres noches Suleiman Effendi se sentó en la cúspide de aquella montaña de explosivos, listo para apretar el botón, mientras los 20.000 habitantes de Es-Salt gritaban y juraban como condenados, amenazándonos con infernos la muerte más espantosa. Sin embargo, no osaron dispararnos un tiro. Finalmente, durante la tarde del tercer día llegó un mensaje del coronel Von Kress, donde anunciaba la retirada definitiva del enemigo de Gaza. Al saberlo los árabes, ocultaron sus armas y empezaron a dar vivas y bendiciones a nuestra roja media luna. Después recibieron con lágrimas en los ojos a sus tres perdidas ovejas que posiblemente no habían pasado nunca por tan tremenda experiencia en toda su vida.

Después de la evacuación de Bir-Es-Sabah y el retiro de su guarnición a Jerusalén, los tres regimientos de la tercera división de lanceros imperiales, asumieron la defensa de la retaguardia de nuestras tropas, contra la caballería enemiga que no dejó un minuto de hostigarlos. En Daharie, donde la carretera militar de Bir-Es-Sabah-Hebrón, penetraba en las laderas del sur de Palestina, la tercera división de lanceros hizo alto súbitamente. Se colocó en formación de batalla, con sus flancos protegidos por la artillería y secciones de ametralladoras, presentando lucha a los numerosos regimientos de caballería británicos y australianos que venían en su persecución.

Prudentemente los británicos se quedaron a la distancia, sospechando asombrados las intenciones de los bravos turcos. ¿Cómo era posible —se preguntarían ellos— que tres regimientos turcos de caballería cansados y hambrientos, osaran desafiarlos, ante la manifiesta superioridad de ocho, diez o más contra uno de los regimientos británicos y australianos, bien alimentados y espléndidamente equipados? ¡Era un gesto de temeridad, algo que no había ocurrido antes! Sin embargo, acababa de pasar. Menos de un año habría transcurrido de aquel asombroso hecho de armas, durante la segunda batalla de Gaza, cuando esas mismas tropas de la tercera división de caballería, cansadas y hambrientas, cortaron el ala derecha del enemigo, formada por la flor y nata de la caballería británica y australiana en Egipto, forzando a los ingleses a retirarse con grandes pérdidas. Mientras los británicos permanecían en actitud de espera, tratando de averiguar lo que pasaba, uno de nuestros regimientos, el sexto de caballería, se cansó de aguardar, disponiéndose a partir al galope con las lanzas en ristre, y desafiando al regimiento enemigo en combate singular. Viendo que su desafío no era aceptado, el tercer escuadrón del sexto regimiento cargó al galope, solo, contra los ingleses, dispuestos a medirse con todo un regimiento británico o australiano.

Era demasiado para los flemáticos británicos. Un escuadrón de australianos recogió caballerosamente el guante. La Cruz y la Media Luna chocaron en medio de una nube de polvo. Cuando la batalla terminó, solo quedaban en sus monturas unas tres docenas de australianos y turcos. Ni un tiro de rifle,

ni una ráfaga de ametralladora. Los cañones permanecieron silentes, mientras este puñado de caballeros de San Jorge y paladines de Alá, se retiraban salvos a sus respectivas líneas. *¡El-Handu-Ul-Ullah!*

Al hablar del soldado turco, no puedo dejar de recordar a Enver Pachá, el hombre más grande que haya producido Turquía en muchas generaciones. Era soldado, estadista y patriota. Fue una soleada mañana de junio de 1915 cuando nos conocimos. Fecha que nunca olvidaré, porque esa mañana me sentí como si hubiese descubierto América. Todo me parecía tan extraño, después de vestir mi primer uniforme turco y cruzar por la amplia escalera de mármol del departamento de guerra, para reportarme a Su Excelencia el coronel Enver Bey (más tarde Enver Pachá), secretario de guerra y vicegeneralísimo del Imperio otomano.

Cuando desmonté del automóvil a la entrada principal del enorme edificio rectangular de cuatro pisos, el Ministerio de Guerra que se levantaba solitario en el centro de una manzana rodeada por quioscos, con su alta baranda de hierro, una banda militar ataviada con tradicionales uniformes estaba tocando cierta marcha estruendosa y salvaje que los jenízaros solían tocar hacía largo tiempo, cuando sitiaban a Budapest, o cargaban contra la vieja guardia de Napoleón al pie de las pirámides.

Sentí una honda emoción mientras me paseaba por aquellos salones de recepción maravillosamente decorados, antes de que el ujier me introdujera al despacho de Enver Pacha. En lo que me vio se puso de pie. Sonrió afablemente y me dio un cordial apretón de manos. Invitóme a tomar asiento. Después que encendimos un cigarrillo, tomamos una taza de café a la turca y hablamos largamente. Nos despedimos como los mejores amigos. Frisaba en los cuarenta o cuarenta y dos años en esa época. Era de estatura mediana, delgado, muy bien parecido. Usaba bigote *a lo Kaiser*. Poseía una fuerte y atractiva personalidad. Jamás usaba sus títulos oficiales.

Soy Enver. Mucho gusto en conocerlo, era la forma de presentación. Como era el primer edecán del Sultán, llevaba naturalmente el uniforme correspondiente

a su dignidad. Pero un uniforme sencillo, como el que llevaban sus propios edecanes.

Cierto día en la primavera de 1918, uno de nuestros antiguos oficiales austriacos en el frente de Sinaí, capitán de artillería, deseaba urgentemente entrevistarse con Enver antes de regresar a su país. Había sido propuesto para la medalla militar que solo podía conferir Enver. Por lo tanto, me rogó le solicitara una audiencia con *Seiner Exzellenz*. Naturalmente la conseguí. Sería recibido el martes en la tarde a las 2 en punto. Su audiencia duraría cinco minutos, lo que equivalía a dos minutos más de lo que se otorgaba a los oficiales subalternos.

Pocos días más tarde me vi de nuevo con el capitán. Había obtenido su condecoración, pero tenía que contarme una interesante historia. Después de ser anunciado en cuatro diferentes despachos y ser recibido por cuatro diferentes edecanes, quienes le preguntaron a quién deseaba ver, lo anunciaron a la puerta de un quinto salón, donde otro edecán vestido exactamente como los anteriores, le preguntó con mucha cortesía:

—¿En qué puedo servirle, señor?

—¿En qué puede servirme? —contestó ya amoscado el capitán. Tenía que ser recibido por Enver Pacha a las 2:00 en punto. Debido a estas tardanzas inexplicables, he perdido ya tres de los preciosos cinco minutos de la audiencia que me otorgaron.

En vez de disgustarse el edecán, sonrió con afabilidad y replicó:

—Por favor, no se preocupe, capitán. Soy Enver.

Inmediatamente accedió a la exigencia del capitán.

A diferencia de los otros líderes del partido de los jóvenes turcos, Enver fue un hombre que se elevó por la propia fuerza de su carácter. Fue el héroe de la campaña de Trípoli, durante el conflicto ítalo-turco en 1910-11, que inclinó la balanza del triunfo en favor del ejército turco en la segunda guerra balcánica.

A raíz de la caída de Adrianópolis, el gabinete turco se hallaba reunido en el palacio de la Sublime Puerta, para firmar un armisticio, en virtud del cual

Turquía no solo cedía Adrianópolis, sino también la Tracia a Bulgaria. Pocos minutos antes de que el tratado se firmara y sellara, Enver y otros dos jóvenes oficiales del ejército turco, se presentaron intempestivamente en la sala, solicitando del gabinete que firmara su renuncia de inmediato. El secretario de guerra fue el único miembro del consejo que rehusó firmar. Por lo tanto, Enver lo derribó de un disparo. En seguida asumió el comando supremo del ejército, reconquistó Adrianópolis de Bulgaria, y levantó con la ayuda de la misión militar alemana del Mariscal Limán von Sanders, el moderno ejército turco.

Ese ejército no solo hizo frente y detuvo a los aliados durante la guerra mundial. También liberó finalmente, al imperio otomano de *los humillantes derechos extraterritoriales*, o capitulaciones, en virtud de las cuales las naciones imperialistas europeas habían mantenido a Turquía en cautiverio por más de medio siglo.

Enver murió cuando el conflicto griego en 1923, mientras se dirigía a la cabeza de varios millares de turcos, en auxilio de Mustafá Kemal, quien le había rogado que acudiera a su rescate. Se abrió camino entre las tropas bolcheviques que intentaban bloquear su avance. Pero faltó de municiones cuando cargaba de nuevo a la cabeza de sus hombres, un soldado rojo le abatió con su ametralladora a cinco metros de distancia. La ráfaga mortal despedazó su cuerpo.

Así moría Enver Pachá, el más grande de los jóvenes turcos. El verdadero fundador de la moderna Turquía. El valor indomable o fanatismo guerrero — llámese como se quiera — y el tradicional arrojo de los osmanlíes, en la guerra mundial dieron ejemplos de esa entereza que desde tiempos inmemoriales ha hecho que el Imperio otomano sea uno de los más valientes y marciales del viejo continente.

En nuestra campaña del Cáucaso a menudo fui testigo de trincheras llenas de cadáveres, los helados cuerpos de nuestros *askars* que habían preferido morir antes que ceder al enemigo las posiciones que se les había ordenado defender a toda costa. Durante esos terribles meses de campaña en las tierras

de nieves eternas del Cáucaso, el alto comando moscovita se vio precisado a reemplazar sus divisiones rusas por las legiones de hierro de Siberia. Hasta los mujiks rusos no podían resistir por mucho tiempo aquel terrible frío.

La mayor parte del tiempo teníamos que pelear sumergidos hasta el cuello en la nieve, en alturas que iban desde los 10.000 hasta los 12.000 pies sobre el nivel del mar. Sin embargo, los turcos que habían sido precipitadamente conducidos al frente, sin mayores preparativos ni adecuados servicios de abastecimientos, refrenaron el avance del enemigo y se comportaron en la lucha valerosamente.

Estos soldados se batieron a veces sin abrigos ni adecuados zapatos, En muchas oportunidades carentes de la necesaria atención médica. La mayor parte del tiempo sin otro alimento que un pedazo de pan. Eran hombres que sabían pelear y morir sin lanzar un quejido, sin el más leve gesto de insubordinación.

Cuando la malograda ofensiva de Sari-Kamish, cerca de Erzeroum en 1915, perdimos treinta mil soldados en menos de dos días. Casi todos perecieron a causa de las nevadas. Sin embargo, a pesar de esta desgracia, nuestro tercer ejército del Cáucaso, se mantuvo peleando con los rusos y rechazándolos a punta de bayoneta con más vigor que nunca.

Mayores bajas que las balas y el frío nos produjo una terrible epidemia de tifus que estalló en Turquía casi inmediatamente después de haber comenzado la guerra. En nuestro frente del Cáucaso, donde nos hallábamos aislados del mundo por una barrera de trescientos cincuenta kilómetros de selva montañosa y helada, centenares y aun miles de nuestros askars heridos o enfermos, para los cuales no había camas en los hospitales de Erzeroum, recibieron un poco de dinero y una bolsa de provisiones a fin de que intentaran salvarse, atravesando aquella helada soledad, en busca de Erzindjan, Trebizonda o Sivas, que eran las únicas poblaciones donde había hospitales en un radio de 300 kilómetros.

Encontré a centenares de estos infelices arrastrándose con ansias de vivir por las trochas de cabras, únicas existentes en esos desiertos nevados. La mayoría

de ellos ya se hallaban en camino hacia el más allá. Eran esqueletos vivientes a los que seguían bandadas de cuervos y lobos que solo esperaban la noche para atacarlos. Recuerdo el caso de un soldado que había recibido un sablazo. Se vendó el brazo con los trapos sucios que había arrancado de las pestilentes heridas de un camarada muerto.

Menciono estos hechos en apoyo a mi aserto de que el turco es uno de los más valientes y mejor disciplinados soldados del mundo. Compadecería de todo corazón a los oficiales europeos que intentaran someter sus tropas a las fatigas y miserias por las cuales pasaron los soldados turcos durante la guerra.

Con todo ello, nuestros *arkars* jamás se quejaron de su suerte. Pasaron hambre, combatieron por la gloria de la roja Media Luna y por la causa del mundo mahometano hasta que la muerte piadosa puso fin a sus sufrimientos.

Recuerdo bien lo ocurrido una tarde cuando peleábamos contra las legiones de hierro de Siberia en el interior del salvaje Kurdistán. Mi caballo fue muerto de un tiro, y caí en la nieve hundiéndome hasta las rodillas. Mientras protegía mi cara con una mano de la fuerte ventisca, con la otra me defendía de la agresión de un cosaco. Sentí que alguien me templaba por el borde de mi largo abrigo militar. Reconocí a Ismael Effendi, uno de nuestros comandantes de escuadrón, que yacía medio sepultado bajo la nieve. Había perdido uno de los ojos a causa de un pinchazo de sable del enemigo. Sus morados y temblorosos labios murmuraban débilmente, como un sueño:

—Nogales, Beym bir limonado reyaederim, lo que significa: por favor, consígame una limonada, Bey Nogales.

En ese momento logré deshacerme del cosaco asaltante, con una buena estocada de mi sable. Levanté cuidadosamente la cabeza de Ismael y le dije al oído:

—En seguida, mi hermano, en seguida.

Estiró sus fatigados miembros. Un súbito temblor sacudió su cuerpo. Luego sonrió como si se sintiera muy dichoso. A poco cruzaba el umbral del paraíso.

Para demostrar la devoción del askar turco por sus oficiales, va la anécdota siguiente:

Era el amanecer del 25 de abril de 1915, y estábamos en el sitio de Van, capital de Armenia, que yo dirigía. Nuestra artillería abrió fuego por secciones, y el fuego de la fusilería que se había aminorado durante la noche, se iniciaba ahora con más fuerza. Dondequiera caían nuestros proyectiles, se derrumbaban los muros y los techos. Columnas de humo y polvo, bajo un verdadero diluvio de chispas, al diseminarse en el espacio, se precipitaban como torrentes de lava sobre los combatientes. Estaba inspeccionando nuestro sector oriental cuando advertí una conmoción. Las bayonetas resplandecían en torno nuestro. Salvajes tribeños kurdos con amenazadores yataganes, brotaban por docenas de un edificio vecino, como ratas al huir de un barco que se va a pique. Una explosión sacudió el edificio, donde algunos de nuestros artilleros habían colocado una pieza de campaña con el fin de abrir un boquete a través de los muros que los separaban del enemigo. Como resultado de las repetidas descargas del cañón, el techo se hundía con un fuerte crujido sepultando bajo las ruinas y cortando la retirada a una parte de la dotación, que corría el peligro de caer en manos de las bandas de *comitadchis* armenios. Los enemigos se aprovechaban de la confusión general para invadir el edificio en llamas. Dispuesto a salvar la pieza y los artilleros que la servían, me precipité en medio de las ruinas, seguido por un sargento y un cabo que voluntariamente se unían a mi empeño.

Pronto advertí la llamarada del rojo fez de los armenios. Daban fuertes gritos y cada vez estaban más cerca de nosotros. Disparaban a quemarropa. Ocasionalmente sentíamos sobre nuestras cabezas el zumbido que hacían sus yataganes, largos, curvos y afilados como navajas. Aunque medio cegados por el relámpago de los disparos y las descargas que iluminaban fantásticamente la escena, el sargento y yo continuamos rechazando a los armenios. Estos mantenían su presión desde el frente y por ambos lados. Finalmente, el cabo logró atar una cuerda a la cureña del cañón. El resto de la dotación tiraba de la pieza para sacarla con premura del lugar. El rescate del cañón nos costó cinco vidas, y un cierto número de heridos, entre ellos el cabo que recibió un balazo en la mejilla en el último momento.

Después del sitio de Van decidimos retirarnos con nuestro ejército expedicionario, atravesando el Kurdistán, con el objeto de atrincherarnos en torno de Bitlis, en Armenia occidental. La división de gendarmería de Van, formada por doce veteranos batallones, debía formar la vanguardia. Recibió órdenes de recoger algunos refuerzos en la *kasaba* de Shaghmania, para continuar en dirección de Vastán. El resto de nuestras fuerzas expedicionarias la seguiría de cerca.

Nuestra imprevista retirada no dejó de alarmar a los rusos. Inmediatamente nos persiguieron con fuerzas de artillería, y lanzaron un vigoroso ataque a la bayoneta contra nuestra retaguardia. A pesar de todo, sus esfuerzos para mantenernos inmovilizados a lo largo de la frontera turco-persa fracasaron cuando perforamos sus líneas. Nos dirigimos a las regiones montañosas de Bervar y Nordoz, llegando a Vastan como destino.

Nuestra situación era en extremo difícil. Lo peor habría podido ocurrirnos, a no ser por la llegada de un bandido kurdo de nombre Noro, quien al conmutarle la sentencia de muerte que pesaba sobre él, nos sirvió de guía, conduciendo a nuestros 30.000 soldados por trochas desconocidas a través de las estepas cubiertas de hielo y nieve de las sierras de Bothan-Su y del Monte Djahydi. El gobernador Djevded Bey, vali de Van, me aseguró que yo era el primer extranjero que visitaba esas regiones. Era la segunda vez en mi vida que me encontraba viajando a través de tierras geográficamente inexploradas. Al comienzo la caballería enemiga nos siguió a prudente distancia. Cuando advirtieron que no les hacíamos caso, tornaron grupas, tal vez temerosos de que les estuviéramos preparando una emboscada.

Al siguiente día ascendimos por una montaña nevada, escabrosa y pendiente. Sus plateadas cumbres se desarrollaban en arcos que iban de pico en pico, de cresta en cresta, hasta unirse con los blancos capiteles de los montes Har-tosh, que parecen vecinos de las nubes.

Nos encontrábamos en medio de una tierra absolutamente desconocida. En el corazón del salvaje Kurdistán. Después de atravesar una vertiente que estaba

cubierta con una capa de quince pies de dura nieve iniciamos el descenso de aquella empinada montaña, siguiendo el curso que llevaban los agrestes arroyuelos, cuyas aguas rojizas y burbujeantes se precipitaban por rocas y rompientes, arrastrando en su caída gruesos bloques de hielo. Más abajo formaban cataratas que caían con ímpetu por los hondos precipicios con ruido infernal.

Estábamos tan escasos de alimentos que durante los tres días siguientes tuvimos que subsistir casi enteramente de una especie de yerba silvestre parecida a la cebolla, que los kurdos usan en la preparación del queso. A medida que descendíamos aumentaba la vegetación, de manera que en la tarde del cuarto día nuestros treinta mil soldados ya estaban cómodamente acampando en torno a poderosas fogatas, de cuyas rojas llamas se alzaban a los aires incontables chispas. Mientras me recostaba en alguna parte al amparo de las sombras, arrebujado en mi grueso gabán militar, atento a los susurros de la noche, observaba las alturas que nos rodeaban teñidas por el resplandor de nuestros fuegos. Solo de vez en cuando era roto aquel profundo silencio por algún aullido o lamento que parecía descender de las cimas por donde habíamos pasado.

Tan pronto como los kurdos, agachados en círculos alrededor de los fuegos de sus campamentos, percibían aquellos extraños ruidos, murmuraban versículos del Corán. De este modo creían liberarse del diablo que andaba suelto por esas montañas.

Ese infernal lamento y el aullido distante de una jauría de lobos, ocasionalmente me recordaba que estábamos en la tierra de Keliehan, considerada dominio de nadie, o sea el reino exclusivo de los *djinnns*, como llaman los nativos a los espíritus que habitan en el yermo.

Después de recoger nuestros refuerzos en Shanghmanis, cerca del lugar donde acampamos durante la noche, en medio de las ruinas de un antiguo castillo, que se dice había sido habitado por Tamerlane, continuamos la marcha en dirección a Vastán. Esta *kasaba*, bastante grande y poblada, estaba situada al sur del lago Van. La hicimos ocupar la noche anterior por

un destacamento de dos o trescientos *askars* con el fin de proteger nuestro flanco derecho. Yo dirigía la vanguardia. Cuando nos aproximábamos a la aldea de Kasrik, oímos el incesante ra-ta-ta de las ametralladoras, y a poco el estampido de la artillería.

Esta *kalabalik* o escaramuza, se debía al hecho de que nuestros doscientos o trescientos *askars* que habían recibido órdenes de mantener en su poder a toda costa la vertiente del Vastán, habían sido atacados por los rusos y armenios voluntarios de Van. Tales fuerzas combinadas, estaban constituidas por no menos de tres o cuatro mil infantes, y alrededor de ochocientos Cosacos siberianos, con dos o tres baterías de artillería de montaña.

Por consiguiente, nuestra situación era seria. Tal vez extremadamente grave. Si el enemigo maniobraba hasta barrer el puñado de bravos que defendía la vertiente de Vastán, podría caer luego sobre nuestro flanco izquierdo, aniquilarlo y cortar las comunicaciones con nuestra fuerza principal que nos seguía a distancia de varios kilómetros. Por consiguiente, teníamos que conservar en nuestro poder el desfiladero.

Pensando esto galopé hacia Kasrik a la cabeza de la caballería de nuestra vanguardia, mientras mi edecán, corría a retaguardia con el fin de poner sobre aviso a nuestros batallones de Erzeroum y Mussul.

Corríamos sobre el polvoriento y rocoso camino del valle de Kasrik, que se va elevando gradualmente hasta que llega al desfiladero de Vastán. Los proyectiles del enemigo comenzaron a caer en torno de nosotros. El caballo de mi ordenanza cayó alcanzado por una bala. Este saltó de su montura subiendo en seguida a la grupa de la montura del soldado que le quedaba al lado. Cuando mi caballo falseó y chocó mortalmente contra una masa de roca, hice lo mismo. No había un minuto que perder.

Desde donde me encontraba podía ver a mis *askars* pegados al suelo y disparando con prisa, mientras se escudaban detrás de algunos parapetos improvisados. Algunos de ellos se movían como hormigas, cargando los heridos a sitio seguro, o acudiendo a llenar las filas que rápidamente se clareaban. Flameante

al aire, contra el azul del cielo, en medio de nubes de pólvora, la roja Media Luna de nuestra bandera, nos urgía a tomar parte en el combate.

Finalmente, después de algunos minutos que parecieron una eternidad, desmontamos de nuestros caballos. Nos dirigimos a la carrera a la cúspide del desfiladero, en el momento en que los rusos y los comitadchis armenios intentaban hacer lo mismo, desde opuesta dirección.

En un segundo chocamos. Fue una lucha a muerte. No se daba ni se pedía cuartel. *L'orient c'est l'orient*. Un alto *comitadchi* de cabello gris, con la cabeza al aire, cubierto el cuerpo con un *kaftan* flotante, avanzó hacia mí, provisto de un largo y curvado *yatagán*, para caer poco después como un montón de carne, al recibir entre sus ojos el disparo de uno de mis soldados.

Aun cuando el choque de los aceros, el zumbido de las balas y los gritos y aullidos con que los enemigos se daban ánimos en el ataque me mantenían muy ocupado tratando de mantener juntos el alma y el cuerpo —porque la piel no crece sino una sola vez— no podía dejar de sentir admiración por el noble desprecio de la vida que mostraban nuestros ceñudos *askars*, que incesantemente disparaban y se batían a mi lado murmurando la palabra *¡Alá!* cuando los alcanzaba alguna bala enemiga, o les perforaba el cuerpo una bayoneta o *yatagán*, los veía lanzar apenas un leve quejido.

Parecía que estábamos condenados a un fin próximo. Ellos lo sabían. Sin embargo, continuaban luchando salvajemente en forma suicida, contra la avalancha de mujiks, cubiertos de gorros de pieles. Los oficiales rusos los empujaban contra nosotros, a fuerza de latigazos, como a rebaños. Aquello me parecía semejante a lo que había ocurrido durante la batalla de las Termópilas, 400 años antes de Jesucristo.

Mientras tanto ocurrían novedades en nuestra retaguardia. El batallón de Erzeroum había avanzado en doble movimiento envolvente, y ya chocaba con el flanco derecho enemigo, mientras nuestro batallón de Mussul tomaba posesión de una serie de alturas, desde las cuales podía barrer los artilleros rusos con las bocas de fuego de sus rifles y ametralladoras. En menos de una hora

volvíamos a ser los únicos dueños del desfiladero de Vastan. Poco después de transcurrida la media noche éramos también los dueños absolutos de la situación. *¡Allah akbar! Allah Kerim!*

Solo unas pocas semanas gocé del verdadero descanso en Turquía durante la guerra mundial. Esto ocurrió después de haber rendido favorablemente el examen como oficial superior de estado mayor, en la Academia Militar de Kiaght-Hane en Constantinopla. Obtuve el grado de comandantevekile del primer regimiento de lanceros imperiales, cuyo cuarto escuadrón prestaba servicio en el palacio del Sultán en Dolma-Bagtche.

El primero de lanceros era para julio de 1918 el único regimiento completo de caballería que quedaba en Turquía. Las unidades regimentales de la tercera división de caballería y otros destacamentos de servicio en varios frentes, habían reducido por bajas de guerra sus efectivos a una tercera parte o menos de su original fuerza de combate.

Nuestro regimiento estaba acuartelado en las dependencias del antiguo palacio de Yildiz-Kiosk, famoso en las novelas de Pierre Loti. En ese palacio había residido el antiguo sultán Abd- I-Hamid. Tenía por costumbre llevar el regimiento casi todos los días al campo de entrenamiento de Shishy, donde habitualmente nos quedábamos hasta la caída de la noche. Sentíame orgulloso de comandar estos muchachos, con sus botas cuidadosamente pulidas, sus brillantes espuelas, sus uniformes verdeoliva, y sus gorras de lana, haciendo marco a sus rostros varoniles y curtidos. Con sus anchas envainadas espadas

colgando al lado derecho de sus sillas de montar alemanas, sus relucientes carabinas máuser en bandolera a la espalda, Sus largas lanzas de acero, descansando ligeramente en los estribos, saltaban a sus potros como aquellos caballeros que nacieron jinetes.

Parecían tener conciencia del secreto orgullo que experimentaba cada vez que les pasaba cuidadosa revista de pies a cabeza. ¿Por qué no? ¿Acaso no eran legítimos descendientes de los fieros jenízaros, comitadchis y geenelies, que por siglos llevaron doquiera en triunfo, los pendones esmeralda de Mahoma y las banderas de la roja Media Luna de los poderosos califas?

Tan pronto como mi corneta de órdenes tocaba reunión para el saludo vespertino y los diferentes escuadrones seguían el ejemplo, la grisácea llanura de Shisly se veía envuelta en una densa nube de polvo, mientras nuestros 800 lanceros partían a galope tendido desde diferentes direcciones a formar en batalla. Sus oficiales, elegantemente uniformados y deportivos, egresados de la escuela militar, genuinos *effendis* con alma de soldado, corrían a la cabeza de sus hombres, observando la distancia de los reglamentos.

Entrenados en la escuela prusiana, no usaban, sin embargo, el monóculo como yo que lo necesitaba. En el frente de Sinaí había sufrido una contusión en el ojo derecho.

Todos mis *effendis* eran excelentes jinetes. Algunos de ellos se habían distinguido en las competencias militares hípicas, especialmente en las pruebas de resistencia y salto. Pero su resistencia no se limitaba solo a su habilidad para montar. Podían beber más que nuestros huéspedes bávaros sin cerrar un ojo. Su cualidad más notable era el aire de modestia y resignación que solían adoptar, cuando bebían de un tirón un enorme vaso de anisete nacional que habría dejado fuera de combate a cualquier cristiano.

En el momento en que nuestros escuadrones hacían alto, se reunían y alineaban en formación de batalla, mientras llegaba yo y ocupaba mi lugar al frente de ellos. Allí permanecía un rato en espera de la voz del muecín que desde los cercanos minaretes de la mezquita convocaba a los fieles para

la oración vespertina. Su sonoro y desentrañado ¡*La-llah-ll-Lalah!* coincidía exactamente con la puesta del sol. Al escucharlo mi corneta daba el toque de atención. En ese mismo momento, con los pies firmemente asentados en los estribos, el brazo derecho levantado sobre mi cabeza, pronunciaba por tres veces sucesivas, a todo lo que me daba la voz, los rituales: ¡*Padishamis Tchock Jashaaaa!*

Mis hombres, con sus espadas y lanzas al aire, respaldaban mi saludo: ¡*Salud a vos, nuestro señor, nuestro poderoso sultán!*, con un grito estruendoso, frenético, salvaje, que parecía hacer retremblar la tierra bajo los cascos de nuestros caballos. Finalmente, su eco se perdía en la distancia, como el rugido de un león herido.

Jamás olvidaré mientras viva esa terrible, sublime e inspiradora escena. Esa melodía formidable, que escuché tan a menudo en los desiertos de Arabia, Mesopotamia, y entre las eternas nieves del Cáucaso. Al toque de *reunión* decenas de caballos, dando relinchos, acudían al llamado, sin sus jinetes. Orgullosamente se ponían en formación, nada más que por la fuerza del hábito. También más de un soldado herido, sangrante, se mantenía como por milagro balanceándose en su silla, mientras trataba vanamente con sus manos crispadas de restañar la sangre, tratando al menos de gritar en un supremo esfuerzo. ¡*Salud a vos, nuestro señor, nuestro poderoso sultán!*

Cada vez que recuerdo estos pasajes de valor legendario no puedo dejar de sentirme orgulloso de haber comandado esos bravos y modestos desconocidos soldados del imperio otomano en los cuatro años de guerra mundial. Esos compañeros haraposos con sus espadas y lanzas oxidadas evidentemente sabían pelear y morir como hombres cuando la muerte tocaba a sus puertas. Por lo tanto, no causa sorpresa el gesto del mariscal Izzed Pacha, cuando en el momento de las conversaciones para la firma del armisticio, rehusó indignado ofrecer la rendición de las tropas que aún permanecían en Turquía, al comandante británico de las fuerzas aliadas. Lo que hizo exclamar a este, admirado de tanta nobleza:

—¡Por Júpiter, estos turcos son evidentemente los primeros caballeros de oriente!

Si agregamos a esta opinión la de la mayoría de los oficiales británicos y coloniales que pelearon contra los turcos en Egipto, Mesopotamia y los Dardanelos, quienes unánimemente declararon que estos soldados eran honestos combatientes, ya se podrá tener una idea aproximada de lo que es el soldado turco que conocí y estudié en mis cuatro años de guerra mundial.

De acuerdo con los turcos no es una desgracia correr, siempre que uno se detenga de vez en cuando y mire hacia atrás. De este modo se comportaron durante la segunda guerra balcánica. Después de su derrota de Adrianópolis los turcos se retiran a Estambul, fuertemente acosados por el ejército búlgaro, que no les dio un minuto de reposo. Cansado finalmente, de tantas marchas con el estómago vacío, uno de los soldados turcos pidió prestado un cigarrillo a su camarada. Lo encendió y se acostó detrás de una de las rocas del camino a descansar. Su ejemplo fue seguido por otros soldados, que también encendieron cigarrillos y esperaron a los búlgaros para hacerles algunos disparos.

Después de un cuarto de hora los turcos habían formado su famosa línea Tchajaltla, que se originó primero del deseo de fumar un cigarrillo. Más tarde de la idea de atrincherarse detrás de los bordes de las rocas de la llanura circundante, con el objeto de tomar un poco de descanso durante la noche.

Así un *askar* osmanlí que había mirado un momento hacia atrás, produjo un alto en la retirada de los turcos e infirió una imprevista derrota a los victoriosos búlgaros que hubieron de abandonar de nuevo Adrianópolis a los osmanlíos.

Más de un proverbio turco explica cómo el turco, en apariencia zafio y de escasas entendederas se sale con la suya cuando toma una resolución. Uno de ellos explica que el mejor modo de cazar un conejo es perseguirlo en vehículo. Después de asustarlo se debe continuar en su persecución a paso lento. Luego de atemorizarlo más y más —alrededor de una docena de veces— se baja uno del coche y coge por las orejas al extenuado conejo.

Hay mucha filosofía en ese sistema de *yawash*, *yawash*, equivalente a *tomar las cosas con calma*; a no atolondrarse, que cuando se aplica a la política o a la guerra, representa la verdadera razón por la cual las naciones europeas, pese a sus innumerables esfuerzos no han podido acabar con el obstinado turco. Una vez que este ha tomado su resolución es imposible derrotarlo por sus mañas.

Me agradaba observar a nuestros soldados en su vida rutinaria en el cuartel, especialmente durante las horas de comida. Desde el momento en que se tocaba a rancho acudían solamente en grupos de ocho a las cocinas de su compañía o escuadrón, donde el cocinero y sus ayudantes en delantales blancos, servían en la inmensa escudilla colectiva que portaban las ocho raciones de sopa, pan, carne, legumbres, así como también les llenaban un enorme jarro con el té humeante y azucarado. Después de darle las gracias con frases respetuosas —porque el cocinero es personaje muy importante en una unidad militar turca— los diversos grupos se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas, preferiblemente debajo de un sombrío ciprés o de un naranjo en flor. Se quitaban el dolmán y extraían de los bolsillos sus preciosas cucharas de estaño, que cuidaban como el tesoro más valioso. Generalmente las guardaban en los rebordes de sus largas medias de lana, o en la parte alta de sus botas de montar. Solo después que el cabo o el miembro más viejo del grupo tomaba el primer bocado, procedía el resto a hacer lo mismo. Los turcos son muy considerados con sus mayores.

Ningún *genuino* turco toma asiento primero, o se dirige a su superior en mando o edad —así fuese un príncipe o un simple mendigo andrajoso de barba desgreñada— hasta que este se siente y le dirija primero la palabra. Una de las razones por las cuales mis hombres me demostraron siempre el mayor afecto, debió de ser el hecho de que jamás permití que les recortasen sus raciones. También porque me ocupaba de que los heridos y enfermos recibieran la asistencia médica debida. Frecuentemente visitaba las cocinas de cada compañía o escuadrón, y examinaba con detenimiento la comida que les servían. En varias oportunidades llegué hasta desterrar al desierto a oficiales y médicos,

por delincuentes. Estas medidas radicales daban muy buen resultado. Fortalecía la fe de nuestros hombres en sus superiores, y mantenían latente en aquellos un espíritu de sacrificio que en otras circunstancias cualquier hombre de otro ejército, que no fuera el turco, jamás habría tenido.

Nunca oí a un soldado turco quejarse de hambre o de sed. Esos *askars* nuestros nacían sus largas marchas ceñudos y en de pan viejo y un puñado de aceitunas, sin lanzar una queja, sin que una sombra de desmayo surcase sus labios febriles.

Aun cuando la religión mahometana parezca admirable e inspiradora al superficial observador, adolece de ciertas fallas que constituyen un verdadero inconveniente. Durante la guerra nos causaron muchas bajas innecesarias. Por ejemplo, su precepto: *no matarás a inofensivos animales*. ¡Cuántas veces sorprendí a mis hombres sin poderlo evitar, diseminados en torno de los fuegos del campamento, en días soleados, frente a las montañas cubiertas de nieve del Cáucaso, limpiando de chinches su ropa interior y en vez de matarlas echarlas al suelo! Así los ácaros agradecidos del buen corazón de aquellos soldados, se subían inmediatamente por las piernas del próximo compañero para seguir viviendo y multiplicándose.

Otro de los preceptos que a menudo me sacaba de mis casillas en cuanto a disciplina, porque muchas veces nos privaba de un trago de agua, es aquel que pide a todo verdadero creyente lavarse la cara, los brazos y los pies con frecuencia —lo que significa cinco veces al día— antes de recitar sus oraciones. Debido a este rito sagrado, tenía que elegir cuidadosamente los hombres de nuestra vanguardia, porque en el momento en que nuestros verdaderos creyentes daban con un pozo de agua corrían hacia él a practicar sus abluciones, con el resultado de que cuando nosotros llegáramos ni siquiera los caballos hallaran cómo saciar su sed.

Nuestros *askars* me daban la impresión de ser muchachos grandes. Eran voraces doquiera teman la oportunidad de desquitarse de los malos tiempos pasados. Torturados durante semanas por el hambre solíamos tener algunos

días viviendo de la abundancia de una región, o bien cuando el gobierno turco nos suministraba alimentos generosamente.

Si no hubiera sido por los acaparadores y especuladores griegos y armenios, que acumularon fortunas a expensas de nuestros medio hambrientos soldados habríamos tenido provisiones en forma regular. Durante mis pocas semanas de estadía en Constantinopla los alimentos que tenía la obligación de comprar cada día nuestros comisariatos militares a precios ridículamente bajos, incluían cinco kilogramos de carne, cinco kilogramos de pan blanco y diez kilogramos de pan negro.

En Beersheba, en el frente del Sinaí, se me garantizaba también a muy bajo costo, una ración mensual de tabaco, consistente en toda clase de cigarrillos, desde los más finos hasta los cigarrillos Knaster alemanes. Era natural que no pudiera consumir tan abundantes raciones de comida y alimentos. Generalmente la repartía entre todos, pues tenía a mi cargo un buen número de personas.

En mi feliz familia figuraba Tasim y Mustafá, mis dos ordenanzas y sus caballos; además de nuestra mula de carga, un burro de silla y mis cinco corceles. Por último, estaba mi cocinero Mr. Silverstein. Hombres y bestias debían recibir cuidados adecuados.

Fue una fortuna que la guerra terminase pronto. A pesar del hecho de que el gobierno turco me recompensaba generosamente, para la época del armisticio solo me quedaba un cheque de veinticinco dólares de los dos mil que había llevado conmigo a Turquía cierto lejano día lluvioso.

Uno de los rasgos más amables de la vida militar turca consistía en la leal camaradería que existía como norma entre el oficial y su ordenanza. La fidelidad de este último era generalmente

recompensada con amplitud. Ningún oficial se levantaba de la mesa, sin dejar por lo menos la mitad de su comida para su ordenanza. Una innata amabilidad y generosidad son las cualidades más resaltantes de todo verdadero turco, mientras que sus más graves defectos los constituyen la desconfianza y la extrema crueldad, cuando es presa de la ira.

Probablemente, debido a que siempre respeté sus opiniones religiosas y normas de vida en el hogar, mis camaradas, oficiales siempre, me trataron con la mayor consideración, aun cuando llevaran en sus bolsillos mi sentencia de muerte. Recuerdo, por ejemplo, cómo una tarde cuando varios nos sentábamos alrededor de una mesa en el casino militar de Estambul, discutiendo sobre el sitio de Adrianópolis, un mayor que estaba interesado especialmente en el debate, súbitamente exclamó:

—Sí, fue precisamente aquel día, cuando los búlgaros atacaron nuestras posiciones que nosotros lanzamos una contraofensiva. ¡Cuando los búlgaros nos volvieron a atacar, caímos nosotros primeros sobre ellos y no quedó vivo un solo cristiano!

Cuando modestamente protesté contra su última observación sobre los cristianos, tomando por base que yo también era cristiano, él y los otros oficiales rieron ruidosamente de buena gana, y me palmotearon en la espalda, diciéndome cordialmente:

—¡Eso es verdad, pero tú has probado ser también un buen musulmán!

“Gracias”, les repliqué prontamente, hundiéndome en uno de los sillones del club a pensar. La observación del mayor, que se suponía era un ultramoderno joven turco, sin prejuicios, me recordaba el hecho de que el turco no obstante su cultura y su liberalismo seguiría siendo siempre turco, un delirante fanático si se le tocaba en lo más sensible, que era su fe religiosa.

El hecho de que los jóvenes turcos comieran carne de cerdo y bebieran *schnaps* por galones, no implicaba por ningún respecto que hubiese decidido abandonar sus tradicionales controversias religiosas. El leopardo no puede cambiar las manchas de su piel. Por esta razón siempre me he sentido un poco escéptico sobre las reformas de Mustafá Kemal. Nosotros, hombres de otro tiempo, hemos sido testigos de tales milagros, solo en el papel. No debe olvidarse que el mundo mahometano habría podido elegir un nuevo califa, deseando que su antiguo califa regrese de nuevo al trono.

El soldado turco es hombre muy quisquilloso cuando alguien trata de vejearlo. Se cuenta el caso del yerno o del sobrino del mariscal de campo Von der Goltz, quien ejercía el cargo de instructor en un regimiento turco de Adrianópolis, justamente antes de la segunda campaña balcánica. Mientras el joven oficial trataba de explicar en genuino estilo prusiano a uno de nuestros *askars* albaneses la forma como debía llevar la gorra militar, ordenándole rudamente que fuera a ocupar su lugar, el *askars* sin decir palabra, levantó su fusil y mató al teniente.

Lord Kitchener, quien sirvió varios años como capitán o mayor en el ejército turco, y el mariscal de campo con Moltke, héroe de la guerra franco prusiana, que también estuvo en el ejército de Turquía, fueron testigos de hechos de este mismo carácter. El soldado turco no admite que se le ofenda en su dignidad, ni que se le tenga por tonto, especialmente cuando sonrío.

La primera vez que observé esta sonrisa irónica en un turco fue cuando llegué a Mush, población de la antigua Armenia, en marzo de 1915. Almorzaba como huésped de honor en casa del vicegobernador de la provincia, cuando otro honorable huésped, también cristiano como yo, el Senador X, quien se dirigía a Estambul, empezó a reprocharme en la forma más incivil, por qué yo, siendo cristiano, servía con los turcos. Aquello me causó un gran disgusto. Le repliqué con una sarta de vulgaridades a la usanza de los vaqueros. Lo que me causó extrema sorpresa fue que ni el vicegobernador ni sus huéspedes turcos parecieron resentirse por las vulgares e insolentes observaciones del armenio. Por el contrario, le sonrieron con cortesía y le dispensaron atenciones que hicieron a Su Excelencia hincharse como un pavo real.

A la mañana siguiente el vicegobernador y varios otros altos dignatarios acompañaron al señor a su coche y ceremoniosamente lo despidieron. Media hora más tarde la escolta de Su Excelencia, formada por gendarmes de a caballo, regresaba con el carruaje vacío. Mientras permanecí en Mush el nombre de Su Excelencia no se mencionó para nada.

En una memorable gira de Estambul al Cáucaso, disfruté en la aldea de Gumerek de uno de los peculiares almuerzos turcos, como solo un jefe oriental es

capaz de ordenar y preparar. Consistía en una tortilla nadando en manteca, rellena de almendras, uvas y maníes. Seguía un plato de salchichas fritas con ajos sobre gelatina dulce, luego el té. En seguida una ensalada de cebollas crudas, fresas frescas en crema, rebanadas de queso saturadas de aceite de oliva, helado oloroso a rosa y violeta. Por último, avena frita o *bulgur*, el plato obligado al final de todo menú en el Cercano Oriente.

Luego de comer liberalmente tan excelente almuerzo, tuve miedo de morir. Más tarde pensé que si no moría quedaría enfermo. Fui presa de los más conflictivos sentimientos hasta que mi fiel Tasim me trajo una taza de fuerte *raki*, que finalmente, me puso de nuevo en pie.

Una de las varias razones por las cuales he sentido especial afecto por los oficiales británicos y coloniales, se debe a que ellos siempre hacen justicia al hombre por lo que hace, así haya sido su enemigo. De labios de esos oficiales he oído a menudo con intensa satisfacción los mayores elogios para los *askars*. Por ejemplo, cuando se referían a la captura de la ciudad de Es-Salt en Transjordania, donde las fuerzas expedicionarias británicas sufrieron fuertes pérdidas por el fuego de las ametralladoras turcas emplazadas en la colina vecina. Cuando los británicos se lanzaron al asalto de la referida colina la encontraron ocupada por solo dos ametralladoristas turcos que habían detenido más de una hora el avance del enemigo con su constante y asesino fuego. Idéntica cosa ocurrió, según estos oficiales, cerca de Tine, después de la caída de Beersheba, donde un ametralladorista turco peleó él solo contra todo el ejército británico hasta que se le agotaron las municiones. Los australianos lo encontraron después, sentado en el suelo, con un aire de contento en las facciones. Sus manos cómodamente colocadas en el estómago.

Jamás olvidaré cierta mañana friolenta en el frente del Sinaí, poco antes del alba. De una trinchera enemiga vino flotando en el aire un canto muy agradable. Tan pronto como oímos sus primeros melodiosos acordes *¡Patricio querido, tú lo has oído!* cesó el fuego a lo largo de nuestra línea. Los últimos acordes de la melodía irlandesa fueron como un suspiro en la brisa matinal.

Aun cuando nadie, aparte de mí, hubiese entendido una sola palabra, un murmullo de aplausos se levantó de nuestras trincheras.

Poco después de ese agradable incidente tuve que ir a Jerusalén en comisión. Mientras visitaba las ruinas del viejo monasterio en la aldea de Betania, uno de mis hombres me señaló una oscura abertura, baja y angosta en el muro, diciéndome que era la entrada al sepulcro de Lázaro. Pasé de largo, como si no me interesara. Entre orientales no debe uno mostrar sorpresa o curiosidad por nada, si aspira a que le conserven el respeto. Al día siguiente cuando regresé a Betania bajé de mi caballo a distancia de unos pocos centenares de pasos de las ruinas. Dije a mi ordenanza que me esperase. Tan pronto como calculé que nadie me veía, volví sobre mis pasos, y siguiendo el camino al borde de algunos de los muros derrumbados, llegué a la entrada de la gruta del sepulcro de Lázaro. Entré resueltamente, tratando de orientarme en la oscuridad. Apenas había avanzado unos cuantos metros resbalé o pisé en falso. Luego de dar un par de saltos mortales en el aire, caí pesadamente sobre un montón de rocas. En el accidente sufrí la violenta torcedura del pie izquierdo, además me produjo una profunda herida en la rodilla derecha, lo cual me hizo estar fuera de servicio unos días.

Supuse que la parte superior de la escalera de piedra se había derrumbado. De todos modos, allí me hallaba arrastrando mis piernas, en el oscuro sepulcro de Lázaro, con centenares de murciélagos aleteando sobre mi rostro, sin esperanzas de poder salir de aquel horrendo lugar, debido a mis lesiones.

Recordando el viejo adagio turco: *no se desespere*, me senté en la oscuridad, encendí un cigarrillo, y esperé que Alá enviase alguno en mi ayuda. Por fortuna Alá al fin se compadeció de su contusionado guerrero. Cuando encendí mi tercer cigarrillo —los anteriores los tumbaron de mi boca los murciélagos— oí una débil voz que llamaba desde la derruida escalera.

Era Tasim, mi fiel ordenanza. Después de esperar en vano mi regreso, ató de un olivo los caballos y se puso a seguir mis huellas. Si no hubiera sido por el sentido común de Tasim, probablemente estaría todavía en aquella caverna con el espíritu de Lázaro y sus murciélagos infernales.

Esa tarde cuando regresé a Jerusalén, me esperaba allí una invitación. Uno de los capellanes árabes del ejército, que había estado deambulando sin permiso por su aldea nativa y había permanecido allí, sin la más leve intención de regresar a su puesto, iba a ser fusilado públicamente como ejemplo. Se trataba de un asunto cruelmente espectacular.

Seamos breves en la historia. Pocos minutos antes de la ejecución el infeliz capellán se sentó en una alfombra rodeado por unos 400 soldados árabes formados en cuadro, los cuales pertenecían a nuestros batallones de pico y pala. La función se iba a celebrar en beneficio de ellos para ponerlos en guardia contra cualquier intento de desertión. El crimen de desertión es algo que el recluta campesino árabe no es capaz de entender. La razón por la cual ellos nunca se pasaban a los ingleses era porque de inmediato éstos los pondrían a trabajar. Por consiguiente, preferían desertar a sus aldeas, donde las mujeres de la familia harían todo el trabajo para ellos. Además, los mantendrían como es usual.

Tan pronto como el capellán se sentó en la alfombra y comenzó desprevenida-mente a echar humo de su cigarrillo, como si nada estuviese ocurriendo, otro capellán que se suponía debía consolarlo en sus últimos momentos, se sentó frente a él. Pero en vez de dialogar sobre temas espirituales, se enfrascaron en una discusión filosófica, que posiblemente habría terminado en una lucha a puños, si varios músicos de la banda militar que estaban tocando la *Marcha fúnebre* de Chopin para diversión del público, no hubieran arrojado los instrumentos a fin de separar a estos dos gallos de pelea, que ya estaban a punto de arrancarse las plumas, preparándose para saltar a la garganta de su contrario.

Después que el pelotón de fusilamiento cumplió con su deber, nuestro pobre capellán dobló lentamente el cuerpo. Allí quedó inmóvil.

Al hablar de los árabes no puedo reprimir el deseo de referirme a cierta nota explicativa mía que apareció el año pasado en *Aventura* y en la cual doy mi opinión al respecto al interesante libro del señor T. E. Lawrence: *La revuelta en el desierto*, así como también lo que pienso a propósito del llamado *ejército libertador del Emir Feizal*, que el señor Lawrence elogia en demasía, posiblemente por razones políticas. Debo también agregar, después de un sondeo de la opinión pública en Inglaterra, que fuera de los Estados Unidos muy pocos son los oficiales regulares del ejército que prestan demasiada atención a lo que el señor Lawrence dice sobre el *ejército libertador del Emir Feizal*, pues con excepción de una obstrucción parcial a nuestro ferrocarril militar cerca de Nerea, en la época de la retirada del general Von Liman en 1918, las actividades militares del Emir Feizal en Siria y Palestina, se confinaron enteramente a operaciones de guerrillas.

Si el avance de los tribeños del Emir Feizal a lo largo de nuestro ferrocarril a Hedjas y al norte, hacia Damasco, hubiese sido realmente una sucesión de brillantes victorias, como alega el señor Lawrence, resulta inexplicable que después del armisticio el alto comisionado británico en Constantinopla hubiese tenido que rogar a Su Majestad el sultán de Turquía que ordenase a Faghri Pacha, comandante militar turco de Medina, que entregase esa plaza a los árabes del Emir Feizal.

Por otra parte, si la gentuza del Emir Feizal hubiera tenido alguna apariencia de ejército, debería haber iniciado su marcha triunfal, con la conquista, en primer término, de la ciudad santa de Medina, donde se halla enterrado Mahoma, que era en aquella ocasión la estación terminal de nuestro ferrocarril de Hedjas, en el norte de Arabia. Además, se dice que el ejército libertador de Feizal comenzó desde allá su *gloriosa cruzada*. El hecho de que Feizal no tuviera en su poder a Medina, demuestra que lo que se ha dicho sobre las gloriosas hazañas de Feizal es solo una proeza de propaganda, un *bluff* que los franceses acallaron prontamente, al expulsar de Damasco, sin mayores miramientos, al Emir Feizal después de su autocoronación como rey de Siria. Los franceses son muy listos. No se les puede despojar por medio de la propaganda de los derechos que les otorgan los tratados, ni siquiera con el alegato de los derechos de prioridad en beneficio de una chusma árabe, como la que formaba el cantado ejército de Feizal.

Para probar la exactitud de mis asertos y demostrar qué clase de guerreros componían la mayoría del llamado *ejército libertador de Feizal*, copiaré mi descripción de la segunda batalla de Gaza, tal como aparece en mi libro *Cuatro años bajo la Media Luna*, que ha sido tomado muy en serio, aun por el estado mayor del ejército británico. De otra manera no hubieran citado con frecuencia mis testimonios en la nueva historia oficial británica de la guerra mundial. Esta descripción dice así:

Por algún tiempo antes de la segunda batalla de Gaza, estuve estacionado en Beersheba, actuando como la mano derecha del príncipe Essad Bey, comandante del ala izquierda de las fuerzas expedicionarias turcas en el frente de Siná. Por consiguiente, me hallaba en el centro de la acción cuando comenzó la batalla. Tal como en la primera batalla de Gaza, memorable acción en la cual treinta de mis soldados turcos derrotaron a las veteranas fuerzas británicas y australianas que casi los doblaron, las fuerzas turcas estaban comandadas por el coronel von Kress. Mientras que la primera batalla de Gaza se considera generalmente como el combate más decisivo de la guerra mundial en el Cercano Oriente, la segunda batalla,

en la cual volvió a resultar victoriosa la Media Luna contra el León de San Jorge, no careció de fiereza y fue una brillante acción.

Las líneas de batalla se juntaron el 19 de abril de 1917. Toda esa tarde la pasamos con un pie en el estribo. El estruendo lejano de la artillería iba gradualmente en aumento, mientras los aviones enemigos arrojaban bombas sobre nuestras posiciones. Esto era revelador de que la batalla había comenzado en la proximidad de Gaza.

Allá el ala derecha de nuestro ejército resistió con éxito el empuje de los ingleses, forzando a estos a probar fortuna con el flanco izquierdo de nuestro centro. Es decir, contra las alturas de Abu-Hu-Reira donde el teniente-coronel Rifet Bey se había atrincherado con la tercera y cuarta división de infantería.

Fue también terrible en ese flanco el choque entre turcos y británicos, singularizándose frente a la humeante colina de Esani-öi, desde donde el fuego turco barría sin cesar las olas de asaltantes enemigos. De esta manera, como la brisa que precede al huracán, destrozando ramas de árboles y levantando columnas de polvo en su avance, frente a nosotros, o más bien, frente al centro de nuestras fuerzas que estaban en Tel-Es-Sheriat, se iban levantando densas columnas de humo, a las que replicaba el estruendo de nuestra artillería.

Nos hallábamos en lo más denso de la segunda batalla de Gaza.

Solo el ala derecha del enemigo, formada por el cuerpo principal de la caballería británica, mantenía su posición, coronando como una muralla de acero, una serie de bajas colinas situadas a nuestra derecha. Estas fuerzas se extendían hasta 8 kilómetros al sur de Tel-Es-Sheriat. Formaban, cerca de un punto llamado Esmeli, un ángulo recto con las fuerzas del flanco derecho del centro del enemigo. Todo el mundo parecía darse cuenta de que la suerte de la batalla se decidiría en el encuentro entre los tres regimientos de nuestra tercera división de caballería, y los diez o más regimientos de la caballería enemiga, compuestos por ingleses y australianos, que amenazaban nuestra ala derecha.

Eran las dos de la tarde cuando un edecán montado que emergió de una columna de polvo, se precipitó en nuestra dirección. Detuvo abruptamente su caballo,

y saludando al coronel Essad Bey, le entregó la orden de avance. Esta disposición equivalía a una sentencia de muerte. Todos lo sabíamos.

Al escuchar la orden miré a mis oficiales. La expresión que brillaba en sus bronceados rostros, fue la de que nada temían y estaban decididos a todo. Tal expresión quedó grabada en mi mente como uno de los recuerdos más gratos de mis cuatro años bajo la Media Luna.

El primero que inició el movimiento desde nuestra zona de trincheras fue el séptimo regimiento comandado por el teniente-coronel Cherkess Mehmed Bey. A este lo siguió el sexto, y por último, el octavo, que inmediatamente cambió su frente, mirando hacia el sur. Luego se desplegó en formación de batalla y avanzó al trote contra el flanco derecho de la caballería enemiga. Mientras tanto el sexto y el séptimo, apoyados por nuestras baterías de campaña y destacamentos de ametralladoristas, partían al galope y en formación cerrada, redoblando su velocidad en dirección a Esmeli que como dije antes, formaba el ángulo derecho o unión entre el centro y el ala derecha enemiga.

Nuestra misión no carecía de temeridad. Resultaba para nosotros casi imposible cubrir la distancia de tres o cuatro kilómetros que nos separaba de Esmeli, sin convertirnos en fácil blanco para el grueso de la artillería británica, o sin ofrecer a la caballería enemiga una oportunidad de lanzarse contra nuestro flanco izquierdo, aplastándonos contra el centro de sus fuerzas. Por fortuna nuestro avance fue rápido e inesperado. Antes de que el enemigo pudiera darse cuenta de nuestras intenciones habíamos cruzado el Wadi-Sheriat, cerca de Esmeli, perforando las primeras posiciones británicas.

Esta maniobra, ya ejecutada, separaba el ala derecha del enemigo de su centro, como lo habíamos planeado. Sin embargo, si el comandante de la caballería británica, hubiera hecho frente con calma al fuego de la artillería de nuestra división, haciendo un movimiento oblicuo hacia la izquierda, hubiese atacado nuestra retaguardia. Solo con una parte de sus fuerzas montadas habría aniquilado con facilidad nuestro octavo regimiento. Tal operación le hubiera permitido entrar triunfador en Tel-Es-Sheriat.

Pero no hizo nada parecido. Por el contrario, perseguido por el fuego de artillería de nuestra División, se refugió con toda su caballería detrás del centro enemigo, mientras varios heroicos destacamentos de ametralladoristas Australianos, protegían su retirada, con verdadera temeridad y sangre fría.

Observando la tenaz resistencia ofrecida por esos destacamentos, que de paso cabe decir, se atrincheraron rápidamente en una lengua de tierra formada por la confluencia del Wadi-Sheriat y el Abu-Hureira, decidí atacarlos por la retaguardia con la ayuda de nuestros voluntarios árabes, a quienes podía ver por millares, bien montados y armados, ocupando una hilera de otros, detrás de nuestras líneas.

Con este propósito me fui en esa dirección con un escuadrón de lanceros. Rápidamente atravesamos la zona de peligro, que era barrida por el incesante fuego de las baterías enemigas. Finalmente, alcanzamos el lugar desde donde nuestros árabes estaban observando la batalla, bastante lejos del alcance de las balas enemigas. Estos hombres, con la excepción de unos ochenta, rehusaron rotundamente acompañarnos. No les interesaba combatir. Solo buscaban el saqueo.

Girando en torno y tomando ventaja del abrigo natural que nos ofrecía el paisaje circundante, nos fuimos aproximando paso a paso a los destacamentos de ametralladoristas Australianos, aprovechando de vez en cuando a nuestros mejores tiradores para hacer fuego a su ala izquierda, que, como un toro molesto por un avispon, de vez en cuando volvía sus armas sobre nosotros, en vano esfuerzo por alcanzarnos. Cautelosa y lentamente, con seguridad, continuamos desarrollando nuestro plan, hasta que, llegados a corta distancia, detrás de la línea de fuego de los Australianos, observamos varios alambres de teléfonos portátiles, que parecían mantener en comunicación esos destacamentos con sus cuarteles. Advirtiendo la ventaja que tendríamos con la destrucción de esos alambres, pues dejaríamos incomunicado al enemigo en su base, pero no queriendo que ello me costara el sacrificio de mis hombres, ya que tendrían que abandonar la hondonada que les servía de protección, me dirigí dörtnalda, que significa a toda velocidad, seguido solo por mi ordenanza Tasim Chavush, y un sheik árabe de barba blanca, tocado con magnífico kaftán rojo, al lugar donde se hallaban los cables telefónicos.

Nuestra empresa era peligrosa, casi suicida, pero en esta ocasión Alá de buena gana se puso de nuestra parte. Sin ser molestados por el enemigo, ¿cómo iban a suponer que éramos turcos? Llegamos a nuestra meta en un despabilar de ojos. Saltamos de nuestros caballos, y con nuestras espadas cortamos en pedazos los alambres. Los Australianos, que aún no acababan de salir de su sorpresa, volvían en nuestra dirección casi todas sus ametralladoras. A una distancia de quinientos metros abrieron un fuego cerrado que levantaba columnas de polvo en torno nuestro.

El caballo del árabe cayó a los primeros tiros. No pude ver más al sheik. Tasim y yo saltamos en nuestras sillas, que parecían literalmente haber echado alas. Mientras tanto, el enemigo nos había cortado la retirada. Por lo tanto, regresamos a nuestra propia línea de batalla, de la cual todavía nos separaban unos cuantos centenares de metros. Las balas silbaban de lado y lado. Fervish, mi favorito corcel árabe, aun cuando corría a todo lo que le daban sus bríos, me parecía que marchaba a paso de tortuga. A pesar del hecho de que aquellos segundos me parecían horas, pronto advertí detrás de la primera línea de nuestros ametralladoristas, que no disparaban para no herirnos, los cadáveres del capitán Nesis Effendi y del teniente Seki. Yaciendo detrás de sus caballos muertos parecían invitarnos con sus manos presas del frío de ultratumba, a que nos lanzáramos dentro del wadi protector, que aparecía a nuestra izquierda.

Cuando ya distábamos un par de metros de la quebrada, sentí como un latigazo, seguido de un fuerte dolor en el muslo. Esto me hizo perder el equilibrio, y rodé con mi caballo por el declive. Tasim era también víctima del impacto de una bala y caía de su montura, aunque sin mayor daño, la bala solo destrozó el arzón de su silla.

Después de un examen cuidadoso de nuestros huesos y de nuestros caballos, vimos también la herida de mi muslo, que era leve. Tasim detuvo la hemorragia, colocando sobre ella una mascada de tabaco. Para salir de aquella quebrada tan peligrosa, donde caían de vez en cuando las balas perdidas del enemigo, y ocasionalmente estallaban sus bombas a escasos metros de nosotros, nos escurrimos a lo largo de otras quebradas tributarias, hasta que por fin llegamos a nuestro escuadrón. Allí se nos daba por muertos.

Justamente en esos momentos volaban sobre nuestras cabezas algunos aviones, perseguidos por los proyectiles de nuestras baterías antiaéreas, mientras el batallón de infantería montada, y un batallón de líneas también nuestro, se apresuraba a ocupar posiciones avanzadas enfrente de Abu Hureira. Además de la disminución del fuego de nuestros galantes enemigos cuando ya caía la tarde esto nos convenció de que los ingleses abandonaban la lucha. Se hallaban en franca retirada.

Pasamos lentamente a través de colinas y valles, dejando atrás, hacia el este, las azules montañas de Judea, que parecían opacarse a la distancia. Esani-Köi gradualmente se transformó de pira flamígera en una pirámide silente, oscurecida por las sombras del sol que ya se ponía detrás de las peladas dunas. Majestuosamente surgía el lucero de la tarde, en medio del cielo sombrío. La luna comenzaba a bañar con su pálida luz las ásperas arenas del desierto.

Tras el fragor de la batalla, el silencio parecía ahora completo. Solo era interrumpido por el batir de la brisa a través de los secos bosques. El aullido de los chacales, los lamentos de los heridos, que vibrando misteriosamente de roca en roca, hasta morir en suspiros, me producían un estremecimiento. Aquello me hacía sentir como si solo nosotros y el ángel de la muerte estuviéramos galopando por aquellos oscuros y silentes wadis.

A cada paso de nuestros caballos coríamos el riesgo de trastabillar o caer nos de cabeza. O de ser alcanzados por las balas de nuestros propios voluntarios árabes, que exploraban el desierto en busca de cadáveres, para despojarlos de lo que tuvieran, o en busca de soldados heridos para rematarlos, pues seguían el olor de la sangre como los buitres. Veía a estos vándalos diseminados en todas las direcciones, escabulléndose por entre las sombras de la noche, y evitando cautelosamente encontrarse con nosotros por temor de que fuésemos una patrulla inglesa. Más de una de estas humanas hienas, sorprendida en flagrante delito, levantó su cimitarra manchada de sangre. Luego, viendo por nuestras lanzas, que no éramos ingleses, sino turcos, es decir verdaderos creyentes, tranquilamente continuaban su lúgubre tarea, pues matar y mutilar cristianos, especialmente Inglis giaurs, aun cuando estuvieran heridos, representaba para nuestros árabes voluntarios —que un año más tarde

formarían la mayoría del ejército libertador del Emir Feizal— un acto piadoso que les abría las puertas del paraíso.

En reiteradas ocasiones advertí en la semioscuridad montones de leves formas, que en una inspección más estrecha, reconocía con una sensación de verdadero horror cómo cuerpos desnudos y mutilados de soldados ingleses, muertos o heridos —víctimas de nuestros voluntarios exárabes— es decir, de aquellos mismos vampiros humanos, que después de formar parte del ejército de tribeños del Emir Feizal, el hijo del Sherif Hussein de La Meca, trataban a sus prisioneros turcos y alemanes en la misma forma...

Mientras continuaba la marcha dentro de la siniestra oscuridad poblada de sombras móviles, el cuadro presentado por estas gentes infernales, de repulsiva catadura y de diabólica expresión inclinándose sobre los quejosos heridos indefensos y sangrantes, quedó impreso indeleblemente en mi imaginación. De repente nos detuvimos al oír la voz de un árabe que me había servido de guía el día anterior, llevaba de la brida su caballo, el cual había cargado con el botín de rifles, uniformes manchados de sangre, cinturones, zapatos, etc. En fin, todo lo que había podido encontrar al pasar requisa a los muertos y heridos británicos durante aquella noche.

Como inexplicable culminación de su demoníaca proeza el hombre mostró un largo objeto blancuzco, que al principio no pude reconocer, pero que luego, a la luz de mi linterna eléctrica vi que era un brazo humano, cortado a la altura del codo. Estaba ricamente tatuado en colores brillantes, y a juzgar por el timón y el ancla, debió haber pertenecido a algún marino inglés. Cuando le pregunté, en mi sorpresa, por qué llevaba consigo ese horrible recuerdo me replicó que era para mostrarlo a su esposa, quien admiraba los tatuajes bien hechos. Agregó que si hubiera tenido más tiempo se habría traído toda la espalda del hombre, porque se hallaba adornada con una gran serpiente azul y roja. Para evitar que continuara aquella profanación le compré el brazo por un mechedieh de plata, e hice que uno de mis lanceros lo sepultara.

Cada vez que recuerdo esa hiena en forma humana y sus camaradas nuestros ex-voluntarios árabes, tan elogiados en el libro La revuelta en el desierto del señor

T. E. Lawrence, me asquea pensar en las barbaridades que presencié, que nada tienen que ver con la guerra. Mientras tanto, llegamos a la carretera de Esmeli, que parecía una incierta línea a la luz de la luna, envuelta por las nubes de polvo que levantaba a su paso un convoy de soldados turcos heridos. La mayoría de estos infortunados sufría lesiones graves. Algunos agonizaban. Pero no se escuchaba ni un quejido. Solo veía aquí y allá manos temblorosas extendidas, implorando agua, para aplacar la terrible sed que los devoraba.

Al contemplar este cuadro de sublime heroísmo —un puñado de valientes, muchos tan cerca de la muerte, sin lanzar un lamento—, no pude evitar el recuerdo de la famosa frase de Napoleón: “con soldados turcos comandados por oficiales extranjeros, habría sido capaz de conquistar el mundo”

En ese momento ordené alto a mis lanceros. Les hice presentar armas ante aquel grupo de héroes que morían.

El avaro cuenta su dinero todos los días perPara traer de nuevo la América del Sur a estas memorias; relataré otra aventura que por suerte tuvo para mí un dichoso final. Como ejemplo de las aventuras que corre un autor no deja de tener algún interés.

Durante dos años estuve oculto del mundo en las montañas Gramalote, cerca de la frontera de Venezuela escribiendo un libro. Había llegado allí, y paraba en la solitaria vivienda de un rancho, lejos de la región maderera. Mi venida la había motivado la circunstancia de que estando en Madrid, inmediatamente después de terminada la guerra mundial, el servicio secreto militar francés me creyó todavía relacionado con los ministerios de defensa de las potencias centrales, terminando incómoda mi residencia en la capital española. El Presidente Wilson, a quien los misioneros norteamericanos le habían hecho creer que yo era *el verdugo de Armenia*, medió también para que no obtuviese el visado de mis documentos con el fin de entrar en los Estados Unidos. Antes había pensado que los páramos andinos eran solo útiles para prender la chispa de una revolución, siendo usados a menudo como el yesquero de Venezuela. Ahora veía que también podían servir para instalar mi excelente biblioteca, que solo constaba de una biblia y de un antiguo diccionario español.

Deseaba escribir mis experiencias como oficial superior del estado mayor del ejército turco. Las montañas Gramalote me ofrecían el único lugar aislado y suficientemente seguro y solitario para la civilizada tarea de unir en palabras mis recuerdos.

Escribí nueve veces *Cuatro años bajo la Media Luna*. Rompí los originales, ocho. Para fines de 1922 dos copias del futuro libro estaban listas para abandonar conmigo las montañas en busca de un editor.

Había sido bastante pesada la labor de escribir el libro, pero me resultó peor la empresa de llevarlo conmigo. Durante semanas me vi obligado a ocultarlo como un misterioso tesoro de un mundo fiero, duro y mezquino que rehusaba creer que yo tuviese algo más que una historia que proteger de su curiosa avaricia.

Gómez, el dictador venezolano, que había hecho todo lo que estaba a su alcance para desalojarme de mi retiro en las montañas, ahora tomaba todas las medidas para evitar que saliese de ellas. Creía, como luego me informaron fidedignamente, que estaba escribiendo un libro sobre Venezuela. Gómez, un mecenas de la literatura, gustaba de pagar bien a los hombres para que escribiesen sobre él, sintiendo fuerte antipatía por los demás libros, que no eran pagados por él.

Eso podía ser la explicación de que me viese seguido por una banda de asesinos a sueldo, poco después de abandonar con mi sirviente Antonio, las montañas Gramalote, rumbo al río Magdalena. Durante un día me tuvieron situado en un rancho ruinoso, cerca del pie de la cordillera, mientras una docena de hombres pasaban el tiempo bebiendo aguardiente o haciéndonos disparos. Por la noche logramos escabullimos a caballo completamente sobrios, mientras nuestros perseguidores estaban borrachos. Eran a no dudarlo hombres valientes e incansables, que se volvían descuidados, al avanzarles la paga. Ya no me sorprendería por eso saber más tarde que habían tomado el rancho por asalto varias horas después de mi partida.

Abriéndonos camino por la selva llegamos por el río Magdalena, a Mangangué, una pequeña población en la parte alta de una de sus márgenes. Allí

tomamos un bongo, y navegamos perezosamente hasta Barranquilla, ciudad de ciento cincuenta mil habitantes, situada en el punto más angosto del delta del Magdalena, distante solo dos horas del mar.

Barranquilla era en esa época una típica población de los trópicos en pleno auge, una población lanzada al progreso después de siglos de tranquila existencia bajo el sol. Recientemente se había descubierto petróleo en la región. Las ruidosas actividades del comercio llenaban sus estrechas y polvorientas calles, ahora colmadas de hombres comerciantes de todas las esferas, quienes heroicamente abandonaban su siesta para hacer algún negocio o terminar algún trabajo. Se levantaban altos hoteles por encima de las pequeñas y chatas casas del período colonial.

No era para mi fortuna el hallarme de repente metido en este centro de civilización tropical, el primero a que llegaba después de dos años. Inevitablemente había sido reconocido en las calles, y amigos revolucionarios de mi país —Barranquilla estaba llena de ellos— me habían alertado que estuviese en guardia porque me vigilaban. Sin embargo, más de un puñal suelto, y un revólver fácilmente disparable, estaban a la orden para mi protección. Los revolucionarios venezolanos, aunque *bandoleros*, saben cómo apoyarse unos a otros en los momentos difíciles.

El gobierno de Venezuela tenía muy pocos simpatizantes entre los funcionarios oficiales y el ejército de Colombia. Por lo tanto, me mantenían cuidadosamente informado de todos los movimientos realizados contra mí, por medio de una serie de noticias que me llegaban con la regularidad de los despachos oficiales. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela estaba realizando gestiones para que me mantuviesen internado en alguna remota aldea de Colombia, donde tarde o temprano robarían los originales de mi libro, o cuando menos accidentalmente los quemarían. El cónsul de Venezuela esperaba órdenes telegráficas de Caracas para exigir a las autoridades colombianas que me arrestasen como conspirador contra un gobierno amigo.

Mientras asistía a un baile en el club A.B.C. cierto sábado, me dieron aviso que desde Bogotá habían pasado órdenes telegráficas para mi arresto, pero que tendría de plazo hasta el lunes para abandonar a Barranquilla. Esto se debía al hecho de que mis amigos habían decidido desconocer la autenticidad del telegrama, y esperaban una orden por escrito de la capital.

El cónsul norteamericano, después de hacerme responder a un cuestionario, que parecía tener más de tres kilómetros de longitud, y luego de recibir informes de que yo era amigo personal del Presidente Harding, sucesor de Wilson, había consentido en visar mi pasaporte para Panamá. No había vapor que partiera para aquella república antes de una semana. Y tuve que salir antes del lunes del departamento del Magdalena, donde se encuentra Barranquilla.

Tres amigos, desterrados venezolanos, fletaron una lancha de gasolina para mí. Aquella misma noche a escondidas me marché del hotel. Dejé a mi sirviente Antonio para que se encargase de todo el equipaje —excepto el manuscrito— que despacharía a Colón por el primer vapor. En vez de hacer rumbo al mar, la lancha me llevó por el río alrededor de cien millas a Calamar, donde una desvencijada línea de ferrocarril va hacia el puerto de Cartagena, cincuenta millas al oeste de Barranquilla. No tuve ninguna dificultad en evadir la inspección en Cartagena. Llegué vestido de peón de un rancho. Me detuve en una pequeña fonda. Un muchacho se me acercó a venderme cigarrillos americanos de contrabando. Le dije más bien que le pagaría si me buscaba a Julián González. Este era también un contrabandista. El muchacho sabía donde encontrarlo. En pocos minutos González estaba en mi habitación. Una extraña mezcla de pirata, bandido y comerciante.

Había conocido a González en Magangué, donde se había robado entre otras cosas un bongo lleno de gasolina del cual dispuso después en Barranquilla. Aquella noche salía una goleta para San Jacinto hacia la parte superior del golfo de Urabá, la costa occidental que se encuentra del lado colombiano del istmo. Era una goleta comercial —decía— y el patrón era él. Ya sabía lo que quería decir con esto. Lo repetía en todos los idiomas por si yo tenía temor

de convertirme en pirata por unos días, aunque no había otro modo de escurrirme. Las líneas telegráficas no estaban extendidas hasta San Jacinto, de otra manera González no hubiera ido allí. San Jacinto es un pequeño puerto de mar en el departamento de Antioquia, cerca de la boca del río Atrato y en los pantanos del salvaje Chocó que corre a lo largo del istmo de la frontera con Panamá. González me aseguraba que me sería fácil fletar allí una goleta hasta Colón. Confíe sin reserva en González, porque la vida me había enseñado en momentos de dificultad que los hombres malos son dignos de confianza, más de lo que usualmente los buenos piensan de ellos. Aquella noche cuando subí a bordo de la pequeña goleta encontré lo que me temía —un barco pirata que tomando su inspiración de los grandes imperios del mundo— encontraba natural disfrazar sus operaciones de pillaje en transacciones comerciales de buena ley. Unos pocos fardos de mercancías de escaso valor reposaban en la bodega junto con botijas en envoltura de mimbre, con el peculiar olor de una licorería violando la ley seca. Se veían formas humanas moviéndose misteriosamente sobre cubierta, alistando el barco para zarpar. Una lámpara de kerosene balanceándose en el mástil lanzaba alrededor su pálida luz amarillenta. Mi camarote resultó ser un cuchitril al cual se entraba por una puerta-trampa de la cubierta. Cuando lancé mi talego de ropa dentro y me deslicé tras él, tuve la impresión de haber descendido a una cueva o un pozo. El sitio no era alentador por ningún respecto, pero tenía la ventaja de que podía vigilarse fácilmente. Podría sentarme sobre la puerta-trampa, con el convencimiento de que no robarían mi manuscrito.

Al golpe de medianoche fue discretamente levada el ancla y un viento terral rápidamente nos empujó hacia los oscuros contornos montañosos de la bahía de Cartagena. En la mañana nos hallábamos en alta mar, con la proa dirigida hacia la famosa costa de Castilla de Oro, donde Nicuesa y Balboa fundaron la primera colonia del golfo de Urabá, llamándola Santa María. De allí partió Balboa a través del istmo para descubrir el Pacífico. Estaba siguiendo la ruta de mis antepasados los conquistadores, en un barco pirata que tenía más o menos el tamaño de las históricas carabelas.

Por la mañana tuve la oportunidad de hacer amistad con la tripulación. Indudablemente era una banda de matachines. La mayoría de ellos llevaban peinillas y portaban revólveres de seis tiros en sus fajas. Si se les interrogaba asegurarían que eran comerciantes ambulantes. Una inspección de la bodega revelaría que portaban mercancías que honorablemente iban a dejar en las aldeas que saquearan. En la ruta de su exclusivo comercio recogerían cocos, conchas de tortugas, aquellas baratijas y chucherías que estuvieran al alcance de sus manos. Todos sentían curiosidad por conocer el contenido de mi talego. González les informó que eran libros. Parecieron quedar satisfechos.

Una lancha del servicio de resguardo colombiano apareció en el horizonte a últimas horas de la tarde y después de alguna vacilación puso proa hacia nosotros. Cayó la noche y nos perdimos entre los bancos de arena e isletas cubiertas de cocoteros. Cuando rompió el día la lancha no se veía por ninguna parte. Para ese momento la tripulación que había estado jugando a las cartas y vaciando el contenido de las botijas, estaba completamente borracha. Los hombres se entusiasmaban más y más mientras las nubes se acumulaban al sureste. Dos horas después del alba la goleta era impulsada por un rugiente vendaval.

Las olas se elevaban ahora casi sobre cubierta. Un rayo surcó el cielo velozmente con el sonido metálico de una teatral tormenta. En una ocasión, cuando González y yo nos hallábamos al timón, nos vimos súbitamente delante de una muralla de arrecifes, cubierto por espumantes olas y a duras penas logramos cambiar el curso de la goleta, en tiempo suficiente para que nuestra línea de estribor solo fuese rozada sin consecuencias. Luego una fuerte corriente de tierra lanzó nuestro barco fuera de los arrecifes.

Nos hallábamos cerca de la desembocadura del río Sinú, que González reconoció por las dos pequeñas islas que se yerguen frente a su barra de arena. Al aproximarnos a una de esas islas descubrimos tres chozas de paja, justamente al extremo de un sembrado de cocos. González me informó que se trataba de un cubil de contrabandistas, donde vivían seis matuteros —el viejo Gutiérrez y sus cinco hijos. González dio órdenes que resultaron en el fructuoso saqueo

de esta amante familia. Existe un conocido refrán español, según el cual ladrón que roba a otro ladrón tiene cien años de perdón. Como el libro mayor de González revelaba en números rojos que había ganado millares de años de perdón, el hombre nunca perdía la oportunidad de aligerar su conciencia. El viejo Gutiérrez era su favorito. Ya González lo había saqueado cuatro veces. A ese paso, de acuerdo con el refrán español, no cabía duda de que Gutiérrez acabaría por buscarle un sitio a González entre los ángeles.

Sin discusión, Gutiérrez era supersticioso respecto a González. Para él González era el destino. El orgullo de Gutiérrez no le permitía aceptar que había sido saqueado cuatro veces por cualquier otro poder que no fuera el azar. Después de una negligente defensa se rendía con la condición de que las vidas no fuesen sacrificadas. Nada podía estar más lejos de la mente de González que asesinar a una familia que corría tantos riesgos y gastaba tantas energías para suministrarle un apreciable botín a plazo fijo.

Después de embarcar unas cinco toneladas de cocos, y media docena de fardos de mercancías de contrabando de variada naturaleza, reanudamos la marcha.

Al amanecer del siguiente día, cuando me hallaba al timón procurando mantener la goleta alejada de un risco, donde las olas verde botella se rompían como cristales, el guardia del castillo de popa, dio un grito señalando hacia un objeto que se hallaba a estribor. Era una canoa larga y angosta tripulada por dos indios que parecían hallarse al final fatigoso de una lucha desigual contra el mar. Inmediatamente dirigimos el rumbo hacia ellos y les lanzamos una cuerda. Los indios la tomaron y subieron a bordo, los cuerpos temblorosos y casi completamente exhaustos. Una taza de café caliente con ron les hizo contar su historia. Llevaban dos valijas del correo a San Jacinto. Por el brillo en los ojos de la borracha tripulación y los nerviosos movimientos que hacían los hombres, me di cuenta de que consideraban muy interesante la noticia.

González demostró ser escrupuloso con respecto a la correspondencia, ya fuera por delicadeza o por respecto al gobierno, no pude determinarlo, pero dijo

francamente a sus hombres que los bultos del correo no constituían su negocio. Esto dio lugar a una discusión sobre leyes marítimas. Un hablachento tripulante sostuvo el criterio de que si habíamos salvado la correspondencia a punto de perderse, ésta nos pertenecía. En el debate surgieron dos partidos. Como ambos deseaban más bien pelear entre sí, que apoderarse del correo, al momento se fueron a las manos. González hizo inútiles esfuerzos para hacerlos entrar en razón. Los indios trataron de escapar a su canoa. Yo hice lo único que podía en tales circunstancias, salvar la inviolabilidad de la correspondencia. Robé la mayor cantidad posible de las bolsas y las lancé por la puerta- trampa de mi camarote.

Los dos indios, a quienes les impidieron regresar a su canoa, corrieron a la proa del barco y saltaron por la borda. Esta circunstancia y el sonido peculiar de roca de la quilla, hicieron que la tripulación advirtiese el hecho de que el barco había sido empujado sobre un risco y se hallaba a un centenar de metros de la costa.

Mientras tanto, uno de los hombres había abierto con su machete la bolsa de correspondencia y la lucha tornóse en forcejeo por su contenido. Las cartas y los paquetes eran abiertos en loco frenesí, con el acompañamiento de maldiciones o gritos de alegría, de acuerdo con lo que cada hombre encontraba. En total una caja de cigarros, un par de zapatos, una linterna eléctrica y unos cuantos billetes de banco. Cuando la excitación hubo pasado por la necesidad de sacar la goleta del peligro en que se hallaba, y alejarla del lugar de la costa donde los indios habían desembarcado, cinco de los hombres habían recibido machetazos. No tuvimos tiempo para atender a este pequeño detalle sino dos horas más tarde, cuando nos hallábamos navegando a salvo de la tormenta. Si se añade a todo esto el hecho curioso de que la mayor parte de los tripulantes sentía predilección por los pañuelos floreados con los que vendaron las heridas, o se envolvieron la cabeza, teníamos una imagen de los días de los antiguos bucaneros en pleno siglo XX, en un remoto rincón del Caribe.

Aquello parecía más bien un barco hospital que una goleta pirata, cuando nos dirigimos la siguiente noche, a través de la niebla y el viento para amanecer

en pleno sol tropical. Los hombres heridos, arañados y borrachos, yacían sobre cubierta dando gruñidos, soltando maldiciones, contando historias. Muy pocos parecían estar sobrios o en su sano juicio para dirigir el barco, pero éstos trabajaban como condenados, con el fin de arribar a San Jacinto.

La costa de Castilla de Oro pasaba ahora ante nuestros ojos en un despliegue de vegetación tropical. Las azuladas montañas se perfilaban en el horizonte, sobre un fondo de cielo resplandeciente mientras el litoral costeño al lado de la selva se destacaba en leves líneas sesgadas hasta el borde del mar. Justamente debajo de nosotros durante los días claros se decía que algunos viejos galeones españoles cargados de oro, podían verse en el fondo del mar. Que ello fuere cierto no quita veracidad a la historia de que el pirata Morgan envió al fondo del océano muchos galeones repletos de oro en este mismo golfo de Urabá.

Seguidos por una banda de tiburones y barracudas, llegamos prácticamente a la opuesta orilla de la caleta de San Jacinto. Este remoto puesto de la civilización consistía principalmente en los grises edificios de una hacienda alemana, con unas cuantas docenas de chozas y quintas diseminadas en la playa alrededor de la pesada estructura de mampostería donde estaba la aduana. Tal edificio particularmente preocupaba a la tripulación, que después de haber saqueado el correo de la república, no se sentía muy inocente. González decidió enviarme a tierra en un bote, y mantenerse lejos de la vista del gobierno por un tiempo.

Pero yo estaba listo para demostrarle que, después de todo, la honestidad era la mejor política. Por lo tanto, les mostré el saco de correspondencia que había sustraído en el momento en que se peleaban por el botín, y lo tiré en el bote, junto con mi talego de ropas donde estaba también el manuscrito. Los hombres en principio parecieron disgustarse de que les hubiera birlado el correo, pero rieron cuando les expliqué mi propósito. Demostraron que me admiraban. Sin duda guardaban un moderado respeto por el don de la inteligencia.

Tan pronto como el barco me abandonó en la playa, corrí al edificio de la aduana, donde se suponía que estuviese también la oficina de correos, y entregué

la bolsa al empleado. Conté que habíamos rescatado a los portadores indios en el mar, y que ésta era la correspondencia que llevaban. El empleado me dio las gracias y aun quiso subir a bordo de la goleta para dar personalmente las gracias a González. Le expliqué que esto no sería necesario ni posible, porque en aquel momento González estaba izando velas.

La población de San Jacinto, alrededor de 200 personas, consistía principalmente de piratas de costa y encubridores, con apariencia de peones de la escasa hacienda. Como no había conexión telegráfica con el resto del mundo, por algún tiempo me sentí seguro de la persecución, tanto de los agentes de Gómez, como de las consecuencias de mi involuntaria participación en actos de piratería. Las gentes me miraron sospechosamente por algún tiempo, dirigiendo miradas inquietas a mi talego. Pero cuando un comerciante sirio — contrabandista—me llevó a su casa como huésped de honor, comprendí que estaba en buenas manos.

Dicho comerciante había leído algo sobre mis campañas en Turquía, en los periódicos llevados a San Jacinto por las canoas de los indios. Había visto también mi retrato. Por lo tanto, pasé la mayor parte de la noche, contándole cosas de su patria, mientras fumaba su pipa oriental y sus ojos occidentales se llenaban de nostalgias mahometanas.

Al siguiente día fui llevado con otro pasajero, en la lancha de remos de la aduana, a bordo de la goleta-correo, que se suponía me llevaría a Puerto Obaldía, el punto primordial más avanzado hacia Panamá. Quedé sorprendido al descubrir que esta goleta-correo no era más grande que una canoa de buen tamaño, aun cuando estaba provista de velas. Un trozo de la tarima de estribor había sido arrancado por el mal tiempo. Lo habían remendado con lona y lata. La tripulación estaba formada por dos indios. Uno era el flaco, peón de a bordo, mientras el gordo hacía de contra maestre. Su carga, además de la correspondencia, constaba de diez y ocho pequeños barriles de ron. Junto con los dos pasajeros y el gordo patrón, ponían la pequeña nave a solo nueve pulgadas de su línea de flotación.

Mi compañero resultó ser un joven bogotano que comenzaba su carrera política con el nombramiento para el cargo de jefe de resguardo en la remota aduana de Acantí. Lo primero que hizo tan pronto nos pusimos en marcha, fue sacar una pequeña cocina de kerosene y comenzar a hacer café. Supongo que esta operación debió ser continuada con la escritura de alguna poesía sobre París o Grecia. Me he dado cuenta de que estos ubicuos literatos de mi raza nunca ven algo que no esté distante sino a mil quinientos kilómetros de sus narices. Por lo tanto, la cocina se incendió y pasamos un mal rato tratando de apagarla.

Nos dirigimos al río Atrato que desemboca en el golfo de Urabá, hacia su ángulo más inferior de su complicado y prodigioso delta. Trataríamos de cruzarlo y pasar la noche en tierra, en la costa opuesta del golfo, ya en tierra del istmo, pero todavía en el lado colombiano. El viento estaba tan quieto como un tranquilo elefante. Nuestras velas yacían sin movimiento. Remábamos sobre un mar que parecía de cristal.

Por la tarde empezó a soplar una brisa fresca, y el pequeño barco fue tomando más velocidad. Para la hora en que estábamos a ocho kilómetros del Atrato la brisa era una verdadera galerna. Entrábamos en una corriente donde las aguas se precipitan al océano por treinta bocas. La abundancia de bancos movedizos de arena hacía la navegación hartamente peligrosa en la zona. Cuando la galerna se avivó hasta convertirse en un impetuoso viento del norte, rompiendo las olas del Caribe contra las aguas del Atrato, nuestra situación se hizo muy difícil. El oleaje verde oscuro se elevaba en toda dirección. El mar parecía como una montaña que se hubiese vuelto loca. El cielo tenía la apariencia de un inmenso tambor donde el trueno estaba acompañando una furiosa danza.

En aquellos momentos me había despojado de todas las prendas de vestir, con excepción de la ropa interior y del sombrero. Mi figura debía parecer bastante rara, mientras luchaba con la barra del timón. El sombrero casi caído sobre los ojos, mi correa bajo la cintura, de la cual colgaba un revólver, un machete y un peine.

Con la brisa soplando a plenitud sobre nuestro incontrolado velamen y los barriles de ron rodando de un punto a otro de la bodega, el barquichuelo corría inclinado peligrosamente a babor y a cada momento parecía en trance de hundirse. En un intento cómico, pero absolutamente necesario para restablecer el equilibrio, el patrón colgó sus doscientas cincuenta libras de peso de la borda de estribor, sus pies al extremo de la tarima, las manos agarradas con fuerza a un cabo atado al mástil, sus partes pudendas acariciadas por las olas, mientras los tiburones que seguían la nave, soñaban con darse un banquete tan pronto como ésta se fuera a pique. Dicha posición debió perturbarle los nervios. Varias veces quiso abandonar su intento y tuve que obligarlo a punta de revólver. Me rogaba que arrojase al mar los barriles de ron, en lo que enérgicamente no quise convenir. Si comenzaba a tirar la carga, estaba seguro de que mi talego no se salvaría. Por ningún respecto me resignaba a perder los años que me había tomado escribir un libro, para lograr solo alguna publicidad entre los peces.

Mientras tanto el otro indio se ocupaba frenéticamente en achicar el agua con una pequeña calabaza. En cuanto al indiferente pasajero, completamente desentendido de la gravedad de la situación, trataba de inducirlo a que le abriese una lata de sardinas. Tuve que darle un golpe en la cabeza con la cacha de mi machete, para hacerlo entender, que no era aquel momento el más apropiado para que los hombres pensaran en comer sardinas, sino el de evitar ser comidos como sardinas por los tiburones.

Después de varias horas de angustia inexpresable el barco fue finalmente, lanzado a la playa, sobre la costa occidental del golfo. Por poco nos ahogamos debido a la lluvia que cayó con tremenda fuerza bajo el albergue de palmas construido a la ligera, que a duras penas resistía el aguacero. El sitio donde el viento y el agua nos habían arrojado, se hallaba muy cerca de Santa María la Antigua, el primer establecimiento fundado por los españoles en tierra firme de América, cuyas ruinas se veían a pocos kilómetros en el interior.

Nuestro escaso abastecimiento de comida se había agotado o desaparecido de la cubierta durante el temporal. Por lo tanto, consagramos el resto de ese

día a cazar. Nuestros empeños se vieron coronados con el hallazgo de varias docenas de huevos de tortuga, también de una pequeña tortuga. Hervimos los huevos y asamos la tortuga en su propio caparazón. Después de cenar el cielo se tornó súbitamente claro. El viento amainó hasta convertirse en una fresca brisa. Las estrellas empezaron a aparecer sobre nuestras cabezas como lumínicas mariposas. En torno de nosotros solo se oían los murmullos de la selva, ásperos y temerosos al ascender la luna.

A la mañana siguiente tuvimos la visita de varios cazadores de la vecina selva. Eran negros cimarrones que hablaban un español gutural. Como cazadores iban bien armados. Los barriles de ron ya les eran bastante familiares. Lo que les intrigaba era el contenido de mi talego. Uno de ellos osó levantarlo, para tocarle el peso. Antes de que yo pudiera evitarlo, echó a correr con él hacia la espesura.

No atreviéndome a dejar el barco a la merced de los otros negros, apelé a ellos con palabras y gestos frenéticos, para que me acompañasen en la persecución de su compañero. Les expliqué que el saco contenía papeles, con encantos especiales de vudú, que podrían causar la muerte de todos, a menos que los recuperásemos y les hiciésemos las debidas ceremonias. Los cimarrones en extremo supersticiosos, después de breve consulta entre ellos, decidieron no arriesgarse, y unirse a mí en la persecución del ladrón.

Me lancé al frente de los hombres, trazando en el aire círculos misteriosos y cruces con mi machete, murmurando absurdas maldiciones. Los negros me siguieron vociferando encantos y advertencias en la dirección por donde había escapado su compañero.

Después de recorrer por un rato la espesa selva, llegamos a una antigua ruina. Las derruidas piedras estaban rodeadas de silencio y circundadas por una catarata de viñas. Árboles gigantes surgían por las grietas de la vieja mampostería. En la penumbra del bosque volaban insectos de muchos colores que despedían una trémula claridad verde. En los escalones de la capilla, cuyo esqueleto se elevaba fantásticamente por encima de los árboles, encontramos el talego abandonado, bajo la custodia de un meditativo lagarto.

Inmediatamente lo abrí y mostré a los hombres un montón de manuscritos entre varias docenas de cartas militares. Los coloqué en el suelo. En torno de ellos bailé una danza propiciatoria que los cimarrones trataron de imitar del mejor modo posible.

De esta manera había evitado la muerte para todos y la pérdida de mi labor literaria. Por lo tanto, partimos de regreso a la goleta. Los negros se llevaron tres barriles de ron. Desaparecieron en la selva para celebrar el haberse librado de la furia de los espíritus del aire.

En el resto del viaje continuó la conspiración de los elementos contra mi manuscrito. Cuando nos acercábamos a Acanti para dejar al otro pasajero, el empleado de aduana, la goleta se hizo una avería con un risco. Nadando hube de llegar a la costa, empujando por delante mi manuscrito sobre un barril de ron vacío. Después gasté tres días para tramontar cabo de Tiburones en una pequeña canoa pasando una noche en la playa, en la finca de un colombiano. Un hermano de este señor había sido ahorcado en la revolución de Panamá, que hizo posible la construcción del canal. Por él supe que los indios de San Blas en la frontera colombo-panameña, estaban en guerra, comandados por un aventurero mexicano que los dirigía en una insurrección contra el gobierno de Panamá, o al menos contra cualquier gobierno, porque para los indios era lo mismo, así se tratase de China. Todo lo que deseaban era pelear. Algunas de estas tribus indígenas toman una revuelta con el mismo espíritu con que un norteamericano disfruta de sus vacaciones de verano.

Finalmente, alcanzamos el espumante estuario de Puerto Obaldía, con sus dos docenas de cabañas, su cuartel y sus dos torres de acero de la estación inalámbrica.

Como resultado de esta aventura un hombre, con los pies desnudos, pantaloncillos rotos, un revólver oxidado, un machete, y un peine en su faja, se presentó ante el oficial, comandante de la guarnición situada en la parte meridional de la república de Panamá, pidiendo hospitalidad y ayuda para salir de ese atolladero. El oficial —un sargento— y la docena de camaradas que lo

acompañaban, me recibieron con caras severas, siendo objeto de cuidadoso escrutinio, tanto mi persona, como el talego que portaba. Cuando les conté quién era, de dónde venía y a dónde iba, el sargento, tranquilo, pero firmemente, puso en duda mis revelaciones. No creía que viniera de Barranquilla. Y menos que fuera el general de Nogales. Ciertamente sabía que no iba a Colón, porque iba a obligarme a permanecer allí. Me reclamó que había viajado por una ruta que solo seguían los bandoleros colombianos, cuando huían de un país a refugiarse en Panamá. Como representante de ese gobierno se oponía a ello. Después de todo, me dijo, si yo era persona respetable ¿por qué no había viajado en vapor como la gente decente? Cuando uno de sus soldados colocó mi talego en la mesa y echó una ojeada a los mapas y cartas, dedujo que yo debía ser peor que un bandido. Pediría por telégrafo instrucciones a la capital.¹

—Bien —le dije— supongamos que usted se dirija al secretario del estado y le exprese que el general de Nogales está aquí, que tiene una cicatriz sobre el ojo derecho y un talego lleno de manuscritos y cartas militares. Ya le escribí de Cartagena, que me ponía en camino a su país.

El sargento prometió hacerlo. Media hora más tarde penetró en la habitación donde me había encerrado, con la sonrisa en los labios y presentándose excusas. “Desde este mismo momento —me dijo llevándome hasta su despacho para tomar una copa— es usted huésped de la república de Panamá”.

Diez días más tarde, cuando dictaba una conferencia en el auditorio del Instituto Nacional, a instancias del gobierno de Panamá, vi entre mis oyentes, la cara atenta del todavía sorprendido sargento, que había tratado de arrestarme, confundiéndome con un bandido escapado de Colombia en pantaloncillos, sin otro equipaje que un revólver, un machete y un peine. Para este momento en que nos volvíamos a ver, solo había tenido oportunidad de usar el peine.

XXVIII

CÓLERA CARIBE

Después de arreglar mis asuntos en ciudad de Panamá, viajé de Colón a Bocas del Toro en una goleta gasolinera o *cocolo*, nombre bajo el cual son conocidos jamaquinos y otras gentes de color de las Indias Occidentales británicas en nuestra tierra firme hispanoamericana. Partía para la costa Mosquito a cazar jaguares negros en el interior de Nicaragua.

Nuestro barco, el *Everett*, una pequeña goleta acondicionada, aunque escasa de pulcritud, iba llena casi hasta reventar, de una multitud de pasajeros, en su mayoría braceros de color, de ambos sexos y de todas las edades, que se dirigían a Bocas del Toro, donde las bananeras los empleaban por millares todos los años, durante la temporada de la cosecha.

Aves migratorias como eran llevaban consigo más de una tonelada de equipaje, con el cual llenaban cada pulgada de espacio disponible sobre la cubierta de nuestra pequeña embarcación. Había sido muy afortunado al traer conmigo la hamaca. De otra manera me hubiera visto forzado a dormir vuelto un ovillo, lo mismo que los pasajeros y el resto de la tripulación, sobre sucios colchones, o en la cálida y maloliente bodega del barco. Su motor alimentado con petróleo, roncaba y runruneaba como gato amodorrado, en un compartimiento abierto, cerca de la proa. Una lámpara de gasolina grande y redonda se balanceaba sobre el centro del cuarto de máquinas. Pendía del techo por un

alambre extremadamente delgado. Esta circunstancia no dejaba de preocuparme. La enorme lámpara me parecía demasiado pesada para el cordón que la sostenía. Este podía romperse en cualquier momento haciendo estallar un incendio a bordo de la goleta.

De repente nuestro capitán, todo un viejo lobo de mar, lanzó un rugido equivalente a una orden. Al conjuro de ella media docena de negros marineros se tornaron pálidos, pues los preludios de un fuerte chubasco golpeaban inesperadamente la embarcación.

Aquello había sido la causa de que abandonase su siesta el capitán Van Dooren. Antes de que pudiera evitarlo el huracán había arrollado los cables del aparejo de tal modo que hizo imposible a los marinos arriar la vela mayor. Las órdenes que gritaba Van Dooren desde el puente, en vez de mejorar la situación ya de por sí complicada, debido al pánico que experimentaban los marinos, acabó por hacerles perder la cabeza. Corrían de un lado a otro como gallinas atemorizadas.

Para empeorar las cosas se armó el pandemónium entre los pasajeros, especialmente entre las ochenta y pico *mammies* negras y sus pequeños y azabachados *mulaticos*, que iniciaron simultáneamente una competencia de gritos de tal magnitud que hicieron deprimir más a los pobres marineros. Los pasajeros nombres, por otra parte, parecían paralizados de terror esperando su próximo fin, con los ojos saltados como los botones de sus botas, saliéndose de sus órbitas.

La mayoría de ellos buscaba en qué apoyarse, algo que les ayudara a mantenerse a flote en caso de que fueran barridos por el chubasco y cayeran al mar. Luego la propia tormenta nos azotó como otro negro demonio silbador. Afortunadamente en un segundo, mientras trataba de salvarme, miré y agarré un cuchillo de monte que asomaba su filo debajo de unos colchones.

Manteniéndolo firmemente con ambas manos corté los cables que sostenían en su lugar la vela mayor. Está cayó en el acto con un chasquido. A pesar de la fuerte marejada que bañaba la mayor parte de la cubierta, nuestro valiente

pequeño velero se enderezó de nuevo e hizo frente con energía a la tormenta. Se zambullía como un pato en el hirviente remolino, mientras trombas marinas se levantaban a nuestro alrededor como una banda de turbulentos monstruos.

Luego que la tormenta amainó hice un inventario de mis modestas pertenencias. Mi sombrero, mis zapatos y mi camisa habían desaparecido. O sea, las prendas de que solía despojarme casi inconscientemente en aquel momento de peligro, porque no recordaba que lo hubiera hecho. Me había pasado como en la vieja historia del vagabundo que cuando se asustaba de verdad corría tan ligero que se volvía transparente de la cintura para abajo.

Aquella tarde, mientras descansaba en mi hamaca escuchando la conversación de algunos pasajeros, no pude evitar dirigir la mirada ocasionalmente hacia un viejo caballero, que sentado cerca del cuarto de máquinas fumaba distraídamente su pipa. Él y yo éramos los únicos pasajeros blancos de a bordo.

A juzgar por su apariencia era un inglés. Se me había acercado en diferentes ocasiones como si quisiera hablarme. Pero por una u otra razón, cada vez que casi llegaba hasta mí, daba media vuelta, como si se sintiera avergonzado, y se iba sin decir palabra, tal vez porque no nos habían presentado. ¡Y que estas cosas ocurran! Me hacía recordar a un buscador de oro inglés, a quien conocí en las selvas del Amazonas, quien no obstante andar todo el día de la ceca a la meca con los pies desnudos, se afeitaba y vestía cuidadosamente por las noches —smoking, zapatillas, corbatín negro— para sentarse a tomar su frugal cena, sin más protección sobre su cabeza que el mosquitero movido suavemente por la brisa, bajo el cielo colmado de estrellas. Si a este caballero se le hubiese ocurrido llevar consigo a la selva su sombrero de copa, su indumentaria habría sido completa. Estos nobles ingleses, sin fortuna, forman una clase muy pintoresca. Los admiro justamente por eso. No olvidan nunca que son caballeros. Aun bajo la influencia del alcohol, habitualmente se comportan y expresan con la misma corrección y el tacto con que lo harían si fueran todavía Sir Jack

o Sir John, cómodamente arrellanados en las butacas de su club de Londres, vestidos con sus impecables trajes de etiqueta, monóculo y orquídea en el ojal. Son virtudes que no puede comprar el dinero, porque representan a generaciones de cultura y refinamiento.

Luego de observar a mi pasajero británico por un momento, giré la cabeza y eché un vistazo a la gran lámpara de gasolina, que se consumía balanceándose de un lado a otro como un balón cautivo, sobre el cuarto de máquinas. No me agradaba mucho su posición. Gradualmente me iba poniendo los nervios de punta. A tal extremo que, después de un rato salté de mi hamaca, fui al lado de un toldo que los marinos habían colocado a través de la cubierta, para evitar que el cuarto de máquinas se inundase por la fuerte marejada, que bañaba de vez en cuando todo el bauprés.

Cuando llegué a popa me incliné contra el foque, contemplé la noche, soñando probablemente con los ofidios y tigres que pensaba cazar en Nicaragua. Cuando súbitamente el silencio nocturno quedó interrumpido por un grito, que enfriaba la sangre en las venas, seguido por un estridente coro de voces horrorizadas.

Después de todo había ocurrido lo que me temía. Pude distinguir claramente a través del toldo una gruesa columna de llamas rojas que subían del cuarto de máquinas como serpientes de fuego. Instintivamente busqué y palpé en la oscuridad algo que flotara, o pudiera ayudarme a flotar después que hubiera saltado al mar.

Por desgracia lo único que pude agarrar en aquel momento fue el ancla del barco. Cuando la agarré con un grito de gozo —porque un hombre debe asirse de algo si siente miedo— me di un golpe en la cabeza contra algo más duro que el ancla. Era la cabeza del pasajero inglés.

Me hizo caer hacia atrás con ruido sordo contra la borda del velero. Aparentemente se había inclinado con el mismo propósito mío —tomar el ancla con el objeto de usarla como instrumento de salvación—, cuando chocaron nuestras cabezas.

Resultó ser el más fuerte. Mientras yo lo miraba como espantado, sosteniéndome la cabeza con ambas manos, él me hacía una cortés inclinación, y se presentaba: *Yo soy el señor Douglas, para servirle.*

A lo que respondí también con mucha finura, y una sonrisa agrisulca: “Mucho gusto en conocerlo, Mr. Douglas. Mi nombre es Nogales. Puede usted quedarse con el ancla si desea”.

Por fortuna ninguno de los dos tuvimos necesidad de usarla. Por obra de Dios sabe qué milagro, el fuego había sido extinguido.

Mientras tanto en el cuarto de máquinas nuestro pequeño velero, continuaba zambulléndose y meciéndose alegremente sobre las espumosas olas del Caribe.

Desde aquel momento nuestro viaje se volvió más interesante, porque el señor Douglas resultó no ser Mr. Douglas, sino el Reverendo Padre F., un muy conocido, pero algo excéntrico piloto del firmamento que venía de Nueva Zelanda a Costa Rica a decorar una de sus hermosas catedrales, si recuerdo bien. No obstante, esta circunstancia debo confesar que Mr. Douglas —durante el viaje insistía en ser llamado así— resultó ser un personaje muy amable y servicial - siempre listo para ayudarnos a pasar el tiempo y olvidar nuestras miserias.

Advertí esto especialmente después que habíamos intimado. Por su parte el capitán Van Dooren me estaba muy agradecido por haber cortado aquella mañana los cables del aparejo salvando su barco.

Había reemplazado con otras, aunque de enorme talla, mis extraviadas prendas de vestir y me obsequió una docena de botellas de ron de Jamaica, extraídas de una caja que el cónsul general de la Argentina le había pedido entregase a algún alto personaje, de Bocas del Toro. Por fortuna el ron era muy bueno y contribuyó a alegrar en grande el corazón de Mr. Douglas.

En cuclillas, en medio de un círculo de gesticulantes rostros de ébano, parecía uno de esos narradores de cuentos orientales, inventando chistes o

relatando divertidas historias, mientras su negro auditorio le mostraba riendo sus joyas de brillante marfil.

Uno de sus tópicos favoritos era la evolución del ser humano. Estaba convencido de que nuestro apéndice era un segundo estómago atrofiado, vestigio de la época en que el hombre era todavía rumiante sobre cuatro patas. Explicaba este hecho señalando cómo se mueve rítmicamente hacia adelante, mientras caminamos, nuestro brazo derecho con nuestro pie izquierdo, y cómo nuestro brazo izquierdo lo hace simultáneamente con nuestro pie derecho. Nos reíamos a carcajadas cuando Mr. Douglas hacía para nosotros su demostración, caminando en cuatro patas, con su eterna pipa casi tocando el piso de la cubierta, queriéndonos demostrar la verdad de su teoría.

Instantáneamente todos los chicos de a bordo trataban de imitarlo, arrastrándose a gatas sobre la estrecha cubierta donde se apiñaban los equipajes, con el resultado de que muchos de ellos cayeran al mar, en medio de los aterrizados gritos de las mujeres, especialmente las más corpulentas que nunca cesaban de dar alaridos con sus fuertes voces hasta que el bote enviado a recoger a los chicos que se ahogaban salía a rescatarlos.

Mientras tanto el tiempo había empeorado otra vez. Nubes de tormenta se levantaban amenazadoras sobre el horizonte. El rayo que fulguraba a la distancia alumbraba ocasionalmente el oscuro cielo. El zumbido ominoso del trueno llegaba a nuestros oídos y probablemente también el de las numerosas gaviotas que nos seguían, las cuales después de agitar repetidamente sus alas, daban chillidos como de asombro y desaparecían a la distancia, donde la línea de la costa se extendía misteriosamente entre las sombras compactas del declinante día.

El barómetro descendía tan rápidamente que pensamos se había descompuesto. Pronto se hundió señalando tormenta, menos que un ciclón tropical. El mar se había tornado verdeoliva. Una brisa casi imperceptible movía la aceitosa superficie de las grandes olas infladas y el rizado de las aguas en torno a la goleta vino a ser el presagio de la cólera caribe. La luz del día se tornó

crepuscular. El brillo cegador de los relámpagos iluminaba fantásticamente la cóncava nube negra, que se cernía sobre nosotros mientras el estruendo de los truenos nos asordaba, rompiendo el silencio circundante. Los dioses de los infiernos desataron sus furias sobre la pequeña embarcación.

Atrapada en las garras del ciclón, que amenazaba con volverla tortuga, nuestro valiente velero, continuó flotando bravamente entre las altas, fosforescentes y verdosas aguas, mientras el capitán Van Dooren mantenía vagamente su mirada, sin rumbo definido. Su vieja sangre pirata en aquellos momentos debía estar circulando por sus arterias con más fuerza que nunca. Era descendiente de esos bucaneros holandeses que habían averiado a más de un poderoso galeón español.

El agudo pito del contraamaestre rasgó el silencio de la noche por dos veces. Manos ligeras bajaron la vela mayor. Con la rueda del timón girando en sus nudosos puños nuestro capitán hizo que la goleta se deslizara como un albatros gigante por encima de las embravecidas olas, que ocasionalmente bañaban la cubierta de borda a borda, como tronantes cataratas, arrastrando consigo todo lo que no estuviera bien atado y amenazando con llevarnos a todos los que estábamos en cubierta.

Jamás he experimentado conmociones más violentas que las que sacudieron mi espíritu aquella noche, frente a la tierra firme americana en las hirvientes y bramadoras aguas del Caribe, mientras los rayos una y otra vez trizaban el oscuro caos y los truenos zumbaban, como si quisieran ahogarnos en su infernal y apocalíptica sinfonía.

A la siguiente mañana cuando ya habíamos dejado atrás el extremo de la cola del ciclón, nuestro pequeño *Everett* surcaba otra vez la azul expansión del mar como si nada hubiera ocurrido. A la caída de la noche echamos ancla en las tranquilas playas de la bahía de Bocas del Toro, donde finalmente, pudimos disfrutar de un necesario descanso.

Antes de terminar este libro me agradecería repetir que no representa por ningún respecto una biografía completa. La historia de mi azarosa vida llenaría

no menos de media docena de volúmenes, especialmente si me diera por describirla escénica belleza de las muchas tierras que he visitado durante mi larga carrera de aventuras. En ese recorrido figuran los tristes desiertos del Cercano Oriente y del norte del África, donde las nubes de tierra y polvo giran en pardas y rojizas columnas que bailan gigantescas danzas ante los ojos del espectador. El Fata Morgana juega con las finas partículas suspendidas en el aire, dándoles la forma de fantásticos paisajes, donde los siglos se recogen y arrollan en nubes y el oriente permanece fuerte, siempre fuerte. Maravilloso. Amenazador. Policromático. En extraño y monótono contrapunto, donde el murmullo y el trueno sirven de fondo a la más suave y coruscante melodía del occidente.

Además de esas tierras desiertas he visto también las desérticas nieves del helado norte, donde pasé más de una noche de angustia bajo su cielo estrellado que alumbraban las luces nórdicas, escuchando el doloroso aullido de los perros cazadores y las tierras de más lejos, las grandes selvas de nuestro continente americano, que tanto me impresionaron.

Con el objeto de describir el caos de los sentimientos conflictivos que ese océano de esmeralda de las durmientes selvas ha provocado siempre en mi espíritu, terminaré este volumen con las páginas finales de mi libro, *El saqueo de Nicaragua*, porque contiene la impresión perdurable que las selvas de Latinoamérica dejan en los que la visitan en gira de investigación o por cualquier otro motivo.

La muerte —con su colosal majestad y su profunda y conmovedora delicadeza— es característica de estas vastas selvas tropicales. Ningún hombre que sienta el llamado del indescriptible y mágico esplendor de la selva, puede responder con desmayado y tímido corazón. Lluvias que calan hondamente las tierras, mosquitos, hambre, fiebre, bandidos y otras calamidades humanas no podrían despojarme nunca del gozo de esa gira que hice por los ríos Turna y Willike.

Durante el día, mi pipante navegó serenamente por la corriente tranquila y brillante del río, semejante a una esmeralda deslizándose bajo el entretejido ramaje de

los gigantescos árboles de la selva. Colgados de las ramas mayores y extendiéndose en torno de los troncos saltando de árbol en árbol, hundiendo sus hermosos colores aquí y allá en las aguas del río, florecían las orquídeas en interminable profusión. El aire era soporífero, arrebatador en aromas. Como sables de oro penetraban a través de aquel dosel vegetal los rayos solares. Enormes mariposas azules de alas metálicas ondulaban entre aquel espeso velo de sombra y sol. Pájaros pintados lo atravesaban como flechas multicolores. Loros de gayas plumas nos miraban y a ratos chillaban desde las altas ramas de un guayano. Algunas veces sorprendía a un martín pescador, o a una solitaria garza azul, descansando sobre una negra roca bañada por las aguas para descender más allá, junto a unas enredaderas donde sobresalía el plumaje de nieve de pequeñas garzas. De vez en cuando un mono de regular tamaño cruzaba con aire de dignidad el río, a gran altura, balanceando su cuerpo colgando de un bejuco hasta alcanzar el otro extremo de otra rama en la orilla opuesta. Por allí también avanzaban las monas de su tribu, llevando cada una consigo, colgados de su espalda, a sus pequeños hijos, bulliciosos y alegres, de ojos brillantes como cuentas. Al final del día cuando nos sentábamos a tomar la cena, y a contemplar el descenso de la noche amoratada, mis indios me contaban viejas leyendas del misterioso Monte Musun, que se alzaba imponente ante nosotros que nadie había osado escalar salvo algún dios indígena, prehistórico. Jamás olvidaré la primera vez que contemplé el Musun. Seyergue solitario en el centro de la selva, como una titánica y negra pirámide. En aquel momento los resplandores de un crepúsculo sangriento se proyectaban contra la cumbre de aquella inmensa mole. El rojo evanescente de la puesta de sol y el cielo oscurecido donde comenzaban a aparecer las estrellas, parecían descender sobre su cima a cubrirlo con un polvo de oro.

En su cumbre, señor—dice Nicarao— hay un lago de cristal. Y en él nada por la eternidad, un caimán de oro.

Por la noche descansaba en mi hamaca por horas, sin dormirme, disfrutando de la oscuridad aterciopelada de la jungla, la cual solo parecía más intensa por las luces que intentaban atravesarla. Las estrellas brillaban sobre mí. Debajo, donde

el río era oscuro, los ojos de los caimanes relucían como diamantes a la luz del fuego del campamento. Por un momento dos relampagueantes y amarillas pupilas me indicaron que un puma acechaba desde la cercana espesura. Aquellos círculos luminosos a veces parecían opacos, pero otras se volvían traslúcidos, como si un fuego interior quemase finas estriás de cristal. Luego un movimiento del centinela espantaría al jaguar, que escapaba en silencio, así como había venido. En toda dirección los cocuyos ensartaban sus brillantes cuentas sobre la espesa sombra de la noche. Y la luna al elevarse en el horizonte convertía más allá, a las negras aguas del río, en una rugiente lengua plateada.

A la postre tuvimos que abandonar los ríos, donde muchos bandidos y destacamentos del partido conservador, nos tendían celadas. Atravesamos en un viaje de circunvalación el desfiladero de Matiguas, donde los primeros días tuvimos que abrirnos camino, paso a paso por la cerrada selva con nuestros machetes.

Después de muchas semanas de vagar y de sufrir, un jinete cansado, cubierto de fango, atacado de fiebre, echó pie a tierra, de un caballo sin brida, semisalvaje, a las puertas del cuartel naval de los Estados Unidos en Matagalpa. Estaba hecho un adefesio. No me sorprendía que el joven teniente, al mirar mi pasaporte, me dirigiera severas miradas escrutadoras.

Finalmente, dijo:

Conozco ese nombre... Pero usted no puede ser Nogales, el autor de *Cuatro años bajo la Media Luna*.

—¡El mismo! —repliqué.

—¡Cómo! Lo leí en la biblioteca de nuestra Academia Naval en Anápolis.

Apreté su mano, sintiéndonos de pronto amigos. Penetré en el cuartel. Me di un baño, me afeité y cambié mi indumentaria.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-014-8

Depósito Legal

DC2021001402

CARACAS, VENEZUELA, SEPTIEMBRE DE 2021

La presente edición de
MEMORIAS DE UN AVENTURERO VENEZOLANO
se realizó
durante el mes
de septiembre de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Memorias de un aventurero venezolano Puede sonar extraño que el último gobernador otomano de la región de Sinaí haya sido un tachirense, pero para Rafael de Nogales Méndez, habitar el mundo era también estar dispuesto a luchar y servir en cualquier territorio donde hubiese una causa que valiera la pena. La suya fue, en consecuencia, una vida azarosa y aventurera, siempre en el peligro y al borde de la muerte. Estas *Memorias* confirman su deambular: cazador de ballenas con los esquimales; minero en Alaska; doble espía en China; oficial del ejército turco; *cowboy* en Nevada; todo un arriesgado devenir que lo fue convirtiendo en un personaje legendario como lo fue su contraparte T. E. Lawrence, con cuyas huestes llegó a batirse.

Invitado frecuente por las altas personalidades de la época, provocador y polémico, pero sobre todas las cosas un hombre con sentimientos encontrados que pudo escribir sus más íntimas impresiones, al punto de juzgar moralmente su actuación en determinados momentos, lo que demuestra su sentido ético. Esto puede apreciarse en una pieza de especial valor que atesora este libro: su relato del genocidio armenio, uno de los muy pocos testimonios de ese hecho que se conserve de un testigo extranjero. Publicado originalmente como *Memoirs of a soldier of fortune*, en 1931, esta obra trae al presente a un hombre que supo escribir su vida como una forma de ser útil a los demás, pero sobre todo libre para sí mismo.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



ISBN: 978-980-440-014-8

